

Aclarando el día

Jesús, sentires, amores tal vez



RADIO ECCA,
JESÚS, SENTIRES, AMORESTALVEZ

Luis Cobiella Cuevas

Colección: *Biblioteca ECCA de Verano*

Autoría: **Luis Cobiella Cuevas**

Diseño, Fotomecánica, impresión y encuadernación:

Talleres de artes gráficas de Radio ECCA

ISBN: 978-84-692-3212-5

Depósito Legal: GC - 581 - 2009

©ECCA

Canarias, 2009

RADIOECCA,
JESÚS, SENTIRES, AMORES
TALVEZ

RadioECCA

*D*EDICATORIA

A los alumnos y alumnas de Radio ECCA.

ÍNDICE

Presentación	Pág. 11
Prólogo	Pág. 13
Introducción	Pág. 15
Adviento y Navidad	Pág. 21
Cuaresma y Semana Santa	Pág. 57
Pascua y Pentecostés	Pág. 95
Tiempo Ordinario	Pág. 131
Aclarando la tarde	Pág. 263

PRESENTACIÓN

Jesús, sentires, amores tal vez es el bellissimo nombre del volumen sexto de la *Biblioteca ECCA de verano*, nuevo integrante de nuestra colección bibliográfica estival, con el que pretendemos proporcionar al alumnado de Radio ECCA, un libro especial y atractivo, una lectura diferente, para un tiempo diferente, el del merecido tiempo de descanso del verano.

El libro que Luis Cobiella ha escrito para la gente de ECCA ocupará el verano y mucho tiempo más, porque este «*Jesús, sentires, amores tal vez*» pertenece a esa clase de lectura que forma parte de nuestra mesilla de noche, de nuestro «fondo de lectura» porque debe degustarse poco a poco, como los buenos vinos, o página a página como un buen libro de poemas... En realidad, el propio autor en la introducción define su obra como un «libro de poemas»... destinado a despertar la sonrisa de un Jesús, en el que cree, y la de los lectores y lectoras...

Este es un libro para deleitarse con cada página y que nos proporciona la ocasión de recuperar cada uno de los mensajes que Luis Cobiella ha ido emitiendo en Radio ECCA, y durante muchos años, en sus «*Aclarando el día*»...

Un libro para leer y releer, despacio, para que nos olvidemos de las prisas, para que pensemos en lo que se nos dice y también en quién lo dice, porque Luis Cobiella Cuevas, el primer Diputado del Común de Canarias, pertenece a ese grupo de canarios –él es palmero– que podemos llamar «ilustres» con toda justicia. Se dice de Luis Cobiella que es un espíritu renacentista trasplantado a este tiempo: químico, profesor de Historia, de Matemáticas, de Física, de Literatura... compositor musical, periodista... y leyendo «*Jesús, sentires, amores tal vez*», queda claramente de manifiesto su condición de estupendo escritor y poeta.

Gracias Luis Cobiella por tantas mañanas «*Aclarando el día*».

María del Carmen Palmés Pérez
Directora de Radio ECCA

PRÓLOGO

Adolfo Chércoles, un jesuita que vive desde siempre en un barrio gitano de Granada (Almanjayar), me comentó un día: «Nos hemos hartado de hacer lecturas evangélicas de la realidad, como si el evangelismo pudiera ser una cualidad de la realidad. Se trata de otra cosa: debemos hacer lecturas reales del Evangelio. Como toda noticia, si el Evangelio es algo, es real. Una noticia que no es real, no es noticia».

A lo largo de un montón de jueves, a primera hora de la mañana, Luis Cobiella ha ido dando noticia en Radio ECCA de la realidad del Evangelio; tan real, como una catedral, una montaña o una carretera; mucho más real que la felicidad mercantil que aparece en las promociones publicitarias de aquellas marcas que nos venden coche con chica, juventud que no se acaba, salud para siempre, resultados sin trabajo, y un paraíso que, en definitiva, da la espalda a la realidad; tanta realidad que, al final, no parece hablar tanto de fe (si por tal se entiende la supuesta virtud de creer lo increíble) cuanto de sentido común y bastante sentido del humor (ambas cualidades, por otro lado, tan propias de los relatos sobre el nazareno que llamamos Evangelio).

Ese montón de realidad, difundido al aclarar el día de cada jueves, se convierte ahora en papel. Pasa a ser, por tanto, un grito más para animar a la lectura, en primer lugar, a nuestro alumnado, que no otra misión tiene esta Casa. Por supuesto, todas las actuaciones de Radio ECCA quieren ser formativas. Al publicar un libro, al publicar este libro, nos inspira esa misma pretensión: colaborar a la formación de las personas. Usamos en este caso, una de las fuentes que inspiraron a los fundadores de esta Institución, la Buena Noticia o Evangelio de Jesucristo; aunque es un libro escrito por un creyente, no es un libro exclusivo para creyentes. Es, sobre todo, un escrito para quienes no aceptan la alucinación de un mundo convertido en mercado y aspiran a no perder nunca pie con la realidad.

A eso aspira esta Casa, a tener los pies en el suelo. El libro escrito por Luis Cobiella nos lo recuerda. Por ese motivo, esta página no puede acabar sin agradecer al autor su labor, y en él agradecemos a muchas personas que de buen

grado aportan su voz, su creatividad, su tiempo a la programación radiofónica de esta Institución. Sin estas personas, Radio ECCA no sería tan real.

Lucas López Pérez sj.
Director general, Radio ECCA Fundación Canaria.

INTRODUCCIÓN

Por Noviembre del 2003 acepté una propuesta de Lucas López SJ, director general de la Fundación titular de Radio Eccla: decir «Buenos días, Canarias» a través de la radio un día a la semana. La radio empezaba muy de mañana sus emisiones con tres minutos de reflexión que integraban lo que se tituló «Aclarando el día».

Pasado un tiempo escribí a Lucas: *«Pienso editar un libro con los «Aclarandos». Me gustan, como cada cual gusta de lo propio; además, gracias a ellos, en una grata y especial rutina a lo largo de muchos meses, he tenido la sensación de ser habitado semanalmente; una habitación modesta, para andar por casa; pero cuando se trata del Espíritu de Jesús no hay modestia que lo desluzca ni recorte; y esa sensación en algún modo te la debo a ti. Gracias.»*

A lo largo de los años me he dejado llevar por la rutina y sigo dócil a la inhabitación modesta y gratuita del Espíritu de Jesús (in-habitación, no lo contrario de habitar sino habitar dentro; rutina, cariñoso diminutivo de ruta, pequeñina expresión del camino; Camino, no el que equivocó un cura insólito sino el que, junto a la Verdad y a la Vida, se llama Jesús de Nazaret).

Siento ganas de escribir aquí el nombre de mi padre, Luis Cobiella Zaera: es el modo de decirle «gracias». En este libro reitero estas «gracias» y digo que no supe con detalle cómo era su religión, de la que nunca me habló directamente, salvo dos cuestiones por las que sentía debilidad: san Francisco de Asís y las Reducciones jesuitas en América del Sur; por el contrario siempre supe su amor por Jesús de Nazaret que compartió conmigo cotidianamente: era una época en que no se vendían los Evangelios a los niños en las librerías católicas, para acceder a ellos los jóvenes de pocos años debían tener algún permiso; mi padre me los acercó. También escuché mis impresiones infantiles ante la lectura, en francés y a escondidas, de «La vie de Jésus» de Renan. Sin su ayuda la educación

religiosa de entonces me hubiese conducido al agnosticismo encubierto de buena parte de mis compañeros de quince cursos de Religión; y no recuerdo que en ese tiempo algún increyente dejara de serlo.

Cada uno de estos «Aclarandos» concluyen en Jesús; Jesús es constante referencia de cuanto en ellos se dice, referencia que pudiera parecer obsesiva si no respondiera a una dilección sentida con plácida naturalidad: una normal tendencia a la verdad y la vida me encamina a Jesús.

En los años setenta Concha contactó con José María Díez Alegría. A partir de entonces estuvo en casa con nosotros en varias ocasiones; nos dejó el paradigma de la fe en Jesús tal como lo necesitábamos: decía: «el nivel más radical de la fe no es la afirmación de verdades conceptuales, sino la aceptación de la persona de Cristo». Gracias, José María.

El impulso a dar las gracias nace de la sensación de haber sido regalado, de ser amado gratuitamente, por lo que tal vez no sea redundancia dar gracias a la Gracia. La gracia me custodia, como un ángel, con el nombre de Concha, ya va para cincuenta años.

Doy las gracias a Jesús, única y suficiente gracia. Y aquí opera mi irredenta tendencia a la coherencia: tengo que decir, «decirme», quién es Jesús para poder darle gracias. «¿Quién dice la gente que soy Yo? la pregunta es ésa, «¿quién soy?» ¿Yo? Habría de comenzar respondiendo quién soy yo, lo que anticipa que la respuesta será confusa y, por lo pronto, incompleta. Soy un Jesús minorado y Jesús es un Luis expandido; de esa mutua proyección resulta una mismidad inexplicable e insoslayable. El resto de las respuestas están en las trescientas semanas que siguen.

Finalmente, gracias a la Iglesia; no porque bajo su influjo fuera temporalmente prohibido el más profundo y bello soneto de amor: *No me mueve, mi Dios, para quererte*, sino porque bajo su influjo nació el soneto.

Tengo la sensación de haber eludido la pregunta sobre Jesús planteada en el párrafo anterior. Es cierto que las respuesta son las trescientas semanas que siguen pero no está de más que el lector tenga en cuenta que la última semana, 25 de diciembre del 2008, figura en la sección «Adviento y Navidad» bajo el título *Esperando el nuevo nacimiento*, página 53.

Y tampoco está demás añadir que el Jesús al que me he acercado semanalmente es, entre otras cosas, una costumbre. Si bien se mira, la fe no es otra cosa que la costumbre de encontrarse con Jesús renovada durante más de dos mil años, y esa costumbre no es otra cosa que liturgia. Creo que, supuesto un momento crítico de la Iglesia, la Iglesia se salvaría no tanto por la teología, la pastoral y otras respetables disciplinas, como por la liturgia. ¿Qué es la Eucaristía sino la afirmación de la costumbre de encontrarse con Jesús?

Hasta hace poco creía que la costumbre mataba la oración y no: la costumbre era, día por día repetida, un insistente hierro que busca la raíz. Paciente voz de hierro, oración cotidiana, padre nuestro llegando poco a poco al cielo interior de cada cual, creando poco a poco el hijo que nace dentro de cada cual, logrando poco a poco anidar la costumbre de ser hermano. Si bien se mira la oración es la costumbre de encontrar a Jesús.

Concluyo en la cuestión inevitable: y todo esto ¿para qué?

No sólo admito la posibilidad de que eso pregunte quien haya leído hasta aquí (¡gracias!) sino que yo mismo me uno a él y me pregunto: todo esto ¿para qué? Por mi parte la respuesta es «No lo sé». No es obligado saber para qué se escribe un libro; pero, eso sí, un fondo de honestidad me lleva a otra pregunta: «entonces ¿qué es esto?» Y ahí va, con mi respeto y gratitud, la respuesta: esto no es un libro de progre protestón y airado. No es un libro de fan excluyente y menos aún exclusivo. Por supuesto no es un libro teológico, o cristológico, o histórico: porque no sabría hacerlo y porque no tiene sentido abundar en publicaciones al respecto crecientemente numerosas. Entonces esto ¿qué es? Un libro. Todo lo más, si se me apura, un libro de poemas. Así lo contemplo en reciente perspectiva. Un libro de poemas modestos pero no mediocres. Un libro para que Jesús sonría; y sí, con él, sonrío el lector, mejor para todos.

Luis Cobiella.





Adviento y Navidad

- 2003-2004:** *Hacer la palabra; Nostalgia del niño olvidado; Creer en los ángeles; La anonadante encarnación de Dios; Cuando los ángeles convocan; Los enemigos del hoy.* **Pág. 23**
- 2004-2005:** *Adviento: parir a Jesús; La gracia del Evangelio incompleto; Los mensajeros de Jesús; Nacimiento del Bautista, la nueva familia; Liberación del templo; Epifanías de Jesús.* **Pag. 29**
- 2005-2006:** *Gracias a la Gracia; Gracias a Concha; Identificación de Concha; Imitación de Cristo; Mañana de Pascua; Víspera de Reyes.* **Pag. 34**
- 2006-2007:** *Derechos humanos; Feliz Adviento; Sobre la bondad de las noches; Día de los Santos Inocentes; Los Reyes Magos y Papá Noel.* **Pag. 40**
- 2007-2008:** *Día de la Constitución; La hirsuta pelambre de Federico Nietzsche; Nacimiento: candor y autenticidad; Nacimientos: misterio y fe; Día de Paz.* **Pag. 45**
- 2008:** *La contraofensiva de los ateos; Víctimas de la semántica; La santa hermana Iglesia; Esperando el nuevo nacimiento.* **Pag. 51**

Adviento y Navidad 2003-2004

4 diciembre de 2003: *Hacer la palabra.*

Hay palabras que infunden alegría y palabras que infunden temor. Por ejemplo, sonrisa; por ejemplo, estéril. Una palabra será feliz si da a luz una sonrisa; una palabra será la más desolada si no da a luz, si no se hace.

El misterio de la felicidad es el misterio del hacer; o dicho con palabras más cálidas: el misterio de la encarnación según el cual la palabra se hace.

Desde que nace, toda palabra aletea el miedo a no ser hecha y caer en la esterilidad que la convertiría en mentira.

En el principio era la palabra y la palabra buscó seno donde hacerse; allí anidó la primera alegría del mundo, la felicidad de Dios, desde entonces llamado Jesús.

Jesús, el verbo encarnado, Dios hecho, es un encarnador de palabras, un hacedor de palabras. Subió a la montaña y pronunció las palabras más hermosas. Las dijo con amor y con miedo de que no se hicieran. Por eso extremó su amor y su miedo y las resumió encargando el hacer: «Todo lo que queríais que *hicieran los* demás por vosotros, *hacedlo* vosotros por ellos»

Antes de abandonar la montaña, Jesús insistió en el hacer: No basta decirme «Señor, Señor»: hay que *poner por obra* el designio de mi Padre

Y añadió finalmente: En resumen ¡en resumen!: todo aquel que escucha estas palabras mías y las pone *por obra* se parece al hombre sensato que edificó su casa sobre roca; cayó la lluvia, vino la riada, soplaron los vientos y arremetieron contra la casa, pero no se hundió, porque estaba cimentada en la roca. Y todo aquel que escucha estas palabras mías y no las pone *por obra* se parece al necio que edificó su casa sobre arena; cayó la lluvia, vino la riada, soplaron los vientos, embistieron contra la casa y se hundió; ¡y qué hundimiento tan grande!

Un día que aclara puede ser un aleteo temeroso de no ser entre nosotros, pero también puede ser una esperanza de hacerse carne y habitar entre nosotros.

11 diciembre 2003: *Nostalgia del niño olvidado*

Hace muchos años de mi niñez, 75 por ejemplo, y no se va el recuerdo de ciertas vivencias, por ejemplo asistir a la puerta de una carpintería, cuyo olor aún revivo, y embobarme con la madera y su elaboración mediante instrumentos mágicos; también recuerdo el olor del Callado, mucho antes de la Avenida Marítima, donde los hombres de la mar manejaban artilugios igualmente mágicos para trenzar cabos, reparar redes o ayudar a encallar las barcas que regresaban en los atardeceres. No me hubiese interesado entonces escuchar conferencias sobre la Ebanistería o la Pesca de Bajura: lo interesante, lo vivo, era entonces el hacer del ebanista o del hombre de la mar; en aquellos momentos hubiésemos elegido ser de mayores carpinteros o pescadores. ¿Por qué no sucedió así? Porque al crecer medimos las dificultades de serlo, y las temimos, y acabamos rechazándolas con esa violencia solapada que llamamos olvido; por el contrario, ya de mayores, desde nuestro status encasillado, asistíamos con interés a conferencias sobre la Ebanistería o la Pesca de Bajura.

Hace más años, en los cientos que precedieron a la llegada de Jesús, la gente mayor, estatuida y encasillada, asistía a conferencias sobre el advenimiento del Reino y la espera del Mesías; hasta que un día llegó Juan y avisó que el Mesías había llegado. El signo de su bautizo fue el agua, pero el contenido de su bautizo fue la conversión: el espectador del Reino habría de convertirse en constructor del Reino, y eso conllevaba dificultad, temor y rechazo; así se defendía el status ante la escasez de clientes: se incrementó la matanza de profetas. En efecto, *desde que apareció Juan hasta ahora se usa la violencia contra el reinado de Dios y gente violenta quiere quitarlo de en medio*. Quitar de en medio al que se mantuvo carpintero de mayor, como Jesús, o a los que se mantuvieron pescadores, como Pedro, Andrés, Juan, Santiago; a los que se mantuvieron profetas como monseñor Romero en El Salvador, como tantos Defensores de los Derechos Humanos en Colombia; todos ellos, mientras crecían, vencieron las tendencias del olvido y la solapada solicitud del status.

En este aclarar el día aún niño sobre las islas quiero dar testimonio de la viviente permanencia de los recuerdos infantiles, para cuya comprensión y vigencia hay que ser como niños.

18 diciembre 2003: Creer en los ángeles

Me he preguntado a veces por qué llamamos adolescencia a la edad comprendida entre los 14 y los 25 años: ¿de qué se adolece en este lapso? La respuesta, si es que la hay, está a cargo de los especialistas, si es que los hay; pero la glosa está permitida a cualquiera. En mi adolescencia abundaban las preguntas por el significado o el sentido de ciertos términos Serios y Altos, por ejemplo Patria, Dios; eran preguntas que, por lo general, no fueron respondidas; hoy hubieran sido otras: por ejemplo preguntar por el término *ángel*, por *soñar*, por *despertar*. Lejana la adolescencia me permito responder a destiempo:

un ángel es quien te convence de que nunca es *destiempo*; un ángel es lo que nos induce a soñar y lo que nos acompaña y anima a despertar; un ángel es quien te hace echar de menos un ángel: largo es a veces el lapso en que hemos malbaratado el tiempo por creer que ya no hay tiempo, por dejar de creer en el tiempo, que es no creer en sí mismo, y eso es peor que no creer en Dios; largo ha sido el lapso en que hemos desconfiado de los sueños y hemos desistido en los despertares; largo ha sido el lapso sin ángel.

José tuvo siempre ángel: no desconfió de ser padre del amor porque el amor era posible aún a destiempo; no desistió de ser padre de Jesús, el que salva, o de Emanuel, el que permite que Dios esté con nosotros.

Se dice de José que era un hombre justo; lo era. Pero más es decir que José era un hombre que creía en los ángeles.

También se dice que José era casto, «el casto José», con su zarzuela y todo. Y lo era. Lo era porque aprendió de su ángel que la castidad, como la inocencia, no es algo que se pierde sino algo que se alcanza.

Diciembre 2003: La anonadante encarnación de Dios

En el auto mariano «Cubierta con su sombra» Dios dice a una niña: *«la palabra crea el orbe, la palabra es la confianza de alcanzar lo que se esconde, la palabra es la esperanza de encarnar el hondo sueño que hace de los hombres dioses, de dar plaza a la aventura que hace de los dioses hombres»*. Salvando las distancias, el evangelio de San Juan dice eso en su Prólogo: *«con la palabra existió todo, sin ella no existió cosa alguna; ella contenía la vida y la*

vida era la luz de los hombres. En el principio la palabra se dirigía a Dios y la palabra era Dios». En la estampa teatral Dios accede a seguir a la niña; ella le advierte: «el que quiera seguirme al lugar del hombre ha de renunciar a sí»; Dios acepta anonadarse y cubre a la Niña con su sombra, se hace nada en su regazo y le anuncia: «fabricarás los ojos que han de mirarte un día, barás las manos mías que buscarán las tuyas para aprender a andar los caminos cotidianos del encuentro, los caminos finales del olivar oscuro y el monte calavera». La niña consiente: «yo te recibo, Dios: siento que en mí te deshaces y cabes según me vas diciendo; y según te diluyes como eco de palabra voy sintiéndome tuya, yo la esclava, tú el dueño. En adelante tu nombre será dócil a mis labios: hijo, amor mío, Dios» .

La palabra de Dios puede entenderse como fuerza creadora, tal su encarnación, o como proyecto: que el hombre sea Dios: esa meta se alcanza en Jesús, en quien vemos a Dios y de quien recibimos la esperanza de ser Dios, esto es lo que significa la salvación, y con quien vivimos la realidad de estar Dios con nosotros en forma de amor. Toda idea de Dios que no corresponda a lo que es Jesús constituye un invento humano sin valor. Jesús es, de modo inseparable, la verdad del hombre y la verdad de Dios.

Si la niña de la estampa hubiese pedido que le explicaran quién era Dios, Dios hubiera señalado un rincón abierto a un 25 de diciembre para mostrarle un

Belén, un Nacimiento. Un nacimiento es, en el fondo, una explicación. El Prólogo del evangelio de San Juan termina con esa palabra: «A la divinidad nadie la ha visto nunca; un Hijo único, Dios, el que está de cara al Padre, él ha sido la explicación».

1 de Enero de 2004: Cuando los ángeles convocan

¿Cómo llamar al conjunto de personas de bajos ingresos, de escasa consideración social, de ninguna singularidad individual: proletariado? la palabra ha pasado de moda y efectividad; ¿obreros? se ha diluido el concepto; ¿pastores, como los llama el Evangelio de San Lucas? demasiado distante y escasamente homologable en la actualidad. Sea cual fuere el término adecuado, el caso es que *ese conjunto de personas permanece a lo largo de la historia.*

El grupo suele ser convocado por un afán común de justicia y solidaridad. Últimamente lo integramos cuando se intentó acceder a los Representantes de la Guerra para decirles que no la hicieran y que era mentira su pretendida justificación. Cuando los Representantes preguntaron «¿Quién les ha enviado?» el grupo aludió al afán común de justicia y solidaridad, y a una vital necesidad de verdad; dijo uno de los Representantes, Máster en Realismo, «*eso no existe, es tanto como si me dijeran que les había convocado un ángel*»; el Realista sabía que estas convocatorias sólo parten de un adversario político-social.

Sólo por una vez fue oído el grupo, hace más de dos mil años: eran a la sazón pastores y el afán de justicia y solidaridad, y la necesidad de verdad, sucedía como fuerza impulsora propia de ángeles; acudieron a una cueva en Belén donde un niño acababa de nacer, y fueron escuchados y regresaron gozosos a sus rebaños. No detectaron que allí recibieron la promesa de ser convocados a través de los siglos para buscar, más allá de los Representantes de la Guerra, la cueva donde la Paz recién nacida los entienda y guarde sus palabras en el corazón. Regresarán entonces a sus tareas como aquella noche de Belén, con la alegría de haber sido entendidos y la esperanza de creer en los ángeles. Creer en los ángeles significa buscar el secreto de la felicidad, por ejemplo, a propósito del 1 de Enero, no proclamar tanto *feliz año nuevo* y desear más *feliz hombre nuevo*.

8 de Enero 2004: *Los enemigos del hoy*

Hay adverbios próximos, familiares, «ayer», por ejemplo; ayer, tan modesto por lo general, puede ser nada menos que la historia del mundo, o nada menos que la historia propia: en este último caso se añade la cálida adhesión inherente a lo propio, al margen de si fue virtud o si fue vicio el suceso historiado. Hay adverbios igualmente próximos y familiares, «mañana», por ejemplo, que pueden ser nada menos que el final de la historia cuando la historia es un proyecto de ser y, sobre todo, la culminación del ser: en este caso se añade un confuso temor ante el acabamiento de una situación de tendencia a manos del límite alcanzado que solemos llamar a veces «muerte», a veces «hombre nuevo» y, casi siempre, «realidad»; en todo caso el adverbio «mañana» suele consistir en un

aplazamiento de la tendencia a la verdad que, una vez alcanzada, acabaría con la situación inercial del proyecto y abocaría en la desconocida situación llamada muerte, u hombre nuevo, o realidad.

De acuerdo con su religión judía Jesús iba los sábados a las sinagogas de la comarcas de Galilea y enseñaba; a veces eran palabras de Isaías: *el Señor descansa sobre mí, él me ha ungido, me ha enviado a dar la buena noticia a los pobres, a proclamar la libertad de los cautivos, y la vista a los ciegos, a poner en libertad a los oprimidos*; así leía Jesús y era bien acogido, y todos se hacían lenguas de él. Hasta que un día, en la sinagoga de Nazaret, acabó con el mañana y dijo:

Hoy... *Hoy ha quedado cumplido este pasaje ante vosotros que lo habéis escuchado.*

Quería decir Jesús que el adverbio «mañana», entendido como aplazamiento del bien, era el opio de los pueblos. Y los que lo oyeron se defendieron, se declararon en contra y decían *¿pero no es éste el hijo de José?* Desesperadamente nombraron a José porque José era el ayer de Jesús. Querían el ayer, cuando aún era posible escudarse en el mañana, ese mañana que, mediante aplazamiento, cerraba la puerta a Jesús-Hoy: «mañana le abriremos... para lo mismo repetir mañana».

Adviento y Navidad 2004-2005

2 diciembre 2004: *Adviento, parir a Jesús*

Una mujer de entre la multitud alzó la voz y le dijo: «¡Dichoso el vientre que te llevó y los pechos que te criaron!» Pero él repuso: «Mejor: ¡dichosos los que escuchan el mensaje de Dios y lo cumplen!»

¿Mensaje de Dios, qué mensaje? Jesús es el mensaje de Dios. Son dichosos quienes escuchan y viven sus palabras. Pero esto no es incompatible con la dicha del vientre que lo lleva para después parirlo y criarlo.

Hay un tiempo en que Jesús está dentro. Es el tiempo de la esperanza, el estado de la buena esperanza. Realmente este tiempo no está en el tiempo: cualquier momento puede ser tiempo de esperanza, tiempo de sentir dentro a Jesús y de esperar que nazca de nosotros; y luego está también el tiempo de alimentar al Jesús recién nacido, cualquier tiempo, y el tiempo de criarlo, de crecerlo, hasta que llegue el tiempo de la dicha, cuando ese Jesús que de ti nació y tú criaste, pronuncia un mensaje para que tú lo cumplas. Tales tiempos insecuenciales libran del tiempo que soportamos uncidos al antes y al después.

Esperar al mesías es esperar al que llevamos en el vientre. Tal es la dicha del Adviento que, además de tiempo litúrgico es, en cualquier instante, tiempo de felicidad.

¡Viene el Mesías! se gritaba en tiempos remotos, alzando las manos y las voces al cielo porque desde allí había de venir. ¡Viene el Mesías! decimos en el tiempo nuestro y dirigimos la palabra a nuestra persona y bajamos las manos en caricia sobre nuestro vientre.

9 diciembre 2004: *La gracia del Evangelio incompleto*

El Evangelio está completo: es suficiente para suscitar el espíritu de Jesús que inhabita toda criatura que lo recibe. No todas las vivencias de cada criatura en las que vive Jesús han sido escritas: en tal sentido el Evangelio está incompleto. Tal vez eso quiso indicar San Juan cuando al final de su Evangelio dijo que otras

muchas cosas hizo Jesús.

Suele ocurrir que a nuestro alrededor continúa el Evangelio: conozco quien atiende personas impedidas, quien acoge a los niños, quien vive el dolor ajeno y, más aún, la ajena alegría; conocí quien visitó prostitutas enfermas no para hablarles de Jesús sino para acompañarlas como Jesús las hubiera acompañado; conozco quien encargó decir «buenos días» cada jueves para inducir la compañía de Jesús: por estos días se cumple un año de este encargo.

Otras muchas cosas hace Jesús, las cuales, si se escribiesen una por una, no cabrían en el más capaz de los discos duros.

Y tras conocer esa prodigiosa abundancia de secuencias evangélicas pienso que tal vez no les guste demasiado conservarse en disco duro sino más bien anidar en un tierno corazón, aún a riesgo de que algunas de ellas se pierdan en la desmemoria.

Razón de más para conservar y agradecer lo que vivieron y escribieron los primeros cristianos a través de Mateo, Marcos, Lucas y Juan.

16 diciembre 2004: *Los mensajeros de Jesús*

¿Dios es débil, puede alguien frustrar sus designios? Ya sé que meter a Dios entre palabras de hombres es gastarle una broma pesada a Dios, del que apenas sabemos que *es*, y del que no sabemos qué es salvo esa luminosa oscuridad llamada amor. Pero el caso es que la palabra *Dios* se mezcla, profusa, con palabras de los hombres y nos tenemos que arreglar con ello, tanto Él como nosotros; por ejemplo, según el evangelio de Lucas los fariseos y los maestros de la ley *frustraron el designio de Dios* para con ellos y, una vez más, tenemos que arreglar algo que, en realidad, sólo puede arreglar Dios con su sonrisa o nosotros con la inveterada destreza que nos adorna merced a siglos de glosa.

En nuestro caso Lucas refiere que algunos no creyeron que Juan Bautista era el mensajero de Jesús. Para Juan era Jesús el designio de Dios.

Los que creemos en Jesús Presente detectamos la presencia de Juan Bautista: vivimos entre personas que preparan caminos y que anuncian el cumplimiento del designio de Dios. Son mensajeros con voz propia, no cañas mecidas por el viento, ni visten fastuosamente, ni viven

entre placeres, ni en palacios. Son mensajeros del designio de Dios, de quienes Jesús gusta hablar con respeto y alabanza.

23 diciembre 2004: *Nacimiento del bautista, la nueva familia*

La noche de mañana celebra un encuentro descuidado a lo largo del año. Cada nochebuena nace la intimidad convocada por el deseo de proximidad familiar. El suceso resulta grato y sintoniza con el amor cuyo nacimiento celebran los cristianos por esa fecha.

Más extraño, si no contrario, resulta el recuerdo que pretendo evocar en este buenos días, el nacimiento de Juan Bautista. Tras breves palabras para anunciar el parto y la subsiguiente felicitación, Lucas ocupa el relato con lo siguiente:

A los ocho días fueron a circuncidar al niño, y lo llamaban Zacarías, como a su padre. La madre intervino diciendo: «¡No! Se va a llamar Juan.» Le replicaron: «Ninguno de tus parientes se llama así.» Entonces preguntaban por señas al padre cómo quería que se llamase. Él pidió una tablilla y escribió: «Juan es su nombre.» Todos se quedaron extrañados. Inmediatamente se le soltó la boca y la lengua, y empezó a hablar bendiciendo a Dios. Los vecinos quedaron sobrecogidos, y corrió la noticia por toda la montaña de Judea. Y todos los que lo oían reflexionaban diciendo: «¿Qué va a ser este niño?» Porque la mano del Señor estaba con él.

Ciertamente es una extraña manera de estar el Señor: desoír la comunidad familiar, elegir un nombre extraño, no el Zacarías de la estirpe sino el inhóspito Juan, fuera de la familia. Juan será el precursor de la nueva familia formada por quienes cumplen el amor extendido y no cercado: tales serán los padres y los hijos y los hermanos.

Extraña manera, mas no contraría al suceso familiar de la noche buena. Porque en la noche de mañana el cariño transfigura los sentimientos y los nombres: padres, hijos, hermanos, de algún modo inconsciente y misterioso, se sienten padres, hijos y hermanos de otros menos próximos donde se desdibuja el Zacarías y se prefigura el nombre nuevo y común con que el amor bautiza a todos. Yo creo que es cosa de amor profundo, y no de componenda fácil, concluir en que no hay inconveniente en llamarse Juan-Zacarías, Juan-Lucas, Juan-Jesús...

30 diciembre 2004: Liberación del templo

A Lucas interesa subrayar la relación de Jesús recién nacido con el Templo: allí llevaron al niño para cumplir las prescripciones de Moisés y, con tal ocasión, en el Templo se produce el primer anuncio de Jesús como salvador por boca de Simeón, justo y piadoso, y por boca de Ana, profetisa piadosa: ella habló del niño a todos los que aguardaban la liberación de Jerusalén, vinculando así al recién nacido con su futura misión. Posiblemente Ana entreveía una liberación de índole política y no de índole religiosa; pero más que de los romanos Jesús acabó salvando de la religión basada en el Templo. Con ocasión de su primera y decisiva revelación como Mesías liberador, Jesús desmitificó la religión de los templos, donde no se conocía lo que debía adorarse, y propuso el culto verdadero: adorar al Padre con espíritu y lealtad (Juan 4, 21-26), sea cual fuere el lugar; aunque no recomendó el templo como lugar para orar: «cuando quieras rezar, entra en tu cuarto, echa la llave a tu puerta y rézale a tu Padre que está en lo escondido; y tu Padre, que ve lo escondido, te recompensará» (Mateo 6, 6).

La profetisa Ana, hija de Fanuel, de la tribu de Aser no vivió el tiempo de la liberación cuyo significado no alcanzó a vislumbrar; pero eso no importaba a la economía de la salvación; lo que importaba —y creo que es por ello por lo que el Evangelio la cita - lo que importaba es que *se hablara del niño a todos los que aguardaban la liberación de Jerusalén*, que se hablara de Jesús, ante cuya palabra ha de rendirse quien quiera ser liberado; he dicho «rendirse» en su deliciosa acepción de «enamorado».

6 de enero de 2005: Epifanías de Jesús

El jueves pasado recordaba una de las primeras presentaciones que hizo Jesús de su persona: fue ante una mujer de Samaría y, a propósito de la diversidad de templos, él propuso el espíritu para adorar al Padre; tal vez confusa, la mujer confiaba en que vendría un Mesías para explicarlo todo; fue entonces cuando él dijo: *Soy yo, el que habla contigo*. Y, efectivamente, en él y sólo en él iba a hallarse la explicación de todo.

Esta mañana recuerdo otra primera presentación de Jesús, esta vez en la sinagoga de Nazaret: volvió a proponer el espíritu y dijo que estaba sobre él y que

había sido enviado para anunciar el Evangelio a los pobres, para anunciar a los cautivos la libertad y para dar a los ciegos la vista y a los oprimidos la libertad. Y de la misma forma que a la samaritana dijo «yo soy, el que habla contigo», ahora anunció que en aquel momento se cumplía el versículo de Isaías que acababa de leer.

En Samaría, en la sinagoga de Nazaret, en la historia y, sobre todo, hoy, cada vez que un prisionero queda libre, cada vez que ve un ciego y el oprimido deja de serlo, en suma: cada vez que se da buenanueva a los pobres se está cumpliendo la Escritura y, con ella, la palabra del Jesús que prometió estar entre nosotros mediante el espíritu con que fue ungido. Sigue siendo Jesús el que hoy se cumple, el que lo explica todo. ¿El que lo puede todo? «Poder» es una palabra tan débil! Lo fuerte es explicar, lo decisivo es cumplir.

Finalmente, hay una manifestación inicial de Jesús que engloba sus subsiguientes presentaciones y constituye su epifanía: sucedió en la cueva con Jesús recién nacido, ante quien tres reyes dejaron el oro, el incienso y la mirra. Jesús es, definitivamente, el basurero del oro del poder, de la mirra del hedonismo y del incienso ante los ídolos, y así salva a los hombres.

Adviento y Navidad 2005-2006

1 de diciembre de 2005: *Gracias a la Gracia*

La próxima semana, si Dios quiere, diré el último buenos días de una etapa desde Radio Eccla, no desde mi ánimo, que dirá buenos días mientras lo anime la radio. En estas ocasiones postreras he agradecido a personas y situaciones; penúltimamente hoy quiero dar gracias a la gracia.

De las evidencias más fuertes que contemplo a lo largo de mis ochenta años largos es la constatación de que todo me ha sido dado, y dado gratuitamente, sin premeditación; alevosía la hubo solamente en las pocas situaciones en que intenté desvirtuar lo dado.

Debo añadir que por mi parte no considero mérito haber sido dócil a la gracia, ni demérito haber añadido a la docilidad una pizca de indolencia.

Pero, sin que tampoco tenga que ver con el mérito, sí debo añadir que me he sentido conducido por alguien que me ama, y esto rebasa los campos de los méritos y e incluso de la justicia; esto es del orden de la divina injusticia del administrador que pagó a los jornaleros de la viña sin reparar en el tiempo que habían trabajado.

Tal vez en esta ocasión tenga interés indicar que me he sentido llevado a decir desde Radio Eccla algo no exclusivamente elaborado por mí sino algo a lo que he sido imprevisiblemente dócil: en una grata rutina a lo largo de muchos meses, he tenido la sensación de ser habitado semanalmente; una habitación modesta, para andar por casa; pero cuando se trata del Espíritu de Jesús no hay modestia que lo desluzca ni recorte.

Finalmente debo añadir que también seré dócil a quien me lleve a concluir los buenos días semanales de Radio Eccla. Todo es gracia y a todos los niveles, incluso a este nivel cotidiano y menudo donde apenas importa que uno a veces diga y a veces calle; todo es gracia.

Gracias, pues, a la gracia.

8 de diciembre de 2005: Gracias a Concha

Hoy es el día de la Inmaculada, es decir, el día de Concha. Y entre las cosas que Concha dice, está ésta: *la inocencia no es algo que se pierde, sino algo que se alcanza.*

Alcanzada la inocencia, Concha dice: *que me disculpe el Saber si estoy al margen del saber cuando le doy a la Vida lo que al Saber no he de darle: viviendo vi la importancia de discernir lo importante: junto al Camino la Vida se hizo la más grande Verdad. Vi al hambriento y supe que lo importante es el hambre; vi al desnudo y supe la importancia de abrigarle; vi al preso y supe que lo importante es la cárcel; y un hombre que estaba solo me enseñó que lo importante no es saber de soledad sino ser ángel.*

Preguntada por la carne inmaculada, Concha dice: *sólo al amor me di y el amor nunca mancha. Él es quien me ha dejado limpia como agua clara, clara, como agua limpia, y besando la tierra, como el agua, que eso quiere decir inmaculada: sin mancha de poder, ni de riqueza, ni de magia, ni de mentira, ni de distancia. Mi pureza es ser madre, hija y esposa de todo amor que en el amor se hermana; si mancha tanto amor, es mi pureza su mancha.*

Cuando la cubre Dios con su sombra, Concha dice: *de caricia en caricia te harás hijo del hombre recibiendo en mi seno los besos que te envió... Yo te recibo, Dios. Siento que en mí te deshaces y cabes según me vas diciendo. Y según te diluyes como eco de palabra voy sintiéndome tuya, yo la esclava, tú el dueño. En adelante tu nombre será dócil a mis labios: hijo, amor mío, Dios.*

Jesús fue necesario para ver a Dios; tan imprescindiblemente necesario que viendo a Jesús vemos a Dios. Concha es necesaria para ver a Jesús; tan verdaderamente necesaria que viendo a Concha vemos a Jesús. Por lo que dar gracias a Concha es dar gracias a Jesús.

15 de diciembre de 2005: Identificación de Concha

El pasado jueves concluí la etapa de desear buenos días una vez por semana desde esta Radio. Con tal motivo dediqué las cuatro últimas intervenciones a dar gracias a Dios, a la iglesia, a la Gracia y a Concha, términos identificables por el

oyente excepto el último; trataré hoy de ayudar la identificación de Concha.

Concha es mi compañera. Por favor, por estética, no añadir el término «sentimental»: es mi compañera sentimental, material, cultural, animal; si no implicara propiedad diría que es *mi* mujer; estoy casado con ella desde que dijimos que nos queríamos.

Hace años que Concha y yo intervenimos en la radio semanalmente. Ella, desde la Cadena Ser y la emisión «Ponte en su piel», atiende lo que pasa en el exterior; yo, desde Radio Ecca y la emisión «Aclarando el día», comunico lo que pasa en mi interior. De otra manera: ella dice lo que le dice la Vida y yo digo lo que me dice Jesús.

Es pecado desconectar el exterior con el interior, desavenir lo que la vida dice con lo que dice Jesús, es pecado, el único pecado tal vez, pensar que puede aclararse el día de los hombres sin ponerse en la piel de los hombres. En eso consiste el divorcio. Contra el pecado de divorcio, la virtud de equivalencia.

No es recomendable, sin embargo, ponderar en demasía la equivalencia: tarea laboriosa y, por laboriosa, propicia al equívoco: equi-valer está próximo de equi-vocar. A veces parece más difícil atender lo que pasa en el exterior que soltar lo que pasa en el interior, a veces lo contrario; y son peligrosas las tendencias a subordinar lo que decimos a lo que fuera sucede, o amoldar lo que fuera sucede al dogma que proclamamos. Sano es mirar el exterior con honesta atención y comunicar el interior con honesta sinceridad: esa palabra, honesta, tiene matiz nupcial: co-honestar, casar honestidades, eso que sencillamente llamamos «llevarse bien» o no divorciarse. Llevarse bien el fuera y el dentro. Llevarse bien: ponerse en la piel del mundo para aclarar el mundo.

22 de diciembre de 2005: *Imitación de Cristo*

Kempis fue una de las consecuencias de Francisco de Asís: *consecuentemente* tituló su libro «Imitación de Cristo», así como las imágenes de Cristo pintadas por Cimabue, Giotto, Iunta Pisano instauraron la imagen de Jesús vivo sufriendo el tormento de la crucifixión, contra el uso de los Cristos bizantinos, que no dejaban de ser una referencia convencional de la *idea* de la Redención. Ningún lector honesto del Evangelio duda hoy que, respecto al entendimiento de

Jesús, Francisco de Asís supuso al menos tanto como la revolución paulina. Ciertamente interesantes fueron los tiempos anteriores donde sobreabundaron las herejías cristológicas para uso de teólogos; el tiempo de Francisco de Asís sobrepasó la posible herejía y planteó la imitación de Cristo para uso de cualquier interesado en el Reino de Dios.

No ha concluido el tiempo de Francisco y estamos en la inacabada imitación de Jesús.

No se acaban de imitar algunos rasgos porque es difícil la imitación: por ejemplo poner la otra mejilla, vender lo propio y repartirlo entre quienes lo necesiten. No se acaban de imitar otros rasgos porque no son excesivamente seductores: por ejemplo ser manso y humilde de corazón, perder la vida para ganarla. Tampoco se imitan las modas de Jesús, por ejemplo el régimen alimenticio o la vestimenta porque aquellas modas se enfrentan a las actuales y es bien sabido que un primer mandamiento es «seguirás la moda de tu tiempo»; en este caso ni Jesús ni nadie merecen fidelidad porque la esencia de la moda es, precisamente, la infidelidad a cualquier moda pasada.

Cabe preguntar finalmente si tiene sentido imitar a Jesús en sus comportamientos religiosos: por ejemplo cuestionar al pontífice, desprestigiar al sacerdote, desautorizar al maestro, incumplir ciertas normas de la ley, no referirse a nadie con el título de Santo y Padre, explicar la salvación mediante el amor al otro y no mediante el conocimiento de Jesús. Me temo que esta imitación es difícil, no excesivamente seductora y no cumple la moda.

Pese a todo pasado mañana nacerá un niño.

29 de diciembre de 2005: *Mañana de Pascua*

A lo largo de mi larga vida he asistido al proceso de escondimiento de la Pascua. Decíamos «Felices Pascuas» y de pronto se inicia el proceso de sustitución comenzando por la restricción teórica «Feliz Navidad» y concluyendo en «Felices Fiestas». Había un leve matiz vergonzante en tal proceso de adaptación a los nuevos tiempos que, compatiblemente, constituyeron tiempos de renuncia a una tradición específicamente cristiana hija, como tantas otras, de la tradición judía. «Pascua» es *tránsito, paso* del Señor matando a los primogénitos egip-

cios en una noche de sangre tras la cual comienza la liberación de los hebreos esclavos. En los primeros siglos los cristianos evocaron la muerte de Jesús como tránsito, como paso a la liberación de los esclavizados por el mal de la pobreza. Poco a poco esta idea se zafó de la referencia judía y sólo significó la alegría por el paso incruento del liberador, por el tránsito amoroso del salvador, y desde entonces se expresó tal gozo a pleno sol: ¡feliz paso, feliz tránsito, felices pascuas!. Esta pascua feliz, como digo, ha sufrido en los tiempos actuales un proceso de sustitución no exento de cierto matiz vergonzante, según el cual no se dice «Felices Pascuas» sino «Felices Fiestas».

Hace pocos días vi en la tele un programa sobre la Teología de la Liberación: allí los nombres jóvenes de Gustavo Gutiérrez, Jon Sobrino, Helder Cámara, Leonardo Bof, Pedro Casaldáliga, Ignacio Ellacuría, Monseñor Romero se escondían tras rostros de personas viejas, de pasado tránsito, de pascua pasada, en algún caso muertos a manos de un inexplicable designio más o menos sangriento, en todo caso pasados por obra de Jerarquía o de Moda o de Olvido, que tanto da: en todos los casos se trata de un artero escondimiento de la pascua para sustituirla por la fiesta.

Me pregunto si será ésta una misteriosa dinámica de actuar el paso de Jesús para defender su pascua, su paso por el mundo. Y me respondo que el domingo pasado amaneció el sol derramando colores sobre el cielo y sobre el mar de La Palma. Ciertamente, era una mañana pascual. Y ciertamente: al influjo de este nombre invicto contra los escondimientos, *Mañana de Pascua*, se ensancha el corazón.

5 de enero de 2006: *Víspera de Reyes*

Esta noche es noche de Reyes. Como todas las vísperas, la de Reyes adelanta y plenifica la situación adviniente. ¡Quiero decir con esto tantas cosas!

Quiero decir que no es bueno minusvalorar la ilusión y entronizar como único el reinado de lo actual, y que es bueno recordar que es tan real el acto como la potencia.

Quiero decir que nos son dadas ciertas posibilidades que un día clausuramos por considerarlas impropias de la edad; y que, contrariamente, a cualquier edad

es posible el suceso cualquiera, por ejemplo, sentirnos niños.

Quiero decir que en esta víspera de Reyes nos sentimos niños, que participamos de la temblorosa ilusión de nuestros hijos y nietos, que la noche de Reyes es especialmente nuestra porque en ella somos niños.

Quiero decir que eso que decimos de mayores: que los Reyes Magos no existen, es falsa y barata conclusión. La esencia de los Reyes Magos no está en la barba de Melchor ni en la negra pintura sobre el rostro de Baltasar sino en los ojos de un niño viéndolos pasar desde los hombros de su padre. Existe la ilusión de la víspera que sume a los niños en un sueño impaciente; existe la ilusión de la víspera que nos mantiene despiertos, igualmente impacientes, igualmente niños. Existen los Reyes Magos.

Sed como niños, nos propone Jesús, no impidáis que se acerquen; es decir, no os impidáis acercaros a los niños para sentir como ellos, con ellos, la ilusión de la víspera de Reyes. Tal vez Jesús pensaba que catar esa ilusión de poner juguetes en el despertar de nuestros hijos provocaría, como bendita adicción, la ilusión de poner felicidad en el despertar de todos los niños del mundo.

Adviento y Navidad 2006-2007

7 de Diciembre de 2006: *Derechos humanos*

En alguna ocasión he tenido la sensación de molestar a alguien llamándole cristiano. Hablábamos de su talante propicio a preocuparse por la gente y echar una mano en cualquier apuro y yo le dije: «tú eres cristiano». En estos casos la molestia se concreta en el rechazo de un calificativo que para él significa algo distinto de sus sentimientos y tendencias: credos, liturgias y, sobre todo, hipotecas de naturales espacios de libertad. No hubiese molestado a nadie si, por las mismas razones que lo llamé cristiano le hubiese llamado generoso, o bueno, o justo.

Advierto esto porque no quisiera que nadie se sintiera molesto si relaciono a Jesús con los valores de generosidad, bondad o justicia.

Jesús resumió el ideal en la preocupación por la gente, por echar una mano en cualquier apuro, por ejemplo: los que padecían hambre, o sed, o soledad, o cárcel, o enfermedad, o injusticia. Declaró que cualquier tipo de salvación - digamos cualquier tipo de liberación- dependía de dar vía al alimento, o acceso al agua, o a la integración con los demás, o curar, o remediar lo injusto. Tales son los valores -los únicos valores decisivos- de Jesús: el derecho de los hombres a alimentarse, a saciar la sed, a ser tenido en cuenta, a ser curado, a ser visitado en la cárcel, a ser tratado según la justicia. A tales derechos que Jesús proclamó hace veinte siglos, nosotros los llamamos derechos humanos.

El próximo domingo celebraremos el día de los derechos humanos, día que, para mí, constituye también el día de las palabras de Jesús. No te llamaré cristiano si no quieres, diré que eres generoso, bueno, justo. Y esperaré el momento en que la religión no estorbe a la fe en la generosidad, en la bondad, en la justicia y, conjuntamente, en la manera de ser de otro colega de los derechos humanos:

14 de Diciembre de 2006: *Feliz Adviento*

El tiempo de Adviento es tiempo de espera. Ya por ello es entrañable: esperar es lo contrario de desesperar. Para muchos es, además, tiempo de esperar a

Jesús; lo cual, además de entrañable, añade una misteriosa singularidad. En el límite del misterio, que no debe traspasarse, profundicemos en la singularidad.

Se espera lo que aún no ha llegado. Si se espera Jesús es que aún no ha llegado Jesús. Jesús es entonces una ausencia. El que espera a Jesús tiene que estar sin Jesús para esperarlo.

Pero, por otra parte, surge la aparente contradicción: aludir a Jesús para esperarlo implica el previo conocimiento de Jesús. Conocer a Jesús es sentirlo próximo, más aún: incluido en nosotros, presente, no ausente.

Una mujer en estado de espera cumple la aparente contradicción: siente a Jesús incluido en su cuerpo y lo espera como algo por llegar, aún no presente, aún ausente.

Cumplir esa aparente contradicción recibe el bello nombre de *concebir*. No es mera liturgia que el Adviento incluya la fiesta de la Concepción, innecesariamente calificada de Inmaculada porque toda concepción adventual es inmaculada.

Merced a la concepción desaparece la contradicción del Adviento: esperamos a Jesús porque *ya había llegado*. El gozo de esperarlo y el gozo de encontrarlo es *el mismo gozo*, el mismo. O dicho de otra forma: decir «Feliz Navidad» es lo mismo que decir «Feliz Adviento».21 de Diciembre de 2006: *Sobre la bondad de las noches*

La noche del domingo será nochebuena. He escrito nochebuena juntando las dos palabras; también se pueden escribir separadas: «noche» «buena». A esta simplicidad rayana en tontería puede a veces encontrarsele sentido: hay quienes no admiten para la noche del 24 el título de «nochebuena» (unidas las palabras) y sí admitirían que la noche del 24 puede ser una «noche» «buena» (palabras separadas). Hay incluso un Ayuntamiento o un Instituto, o algo así, no recuerdo bien, que ha prohibido la celebración de la nochebuena (unidas las palabras) por el aquél de no obligar al cumplimiento de ritos de una religión ajena a los no católicos.

Me gustaría tranquilizar a tales personas indicándoles que en general las actuales costumbres navideñas nada tienen que ver con la expresión literal del Evangelio; y que, al margen del Evangelio, quienes celebran lo que hoy se tiene por rito religioso en realidad celebran un evento social según el cual nochebue-

na (palabras unidas) significa noche buena (palabras separadas), porque hay buena dádiva, buena compra, buena comida, buena iluminación, buena relación familiar, buena ocasión de pasarlo bien. Independientemente de que algunos de tales beneficiarios de las noches buenas añadan en su interior un recuerdo al niño Jesús que figura en el Belén del Rincón, lo cual no tiene que molestar a la Institución que este año prohibió los festejos de navidad.

Yo voto por una prudente coexistencia de ambas situaciones, vocablo o sintagma y, con los debidos respetos a una u otra modalidad, me acuso de considerar trivial esta cuestión.

En cuanto al Jesús que siempre remata mis reflexiones semanales, creo que tanto celebra la nochebuena con especial alegría como celebra con especial alegría que las noches sean buenas, incluida la del 24 de diciembre.

Y en cuanto a mí, todas las noches, todos los días, todos los jueves nace Jesús en mi corazón. 28 de Diciembre de 2006: *Día de los Santos Inocentes*

Hace una semana comenzó el invierno. Un adjetivo propio del invierno suele aludir a cierta tristeza, leve si se quiere, no necesariamente dramática. *El invierno es triste*. Y la frase transcurre sin protesta.

Voy a contar un cuento de invierno. Voy a inventar una historia triste.

Herodes supo que Jesús escapó de la matanza y huyó a Egipto, es decir, se enteró cuando ya no había remedio: creció el Jesús que, en vez de matarlos, pidió que los niños se le acercaran.

Sabido es que quien decapita profetas y mata inocentes adquiere poder sobrehumano, sobre todo el poder de extenderse y anidar en cuerpos ajenos.

Así sucedió con Herodes que, durante dos mil años, estuvo proyectando matanzas de inocentes.

Y ciertamente, aprendió: apenas se le escapan sus víctimas y no vale huir a Egipto.

Las estadísticas se encargan de confirmar el éxito de Herodes: niños en su tierra, en África, en el mundo, mueren de sed, de hambre, de fiebre, de sida, no el 28 de diciembre sino todos los días, todos los minutos.

Y por ahora, cumple Herodes su fin: cuidar de que no viva el Mesías.

Siento concluir el año inventando una historia triste. Pero no tengo derecho,

no tenemos derecho a concluir de otra manera este horror que celebramos más allá de la ironía más terrible, más allá del más terrible sarcasmo, titulándolo «Día de los Santos Inocentes»; y sobre todo tratando de disimular el horror diciendo que ésta es una triste historia inventada. No. Todos lo sabemos: no es inventada.

Muere de nuevo un año sin atender la súplica del invierno, esa bella estación que no quiere ser triste.

4 de enero del 2007: *Los Reyes Magos y Papá Noel*

Hay quien cuestiona la existencia histórica de los Reyes Magos; pero los Reyes Magos existen. Y existen no tanto porque también hay quien no cuestiona su existencia histórica, sino porque todos cuidamos que la ilusión no se nos muera, con lo que volvemos a recobrar la alegría infantil de no saber que los Reyes son los padres, más aún ahora: saber que los padres no son los Reyes Magos.

Para que la ilusión no se nos muera debemos cuidar que no se nos mueran los Reyes Magos. Uno de los cuidados será saber que los padres no son los Reyes Magos, y este cuidado me parece que de momento está a salvo: basta preguntar a los padres en las últimas horas de la víspera si son ellos o si son los Reyes Magos los que los mantienen en vilo gozoso.

Otro de los cuidados sea tal vez no enfriarnos con el emisario de los países del norte, Papá Noel. Tiene Papá Noel a su favor dos fuerzas poderosas: el comercio y la moda, fuerzas éstas a su vez íntimamente relacionadas de modo que su ataque simultáneo es de difícil rechazo. Los del otro bando, nosotros, disponemos de fuerzas más modestas: la costumbre mansa, la no boyante economía y, sobre todo, la estética: frente a un Santaclaus y su gorro con borla oponemos la prodigiosa variedad de sus majestades de Oriente que dejan en nuestros hogares el oro de lo noble, el incienso del ensueño, la mirra del misterio: nunca sabremos del todo qué es la mirra, gracias a Dios.

Y para los creyentes tienen los Reyes Magos un plus: ellos, los Reyes, cambian la confortable seguridad de sus reinos por el azaroso seguimiento de una estrella para adorar un niño desvalido ante quien se despojan del oro de la razón, el incienso de lo sagrado y la mirra del poder. Suprema adoración, supre-

mo regalo de Reyes: renunciar al poder, a lo sagrado y a la razón reconociendo que ese niño, Jesús llamado, es la única razón, lo único sagrado, el único poder.

Adviento y Navidad 2007-2008

6 de diciembre de 2007: *Día de la Constitución*

Como he dicho en muchas ocasiones tengo dilección por el suceso; me es cada vez más grato advertir lo que sucede y cada vez me preocupa menos discernir por qué o para qué sucede. Digo esto porque hoy sucede el día de la Constitución y a este propósito voy a recordar circunstancias de mi niñez sin preguntarme por qué o para qué.

Me sitúo en los primeros cursos de Bachillerato, años de guerra civil. Solíamos reunirnos unos cuantos amigos ante los que tocaba al piano, hábilmente ligada, la música que nos enardecía, un potpourri decíamos: el Himno de Falange, un Himno de Falange casero, el de los Requetés, el Himno de la Legión, la Canción del Legionario, los coros religiosos «Christus vincit» y «Cantemos al amor de los amores»; a continuación sonaba la música de nuestros amigos: el Himno de Alemania, la Canción-Himno de los Nazis, el Himno de Italia, la Giovinezza, una tonada del tiempo de la guerra italo-abisinia: «Faceta Nera», el Himno de Portugal; todo ello concluido con la Marcha Real, recientemente instalada como himno nacional; y tras ella los aplausos. No toqué nunca en aquellas tardes juveniles los himnos de Inglaterra, Francia, Norteamérica y, por supuesto, el de Rusia que todavía era la Internacional. Debo confesar que no como español sino como músico (a la sazón colaba esa tontería) lamentaba no poder tocar La Marsellesa y la Internacional, dos himnos preciosos.

Nuestro cine era entonces español, sobre todo de la UFA, o norteamericano, más el Nodo y noticiarios alemanes. Nuestros profesores eran del país, mi padre entre ellos. No advertíamos efectos de la censura porque la censura era total. Salvo unos pocos, íbamos a misa los domingos y comulgábamos con cierta frecuencia. Mi padre puso en vano leves dificultades a que me inscribiese como «balilla» (luego «flechas» y «frente de juventudes»); no fue leve y no fue en vana su oposición a que me apuntase como «tarsicio», una organización devota juvenil.

Luego crecí gracias a la biología, gracias a mi padre y gracias a Jesús. Y gracias, hoy lo digo especialmente, a los que crecieron conmigo e hicieron posible la Constitución donde me encuentro libre de ser engañado y puedo tocar la música que yo quiera.

13 de diciembre de 2007: *La hirsuta pelambre de Federico Nietzsche*

Cuando uno de mis nietos se sintió lo suficientemente mayor para manejar por vez primera una cortadora de césped dejó el jardín que era una pena: ni una brizna de verde. Aparte el obligado regañadientes, alguien dijo que al menos desaparecieron las malas hierbas.

Sin querer y sin mala intención uno es a veces una mala hierba junto a Jesús y no vendría mal un tijeretazo. Hay que reconocer que las tijeras de Nietzsche cortaron a lo bruto y él merece el regañadientes como el que sufrió mi nieto por dejar pelado el jardín del cristianismo. Sin embargo algunos cristianos pensamos que al menos desaparecieron las malas hierbas y es el propio Nietzsche el que salva a quien siempre quiso, Jesús de Nazaret. Dice: (Escritos póstumos [La voluntad de poder] invierno 1886-7)

«El cristianismo, como realidad histórica, no debe ser confundido con aquella raíz que su nombre recuerda: las demás raíces de que ha crecido han sido mucho más poderosas. Es un incomparable abuso amparar con aquel santo nombre instituciones de decadencia como las que designan con las expresiones de «Iglesia cristiana», «fe cristiana» y «vida cristiana». ¿Qué es lo que negó Cristo? Todo lo que hoy se llama cristiano»

«El que hoy dijera: «yo no quiero ser soldado», «yo no me ocupo de los tribunales», «yo no reclamo el auxilio de la policía» «yo no quiero hacer nada que turbe mi paz interior; y, si debo sufrir por esto, nada conservará mi paz mejor que el sufrimiento»...ése sería cristiano.»

«Ironía contra aquéllos que creen hoy superado el cristianismo por las modernas ciencias naturales. Los valores cristianos no han sido superados nunca por dichas ciencias. Cristo en la Cruz es el símbolo más sublime, aún hoy.»

¿Por qué Nietzsche me produce cierta ternura, sobre todo cuando su locura

lo encerró? ¿Por qué pienso que entonces había alguien a su lado haciendo compañía al recluso e, incluso, a veces, acariciándolo?

20 de diciembre de 2007: Nacimientos: candor y autenticidad

Quisiera terminar el año, hoy y el próximo jueves, en clima de Navidad; y, fiel a la sencillez que pretendo, quisiera hacerlo glosando el nacimiento; no el de Jesús, sino el Nacimiento que escribimos con mayúscula y que consiste en minúsculas figurillas que aún pretenden acogerse al rincón de nuestras casas, de nuestros corazones.

El Nacimiento es parte importante del clima de Navidad. La Navidad sigue siendo un «clima» diferenciado a pesar de que la cultura global lo viene diluyendo (cuando digo cultura global me refiero a la determinada por parámetros muy operantes y poco legítimos como pueden ser la tele y la tarjeta bancaria). Para nosotros el clima de Navidad tiene que ver con el Nacimiento, la Cena en familia, el Villancico, el Encuentro y, sobre todo, el deseo de felicidad sin fronteras: feliz Navidad, felices Pascuas decimos, a pesar de que la cultura global venga diluyendo tales deseos de felicidad y trate de sustituir la Navidad y la Pascua por la palabra Fiesta; felices Fiestas; lo cual, cuando menos, no deja de constituir una pobre redundancia, a no ser que admitamos la posibilidad de que haya Fiestas infelices.

¿Qué aporta el Nacimiento al clima de Navidad?

En primer lugar el *candor*. De verdad: ¿se pronuncia aún esa palabra, candor? o, como decimos de ciertos usos, ¿está en vías de extinción? Desaparecen términos, como desaparecen especies, y desaparecen ante nuestra insensibilidad, así la palabra candor. Pues queda bien claro que candor significa sinceridad, sencillez, ingenuidad y pureza del ánimo; y queda bien claro que todo eso añade el candor cuando el Nacimiento lo aporta al clima de Navidad. Hemos llegado a utilizar la burla contra el candor cuando adscribimos connotación negativa al término «candoroso» y lo aplicamos para indicar falta de realismo en alguien fácilmente engañable. El Nacimiento es una advertencia contra los intentos de robarle al candor la tremenda realidad que significa: sinceridad, sencillez, ingenuidad y pureza del ánimo.

El Nacimiento aporta a la Navidad la *autenticidad*. Cuando de algo o de alguien decimos «auténtico» decimos honrado, fiel a sus orígenes y convicciones. La Navidad corre el peligro de no ser auténtica si falta el Nacimiento, aunque sea sustituido el Nacimiento por un árbol hermoso donde cuelgan luces y regalos; ese árbol acreditará autenticidad en lugares que no son los nuestros y, en tal sentido, son tan dignos de estima como nuestros belenes; pero a nuestros belenes les pasa eso, que son nuestros; y en la medida que falten en nuestra Navidad, la Navidad dejará de ser nuestra; y qué les digo, no me gustaría perder ese pronombre, «nuestro», cuya pluralidad redime el pecado del singular, «mío», y le hace creador de la comunidad, de lo común, esa entraña donde, a través de la honradez y la fidelidad, se gesta la solidaridad.

27 de diciembre de 2007: Nacimientos: misterio y fe

El nacimiento aporta a la Navidad el *misterio*. Misterio no es eso que no podemos comprender, sino eso que comprendemos de otra manera. ¿Qué sería del mundo sin el misterio? Lo que entendemos es naturalmente una parte necesaria del mundo en que somos; pero no lo es todo: el mundo en que somos es el repertorio de lo que entendemos *compresente* con lo que no entendemos; y a tal conjunto llamamos realidad. Tan irreal es vivir sólo del misterio como vivir sólo de lo entendido. ¿No es un sabroso misterio el que por ciertas fechas padres e hijos prescindan de la natural diferencia de tareas y reabran juntos las cajas donde están las figuras y se dispongan a colocarlas? Otro año más compartiendo el tiempo, comprendiendo el tiempo, repitiendo el tiempo; y repetir el tiempo es una de las pocas formas de eternidad que nos son permitidas aquí abajo. A veces te aturde la abundancia de la realidad inteligible; el misterio acude entonces como brisa leve a serenar cerebros atolondrados: en el mundo de las personas mayores un niño es un misterio; en el mundo de la economía la generosidad es un misterio; en el mundo de la guerra, una paloma es un misterio; en el mundo de las creencias graves san Francisco de Asís es un misterio (se dice que a él se le ocurrió el primer Nacimiento).

Y el Nacimiento aporta a la Navidad el candor, la autenticidad y el misterio de una fe. ¡Qué sería de la fe sin ellos y qué sería de ellos sin la fe! La insondable

mariología que se inicia en el vientre de una Virgen encinta concluye en el candor de una Virgen de las Nieves, cuya autenticidad deriva de ser la nuestra y cuyo misterio alivia de la tremenda contradicción de alumbrar al salvador del mundo en la oscuridad de un portal. Y entonces viene un niño y pregunta por qué es contradicción alumbrar en lo oscuro, y comenta que anoche estuvo viendo fusiladas y que el rayo no era una contradicción sino más bien algo interesante y bello. Quizá ese niño pregunte por qué llamamos Nacimiento a lo que colocamos antes del nacimiento de Jesús; y entonces respondemos con la formidable coherencia de los niños: la espera y el deseo interior de que nazca Jesús producen la sensación de que la esperanza se hace carne en tus entrañas y te inhabita con diez días de anticipación; y regresado a la persona mayor que eres, comentas: ¡cuántas veces la víspera perfecciona la realidad adviniente!

3 de enero de 2008: *Día de paz*

En los primeros tiempos era duro el corazón: estaban las manos prestas al degüello¹ y a echar fuera a los hijos de las esclavas.

Tal vez antes fue aún más duro el corazón, cuando se urdieron envidias dolorosas que sólo encuentran calma derramando la sangre de todos los Abeles².

Y fue después tan duro el corazón cuando crucificamos la esperanza de la paz³.

Y lo es ahora, existiendo, simplemente existiendo mientras la guerra existe. Hemos sido Caín en estas noches mientras cantamos *Noche de paz*. Porque la noche no es otra cosa que dos mil años de convivencia estéril con los pobres.

De nuevo acaba de nacer Jesús para decir que él no es la noche sino el día, día de paz, y que la guerra es la guerra de los pobres a quienes enseñamos a perderla. ¿Nace Jesús una vez más para perder la guerra mientras todos los bandos la ganamos? Nace Jesús para enseñarnos a cantar «*Día de paz*» diciéndonos: *quien tenga oído aprenda y cante*. Enseñar a cantar es peligroso. Al-

¹ Génesis, 22, 2 (sacrificio de Isaac)

² Génesis, 4, 8 (muerte de Abel)

³ Marcos 15, 37

guien de aquí abajo lo sabía bien y colgó este cartel: «Se enseña canto - Abstenerse los que tengan oído»

Para cantar *Día de paz* no es necesario tener oído, basta una dosis de sensibilidad, una dosis de sordera ante la moda, no coralizar demasiado sino unisonar la melodía y tener oído: rectifico: tener oídos porque el que tiene oídos oye, y el que oye oye a Jesús, y el que oye a Jesús sabe que es posible cambiar la noche de guerra en día de paz, la noche: dos mil años de convivencia estéril con los pobres.

Cuando amanezca Jesús, cuando aclare el día nunca más habrá quien intente sacrificar a Isaac y expulse a Agar e Ismael, ni mate a Abel, ni crucifique a Jesús, nunca más habrá quien enseñe a los pobres a perder la guerra. ¡Nunca más!

Adviento y Navidad 2008

4 de diciembre de 2008: *La contraofensiva de los ateos*

En estos días los medios aumentan sus referencias a lo que llaman protesta o revolución de los ateos contra la excesiva influencia de la religión en la sociedad; uno de sus titulares es bastante gráfico: «los ateos salen del armario». Como creyente en Jesús y religioso del montón no me preocupa la presencia del ateísmo, salvo que el ateísmo caiga en la trampa de convertirse a su vez en religión. Por otro lado el ateísmo es más dominante de lo que estiman los ateos, que no cuentan el ateísmo subyacente en buena parte de los religiosos incapaces de establecer una realidad semántica única y positiva para Alá o Zeus: tengo para mí que los que promueven y practican guerras contra los infieles, por ejemplo, no creen en Dios si es que tiene a Dios por algo bueno y algo tan débil que precise ser defendido.

Yo creo que Jesús no era ateo; pero para no serlo tuvo que cambiarle el nombre a Dios y llamarlo Padre. Era una tensa ira la que de él se apoderaba cuando encaraba a fariseos, letrados, juristas y demás autoridades de su propia religión. Y no es que buscara el conflicto, por lo general su ira era provocada por otros. Un fariseo lo invitó a comer y se extrañó al ver que no hacía abluciones antes de comer. Dijo entonces Jesús: *limpiáis por fuera la copa y el plato, mientras por dentro estáis repletos de robos y maldades; pagáis el diezmo de la hierbabuena, de la ruda y de toda la verdura, y pasáis por alto la justicia y el amor de Dios; gustáis de los primeros asientos en las sinagogas y de las reverencias por la calle; abrumáis a la gente con cargas insoportables, mientras vosotros ni las rozáis con el dedo*⁴. Era lo único que Jesús no podía soportar: que se utilizase la religión para abrumar a la gente. En este sentido Jesús vino para defender a los creyentes sencillos contra los administradores de creencias,

⁴ Este párrafo fue emitido por Radio Eccla en Mayo del 2007

para defender la fe contra la religión; para defender a los ateos, añado yo ahora, contra los abusos de la religión.

11 de diciembre de 2008: Víctimas de la semántica

Hay algunas palabras que son víctimas de una semántica mal entendida; por ejemplo el adjetivo «bonito»; su desinencia, «ito», lo emparenta con los diminutivos, y no es así: «bonito» no es belleza niña ni diminutivo de ningún vocablo, sino término positivo, como lo son «bueno», «barato».

La semántica mal entendida produce víctimas en otras ocasiones, por ejemplo cuando un adjetivo que designa oficio se aplica con rigor excluyente: un abogado no simpatiza con las matemáticas, un agrimensor no es dado a la poesía, un vegetariano tiene poco sentido del humor. Quedan así recortadas algunas personas sin otra justificación que la de su quehacer habitual: San Francisco de Asís agradó a la Iglesia, Marx es enemigo del cristianismo, Nietzsche es enemigo de Jesús, Juan Sebastián Bach no es aficionado a la pintura, un artesano no es universitario, un aficionado no es un profesional.

Jesús de Nazaret ha padecido, siglo a siglo, excesos y defectos semánticos: cada uno de los dos bandos en que se divide el rebaño humano piensa que Jesús es el mejor amigo de la Iglesia o que es el peor enemigo de la Iglesia, que es amigo de la familia tradicional actual o que es enemigo de la familia tradicional actual, que es esencialmente religioso o que no es esencialmente religioso, que fue un convencido de la importancia del amor o un iluso que en la cruz sintió el desamparo y la inutilidad del amor.

Libremos a las palabras de adherencias semánticas: Marx es enemigo del cristianismo medieval y amigo de la teología de la liberación; Nietzsche es enemigo de la religión y amigo de Jesús. Jesús era un hombre como Marx, como Nietzsche, como Francisco de Asís, era un hombre como nosotros, un hijo del Hombre como nosotros, y como cualquiera de nosotros creció en santidad, en estatura, en sabiduría. Sólo en una cosa no fue como nosotros: en la infinita dependencia del amor; en esto, no como nosotros, fue Dios.

18 de diciembre de 2008: *La santa hermana iglesia*

Quiero y debo comentar algo sobre la santa hermana iglesia a la que pretendo ser fiel, al menos en la constancia de mis afectos. En este punto lamento que la expresión elegida para designarla sea tan parecida a la Santa Madre Iglesia, a la que no pretendo ser fiel; ni infiel, por supuesto.

Aparte de escribirlas con minúsculas o mayúsculas, la diferencia estriba en la relación de cada una de ellas con Jesús de Nazaret. En alguna parte de este libro he dicho que la Santa Madre Iglesia parece cuidar del Jesús que ella entiende y la santa hermana iglesia confía en ser cuidada por el Jesús que ella pretende. Yo soy un pretendiente de Jesús (en mi juventud «pretendiente» era la antesala del «novio») y me asocio a la pretenciosa fraternidad.

La santa hermana iglesia no pretende disentir con la Madre, en cuya casa vive parte de ella, ni pretende dramatizar las disensiones que caracterizan a cualquier familia, sobre todo cuando la familia es numerosa. No suelen ser dramáticas, en efecto, las discrepancias ni las disputas porque a la hermana iglesia con «i» minúscula se le va el tiempo en pensar y vivir según Jesús pensaba y vivía; pensar y vivir, digo: en hablar se ocupa menos porque estima que poco hay que añadir a las palabras de Jesús, y también porque hablar según ella piensa y vive suele ocasionar algún que otro conflicto.

¿Que quiénes constituyen la santa hermana iglesia? Volvamos la vista en torno: centenares, decenas de miles ayudando a quien lo necesita: dando de comer, acompañando, restaurando justicia, curando, sobre todo curando. Así hacía Jesús de Nazaret que, naturalmente, era fiel al pequeño y grande grupo de personas generosas a quienes se complacía en llamar «hermanos» y de cuya proximidad se sentía vitalmente necesitado.

25 de diciembre de 2008: *Esperando el nuevo nacimiento*

Algunos 25 de diciembre solemos pensar: ya ha nacido; ¿y ahora qué? De hecho, apenas algo más: esperar a que dentro de un año nazca de nuevo. Algo parecido sucede tras la hoja final de este libro: ¿y ahora qué? Pues lo mismo: esperar a que nazca de nuevo ¡no otro libro! sino Jesús, el que pretendió nacer cada semana durante cinco años.

No habrá otro libro, naturalmente; pero sí habrá una leve comezón semanal de encontrarse con Jesús de Nazaret, aunque sólo sea por costumbre. Si bien se mira, la fe no es otra cosa que la costumbre de encontrarse con Jesús renovada durante más de dos mil años.

Me atrevo a pedir a Jesús, a pedirme, que el encuentro supere el resultado de escribir un libro, que sea un encuentro más verdadero: por ejemplo alcanzar el momento de curar la enfermedad de alguien que encontramos en el camino: la enfermedad del hambre, la enfermedad de la injusticia, la enfermedad de la soledad, curar cualquier falta de salud estorbada por los eternos demonios del desamor. Cualquier curación de éstas supone más encuentro con Jesús que escribir cualquier libro.

A quien haya leído hasta aquí le digo ¡gracias! y lo animo a esperar el nacimiento de Jesús con ocasión de cualquier encuentro con él cualquier día, aunque no sea el 25 de diciembre.



Cuaresma y Semana Santa

- 2004:** *Utopía del hombre, cercanía de Dios; Lo que querríais que hicieran los demás por vosotros, hacedlo vosotros por ellos; Creer en las palabras de Jesús; Unión de sanadores; La encarnación; La necesidad de ser nombrado; Las importancias.* **Pág. 59**
- 2005:** *La falsa paz del orden establecido; Niños y preguntas; Fe y violencia, una tentación de compatibilidad; Lo que algunos dicen de Jesús; La extraña justicia de Dios; Caminos hacia la generosidad feliz; Besar la frente, besar la estrella.* **Pag. 65**
- 2006:** *Los poderes de Dios; Amar a los enemigos; Darse a conocer; Fronteras; Felicidades; Los dignos de Jesús; Jueves horrible.* **Pag. 72**
- 2007:** *El Grupo de Jesús; El traje de Jesús; Dar la paz; Tiempo de Cuaresma; Abandonos y encuentros; Humillaciones; El Rompidito.* **Pag. 78**
- 2008:** *¿Se reía Jesús?; Publicidad; Hojas parroquiales; Parábola del fariseo y el publicano; Educación ciudadana; Eucaristía.* **Pag. 86**

Cuaresma y Semana Santa 2004

26 de Febrero de 2004: *Utopía del hombre, cercanía de Dios*

Hace tiempo caí en la cuenta de que al nombrar a mi padre no pensaba en la explícita condición de engendrador sino en la implícita seguridad de ser amado. Quedarse en determinada definición suele acotar la fertilidad inabarcable de lo que intentamos comunicar; por eso mi padre aconsejaba: «no generalices, hijo, no generalices»; en estos casos solía recomendar el silencio, y en algún caso me mandaba callar. Tanta importancia daba a la comunicación: era esencial que se comunicara todo y no parte de lo que la palabra porta.

Pienso que Jesús recibió parecida advertencia y cuando lo nombraban Mesías con limitaciones convenientes al contexto asociándolo a Juan Bautista, Elías, a profetas antiguos, al Mesías de Dios, recomendaba mucha prudencia y, para alejar a los suyos de connotaciones triunfalistas, recordaba que el Hombre tiene que padecer mucho, tiene que ser rechazado por los senadores, sumos sacerdotes y letrados, sufrir la muerte, y resucitar al tercer día.

Con este negro horizonte cerraba definitivamente la posibilidad de utilizarlo en pro de la configuración egocéntrica de cada cual. Nos dijo: el que quiera venirse conmigo, que se niegue a sí mismo, que cargue cada día con su cruz y, entonces me siga. Y culminó su divina pedagogía dándonos a entender que salvarse es cambiar el poder, material o espiritual, por el servicio, en el bien entendido de que no se trata de condenarnos a la impotencia, sino de cambiar el terrible poder de la persona excluyente por el celeste poder de servir.

Algunos compiladores neotestamentarios designan con la palabra Hombre la referencia que hace Jesús de sí: creo que es la que abarca mayor número de matices y, en mi caso, la que más me acerca a Jesús; como mi padre es la expresión que más me acerca al Dios que conocemos como el padre de Jesús; ambas situaciones confunden, afortunadamente: confundir es mezclar cosas diversas de manera que no puedan reconocerse o distinguirse; esa confusión es

evidentemente utópica y responde a una realidad: Jesús es la utopía del hombre; por eso suelen designarlo algunos con esta sola palabra, hombre, pero con mayúscula.

4 de Marzo de 2004: *Lo que querriáis que hicieran los demás por vosotros, hacedlo vosotros por ellos*

Con cierta frecuencia oigo lamentar que «no me avisaron», «no me dieron», «no me admitieron» a personas que nunca habían rogado que se les avisara, ni habían pedido que se les diera, ni habían solicitado la admisión. Naturalmente se debe avisar, o dar, o admitir; pero, no tan naturalmente, no nos molestamos en interesar, oportuna e inoportunamente, a quien debe avisarnos, o darnos, o admitirnos. Es este último aspecto el que intento destacar porque, entre todos los demonios infiltrados, es temible la inercia, relacionada con la masa en el mundo físico y conocida por pereza en el mundo espiritual. Tengo para mí que es la pereza el más capital de los pecados capitales porque merma la solicitud, la iniciativa, la vida; «a mí que me entren... a mí que me vivan...»

Jesús insiste: pidan, busquen, llamen; y creo que lo hace porque se complace en dar, en dejarse encontrar, en dejarse entrar; pero inicialmente lo hace porque se interesa en activarnos, movernos, liberarnos de la inercia, en una palabra: se interesa en hacernos vivir.

Amamos a Jesús, creemos a Jesús, y no sé si esperamos a Jesús. Esperar a Jesús es la más delicada y profunda manera de creerlo y amarlo. Cuando se espera a Jesús, aparte de una felicidad distinta se descubre que Jesús hace con nosotros lo que él nos recomienda que hagamos con el Padre: Jesús nos pide, nos busca, nos llama. En definitiva hace con nosotros lo que pretende que hagamos con él. Por eso al final de ese juego en que se confunden los que piden y los que dan, los que buscan y los que encuentran, los que quieren entrar y los que abren la puerta, él resume diciendo que todo lo que querriáis que hicieran los demás por vosotros, hacedlo vosotros por ellos, porque eso significan la Ley y los Profetas; y yo me atrevería a añadir: porque eso, y sólo eso, significan la Ley y los Profetas.

11 de Marzo de 2004: Creer en las palabras de Jesús

A veces digo a un nieto «ponte el suéter para no resfriarte» y el nieto no hace caso y, a veces, engancha un catarro. ¿Qué hacer para que el nieto considere la advertencia? Es difícil, llegas a pensar que no se pondrá el suéter aunque lo recomiende un muerto resucitado. «Si no escuchan a Moisés y a los Profetas...» concluye el Evangelio a propósito de Lázaro, el que habría querido llenarse el estómago con lo que caía de la mesa del rico. Terrible pasaje que no encuentra final feliz en el relato evangélico: deja al rico padeciendo en llamas porque se vestía de púrpura y lino y banqueteaba todos los días espléndidamente, es decir: porque era rico.

El que tiene fe y, por ello, tiene miedo, busca solución rebobinando la historia y trata de hallar el modo de que se escuche a Moisés y los Profetas y el Evangelio. En el fondo se trata de un problema de catequesis.

En mi caso me aplico la catequesis de escuchar a Jesús, que empieza por cambiar el miedo al posible infierno sustituyéndolo por la adhesión a sus palabras; una adhesión tan verdadera y fuerte que alcance poder de conversión. La cual no reside en eliminar el miedo sino en perder el miedo a que las llamas me atormenten y trocarlo en miedo a que alguien no tenga qué llevarse a la boca, ni siquiera lo que cae de la mesa del rico. Así nacerá la ternura compasiva y activa que te hace coger a Lázaro y reclinarlo en la mesa a tu lado.

18 de Marzo de 2004: Unión de sanadores

En casa conservamos un ensalmo contra el mal de ojo y un fármaco contra las náuseas; unos utilizamos el ensalmo y otros el fármaco; pero, más allá de la diferencia de los remedios, todos tomamos algo; y a todos nos suele ir bien

Algo así pasa con los males que Jesús curaba, para unos demonios, para otros histeria; en Jesús, el deceso de curar prima sobre la diagnosis contemporánea y solía salirle bien.

Imagino que en aquel entonces Jesús, si es que era «hombre verdadero» y no «superman», compartía el saber de los hombres de su tiempo y llamaba «demonios» al mal que hacía sufrir a su prójimo, y los echaba, es decir, curaba merced a la fuerza de amar que el Amor le infundía: él se sentía engendrado en el

amor por obra de un Amor a quien llamaba Padre.

El evangelio pasa por estos sucesos con natural brevedad pero se detiene con más detalle en un mal colateral no tan fácil de vencer: la desunión: ya no es el amor único quien remedia el mal, sino que son varios los artífices que se proponen: la curación podría venir de Belcebú, y si provenía de Dios se tenía que probar, y también pudiera venir de la Sinagoga el exorcismo del mal, demonio, o terrorismo: que todos esos nombres caben cuando el hombre padece.

Hace pocos días los españoles padecemos un horrible daño del que surgió colateralmente el demoníaco daño de la desunión respecto a sus potenciales artífices. Fue una grave tentación de división y enfrentamiento. Pero el amor nos ayudó a vencerla: unidos fuimos a la inmensa manifestación en solidaridad con las víctimas y unidos alcanzamos la notable altura de la participación electoral. Fue, una vez más, un triunfo de Jesús.

25 de Marzo de 2004: *La encarnación*

El episodio de la Encarnación que relata San Lucas comienza y concluye con una misma palabra: *ángel*. «Dios envió al ángel... Y el ángel se fue». El misterio de la Encarnación no se da para entenderlo sino para adorarlo: es el tiempo de la unción recogida más que el de la comprensión extendida; es el tiempo del *ángel* interior que anuncia desde Fra Angelico, Donatello, El Greco, Murillo; sobre todo del africano Woelfel: un ángel esclavo porta un mensaje escrito, sostenido con una pinza, que no puede pronunciar y ni siquiera tocar con sus manos. La Virgen, asombrada, se señala a sí misma como preguntado si es ella a quien se refiere.

De parte de Dios inició el ángel su mensaje:

Te cubriré, María, con mi sombra. Despojado de luz estaré en ti y me haré nada en tu regazo.

Le respondió María:

De caricia en caricia te harás hijo del hombre recibiendo en mi seno los besos que te envió.

El ángel completó el anuncio, siempre de parte de Dios:

Fabricarás los ojos que han de mirarte un día, harás las manos mías que

buscarán las tuyas para aprender a andar los caminos finales del olivar oscuro, del monte calavera donde el resto de luz muera para no herirte, para no herirte, amor, para no herirte.

Y María aceptó el anuncio del ángel y el abrazo de Dios:

Yo te recibo, Dios. Siento que en mí te deshaces y cabes según me vas diciendo. Y según te diluyes como eco de palabra voy sintiéndome tuya, yo la esclava, tú el dueño. En adelante tu nombre será dócil a mis labios: hijo, amor mío, Dios.

Y el ángel la dejó.

1 Abril 2004: La necesidad de ser nombrado

Hay muchas pobreza. Entre las más graves están el hambre, los niños de los que la muerte se enamora. Pero hay una pobreza, si no tan grave, sí especialmente dolorosa: el anonimato, transitar sin que nadie te nombre, sin que nadie te piense. Ni siquiera la muerte se enamora de tales personas; nadie habrá que se entere de su muerte. Cuentan de un hombre que mendigaba entre los pobres más pobres, y no tenía delante de sí ni una moneda de mínimo valor, como sus compañeros de miseria; pero éste no extendía la mano implorante: se reducía a clamar: «Me llamo Anomi» con la esperanza de ser nombrado. Al pasar, alguien dejó moneda de mínimo valor al pie de los otros pobres; pero nadie dijo «Anomi».

Más de una vez preguntó Jesús a los suyos: «¿y quién dice la gente que soy yo?». Pienso que no sólo curiosidad sino dolorosa ansiedad había en Jesús cuando preguntaba «¿quién dice la gente que soy yo?». Veía Jesús a los que nunca fueron nombrados en vida; sólo si morían aparatosamente alguien se interesaba por vez primera para saber de dónde era e, incluso, oh tardía generosidad, cómo había vivido.

Pienso que, en algún sentido, Jesús quería ser nombrado; y más aún, lo quería con profunda necesidad, como si su consistencia dependiera de eso, sentía el peligro de que su divina esencia se diluyera si nadie conocía su nombre, su verdadero nombre, Jesús. «¿Quién dice la gente que soy yo?»

Pienso que Jesús padece, en un rincón de la historia, cuando uno tras otro

pasamos ante él sin conocer su nombre, sólo Jesús, Jesús, el que conocía el nombre de todos los hombres de la historia.

8 Abril 2004: Las importancias

¿Tenemos clara la función de fin o de medio en las cosas y las tareas en que nos ocupamos, las jerarquías, las importancias? ¿Tenemos claro, por ejemplo, que el Gobierno de la Nación es una función encargada y autorizada por el Parlamento y a la Nación se subordina? ¿Tenemos claro que el que manda es el que está en la sala de espera y no el médico a quien los de la sala encargan la función de curar? ¿Tenemos claro que el importante es el alumno y que el profesor es un simple encargado de fundar esa importancia? ¿Tenemos claro que el obispo está puesto para cuidar ovejas, que lo importante es el rebaño y no el pastor?

No parece que lo tengamos claro porque es el Gobierno quien se coloca bajo el dosel y no el gobernado; y el que teme no ser atendido es el enfermo y el médico el que dicta las maneras de la atención; y no es el alumno quien habla desde la tribuna sino el profesor; y es el obispo el que preside el altar y no el pueblo, escalones abajo.

No lo tenían claro los discípulos cuando Jesús les anunció que les iba a lavar los pies; que para demostrar su amor iba a mostrar su servicio; que ellos, en un momento último de enseñanza y señorío, eran lo importante para el Maestro y Señor.

No lo entendieron: Pedro, para sobrepasar el deseo de Jesús, aceptó que no sólo le lavaran los pies sino también las manos y la cabeza. No lo entendió: no se trataba de seguir el deseo de Jesús sino de *servir*. Acabaría entendiéndolo; acabaremos entendiéndolo. Jesús tiene paciencia y pronto se dio cuenta de que, en vez de los pies, en otros momentos tendría que lavar nuestras entendederas. Eso sí, pies o entendederas, continúa lavándonos. El evangelio de San Juan cuenta cómo en aquella ocasión se quitó el manto y se lo volvió a poner; pero sólo relata cómo se ciñó el delantal y no dice que se lo desciniera. Porque el servicio continúa, porque el servicio es lo importante, porque el servicio es un fin y no un medio, porque el servicio es único testimonio del amor del Padre.

Cuaresma y Semana Santa 2005

10 de febrero de 2005: *La falsa paz del orden establecido*

Si analizamos los motivos de la enemistad de personas o grupos, tanto ayer como hoy, encontramos causas económicas, en torno a las cuales se polarizan poder y opresión, privilegio y dependencia; particiones a propósito de sangre, religión o sexo. En todos los casos las divisiones son claramente adverables, generalmente irremediadas a lo largo de la historia y, por tanto, generalmente consideradas irremediables. En todo momento, desde ayer hasta hoy, se subsuman en lo que llamamos *orden establecido*.

¿Qué diríamos de quien, hartado de las divisiones, declare enemigo al orden establecido y prenda el fuego de la división matriz, originaria, que anterior a cualquier discernimiento no se refiere a racional análisis sino a la persona que trae la más profunda de las guerras? ¿Qué diríamos de Jesús? Fuego es su espíritu, fuerza de vida que él infunde en la historia y causa división entre los hombres. ¿Qué haríamos con él? Él mismo lo dice: darle muerte, ser sumergido por las aguas.

El orden establecido es una falsa paz; por eso nos pregunta: *¿pensáis que he venido a traer paz a la tierra? Os digo que paz no, sino división... padre contra hijo, hija contra madre*. En la matriz de la división está el Espíritu de Jesús que unos tienen y otros, para tristeza de Jesús, aún no tienen; es quizá esto el misterio más oscuro que acompaña a la fe. No se bastó Jesús para infundir su Espíritu en toda criatura; sentimos los que a él nos adherimos que nos pide ayuda para extenderlo; y no sabemos cómo; y nos volvemos a él, preguntándole; y no acabamos de sentir su respuesta. Es quizá esto el misterio más entrañable que acompaña nuestra fe.

17 de febrero de 2005: *Niños y preguntas*

Jesús recomendaba a veces que nos hiciéramos como niños. Tal vez esto no baste pero vivo la experiencia de que su recomendación no suele fallar. El acierto

que tengan estos minutos semanales depende de lo infantil que sea la pregunta al Evangelio. Un niño pregunta desde el desconocimiento, desde el deseo de ser respondido, desde la simplicidad (no desde la simpleza), desde la confianza en quien responde; y cree en la suficiencia de la respuesta, no necesita añadidos por parte de quien pretenda administrar la respuesta.

A una de mis preguntas infantiles Jesús responde que quien lo ve a él está viendo al Padre. Por eso sabe el niño que cuando muera y llegue al cielo y le digan: ahí está al Padre, verá a Jesús.

A otra de mis preguntas infantiles Jesús responde dos cosas al principio difíciles de aceptar a la vez: *si me amáis, cumpliréis los mandamientos míos... el que no me ama no cumple mis palabras*. Cuando el niño sea mayor lo expresará lógicamente así: «si A, entonces B»; «si no-A, entonces no-B» y empezará a confundirse preguntando si es posible la conjunción «A y no-B» o la conjunción «no-A y B», es decir, si es posible amar a Jesús y no cumplir sus mandamientos, o si es posible no amar a Jesús y cumplir sus mandamientos.

Y otra de mis preguntas infantiles es: «hablas con frecuencia, Jesús, de tus mandamientos, pero nunca los enumeras para aprenderlos de memoria ¿cuáles son tus mandamientos? ¿cuántos: son dos, diez, tantos como los años que tenga el preguntado? No muchos serán, porque es un niño quien pregunta.

24 de febrero de 2005: *Fe y violencia, una tentación de compatibilidad*

Me reprochan cariñosamente (tan cariñosamente que el reproche se torna en afecto), me reprochan en casa, digo, que sólo hablo del coloquio con Jesús, embelesado y embelesante, y apuntan que la contumacia en el deliquio que tanto cuida mi paz interior contrasta con la ausencia de paz que me circunda. Tienen razón. Mi propia fe cuando considera la circunstancia se aturde al contemplar tanta guerra exterior adaptada a la violencia que esa fe debería excluir. Pienso entonces que en el mundo sucede lo mismo, que la práctica actual de la fe de grandes grupos no armoniza con la fe de sus antiguos motivadores.

Es Gandhi el que más ha destacado el sentido positivo de esa antigüedad: *Ahimsa, no violencia, significa no matar; en realidad significa que no puedes*

ofender a nadie, ni sostener un pensamiento menos caritativo aunque se trate de un enemigo. Si volvemos golpe por golpe nos apartamos de la abimsa. Pero avanzo más: si nos ofendemos por la acción de un amigo o quizá de un enemigo faltaremos también a la doctrina. Recuerdo a mi Jesús: está mandado «no matarás» y el que mata es reo de Juicio; pero yo os digo que quien pronuncia palabra desconsiderada u ofensiva, será ante Dios reo de condenación».

Buda advirtió: *Que no piensen que las conquistas realizadas por las armas merecen nombre de conquistas; solamente son conquistas las de la Doctrina.*

Y Mahoma propuso: *aún cuando levantes la mano contra mí para matarme, yo no levantaré la mía contra ti para matarte.*

Ciertamente: la fe colectiva de los grupos actuales no se aviene a la enseñanza de sus fundadores, incluido, naturalmente, el grupo cristiano, en cuyo seno es bastante difícil encontrar quien haya puesto la otra mejilla.

3 de marzo de 2005: Lo que algunos dicen de Jesús

Jesús propuso una pregunta a los doce de su tiempo: *«¿quién dice la gente que soy yo?»*. En 1969 José María Gironella, escritor muy leído a la sazón, sometió a los personajes de su tiempo un test sobre Dios, Jesús y la Iglesia. Tal vez tenga interés conocer algunas respuestas:

Para Alfonso Carlos Comín *es Jesús quien impide radicalmente reducir a Dios al pulso de nuestros intereses, para seguir descubriendo, a través de su presencia en la Historia y en los hombres, el sentido eclesial de la dignidad y de la libertad de los hijos de Dios.*

Gila no alcanza lo que entendemos por «fe» pero cree firmemente en Jesús: *es tanta mi admiración por Jesucristo, por su doctrina, por su bondad y sabiduría, es tan cierta su existencia y su morir por ellos y en manos de ellos...*

Ana Mariscal: *la filosofía de Jesús es la única que da respuesta a todo. Creo en él como hombre. El hombre que nos enseñó el Camino. Que murió 'para' nosotros no 'por' nosotros. Que no nos redimió sino que nos enseñó cómo redimirnos. Que se hizo limitado para que creyéramos más allá de*

nuestros límites.

Adolfo Marsillach: *admiro mucho a Jesús; incluso le quiero. Y en el fondo estoy deseando que no fuera Dios.*

Miguel Mihura: *me limito a creer en Jesús. Soy profundamente cristiano.*

Miret Magdalena: *toda pretensión sincera del humanismo venga de quien venga - Marx, Sartre, Camus, Unamuno - es acercarse a ese Dios innominado que muchos aceptamos, presente en todo ideal absoluto, vivido con decidida entrega, y que se llama justicia, paz o amor. Jesús fue quien más hondamente vivió, como hombre, ese absoluto que transforma pueblos y corazones.*

Francisco Rabal: *creo que Jesús y el cristianismo han sido, con el comunismo, salvando sus diferencias, las dos ideas más revolucionarias de amor y de justicia entre los hombres. Esto no quiere decir que hayan logrado, aún, sus buenos propósitos.*

Luis Rosales: *la fe cristiana no consiste en creer en 'algo' sino en creer en 'alguien'. Creo en Jesús, Nuestro Señor. La fe es una manera de radical amistad.*

Marisol: *tuteo a Jesús y lo imagino guapísimo y estoy enamorada de él. Cuando estoy triste le cuento todo, le digo: «Oye, que me pasa esto y lo otro, a ver si me ayudas» Y me ayuda. Es mi amigo: sí, estoy enamorada de él.*

Decir que a partir de 1969 alguno de los citados habrán matizado sus palabras, es una obviedad. No es una obviedad recordar que en aquel tiempo vivíamos en pleno nacionalcatolicismo y acababa de suceder, como una esperanza, el Concilio Vaticano II.

10 de marzo de 2005: La extraña justicia de Dios

Suele ser tranquilizador el efecto del consejo de Jesús: *buscad primero el Reino de Dios y su Justicia, y recibiréis lo demás por añadidura.* Sin embargo tal vez no sea tranquilidad lo que derive de una reflexión realista y cuaresmal de tal consejo, porque la justicia de los hombres y la de Dios son cuestiones diferentes: una consiste en dar a los demás lo que los demás acrediten por su esfuerzo, otra, la justicia de Dios, consiste en dar a los demás lo que los demás necesiten, lo cual implica que sí pueden cobrar lo mismo quienes trabajaron una hora, o dos

horas, o siete horas. Si nuestra reflexión pretende el realismo cuaresmal, es obvio que es la remuneración del trabajo, y no el reparto según las necesidades, la justicia en que vivimos y somos. Es decir: que en este caso, no elegimos el modo de Dios sino el nuestro, es decir: que para elegir a Dios tiene que estar en esa lejanía inocua que llamamos Cielo.

Era Jesús consciente de esta realidad cuaresmal y sin embargo predica su consejo en esta tremenda lejanía. ¿Por qué lo hace? No creo que sea un atrevimiento sino más bien un intento de entendimiento tratar de responder la pregunta. Jesús siente, sabe, que Dios no es el Lejano celestial sino el Padre interior; y siente y sabe que si él, un Hombre, así lo sabe y siente, otros hombres podrán saberlo y sentirlo. El Cielo es una utopía profusa; el Padre es una cercanía confusa. O dicho de otra manera: la justicia de dar según las necesidades no es una utopía sino una cercanía, una cercanía de Dios, que es a lo que vino Jesús al mundo.

17 de marzo de 2005: *Caminos hacia la generosidad feliz*

Me da miedo preguntar en qué me parezco -o me diferencio- de Jesús. Lo más fácil es responder que hay una diferencia colosal e insalvable: Jesús es Dios y uno no lo es. Pero eso no da miedo: pasas la hoja y quedas tan fresco. Aquella diferencia colosal e insalvable es, además, inocua porque tú ya estás acostumbrado a no ser Dios, y vives tranquilamente aceptando eso; y encima, si somos sinceros, en el fondo no sabes qué es ser o no ser Dios.

Pero cuando, Dios aparte, ves al Hombre Jesús sí da miedo: sientes diferencias que no son inocuas sino que duelen y desconciertan: vives tratándolo, queriéndolo, sí, queriéndolo, y de pronto le oyes decir que la suerte es que no te paguen lo debido: *Cuando des una comida o una cena, no invites a tus amigos ni a tus hermanos ni a tus parientes ni a vecinos ricos; no sea que te inviten ellos para corresponder y quedes pagado. Al revés, cuando des un banquete, invita a los pobres, lisiados, cojos y ciegos; y dichoso tú entonces, porque no pueden pagarte; te pagarán cuando resuciten los justos.*

Yo no sé en qué consiste la resurrección de los justos, pero sí sé en qué consiste la resurrección de Jesús: consiste en su presencia desde Lucas hasta Luis, diciendo lo mismo de diferente modo según los tiempos: *dichoso tú cuando*

no te paguen lo debido y conozcas la generosidad. Entiendes entonces que el objetivo no era ser acreedor de quienes no pueden pagar, sino ser feliz porque en tu vida ha entrado la generosidad. Y entiendes, tal vez, más: que es peligroso ser pagado, porque quien está pagado de vecinos ricos o de sí mismo, tendrá dificultades para ser generoso. Concluyo respondiendo otra pregunta: ¿qué es ser generoso? Hacer feliz a alguien. Después te encuentras con que eso, hacer feliz a alguien, es la mejor manera de ser feliz uno mismo. Nunca falla.

24 de marzo de 2005: *Besar la frente, besar la estrella*

Excepcionalmente, hoy, jueves santo, diré los buenos días intentando forma poética.

Cuando acudía ¡qué gozosamente acudía el cordero! Y no sabía si, perdido, era carne de alegría o, recobrado, víctima latente. Triste o gozosa, brota de la fuente el agua para el mar o la sequía. ¡Qué triste acude la aridez tan mía del corazón al agua de mi frente!

Yo contemplo su frente y veo en ella el cordero acogido y el matado, el agua de la tierra y la del mar. Celeste frente donde Dios se estrella: precio en el beso, cuerpo en el pan dado, sangre en el vino, luz en el pensar.

Luz de aquel día. Día de la ilusión que iba a ser lleno y fue, vacío, día del olvido: alguien besó, para vender, sereno; alguien sufrió junto al temor dormido; alguien se avergonzó de un hombre bueno ¡y aún estaba el pan recién partido!

Así empezó el amor: en ese día cuyo vacío dura todavía.

Tal la forma poética en la que me he permitido desear un beso en la frente de Jesús, donde el hijo de Dios y el hijo del Hombre se estrellaron; en la que todos los corderos, todas las aguas, todos los pensamientos logran unidad; donde surge la fuerza para vencer las tentaciones eternas de sí mismo, de la tierra y del cielo; donde nace la fuerza de ser libre; donde anida la tierna debilidad de ser hijo, de ser amigo y de morir. Frente de Jesús a cuya estrella rinde rodilla hasta la misma muerte; frente de Jesús donde un beso basta para vencerlo.

A la frente de Jesús rinde un hombre de hoy, rodilla en tierra, el homenaje de saberse partícipe de tanta fuerza fiel o dulce debilidad. Hoy sabe este hombre que el cuerpo y la sangre, manos y pies clavados y corazón herido se estrellaron

celestes al principio en la frente de un hombre que comenzó a ser hombre
porque alzó la frente sin miedo hacia la luz.

Cuaresma y Semana Santa 2006

2 de marzo de 2006: *Los poderes de Dios*

En general no me asustan las palabras: escribo indistintamente «tengo la suerte de vivir» y «he recibido la gracia de vivir»; me es igual decir «si el azar así lo propone» o decir «si Dios quiere». No suele ocurrir esto en contextos religiosos donde se establece que no es el azar sino la voluntad de Dios la que determina el suceso.

En tal contexto leemos lo escrito días pasados en una hoja religiosa: *Dios es capaz de operar cambios radicales en personas o en sociedades que durante mucho tiempo se han mantenido en la misma condición. No hay nada ni nadie que se le oponga: ni la naturaleza, ni el ser humano, ni el tiempo, ni entidades espirituales malignas. Por eso hemos de creer que donde ahora hay guerra habrá paz, en donde ahora hay escasez habrá abundancia...*¹ Es decir: Dios, sin que nadie pueda oponérsele, es capaz de lograr que haya paz donde ahora hay guerra, basta que sea ésa su voluntad; mientras tanto su voluntad es que haya guerra y que la haya habido hace mucho tiempo.

No es tal el Dios de Jesús a quien sólo Jesús conoce y de quien los demás sólo podemos conocer lo que Jesús nos dice, aparte de lo cual se nos oculta tras amoroso y seductor misterio; un misterio cuya administración desvelante es peligroso practicar en hojas religiosas.

Creo que, en un principio, Jesús se sintió seductoramente amado y se consintió Hijo; buscó entonces palabras para describir su sentimiento: fue elegida la palabra «padre» para nombrar la fuente del amor que lo ha cubierto, y a ese amor seductor que lo ha cubierto lo llama «Dios»; así constituyéndose «hijo del padre», se consiente Jesús «hijo de Dios», con quien se identifica de tal modo que decir «Jesús» es lo mismo que decir «Dios».

¹ Hoja parroquial Tenerife 19 de febrero 2006

Intento decir que Jesús es el único traductor de Dios, su única forma, su única expresión, su única referencia. El Dios en el que creo es Jesús, y de Jesús puedo afirmar que si tuviera poder de trocar la guerra en paz y la escasez en abundancia, lo haría sin esperar hasta mañana.

9 de marzo de 2006: *Amar a los enemigos*

Cuando oímos el consejo de Jesús «Amad a vuestros enemigos» no solemos afectarnos ante la escalofriante exigencia. Pienso que esa especie de inercia ante el consejo evangélico tal vez se deba a que, inconscientemente, antes de amar al enemigo rezamos por él, y cuando por méritos del rezo deja de ser enemigo, entonces, lo amamos. Con lo cual, si esto sucediera, nos preguntaría Jesús qué hacemos de extraordinario al mostrar afecto sólo por nuestra gente. Lo extraordinario es, en efecto, amar al enemigo mientras sigue siendo enemigo, amarlo como enemigo, amarlo por enemigo. Creo que es eso lo que Jesús aconseja.

¿Amamos a nuestros enemigos? ¿amamos a los que nos persiguen, no después de haber cesado la persecución sino antes, en la propia persecución, lo amamos como perseguidor, lo amamos por perseguirnos?

Así propuesto, ese amor tan fuera de nuestra habitual actitud se nos presenta difícil, escandaloso, incluso imposible. Mas es cierto que quien así lo propone nos ha dicho que su yugo es suave y su carga ligera. Surge la contradicción una vez más.

Para resolver tales contradicciones Jesús nos envía su espíritu y su espíritu nos dirá que el enemigo lo es porque no vive como vivimos, no siente lo que sentimos, no sabe lo que sabemos. Surge entonces el inicio del amor que se llama comprender, comprender que sean enemigos; de ahí partirá el inusitado deseo de desear que vivan, sientan y sepan lo que nosotros sabemos; tal vez entonces surja la oración que un día llegará al amor: «Padre, perdónalos porque no saben»; y, tal vez, tras la oración, sintamos que el yugo y la carga de Jesús pueden ser suaves y ligeros incluso en esta tarea terrible y maravillosa de amar a los enemigos.

Por lo que a mí me toca, tengo la esperanza de amarlos.

16 de marzo de 2006: *Darse a conocer*

El próximo jueves, si llego, cumpliré 81 años. Confío en que esta particularidad explique que me tome la libertad de hablar de otra particularidad, de mí, de mi fe, de mi fe particular (toda fe es particular).

Mi fe consiste en creer a Jesús, confiar en él. Con mi fe convive no una duda pero sí una especie de temor, un desconfiar de mi fe. Emerge la desconfianza cuando leo la carta de Santiago: «¿Qué le aprovecha, hermanos míos, a uno decir: «yo tengo fe» si no tiene obras? ¿podrá salvarle la fe?»

Pienso que si por fe entiendo la quieta y complaciente contemplación de mi confianza en Jesús, tal fe resulta fallida, cuando no engañosa; pero si por fe entiendo una respuesta activa a la persona de Jesús, una energía para crear el Reino que él predica, me siento un poco menos interpelado por Santiago. En

otros términos: pienso que si por fe entiendo la inquieta y dolorosa contemplación de mi infidelidad a Jesús, tal fe no ha de resultar fallida ni mucho menos engañosa sino amoroso deseo de acercarme a su persona. Al cabo la fe no es algo quieto y contemplativo sino un movimiento hacia el Norte de mi conciencia, que puede sentirse lejos como el polo terráqueo o la consumación de los siglos y puede sentirse tan cerca como el paso inmediato y el minuto siguiente.

Me he tomado la libertad de confesarme mientras aclara el día. No en vano estamos en Cuaresma. Sería deseable que Jesús pudiera tomarse la libertad de confesarse. En definitiva «confesarse» es darse a conocer. Sería, en efecto, deseable que Jesús sintiera por fin la libertad de darse a conocer.

23 de marzo de 2006: *Fronteras*

Hablando del amor suele aludirse a las fronteras para indicar que las vence y traspasa: amar más allá de las fronteras. ¿Quién osará marcar fronteras al amor?

Suena bien esto, es deseable; pero ahí se queda: se queda en algo deseable y que suena bien en este lado de la frontera llamado realidad; del otro lado sólo sabemos que lo tememos y que se llama utopía.

La realidad es que amamos a los hijos, a la compañera, al amigo bueno y para de contar. Lo cual no tiene nada de malo salvo «parar de contar». Sigue

siendo la familia una frontera. No se las llevaba demasiado bien Jesús con la familia: «mi madre y mis hermanos son los que hacen la voluntad de mi padre», «el que ama a su madre y a su padre y a sus hermanos más que a mí no es digno de mí». No se las llevaba demasiado bien Jesús con las fronteras: ya no hay judíos, griegos, romanos, stirpes, razas; y no le fue fácil vivir eso cuando tuvo que practicarlo con una mujer sirofenicia, entonces al otro lado de la frontera.

Un superviviente de patera dijo hace pocos días: «El hambre no tiene fronteras». Pedro Casaldáliga ha recogido esas palabras en una Comunicación pronunciada en la recepción del Premi Internacional de Catalunya 2006. Intenta comunicar Casaldáliga en esta ocasión su empeño en humanizar la humanidad practicando la proximidad y con esa intención recuerda algo que dijimos un jueves de noviembre del pasado año, a saber, que la proximidad no estriba en que alguien está próximo porque se me acerca sino porque yo me acerco: en una palabra: la proximidad es un concepto dinámico, una tarea personal: en definitiva, no es el superviviente de patera quien tiene un problema de fronteras sino yo mientras no derribe la única frontera efectiva que defiende el lugar que llamo «realidad», bienestar noroccidental.

¿Cómo derribar esa frontera? Yendo al otro lado de la frontera. Sabemos cómo se va a ese lugar cuyo acceso se indica en el Evangelio. Sabemos cómo se llama ese lugar: utopía. Y sabemos que «utopía» viene de eu-topos, lugar mejor, lugar bueno. También esto dijo Pedro Casaldáliga, el que vive en una utopía brasileña llamada Prelatura de São Félix de Araguaia. Allí vive, sin fronteras, indefenso, feliz.

30 de marzo de 2006: *Felicidades*

Hasta hace una semana tenía especial simpatía por determinadas escenas del Evangelio: me eran, y me son, muy caras la del samaritano que atiende al herido al borde del camino, la del hijo pródigo, la mujer adúltera, María Magdalena diciendo «¡Raboni!», maestro mío, poco después de la Resurrección; no estaba entre tales escenas entrañables la multiplicación de los panes y los peces, quizá, tal vez, por la descripción exagerada de las cestas de sobrantes, quizá, tal vez, por un mecanismo de defensa cuando la fe se turba o azora.

El pasado jueves Radio Eccla lanzó al aire una cariñosa felicitación por mis ochenta y un años y me dejó en silencioso trance de gratitud. Y me dejó también una luz permutante para contemplar en adelante la multiplicación de peces y panes en los primeros lugares de mis predilecciones.

Vi cómo día tras día Radio Eccla multiplicaba palabras para alimentar a los hambrientos, vi que se puede morir por hambre de palabra. Y sentí que la palabra «felicidades» que Radio Eccla pronunció, tan cotidiana entre miles, alimentó hambres y remedió carencias.

6 de abril de 2006: *Los dignos de Jesús*

Hace muchos años una persona piadosa me confesó que había logrado no ver a los padres a lo largo de un año. Lo consideraba como una aproximación al desasimiento de las «ataduras» del mundo y un paso hacia lo dicho por Jesús: «quien ama a su padre y a su madre más que a mí no es digno de mí».

Esta interpretación de Jesús, perfectamente literal, corre el peligro de ser peligrosamente lateral, el peligro de pasar a su lado sin dar con él, y lleva al extremo de que siendo cero el amor por la familia no se corre el riesgo de amar a su padre y a su madre más que a Jesús y, por lo tanto, se es digno de Jesús. No en tal extremo, naturalmente, pero se da el caso de tener como norte el desprendimiento de los afectos para ser digno de quien así lo propone.

No temo disentir con Jesús si no acato la literalidad de sus palabras.

Y sí creo sentir con Jesús cuando pienso que él no tiene celos del amor a mis padres y hermanos sino que, por el contrario, los estimula y agradece. Cuanto más ame a padres, hermanos, hijos, nietos, sobrinos, amigos, conocidos, vecinos próximos, vecinos lejanos, personas de cualquier parte, cuanto más ame a todos esos sin preocuparme de si los amo más o menos que a Jesús, cuanto más los ame, digo, más amado se sentirá Jesús y más digno seré de él. Y si en esa tarea me olvido de considerar si soy o no soy digno, mejor.

¡Cuánto jugamos con eso de ser o no ser digno! Antes de ir a comulgar confesamos para que nuestros pecados sean perdonados y ser así dignos de recibir a Jesús; pero también antes de comulgar decimos que no somos dignos. ¡Cuánto jugamos con las palabras! Por mi parte pongo la literalidad donde no me

estorbe, en su lugar, que no sé muy bien dónde está pero sí sé muy bien que no está donde me aleje de Jesús, ése que tengo al lado.

13 de abril de 2006: *Jueves horrible*

¿Qué fue para Jesús la víspera del último día de su vida? Mañana, en ese inminente Viernes, sucedería la traición de un amigo, la negación de otro, la traición y la negación del pueblo que lo había recibido con palmas, la burla de un manto real sobre las llagas de los azotes, la chanza como diversión, la corona de espinas para explicar su título de Rey de los Judíos, la caída bajo el peso del madero, la caída bajo el peso de la burla, los clavos en las manos y en los pies, y sobre todo, el más cruel de los desamores hiriendo desde el grito de alguien: «si eres hijo de Dios, desciende de la cruz» que en realidad era eco del grito que lo hería dentro y definitivamente: «Padre ¿por qué me has abandonado?».

Eso contempló Jesús el Jueves horrible, víspera del día en el que nadie lo quiso. Entonces Jesús cenó con los suyos. Sentía una infinita necesidad de ser querido y tomó lo que siempre iba a ser tomado, pan y vino, y deseó ser tomado como el pan y el vino, como si el pan y el vino fueran su cuerpo.

Y amó a los suyos infinitamente y hasta el fin, y les lavó los pies, y les perdonó que durmieran mientras él bebía el cáliz del desamor. Y al día siguiente, el Viernes horrible, amó a los que no le amaban.

Y entonces se hizo verdad que el pan y el vino eran su cuerpo.

Y los Viernes y los Jueves horribles, dejaron de serlo y quedaron santos.

Cuaresma y Semana Santa 2007

22 de febrero de 2007: *El Grupo de Jesús*

Las voces «exclusión», exclusivo, excluyente, llevan la idea de separación privante, de «dejar fuera», más aún: «echar fuera», lo que implica la frontera idea de «salvaguardar lo que dentro queda», protección que suele encubrir una autoprotección. Jesús no simpatizaba con la exclusión: cuando curaba una enfermedad excluyente se apresuraba a recomendar al recién curado que se presentase a las autoridades para que fuera readmitido en la comunidad; en este sentido fue más hombre de inclusión que de exclusión.

Cuando sus discípulos trataron de impedir que echase demonios quien no estaba con ellos, Jesús dijo que «nada de impedir, pues el que no está contra vosotros está a favor a favor vuestro» (Luc 9, 49-50). Ese individuo echaba demonios en nombre de Jesús pero no pertenecía al grupo de Jesús, no estaba dentro.

A lo largo de la historia se ha repetido esta objeción por parte de los de dentro. Los de dentro pretenden poderes exclusivos, facultades adscritas a una casta, a un grupo, a una persona; y ello se ha hecho con suerte diversa, más o menos coherente con la indicación de Jesús y, por lo general, estableciendo una compatibilidad artificiosa entre la exclusión y las palabras del Maestro, a favor de cuyo artificio se cita al mismo Jesús (Luc 10, 16).

Ciertamente un grupo fue tomando cuerpo mediante la convivencia con Jesús, y creció no sólo con el permiso sino con el estímulo del Maestro. Ciertamente fuéronse adscribiendo a su grupo características, poderes, facultades que lo constituían en un dentro presidido por el propio Jesús; pero siempre fueron poderes y facultades sui generis esencialmente distintas a las que ostentan el resto de los grupos: poder de introducir a los foráneos, facultad de servir. El grupo de Jesús, llámese Doce Apóstoles, Colegio Apostólico, Iglesia es una estructura que incluye puertas sólo para que, abiertas, expresen su carácter de invitación, de acogida, de abrazo; es un Arca donde todas las especies de personas

se salvan de cualquier diluvio. *Et si non, non*; lo que quiere decir libremente traducido que si no es eso el Grupo, no es el Grupo de Jesús.

1 de marzo de 2007: El traje de Jesús

Bastaría el hecho de llevar cientos de semanas hablando de Jesús desde Radio Ecce para explicar la afición que le tengo (la «adicción», dirían algunos; «afección», dirían otros; las dos cosas, diría Jesús usando su manía de estorbar enfrentamientos de palabras y de personas; y a esto último volvería a añadir: no son tan diferentes palabra y persona, ambas merecen respeto, ambas deben mantenerse dignas, ambas se deben al amor desde una a la otra: amor de la persona a la palabra, amor de la palabra a la persona).

El caso es que por afición, adicción y afección va lo que sigue, tras el aviso de que lo que sigue puede interpretarse de tres maneras: una, como cuento infantil; otra, como sueño; y otra... reservo para el final la tercera interpretación.

Queriendo estar más cerca de Jesús, asimilar no sólo sus palabras sino sus gestos, su calor, su vida, le pedí que me regalara una ropa que él hubiera usado para vestirme con ella, para sentirlo un poco más, eso pretendía. Así lo hizo él y así me vestí yo con su ropa; pero la camisa me llegaba hasta las rodillas, las manos desaparecían hacia el interior de las mangas, los pantalones tapaban los zapatos y me hacían caer. Al devolverle sus prendas quiso Jesús lo de siempre, consolar, resolver, y dijo: ¿no sería lo mismo que tú me prestaras tu ropa y yo me la pusiera? Así se hizo. Mi ropa vestida por Jesús era como si hubiera sido hecha para él. Advertí además que no sólo mi ropa sino, mis facciones se adivinaban en él: así vestido, conservaba bien poco de lo suyo salvo, eso sí, el brillo de los ojos, la amplitud de la sonrisa y el gesto de sus manos.

Esto es lo que por afición, adicción y afección a Jesús ha salido desde Radio Ecce. De eso he dicho que puede interpretarse de tres maneras: como cuento infantil, como sueño y una tercer manera que me reservé expresar para el final; esto que he dicho también puede interpretarse como realidad. A lo que Jesús, usando su manía de estorbar enfrentamientos, hubiese añadido: los cuentos, los sueños y la realidad son un mismo modo de nombrar la verdad. La verdad, ese

nombre de Jesús, tan entrañable, tan misterioso, tan profundo, tan sencillo.

8 de marzo de 2007: *Dar la paz*

Solemos pasear a orillas del mar Concha y yo y nos gusta todo lo que miramos; pero especialmente nos gustan los momentos de marea baja, retirado el mar, las piedras húmedas oliendo en paz.

Ni el olor ni la paz advienen de la marea baja mediante un proceso lógico: casi nunca un votante añadirá, después de oír un discurso inteligente, «esta vez no votaré por mi partido». Lo que te lleva a considerar con tristeza la posible inutilidad de los razonamientos.

Pero pensar tristemente sólo es coyuntura pasajera: sólo seis horas duran las mareas. Y entonces tú aprovechas para pasear a orillas de la realidad, ésa que gustas mirar en bajamares y presentir en pleamares: la realidad de las piedras firmes y el olor de la paz.

Jesús dijo «mi paz os doy». Si seguirlo es hacer lo que él hace, quienes le seguimos debemos hacer lo mismo que él, en este caso decir cada cual «mi paz os doy». En el mundo hay mareas, subes y bajas: unos creen que la justicia es dar a cada uno lo suyo, otros creemos que justicia es dar a cada uno lo que necesita; unos creen que la palabra «iglesia» debe seguir escribiéndose con mayúsculas, otros creemos que es hora de comenzar a escribirla con minúsculas; unos creen que el Sermón de la Montaña se actualiza en el Sermón de la COPE y otros no lo creemos; unos creen que el grito es lo que mueve, otros creemos que mueven las palabras; unos se entregan verdaderamente a la pasión, otros nos entregamos apasionadamente a la verdad. Estos últimos creemos además que tiene sentido esperar menos de seis horas para que todos contemplemos en silencio la realidad de nuestro fondo: piedras que parecen firmes pero no lo son tanto y, eso sí, embellecidas por la humedad de lo reciente y oliendo a paz, esa paz que alguien nos dio. No tenemos derecho a rechazarla y, si pretendemos seguir a Jesús, tenemos obligación de darla.

Ojalá mi paz esté con ustedes. Así lo deseo mientras aclara el día.

15 de marzo de 2007: *Tiempo de Cuaresma*

Tanto al capitalismo senior de ayer como al junior de hoy le inquieta la pregunta por la felicidad, sobre todo en su forma lapidaria: ¿da el dinero la felicidad? Una pregunta que suele esquivarse mediante una finta irónica: «no la da, pero contribuye tanto!»

Resulta que la ironía no acaba del todo con la cuestión que hoy se plantea al neocapitalismo: «de acuerdo, tienes más dinero; pero ¿eres más feliz?» Esto hace pensar a fondo y a solas. Y el capitalismo suele desconfiar de lo que se piensa a fondo, sobre todo cuando se piensa a solas, y trata de poner remedio cambiando lenta y subrepticamente el concepto de felicidad. Resulta entonces que ya no me hace feliz una puesta de sol, y ahora empieza a hacerme feliz este movilícromo donde puede diseñarse una puesta de sol. Resulta que el niño no será ya feliz jugando con muchos niños en la plaza, y ahora es feliz jugando a solas y en silencio con el movilícromo donde puede diseñarse una plaza apretando la tecla p_z y unos niños apretando la tecla p_n tras la que debe marcar una cifra equivalente al número de niños que jueguen con él.

Jesús también cambia el concepto de felicidad y proclama que serán felices los mansos, los que hacen la paz, los pobres y las víctimas del hambre o de la persecución. Dicho así, Jesús no tendría clientes. Pero los tiene. Y los tiene porque quienes oyen el Sermón de la Montaña entienden que Jesús propone el amor al prójimo tras el cual seremos felices, bienaventurados.

Hay quienes no creen eso. Y hay quienes creemos eso. Y hay una dificultad en buena parte de estos últimos; una dificultad, o más bien una incoherencia, o más bien un temor que no acaba de resolverse en los que creemos que nos hará felices el amor al prójimo: a las mismas puertas del amor, no acabamos de decirnos a amar; a las mismas puertas de la fe, no acabamos de creer en Jesús: es una última tristeza que no acaba de irse. Una tristeza cuaresmal que en menos de cuarenta días puede irse del todo. La cuaresma es una última desesperanza en pos de la Resurrección. Y por eso la cuaresma no es mala, sino buena; y la falta de fe no es estorbo sino ayuda hacia la fe. Esa fe que comienza en la esperanza de amar.

22 de marzo de 2007: *Abandonos y encuentros*

Dios (y aquí surge el primer problema, tal vez único problema: el problema de no tener sentido. Cuando una palabra cobra sentido adquiere, con ello, límite: por muy extenso que su significado sea, surge, mediante automático reflejo de coexistencia, lo que no significa. Sólo puede existir en una oración lo que tiene sentido, incluso el sentido de «no tener sentido». Así que Dios no tiene sentido en la oración y Dios es un problema) abandonó dos veces.

Una vez para dar sentido al misterio de la Encarnación: Dios se abandonó, se anonadó. Había que abandonar a Dios para que surgiera el hombre. La otra vez fue en la cruz: abandonó al hombre. ¿Cabe en este último caso añadir un fin a la simple y terrible oración (¿qué más simple y más terrible oración que «Padre mío, por qué me has abandonado»)? ¿Cabe la oración final? Intuyo que sí: había que abandonar al hombre para que surgiera Dios.

Para que surgiera Dios en Jesús, añade mi fe. Sólo desde el abandono un niño busca la mano del padre. ¿Quién no ha jugado al escondite en su primera niñez: «mamá, papá ¿dónde estás?» Y el juego se resuelve, gozoso, en el encuentro: «¡te encontré, te encontré!»

El Reino de Dios es el gozo del encuentro: «¡te encontré, te encontré!».

Jesús jugó también al escondite: «Dios, Dios, ¿dónde estás?», y encontró al padre. Y se cogió de su mano. Y desde entonces fue invitándonos a jugar al escondite más allá de los siglos.

Y todos empezamos a decir: «¡te encontré, te encontré» y a decir «padre nuestro que estás en el cielo».

Pero en ese momento Jesús interrumpió el juego de siglos. «No, aún no lo has encontrado. Tal vez por un lapsus propio del momento en que se situaba al padre en el cielo. Realmente el padre está más cerca, en cada una de las manos que junto a ti lo buscan. Busca esas manos y apriétalas contra las tuyas y dile al niño abandonado: ¡te encontré, te encontré!».

Esto añade mi fe. Y esto quedaría incompleto si no añado que después de unir nuestras manos se siente una levísima sensación de encuentro definitivo, se siente, sí, por vez primera, la caricia de un padre.

29 de marzo de 2007: *Humillaciones*

Dos hombres subieron al templo a orar. Uno era fariseo, el otro recaudador. El fariseo se plantó y se puso a orar para sus adentros: «Dios mío, te doy gracias de no ser como los demás: ladrón, injusto o adúltero; ni tampoco como ese recaudador. . .» El recaudador, en cambio, se quedó a distancia y no se atrevía ni a levantar los ojos al cielo; se daba golpes de pecho diciendo: «¡Dios mío, ten piedad de este pecador!» Jesús dijo que éste bajó a su casa a bien con Dios y aquél no.

Dos mil años más tarde el fariseo había leído los Evangelios, las Encíclicas y las Cartas Pastorales, se plantó en el templo y se puso a orar dando grandes voces: «Dios mío soy ladrón, injusto y adúltero» y sin aludir a ningún recaudador esperó que Jesús dijera: *éste bajó a su casa a bien con Dios*.

Pero Jesús sólo dijo: no entendiste. Yo no condené las virtudes del primer Fariseo ni alabé el pecado del Recaudador. Simplemente conté una parábola para indicar que al que se encumbra, lo abajarán, y al que se abaja, lo encumbrarán. Y tú, mi nuevo fariseo, te encumbraste más aún que tu antecesor: te imputaste pecado para que yo, a la vista de tu proclamado abajamiento, te encumbrara al primer puesto. ¡No has dejado de pretender la cumbre! Tu segunda oración no nació del dolor que se ocasiona al prójimo cuando se le roba lo suyo, cuando se le trata injustamente, cuando lo hacías víctima de tus adulterios: no estaba tu prójimo cerca para oír tu petición de perdón, por no estar no estaba ni el Recaudador.

Se acerca la Semana Santa. En esos días se proclama la humildad; no somos nadie (y nos cubrimos el rostro), somos esclavos del pecado (y encadenamos los tobillos), no somos nada (y nos disciplinamos hasta la sangre). No burlo ni desprecio tales liturgias pero sí añado que para estar a bien con Jesús deben estar cerca las personas a quien hicimos daño por ser nadie, por ser esclavos del pecado, por no ser nada, deben estar cerca, sí, próximas, esas personas para que escuchen de nuestros labios: «perdón por el daño que te hice no siendo nadie, el daño que te hice siendo esclavo del pecado, el daño que te hice no siendo nada.»

El próximo y tercer fariseo, no sabrá qué hacer para encumbrarse: si orar diciendo que no es pecador como los demás, o si orar acusándose de todos los pecados. Tal vez decida no orar; no lo creo probable. En todo caso será nadie, será esclavo, será nada. Y verá con envidia cómo se premia a quien deja de ser nada para ser alguien. Y seguirá envidiándolo cuando por ser alguien lo manden a callar. Y seguirá envidiándolo porque, en su silencio impuesto, se oye la voz de Jesús: éste bajó a casa a bien con Dios.

5 de abril de 2007: *El Rompidito*

Hace ochenta años un niño no podía conciliar el sueño y llamó a su padre. Acudió su padre, lo acarició y le dijo «piensa en Dios». Al poco tiempo llamó el niño de nuevo: «no sé pensar en Dios». . . «Pues piensa en Rompido». Rompido era un trozo de madera que el niño había rescatado del fondo de una carpintería y desde entonces lo tenía cerca; a veces, cuando la ternura era mayor, lo llamaba Rompidito. El niño tenía dos años y concilió el sueño.

Hoy es jueves santo y quisiera pensar en Dios. Pero todavía no sé pensar en Dios. Así que pensaré de nuevo en Jesús, ese hombre que tengo cerca.

Están cenando. Jesús está roto -déjenme decir «rompido»- intuye que va a ser traicionado y negado; intuye que va a romperse y ahora no sabe pensar en Dios. Llama a su padre y por vez primera el padre no acude. Horas más tarde, en el último instante, no acaba de entenderlo: «¿por qué me has abandonado?» No duele tanto el abandono como el por qué. ¡Por qué? ¡Para qué?

Y entonces se contesta a sí mismo y se obedece consintiendo en la única y última razón que aún lo mantiene entero: amar. Y nos declara su amor con infinita ternura, con infinita desconfianza: «acuérdense de mí, cuando estén juntos hagan esto en mi memoria» y quiere ser abrazado, besado, más aún: comido por ellos para continuar siendo en las entrañas de los demás, como si fuera un pan que, por comido, se hace nuestro, y un vino que, por bebido, nos da la vida.

Finalmente señala el fin último que responde al «¿para qué?»: para amar. Y se pone a lavar los pies de sus discípulos.

Luego va con los suyos a Getsemaní y los suyos sí pueden conciliar el sueño.

Él, como un niño de dos años, llama a su padre. Dicen que su padre envió un ángel; pero él no necesitaba el ángel sino el Rompidito. Y en ese instante acepta ser el Rompido que nos concilie el sueño en las viglias del mundo y de la historia.

Cuaresma y Semana Santa 2008

7 de febrero de 2008: *¿Se reía Jesús?*

Escribo estas apalabras en martes de Carnaval, día en que, por contraste, envío una muy seria carta a ocho o diez amigos sobre la Nota de la Conferencia Episcopal y día también en que, sintonizando con la alegría que suena en torno, me pregunto una vez más por Jesús: ¿se reía Jesús, se divertía? Vuelve mi manía de afirmar, una vez más, que Jesús era un hombre, un hombre verdadero, un hombre como yo; insisto en eso porque su divinidad ya está asegurada a través de los siglos mediante afirmaciones tajantes. Se me advertirá: «un hombre como tú... menos en el pecado». Claro, claro, Jesús no tenía tiempo de pecar porque amaba minuto a minuto y eso, amar, es no tener pecado, pecar es el antónimo de amar. Pero vuelvo a mi reflexión de martes de Carnaval: ¿reía Jesús? ¿reía y cantaba como san Francisco de Asís antes y después de comulgar con él? Fueron Francisco y los suyos quienes comenzaron a gritar que Jesús era un hombre.

Dentro de mi falta de ilustración en el campo de la imaginería religiosa, no recuerdo una figura de Jesús riendo. ¿Cómo es que a nadie se le ocurrió pintar o esculpir a Jesús mondándose de risa? ¿Por respeto, por falta de imaginación o por la subconsciente impresión de que Jesús era un hombre como nosotros salvo en el pecado... y en la alegría?

Tampoco los Evangelios relatan momentos de diversión, de risa: se limitaron a narrar lo serio. Y de nuevo pregunto, esta vez a los evangelistas: ¿es que la risa no es algo serio?

Posiblemente que en tiempos de Jesús no había Carnavales. Pero si sé, tal es mi fe, que Jesús era un hombre verdadero y algún día se animaba, reía y corría los Carnavales. Tal es mi manía, la de asegurar a diestra y siniestra que Jesús era un hombre verdadero salvo en la tristeza de no amar. Esa manía quizá me valga el tilde de «arriano» en estos tiempos religiosamente reculantes pero no me importa porque ya no se matan arrianos.

Por favor: no soy arriano. Únicamente pido que alguien pinte la imagen

sonriente de Jesús de Nazaret.

21 de febrero de 2008: *Publicidad*

Sé que no es correcto pero voy a permitirme este jueves hacer publicidad.. Más aún: voy a permitirme añadir una opinión sobre lo correcto: correcto es lo que está corregido. Yo me he sentido corregido sobre la significación moral de lo correcto setenta veces siete, las últimas de ellas por el Evangelio, y estas últimas las tengo por definitivas.

Mucho más que lo correcto e incorrecto me preocupa la adecuación a la realidad de la expresión: *amar a Dios sobre todas las cosas*, eso que se nos recomienda tan frecuentemente y tan frecuentemente lo incorporamos sin más, sabiendo que falla algo porque yo no amo a Dios tanto como amé a mi padre y a mi madre, y porque el Dios verdadero, el que me ama, no quiere que rebaje tal amor para primarlo a él.

Nuestra amiga Salomé acaba de regalarnos un libro de Héctor Abad Faciolince, *«El olvido que seremos»*, en donde se describe el amor entre un padre y sus hijos. Es un amor muy próximo al que intuyo que existe entre el Padre y su hijo Jesús, entre nuestro Padre y nosotros sus hijos. El libro tiene mil perfecciones pero no hago por ellas esta propaganda. Hago la publicidad porque nunca, ni siquiera Jesús, me han dicho como Héctor Abad: «así te ama tu Padre». Se trata de una forma muy parecida a como me amó mi padre Luis mientras estuvo entre nosotros.

Salomé ¿te imaginas el gozo y la alegría de Jesús después de leer este libro? Dirá: así, así y aún más me ama mi Padre. Y se pondrá a recomendar el libro. En los Evangelios no consta esto último porque no es correcto hacer publicidad en ellos.

28 de febrero de 2008: *Hojas parroquiales*

En la cabecera de la hoja parroquial que llega puntualmente a casa figura un ramo de margaritas, con sus hojitas dispuestas al No y al Sí.

Arranco una y es un Sí gozoso: el primer renglón de la hoja del pasado domingo dice: «Si miramos a Jesús, hombre como nosotros...» ¡Hombre como

nosotros! Con qué pocas palabras se llena un deseo de vivir la Verdad en que Jesús consiste. ¡Hombre como nosotros! Sí, Margarita, un Sí gritado desde el corazón.

En página interior, la Hoja Parroquial entrega Minutos de Sabiduría: «¿Por qué tienes miedo de no alcanzar la riqueza?... Si existen personas más prósperas que otras, no pienses que se trata de injusticia o desequilibrio de la Ley. Si ellos consiguieron esa abundancia, lógrala tú también. No procures las riquezas robando a otros; búscalas en Dios, en el universo, que da a todos oportunidades de acuerdo con las capacidades de cada uno». Hasta aquí los breves minutos de sabiduría no menos breve. No, Margarita, un No gritado desde el corazón.

En su primera página, con tipografía especial en color, la Hoja Parroquial proclama: «Jesucristo es el único salvador porque rompió las cadenas que te aprisionan: la ley, el pecado y la muerte.» ¿Se llaman pétalos las hojitas que se arrancan de las margaritas? Llámense como se llamen, Sí, un Sí gritado desde la feliz sorpresa de ver la Ley como cadena entre las consabidas cadenas del pecado (es decir: del desamor) y de la muerte (es decir: de la falta de Vida); un sí gritado desde la feliz sorpresa de encontrar la condena de la ley en hojas que normalmente sobreamaban en leyes arrojadas desde diversas alturas contra la bajura; esa bajura donde Jesús curaba, consolaba, comprendía y estimulaba a recibir el Reino de Dios, felizmente reducido a la compasión con los que padecen aprisionados por la muerte, el pecado y la ley,

6 de marzo de 2008: Parábola del fariseo y el publicano

Dos hombres subieron al templo a orar: uno era fariseo, el otro publicano. El fariseo, de pie, oraba en su interior de esta manera: «¡Dios! Te doy gracias porque no soy como los demás hombres, rapaces, injustos, adúlteros, ni tampoco como este publicano. Ayuno dos veces por semana, doy el diezmo de todas mis ganancias». En cambio el publicano, manteniéndose a distancia, no se atrevía ni a alzar los ojos al cielo, sino que se golpeaba el pecho diciendo: «¡Dios! ¡Ten compasión de mí, que soy un pobre pecador!». Os digo que este bajó a su casa justificado y aquél no.

Me temo que esta parábola no nos llega tal como salió de labios de Jesús, en

cuyo tiempo el fariseo era ejemplo de estricta observancia religiosa, y el publicano era su opuesto. Lo cierto es que la historia ha invertido los términos y nos ha dejado un dulce publicano como san Mateo y un fariseo rechazable, despreciable, condenable y, consecuentemente, del que no nos asombra que Jesús lo deje sin justificar. De todo lo cual se infiere que para entender la parábola como Jesús la pronunció debemos sustituir el término «fariseo» por otro que represente una persona actual, de nuestro entorno, a quien se le reconozca estricta observancia religiosa; y sustituir el término «publicano» por una persona indigna; tal sería la forma de recibir el auténtico mensaje de Jesús, y tal sería el desconcierto que nos produciría oír que el tenido por religioso quedaba sin justificar y el tenido por irreligioso quedaba justificado. Sería una tremenda parábola, inaudita y desconcertante, como lo fue en el tiempo en que Jesús la pronunció.

¿Quiero decir con esto que los buenos son en realidad los malos, y los malos son en realidad los buenos? En absoluto. Sólo quiero decir que, según Jesús, su Padre acoge a los que se creen pecadores y piden perdón por ello; y rechaza a los que proclaman no ser como los demás hombres (rapaces, injustos, adúlteros, publicanos) y le dan gracias por ello. Así lo vio Jesús y así nos lo dijo en la parábola del fariseo y el publicano.

El próximo domingo es día de votar. También es día de leer el Evangelio.

13 de marzo de 2008: Educación ciudadana

Según Jesús, Dios envía lluvia benéfica sobre buenos y malos, justos y pecadores, ateos y creyentes... Esto último no lo dijo pero no creo que Jesús se enfade por tomarme la libertad de incluir ateos y creyentes entre los beneficiados por la lluvia. Por lo que a mí respecta sí que me cuesta incluir a los que ayer gritaron «¡bendito el que viene en nombre del Señor!» y hoy gritan «¡crucifícale!». La desgana de incluirlos no viene motivada por el odio y la injusticia que se adivina en el corazón de quienes quieren crucificar a Jesús sino por la facilidad con que, apenas en cuatro días, se trueca la alabanza en la condena.

Busco entonces el remedio a tal facilidad y lo encuentro apelando a que las proclamas deben producirse mostrando la consistencia de lo expresado de modo que el que grita «bendito el que viene en nombre del Señor» lo grita porque

consiste en una persona que razona y mantiene su razón personal, y el que grita «crucifícale» lo grita porque consiste en una persona que razona y mantiene su razón personal. Si los ciudadanos de Jerusalén hubieran sido ensañados a exigirse razones personales y no a copiar las ajenas, hubieran persistido en la bendición y no hubieran pedido la cruz para Jesús.

¿Habría cambiado la historia? No: Jesús hubiese muerto en la cruz porque algunos, y sobre todo los importantes, así lo pidieron obedeciendo también una razón personal en la que consistían y persistían; y eso, al menos para mí, aclara el problema o, por lo menos, lo simplifica. Lo grave, lo verdaderamente grave, es abdicar de la propia razón y llamar «adaldí» a alguien porque otros así lo llaman, y llamar «mentiroso» a alguien porque otros así lo llaman. A punto de evocar dentro de unos días la crucifixión de Jesús, proclamo la urgencia de vivir la consistencia de razonar y rechazar la inconsistencia de la mera imitación. Ya que no educaron al ciudadano de Israel, tratemos de educar a nuestros ciudadanos. Tal vez con ello reduciríamos las crucifixiones.

20 de marzo de 2008: Eucaristía

Es horrible el sufrimiento de los crucificados, entre ellos Jesús. Los relatos, las imágenes y la imaginación acuden a nuestro espíritu por estos días en que eres especialmente dócil a la actualización de los evangelios de la pasión y muerte.

Y eres especialmente dócil porque por estos días vives un especial deseo de actualizar a Jesús, de encarnarlo.

La noche de este jueves trato de imaginar la soledad de Jesús, igualmente horrible. No está Juan, ni Pedro, ni Magdalena. . . ni Dios. Allí sólo está el hombre a solas. Horas antes había pedido a su Padre que le librara del horrible sufrimiento de la cruz y del más horrible sufrimiento de la soledad; y esta vez la voluntad de su Padre se mantuvo diferente a la del Hijo. Lo dejó en soledad.

La tarde de este jueves trato de imaginar la última cena de Jesús con sus amigos. Todavía estaban Juan, Pedro, Magdalena. Y éste fue el mayor sufrimiento: saber que desde mañana no estaría con ellos, ni con Andrés, ni Santiago, ni Francisco. . . ni José María, Gonzalo, Ismael, Fernando, Ignacio, ni Felipe, ni Concha, ni Luis. Fue el mayor sufrimiento y no fue capaz de soportarlo: partió un

pan, llenó una copa y se los dio diciendo: hagan esto siempre y acuérdense de mí: así estaré yo con ustedes hasta el fin de los siglos. Y fue feliz con una felicidad capaz de hacer frente a la soledad de aquella noche y a la cruz del Viernes; con una felicidad que a partir del domingo siguiente llamaríamos Resurrección.



Pascua y **P**entecostés

- 2004:** *Resurrección; Santísimas trinidades; Probar la carne de Jesús; Los enviados; La alegría inicial; La esperanza del domingo; Sentirse enviado.* **Pág. 97**
- 2005:** *Acción y reflexión; Soledades y multitudes en un atardecer; Soledades en otro atardecer; Los nombres y el buen pastor; Duración de los besos; El valedor; El amor y la atención singular.* **Pag. 103**
- 2006:** *Resurrección; El evangelio y la familia; Jesús resucitado; Jesús resucitado de nuevo; Imitación de Cristo; Contrastes; Los tres misterios.* **Pag. 109**
- 2007:** *El encuentro; Cigüeñas; Engañar a las masas; Condenas y propósitos; La dimensión colectiva; Mi Jesús; Elecciones.* **Pag. 115**
- 2008:** *El embrujo de las chirimías; Alfa y omega; negocios; Hagamos; Cristo Dios, Cristo Hombre; Meterse en política; Crucifijos.* **Pag. 122**

Pascua y Pentecostés 2004

15 Abril 2004: *Resurrección*

En días de semana santa se habla de la Resurrección en términos históricos: fue hace dos mil años cuando los apóstoles comentaban la resurrección en términos de actualidad: ante ellos, a ellos *les* sucedió la resurrección; les sucedió a ellos, no a nosotros: a nosotros no se *nos* ha aparecido alguien diciendo «paz con vosotros», recientes las heridas de las manos y los pies, pidiendo comer. La resurrección de Jesús fue, para los amigos *con quien estuvo*, una experiencia; para nosotros, es un suceso respecto al cual usamos perspectivas y percibimos distancias; tal resurrección es, así, noticia, no vinculación.

No obstante se han dado momentos en los que el suceso ha estado a punto de repetirse tal como se dio entre el grupo de amigos de Jesús hace dos mil años, a punto de sernos experiencia vinculante la proximidad de alguien diciendo «paz con vosotros», recientes las heridas de los pies y las manos, pidiendo comer. De haberse dado hoy el momento de hace 2000 años se hubiera reproducido la misma respuesta de los apóstoles que entonces se asustaron y, despavoridos, pensaron ver un fantasma; esto con las debidas correcciones históricas: los hombres del siglo XXI no se asustan despavoridos ni piensan ver un fantasma: se asustan desprevenidos y creen padecer una psicosis más o menos colectiva, más o menos momentánea, debida a restos de un complejo de culpabilidad no del todo curado por la invicta realidad.

La realidad terminaba hasta hace pocos años en el límite de la física; hoy se ha hecho más exiguo el entorno de lo real: está más acá del amor responsable que, pasado un límite, podría invadirnos de dolor ajeno. No decimos hoy que la herida reciente y el hambre son fantasmas; decimos que no es viable la atención global e inmediata del hambre y del dolor.

A los que creían que él, recién resucitado, era un fantasma, Jesús les abrió el entendimiento para que entendieran. El Evangelio no indica si los discípulos entendieron.

Yo creo que sí, que entendieron. Y creo que también nosotros entendemos. Esto podría ser terrible: digo «terrible» porque terrible es entender sin consecuencias.

- Aquí estamos, resucitados, el hambre y el dolor.

- Me doy por enterado.

Y me desentero. Con lo que acaba de curarse el último resto del supuesto complejo de culpabilidad.

Pues bien: contra toda esa exigua realidad está un Hijo de Hombre que esperó resucitar para salvarnos de la exigüidad. Y ha resucitado en este momento, justo en este momento en que acabo de decir estas palabras.

22 Abril 2004: *Santísimas trinidades*

Creo recordar que alguno de los primeros franciscanos llegados a Inglaterra para evangelizar fue acusado de herejía y condenado por desconocimiento de la Santísima Trinidad. Realmente desconocían la forma eclesial de un fondo que ellos, los franciscanos, eran en abundancia: amor. Francisco de Asís descuidó la forma, la formación, entretenido por la constante vivencia del fondo, y olvidó enseñar que la Santísima Trinidad era una forma del amor que ellos eran. Sabía Francisco, sabían sus primeros frailes, que el Hijo es la forma de Dios entre nosotros, y que el Padre es la forma del que pone todo en manos del amado, y que el Espíritu es la alegría de reconocer la lealtad de Dios, esa pura generosidad de anonadarse en el cielo y nacer en la tierra. Sabían los franciscanos que Jesús era el secreto desvelado, la única traducción de Dios a la vida y le hicieron caso y supieron lo que es vida.

No está mal conocer la Santísima Trinidad; pero no es bueno olvidar que la Santísima Trinidad es una forma del amor. Y que la generosidad, la lealtad y la alegría es otra forma trina del mismo amor. Es bueno no olvidar esto porque con ello evitamos condenar herejes, ese oficio no olvidado del todo, ese oficio que estorba el amor entre nosotros o, lo que es lo mismo, ofende a la Santísima Trinidad.

Para mí el Hijo, Jesús, es la única forma de cualquier forma y me sirve para dar forma a mi generosidad, a mi lealtad, a mi alegría; es la sagrada

forma; es la horma de mi felicidad.

29 Abril 2004: *Probar la carne de Jesús*

Intuyo el empeño del evangelista Juan cuando encaró la explicación de la posible ambigüedad de Jesús (¿Dios, Hombre?) ante los hombres de su tiempo y de los tiempos por venir. Entre otros intentos dijo de los que se acercan a Dios que pertenecen a uno de estos grupos: los que aprenden y los que no aprenden. Y que sólo quienes aprenden de Dios se acercan a Jesús. Y da a entender, me parece, que el Padre no es neutral en este proceso de acercamiento a la divinidad: él estimula, tira del hombre y lo hace llegar a Jesús.

Se me antoja que tal es la única intervención, la única felicidad del Padre. Para mí que ambos, el Padre y Jesús, se pusieron de acuerdo en hacer un regalo a los hombres; el regalo del Padre fue anonadarse para hacerse Hijo; el regalo de Jesús es compartir con sus hermanos los hombres la ausencia de ambigüedad que les es propia; y se anonadó para caber en las palabras de los hombres, ésas que pueden ser oídas y digeridas sin equívocos.

Si Jesús es palabra de hombre sólo parcialmente, con nosotros pero fuera de nosotros, no incorporada del todo y sumándose a la ambigüedad de otras posibilidades, ese Jesús no sirve, no es. El Jesús existente es el Hombre sin ambigüedad.

Pero Jesús es «además», y «además» no es ambigüedad sino añadido. A esto llamamos fe. El «además» de Jesús, su utopía y, si se quiere decirlo así, su divinidad, su misterio, su seducción consiste en una sensación de plena identificación con él y una serena necesidad de él. En este trance, para que Jesús exista hay que creer que su carne es verdaderamente comida; y comerlo, es decir, oírlo, porque su carne es la palabra que él envía sin más disculpa y razón que un amor apasionado, suicida y definitivo. No olvidemos añadir un último renglón al Ángelus: *Su carne se hizo verbo y habitó entre nosotros.*

6 mayo 2004: *Los enviados*

Ayer amaneció el día precioso de aire y de luz. Me senté en un rincón del pequeño jardín despacio y cuidando no hacer ruido para no estorbar al aire y a

la luz y al capirote que piaba como superficie melódica de tanta armonía natural. Por primera vez, a mis 79 años, sentí la belleza del canto y reparé que hasta entonces había dicho que el canto del capirote era más bello que el de una fulilla o un millero porque eso es lo que oía decir a los demás; sólo a mis 79 años he tenido el privilegio de saber, de sentir, lo que antes repetía por imitación y concluir que era verdad lo que venía diciendo a lo largo de mi vida.

Imagino que en sus últimos días interesaba a Jesús asegurar que sus palabras se encarnaran en quienes las habrían de predicar y pasaran de mera evocación repetitiva a personal sentimiento de verdad. Para ello convocó a sus amigos a una última cena donde sucedió el amor en divina plenitud. Al final de la cena dijo: *os lo digo ya desde ahora, antes de que suceda, para que, cuando suceda, creáis que yo soy lo que soy*. Pedía a sus amigos que tuviesen experiencia de verdad cuando pronunciasen el nombre de Jesús. Y expuso finalmente el modo único: saber que quien llega a nosotros movido por los sentimientos de Jesús, es Jesús; y sentir que quien recibe a Jesús recibe a Dios.

Mientras aclara el día, yo doy gracias por saber y sentir eso y por algo más: saber que el pío del capirote, aparte de gozosa belleza, constituye un envío; y sentir que recibirlo revive el clima interior de una leve encarnación.

13 mayo 2004: La alegría inicial

Para amar es necesario amarse a sí y amar también a quien nos ama. Pero en su logro último, tras la reflexión y la reciprocidad, el amor cifra su plenitud en la actividad transitiva.

Tal es la forma que va a proponer Jesús. Va a decirnos: «así como yo te amo ama tú a otro». Y justamente antes de decirlo nos prepara para el proceso radical: demuestra su amor a quienes habla de igual manera que su Padre le mostró su amor a él; y encarga que se mantengan en el amor que él les demuestra, de la misma forma que él se mantiene en el amor que el Padre le ha demostrado. Y añade, por fin, el gran secreto, la gran raíz, que no es justamente el proceso transitivo sino la felicidad de donde emana la transitividad.

La transitividad es, en efecto, el gran proceso; pero no es el gran suceso. El gran suceso es que Jesús lleva dentro una alegría inundante y quiere que los

demás lleven dentro esa alegría. Eso es todo. Nada más que eso. Eso es el cielo.

Y todo lo demás, es el intento de alcanzarlo y, por parte de Jesús, el deseo de ayudarnos a ello, a vivir el amor para que nuestra alegría llegue a su colmo.

En este punto preguntamos por qué no acaba de suceder el gran suceso. Y, desde el otro lado del misterio, alguien nos dice que el gran suceso acaba de empezar, que sólo está aclarando el día.

20 mayo 2004: *La esperanza del domingo*

De los primeros años de bachillerato recuerdo que un grupo de compañeros de curso solíamos discutir sobre el especial sentido del domingo: era tal su magia que, amanecido el lunes, imaginábamos su creciente proximidad y eso nos compensaba de los trabajos de la semana. Ya entonces había quienes denunciaban el invento del domingo como una falacia para mantenernos anestesiados de lunes a sábado. Estas discusiones, tan ociosas como sutiles, nos convertían en protopensadores en una edad en la que aún no sentíamos vergüenza de ser filósofos. Éramos, en efecto, pensadores y, sin saberlo, vivíamos el profundo y sugestivo tema de la esperanza. De entonces a hoy, de siempre, permanece la pregunta: ¿es la esperanza un falaz artificio de alienación o una profunda felicidad consistente?

Cuando los discípulos vivían sus primeros años de bachillerato discutían sobre expresiones de Jesús y, aún sin el temor de ser irrespetuosos con el superior, le encaraban: ¿qué quieres decir con esto y lo otro? Así, directamente, como condiscípulos, de igual a igual.

En la respuesta de Jesús latía el germen de la esperanza. «Dentro de poco dejaréis de verme y os entristeceréis; pero un poco más tarde me veréis aparecer y vuestra tristeza se convertirá en alegría».

¡Quién sabe si se oculta Jesús para que la esperanza nazca! Porque, a lo largo de nuestra vida, tan importante como su regreso, es la esperanza de su resurrección. La esperanza, la cotidiana realidad que nos hace felices de lunes a sábado y, naturalmente, los domingos de resurrección.

27 mayo 2004: *Sentirse enviado*

En mi ciudad vive una persona singular que recibe y colecciona cartas de variados remitentes y lugares, todos ellos notables por una u otra causa. Dice ante un sobre recién llegado que lo importante no es el haz, donde monótonamente reza su nombre y dirección, sino el envés, donde figura el nombre de quien envía. Mi amigo colecciona remitentes y, sin pretenderlo, enseña que la esencia de una carta, como la de una flecha, es la de ser enviada; y, sin pretenderlo menos aún, extiende tal parecer a cualquier otro suceso circunstancial, persona o cosa: afirma que lo vivo es aquello que tiene sentido, y que cada cosa y cada flecha y cada persona han sido enviadas para alcanzarlo.

Próximo a dejar la vida, Jesús habló al Padre de su más honda preocupación, consistente en el temor de que los suyos de entonces y los suyos venideros no detectaran claramente su naturaleza de enviado, el carácter de misión que habría de asegurar el sentido de su vida definitiva; pedía: «que todos sean uno para que el mundo crea que tú *me enviaste*», « que queden realizados alcanzando la unidad, y así conozca el mundo que tú *me enviaste*», y acaba expresando la raíz de su feliz esencia: «te he reconocido, y éstos han reconocido que tú *me enviaste*».

La feliz esencia de Jesús, su alegría radical es alcanzar que nosotros nos sintamos *enviados*. ¿Enviados por quién? Con ser importante la pregunta, es una pregunta que, en todo caso, viene después; lo primero es sentirse *enviado*.

Pascua y **P**entecostés 2005

31 de marzo de 2005: Acción y reflexión

Si se trata de auxiliar a quien se ahoga, la cuestión está clara: lanzarse de inmediato al agua; luego vendrán las reflexiones sobre si el mar estaba frío, incluso si sabía nadar. Quiero decir que hay acciones urgentes que no han de demorarse por causa de la reflexión: escribir una carta para que no se aplique una pena de muerte inminente, enviar dinero para que un niño se salve mañana y no muera pasado mañana, atender hoy la agonía cultural de un pueblo, la sed de una tierra, el envenenamiento de un cielo porque, si hoy no se actúa, mañana será tarde. La acción no puede esperar, la reflexión puede esperar a mañana; o a pasado mañana.

La inmediatez de la acción urgente es, por supuesto, un carácter esencial de justicia; pero puede ser, además, dato activo en la reflexión subsiguiente; más: *debe* ser dato activo en la reflexión subsiguiente: tiene sentido reflexionar sobre una acción que debió ser urgente y, sin embargo, fue pospuesta. Puede posponerse la urgencia por diferentes motivos: precisar con más detalle la circunstancia de la acción, o aplazar la decisión porque un descanso la determinará con mayor claridad, o incluso por motivos más o menos sagrados: hubo quien retrasó la acción de ir al Sepulcro de Jesús porque se estaba en sábado y había que esperar al primer día de la semana. En este último caso no hubo apenas perjuicio: se retrasó sólo un día la noticia de la Resurrección.

Pero dar la noticia de la resurrección no es demasiado urgente; sí es urgente resucitar cuando de nuestra resurrección depende que un niño muera, que una mujer sea lapidada, que un cielo contaminado se torne condena en vez de premio.

Cuando Jesús se echó al agua para salvar a unos amigos, fue la urgencia lo que le sostuvo hasta llegar a la barca. Porque lo cierto es que no sabemos si Jesús sabía nadar. Esta última reflexión subsiguiente puede tardar en ser concluida, tardar dos mil años, por ejemplo.

7 de abril de 2005: Soledades y multitudes en un atardecer

La desmemoria me impide precisar el libro donde leí una imaginada vida de Pilatos, ya retirado, conversando en la paz de un suave atardecer romano; alguien le preguntaba por su época de cónsul en Jerusalén a propósito de una revuelta o una crucifixión singular; Pilato trataba de hacer memoria: «no sé... había tantas revueltas y tantas crucifixiones...»; el contertulio precisó: «creo que se llamaba Jesús de Nazaret...» Pilato trató de fijar el caso y, tras un rato en silencio, dijo: «No... no recuerdo».

Siempre me ha impresionado este pasaje literario: transmite una extraña y terrible forma de la soledad. La evoco sobre todo cuando contemplo escenas de multitudes: casi un millón de personas... más, más de un millón... dos millones de personas consagrando un suceso para el recuerdo, y, sobrepuestas a esto, las palabras de Pilato: «¿Jesús, de Nazaret dices? No, no recuerdo». Y estoy seguro de que, al margen de la creación literaria, Pilato, realmente, no recordaba este nombre mientras conversaba en la paz de un suave atardecer romano.

Me enternecen las soledades de Jesús. Solo cuando decía «amaos como yo os he amado» sintiendo que se olvidarían sus encargos; o cuando decía que sólo Dios era bueno y era padre y que a nadie deberíamos llamar santo o padre sabiendo que se olvidarían sus deseos. «¿Jesús, de Nazaret dices? No, no recuerdo».

Me duelen las soledades de Jesús en la paz de un suave atardecer romano.

14 de abril de 2005: Soledades en otro atardecer

El pasado jueves, al desear buenos días a Canarias, decía «me duelen las soledades de Jesús en la paz de un suave atardecer romano». Quisiera recordar, como contrapunto, asimismo suave, una tarde de Jesús en Betania cuando se le acercó una mujer llevando un frasco de perfume de mucho precio y se lo derramó en la cabeza; eso indignó a los discípulos porque, decían, con el valor del perfume pudiera haberse atendido a los pobres. Pienso que en ese momento Jesús se sintió solo una vez más al ver que, también una vez más, se había utilizado una verdad, la debida atención a los pobres de mañana, para estorbar el amor de hoy: «¿Por qué molestáis a esta mujer? Está muy bien lo que ha hecho

conmigo; a esos pobres los tenéis siempre entre vosotros; en cambio, a mí no me vais a tener siempre.» Jesús agradeció el alivio de su soledad y dijo a sus distantes discípulos: «Os aseguro que en cualquier parte del mundo donde se proclame esta buena noticia, se recordará también en su honor lo que ha hecho ella»

No añadió doctrina en este caso, ni ponderó las conveniencias aparentemente enfrentadas de dar a los pobres y consolar al triste. En aquellos momentos Jesús no fue el Maestro, sino el Hombre que sentía próxima su sepultura. Pienso que, tras sus palabras, volvió a sentir la suave tristeza de una tarde en Betania. Tal vez por eso, a estos buenos días de Canarias hoy se añade la satisfacción de recordar lo que hizo la mujer con Jesús y el deseo de consolar a quien amanezca en suave soledad.

21 de abril de 2005: *Los nombres y el buen pastor*

Existe una forma inicial elemental, infantil y sencilla como la de cualquier inicio, para considerar los fundamentos y métodos del conocimiento: es el número: el número de instantes transcurridos, el número de sucesos considerados, el número de personas atendidas. Por ejemplo en un pueblo de cien habitantes las personas atienden por sus nombres, y a eso llamamos conocerse; en un pueblo de cien mil habitantes las personas atienden por el número del DNI o, lo que es lo mismo, no se conocen.

Dado que en nuestra humana estructura continúa siendo el número un parámetro inevitable del conocimiento; y dado que aún es parámetro de nuestra estructura la tendencia a conocerse, acontece en ella una crisis de conocimiento.

Buscamos entonces alguien que conozca nuestros nombres y encontramos que precisamente el sujeto plural de nuestra búsqueda, «nosotros», queda definido como grupo en el que se da el mutuo conocimiento de atributos personales, por ejemplo, los nombres de cada cual. Sucede entonces que la tendencia a conocerse se transfigura en la grata sensación de ser pastoreados por alguien que, además de estar en nosotros, está delante de nosotros, para quien el pastoreo significa enseñarnos a conocer los nombres de cada uno de nosotros; y nosotros acabamos conociendo también el nombre suyo: buen pastor.

Y acabamos entendiendo que él vivió para que nos conociéramos los unos a los otros, y acabamos creyéndolo. Este creer, esta fe, nos estimula a conocer los nombres, o los gestos, o las dichas, o las penas de un grupo que, no pudiendo evitar el número, puede crecer tras horizontes y culturas sin que por ello el amor se muera. «Mi nombre es Luis, dime cual es el tuyo»: es un modesto y bello bautizo, es un gozo para el buen pastor. Deseamos que para el pastor que anuncian estos días sea también un gozo conocer nuestros nombres más allá de horizontes y culturas.

28 de abril de 2005: *Duración de los besos*

Hay muchas formas de querer, se dice. Admitiendo que las haya, debemos aceptar otra forma de «se dice»: se dice, se cree que la materia principal del ahorro no es ya el dinero sino el tiempo (entre paréntesis: vaya usted a saber si no es la misma cosa, time is gold); el caso es que la carnada más atrayente que cuelga del anzuelo que nos pesca es convencernos de que lo que hacíamos en una hora podemos hacerlo en un minuto mediante el nuevo producto. Por otra parte la duración produce cansancio, o hastío, o desinterés: en todo caso, la duración induce el deseo de eliminarla; una empresa de publicidad que se precie jamás ofrecerá la vida eterna como premio.

Hay muchas formas de querer, se dice; y luego viene el anzuelo: besar es querer convivir es querer, y nos hace preferir el instantáneo beso a la dilatada convivencia. Y aquí está el quid: besar un niño es fácil: interrumpo un instante mi paseo, detengo al niño que cruza, lo alzo, lo beso, acaricio su cabecita, vuelvo a dejarlo en el suelo y reanudo mi paseo; no es tan fácil reparar en un niño, interrumpir mi andadura y renunciar al paseo para promover la inmediata estructura que lo acoja, lo alimente y lo eduque... a lo largo de su vida. Besar un niño es siempre buena, bella y breve cosa; pero educar a un niño es otra forma de besarlo. He ahí el beso para el que puede bastar un instante; he aquí el beso que necesita toda una vida para serlo.

Jesús nació conmigo y vivirá conmigo y conmigo morirá; no he sentido su beso fortuito, no me ha embelesado su declaración ocasional: «te amo». Él espera toda una vida, toda mi vida, para poder decir finalmente: «te he amado»,

que eso es la perfección del amor; y en ese instante me acogerá, me pondrá en medio de los suyos, y me besará.

5 de mayo de 2005: *El valedor*

Hay momentos en que no te encuentras suficientemente informado, o suficientemente decidido, o suficientemente lúcido, y sientes la desagradable impresión de que la verdad, de suyo evidente, se muestra esquiva. ¿Será esto, será aquello, será esto-y-aquello, será ni-esto-ni-aquello? Luego, tras un momento de sosiego, o de oración, o de huelgo o de sueño, aparece la verdad igual que siempre: por su propio peso, evidente, única, íntima. Digamos que has sido ayudado en aquella especie de desvalimiento en que no acertabas a conocer, a reconocer, a elegir, a estar en la verdad, que, por cierto, es la única forma de estar.

Jesús previó que tras su marcha pudiéramos sentirnos desvalidos y nos anunció un valedor: el espíritu de la verdad a quien reconoceremos porque vive con nosotros, porque está entre nosotros; es el Espíritu Santo que nos fue inhabitando mientras estábamos con él y le oíamos. Tal nuestro valedor, el espíritu de la verdad: nadie como él y sólo él puede valernos en los trances confusos. El valedor, un regalo de Jesús.

También es otro regalo que Jesús esté entre nosotros, se deje oír, detectar, acoger. Tal vez ambos regalos condicionen mutuamente sus respectivas realidades. Oír al hambriento, detectar al sediento, acoger al perseguido es el modo, el único modo de estar con Jesús, de que esté con nosotros el espíritu de la verdad, el valedor, el que pone ante nosotros las palabras de Jesús que no fueron escritas, ésas, precisamente esas que necesitamos en momentos de desvalimiento.

12 de mayo de 2005: *El amor y la atención singular*

Pudiera decirse que el cálculo diferencial se apoya en la aceptación previa de una cuestión normal y evidente: no puede atenderse la libre variación de dos entes de forma simultánea; alguien ha llamado a esta realidad «principio de atención singular», aplicable a ciertos aspectos, fenómenos o disciplinas: no

puede darse la atención simultánea de dos estelas sonoras libremente variantes, ni la atención simultánea a regiones diferentes de un cuadro.

Más allá de la ciencia y la estética, el Principio de Atención Singular no parece ser aplicable al amor: cuando hablo con mi nieto advierto que mis palabras lo acarician y lo informan: dos quehaceres diferentes, amor y educación, suceden simultáneamente en un único decir.

Cuando Jesús ascendió sus compañeros siguieron mirando las alturas en las que había desaparecido. Fue entonces cuando alguien les dijo: *¿qué hacéis ahí plantados mirando al cielo?* Bajaron ellos la cabeza y vieron lo que tenían enfrente: un hombre. Pedro vio a Natanael, Felipe vio a Juan, Mateo a Santiago; en cierto modo se veían por vez primera: hasta entonces estaban ocupados en ver a Jesús y, según el Principio de Atención Singular, no podían reparar de manera simultánea en Jesús y en otro.

¿Qué hacer ahora: renunciar a ver a Jesús para ver lo próximo?

Como a tanta pregunta, Jesús ya había respondido: cuando ayudabais a otro, a mí me ayudabais; cuando veías al otro, a mí me veáis. Afortunadamente aquí no es aplicable el Principio de Atención Singular: es posible amar simultáneamente a Jesús y al prójimo, es posible ver simultáneamente a Jesús y al hombre. Y esto con tanta fuerza de verdad, que no hay otra forma de ver al Jesús ascendido que acercarnos al hombre y acogerlo. Si surge entonces la palabra «gracias», suena dos voces: una salida de los labios próximos, otra llegada desde la celeste lejanía. No se cumple aquí el Principio de Atención Singular: es posible la simultaneidad de amores: el de Jesús, el del hombre que ama y el que es amado, tres amores distintos comprendidos en uno solo que, ahora sí, podemos llamar Dios.

Pascua y **P**entecostés 2006

20 de abril de 2006: Resurrección

Se recuerda en estos días el paso de Jesús entre nosotros, desde Belén a la Resurrección. Y algunos constatamos que la presencia del Jesús resucitado es diferente de la evocada presencia de Jesús cuando sus pies dejaban huellas en la arena. Sentimos, en efecto, que la nueva presencia de la segunda persona sentada a la derecha del padre no tiene la entrañable y próxima calidad que tiene la presencia del Jesús que pasó entre nosotros: algo murió el viernes santo con Jesús, algo que no se sustituye ni remedia con la incorporeidad sedente a la derecha del padre. Digámoslo sin miedo: cuando decimos creer que Jesús es hombre verdadero expresamos el deseo y la necesidad del cuerpo de Jesús aquí abajo, entre nosotros.

Fue Jesús consciente de esta desolación adviniente tras su muerte y nos legó la fe de creer que su cuerpo quedaba entre nosotros más cerca que nunca, en un trozo de pan que podíamos tomar y comer. Mas también fue consciente Jesús de que no era suficiente la Eucaristía y nos legó lo que necesitábamos, la proximidad cálida de un cuerpo de hombre verdadero. Y dijo:

Señor, ¿cuándo te vimos con hambre y te dimos de comer o con sed y te dimos de beber? Cuando llegaste como forastero y te recogimos o desnudo y te vestimos? ¿Cuándo estuviste enfermo o en la cárcel y fuimos a verte? Y el rey les contestará: os lo aseguro: cada vez que lo hicisteis con uno de esos hermanos míos tan insignificantes lo hicisteis conmigo.

Tal es el más profundo evangelio de la resurrección: Jesús está vivo en sus hermanos insignificantes pero vivos. Él sabía que Dios no es un dios de muertos, sino de vivos. Resucitó, sí, pero para quedarse aquí en cada uno de sus hermanos insignificantes.

27 de abril de 2006: El evangelio y la familia

Se usa con frecuencia el término «familia» incluyéndolo en cuestiones sociológicas, morales, religiosas, lo cual, creo, no sólo es legítimo sino

conveniente; sin embargo, no es ni legítimo ni conveniente mezclar las cuestiones y usar la familia de forma ambigua, sin precisar en qué terreno se la considera: en el sociológico, en el moral, en el religioso o en cualquier otro, por ejemplo, el terreno de la fe en Jesús, en el que habríamos de preguntar por el sentido evangélico de la familia y escuchar qué dice Jesús sobre la familia.

Las palabras de Jesús no fueron noticia demasiado buena para la familia: «de ahora en adelante, una familia de cinco estará dividida... se dividirá padre contra hijo e hijo contra padre, madre contra hija e hija contra madre...» (Lucas 12, 52ss).

En una ocasión dijeron a Jesús: «tu madre y tus hermanos te buscan ahí fuera». Paseando su mirada por los que estaban en torno a él, Jesús los señaló y dijo: «Mirad a mi madre y a mis hermanos. Cualquiera que cumpla el designio de Dios, ése es mi hermano y mi hermana y mi madre.» (Marcos, 3, 32ss).

Y en otra ocasión Jesús dijo que el que ama a su padre y a sus hermanos más que él, no es digno de él.

Prácticamente, nada más dijo Jesús sobre el tema. No parece coherente que se mezclen alusiones a la fe y al Evangelio pretendiendo la exaltación elogiosa de la familia, cuestión que pertenece, legítima y convenientemente, al campo de la sociología, de la moral o de las religiones. Por favor, no mezclemos a Jesús con la familia.

4 de mayo de 2006: *Jesús resucitado*

Todos tenemos la suerte de tener algún amigo excepcional, y al decir excepcional me remito al ámbito de la fe en Jesús de Nazaret, y al decir fe en Jesús me remito a la vivencia de su espíritu; esto aparte, al decir excepcional sólo quiero indicar que no son frecuentes los encuentros con tales personas, personas que, por otra parte, son como todas, normales, gracias a Dios, gracias a Jesús.

Cuando te visita uno de estos amigos se transfigura el lugar, me transfiguro, dan ganas de encargar tiendas que nos acojan y guarden. Y sin embargo, coexistiendo pacíficamente con tal plenitud, debo confesar que me visita dentro, en el umbral de la inconsciencia, cierta sensación de incomodidad, leve, cordial, compatible incluso con el mundo transfigurado.

¿Por qué esto? Tal vez porque el amigo que me visita plantea, sin pretenderlo, una diferencia entre nuestros modos de fidelidad al espíritu de Jesús: ahí está él, sin pretenderlo, repito, destacando las limitaciones de mi fidelidad.

Pues bien: quiero decir que cuando es Jesús quien mi visita -y eso sí que es cada vez más frecuente, a diario por supuesto- cuando es Jesús quien me visita no existe la mínima sensación de incomodidad, no se destacan las limitaciones de mi fidelidad. Y si me apuran diré que no se transfigura tanto el lugar, ni son tan exigentes las ganas de encargar tiendas que nos acojan y guarden. Irrumpe entonces un clima excepcional de normalidad, de modo que la transfiguración se produce pero es leve, cordial, compatible incluso con el mundo no transfigurado.

Nada de esto puedo explicar y sólo puedo comunicarlo diciendo que Jesús resucitó para podernos visitar a través de un amigo excepcional y, sobre todo, para visitarnos con frecuencia, a diario, siempre.

No puede explicarse la resurrección de Jesús, sólo puede vivirse, nada menos que vivirse. Y es fácil vivirla: para eso resucitó Jesús.

11 de mayo de 2006: Jesús resucitado de nuevo

En estos días de pascua de Resurrección recuerdo cuando nos anunciaron en casa que al día siguiente vendría Jesús a comer. Tendría yo no más de diez años y no recuerdo que hiciéramos cuestión de lo sorprendente del caso, tal vez porque pronto se encontró la familia ocupada y preocupada por el trato que debíamos darle al invitado. En aquel tiempo, a mis nueve o diez años, las sirvientas que servían la mesa me llamaban señorito Luis. ¿Debería la sirvienta decir «señorito Jesús»? No nos sonaba demasiado bien; tampoco «don» Jesús. Jesús era más que el obispo: ¿diría la criada «su ilustrísima, eminencia, santo padre»? Con todo, el punto más conflictivo surgió cuando ella nos recordó que para dirigirse al invitado solía preguntar: «¿el caballero quiere más vino?» ¿Pegaba esto con Jesús, era Jesús un caballero?

Recuerdo que los mayores decidieron confirmar la visita del día siguiente, y en el fondo deseaban que el invitado desistiera de almorzar en casa. Esto, no obstante, resultaba feo y poco amable. Callaron un momento y tal vez pensaron

que el problema desaparecería si Jesús no hubiera resucitado de nuevo.

Pero no: había resucitado y vino a almorzar a casa. Declinó con naturalidad sentarse entre mi padre y mi madre, como le ofrecieron, y se puso en un extremo, junto a una sillita de niño donde estaba mi hermano pequeño, que tenía menos de dos años. No hubo problema de tratamiento: él había comenzado haciendo lo que no hacían los invitados ilustres: preguntarle a la muchacha cómo se llamaba y así se adelantaba diciéndole lo que quería, con lo que la muchacha no tuvo que decir «¿el caballero quiere más vino?».

Acabó Jesús sentando a Javier en sus piernas y cuando terminó de comer, tras una conversación normal, se fue alegremente. Casi alegremente: al despedirse de mi hermana la miró a los ojos, le acarició la mejilla y se le saltaron las lágrimas. Mi hermana era santa y murió cuando cumplió doce años.

18 de mayo de 2006: *Imitación de Cristo*

De niño tuve en la mesilla «La imitación de Cristo» escrito por el franciscano Tomás de Kempis. Años después tuve en la mesilla otro libro, «Camino». Ambos pretendían que el lector imitase el Cristo que entendían san Francisco de Asís o San Josémaría Escrivá de Balaguer; ambos, por causas muy diferentes entre sí, no lograron en mi caso poner en marcha la imitación.

Muchos años después sigo sin emprender y, más aún, sin entender el camino de la imitación. No me veo proponiéndome un modelo exterior extraído del Evangelio, distinto a mí, no me veo esforzándome en acertar con un diseño propuesto desde fuera, tras cuyo intento podré acertar con el dibujo ¡lo logré!, o no acertar con el dibujo ¡fracasé!; en cualquiera de los casos no habría sido yo el origen del dibujo, no habría resultado original. Tampoco imagino a Jesús copiando un modelo exterior. Imagino, sí, que ante la recomendación que se le hiciera de copiar a Dios, él respondería: a Dios no se le copia, se le vive.

Pienso que a Jesús no se le imita sino se le vive. Él sería el original y cualquiera de las imitaciones que me sucedieran serían dibujos más o menos acertados o fracasados, pero no serían el auténtico Luis. Admito que no es fácil ni frecuente vivir auténticamente y, por el contrario, es fácil y frecuente vivir imitaciones.

Con todo esto quiero decir que ante una propuesta evangélica no siento la

tentación de imitarla sino la sensación de vivirla; más aún: de haberla vivido antes. No se trata de que algo me seduce porque está en el Evangelio: se trata de que lo que está en el Evangelio me seduce porque ya estaba en mí. En cierto sentido el Evangelio es el eco del Espíritu de Jesús que yo viva. Todo puede constituir eco de Jesús; todo: Radio Ecce, Entreculturas, la Compañía de Jesús, la Iglesia: todo puede ser buena nueva si es eco de Jesús, el inimitable, el vivible.

25 de mayo de 2006: *Contrastes*

No sé si tengo un oyente semanal. Tal vez lo tenga. Permítame ese posible oyente cogerlo este jueves para decirle que lo necesito. Lo necesito cerca para llorar o cabrearme preguntándome en alta voz ante él por qué me duele y enfadan ciertas cosas menos graves que otras ante cuya enorme gravedad paso con serenidad y ánimo tranquilo. Y, para más inri, lo que me duele y enfada desproporcionadamente son palabras, meras palabras, y no hechos de lesa humanidad como los emigrantes ahogados, como los niños convocados a muerte próxima.

Me duele la utilización de Jesús para ganar dinero mediante relatos mediocres, embrutecedores y anodinos. No: no se trata de escándalo de católico ni de ofensa al sentir religioso, al menos en mi caso: leo con interés y placer cualquier versión documentada o ingeniosamente imaginada en torno a Jesús; y no me preocupa si Jesús tenía alergia a un alimento, se enamoró de María Magdalena, o dormía sobre el lado derecho: Jesús es un hombre que amó a los hombres y murió por amarlos como los amó, y no hay nada ni nadie que lo destrone en mi corazón. Pero eso es precisamente la piedra de toque para asombrarme de mi llanto y mi cabreo ante ciertas cosas menos graves.

Tal vez te preguntes, oyente mío, si es que lo eres y te has dejado coger por las solapas, por qué te he obligado a oír estos despropósitos impropios de un medio de comunicación ante la virtual expectación de un público que debe considerarse defendido mediante la distancia que el hablante está obligado a respetar. Tal vez te lo preguntes y tal vez no atines con la respuesta. Por mi parte no tengo respuesta; sólo tengo una palabra que decirte, «gracias», que ojalá sirva.

Con todo, hay algo que sí tiene respuesta a esta como a cualquier incoherencia: me refiero al espíritu de Jesús. A mi me respondió diciendo: «lo que me has dicho dilo por la radio». Así lo acabo de hacer. Y, en efecto, me siento ayudado; no sé si respondido, pero sí me siento mejor.

1 de Junio de 2006: *Los tres misterios*

No comparto ciertos aspectos de la Iglesia y entre los que sí comparto y vivo está la liturgia, especialmente la liturgia de los tiempos. Hay tres momentos para tres misterios: la Encarnación, la Ascensión y Pentecostés; en los dos primeros algo viene y se va; en el último, Pentecostés, algo viene. Dios se anonada en la Encarnación y se va para que venga Jesús: después de resucitar Jesús se va, asciende a los cielos, para que venga el Espíritu Santo. Y en Pentecostés, algo viene, el Espíritu de Jesús, para quedarse.

Según la liturgia de los tiempos, hoy estamos entre dos misterios: el del domingo pasado, la Ascensión, y el del próximo, Pentecostés. Los apóstoles miraban a Jesús que ascendía y en un instante quedaron suspensos, los ojos fijos en la inmensidad en la que Jesús había desaparecido. Dos hombres vestidos de blanco que se habían presentado a su lado les dijeron: «Galileos, ¿qué hacéis ahí plantados mirando al cielo?» Bajaron los ojos y por primera vez Pedro vio a Santiago, Santiago miró a Natanael, Natanael miró a Juan. Tal fue la última lección de Jesús: que dejaran de mirarlo de modo exclusivo y en adelante fijaran los ojos en el hombre próximo, y desde tal suceso hicieran próximos a todos los hombres, única manera ésta de mirarlos y, mirándolos, ver eternamente a Jesús.

Para aprender a vivir ese definitivo modo de ser y estar, los hombres recibieron el espíritu de Jesús.

Quedan desde entonces cerradas las etapas anteriores, que ahora nos sirven para tratar de ellas desde la reflexión y en dimensión histórica: tratado de Dios, Teología, tratado de Jesús, Cristología. El último misterio no consiste en tratar del Espíritu desde la reflexión y en dimensión histórica, no hay una Espiritología; el último misterio consiste en vivir el espíritu de Jesús desde el amor al hombre y en dimensión eterna.

Pascua y **P**entecostés 2007

12 de abril de 2007: *El encuentro*

Esta voz es una voz cansada de dar explicaciones del suceso que dice a Jesús: cansada estoy de ser tu explicación, tú clavado en la cruz de las explicaciones. En ti es posible el beso del suceso y la voz. Cualquier beso es posible si son los labios tuyos. No es tiempo de que expliques, sino de que sucedas. Tú eras palabra eterna y un día sucediste. Toda palabra sueña suceder en un seno y encarnar el silencio. Que el silencio sea fértil para que tú sucedas en el silencio de Radio ECCA.

Y éste es el suceso:

Si dos o algunos más nos reunimos en nombre del amor, amor hacemos. Y el amor que dio impulso en el tiempo de los avisos y las citas es el mismo que nace en el momento de estar juntos y el mismo que renace después en el recuerdo.

Amor es como el agua, o como el viento: eternamente mismo y eternamente nuevo.

La palabra para decirlo es lo de menos; el no «se llama»: está mientras estamos, será misma mientras seamos y, si dormimos, él es el ángel de los sueños.

Emprende el vuelo y queda viendo volar al mismo tiempo. Es el vuelo el amor sobre la tierra; y es la tierra el amor bajo su vuelo.

Cuando intentamos expresar todo esto decimos que el amor es eterno, pero no basta: sabe el amor que no podemos decirlo sino serlo.

Cuando un amigo se marcha lejos el amor es el nombre que alienta el fuego de otros nombres: amigo, hermano, compañero. Es el nombre del mar, y el del cuerpo, de Dios y el hombre, de la tierra y del cielo, de la luz y lo oscuro, de la voz y el silencio. Es el nombre de todo mientras alguien sepa que lo primero sobre todas las cosas y las voces y los pensamientos es compartir la sangre de querernos.

Desde este centro del querer miramos a lo lejos y es el amor quien mira y es el amor aquello que con amor miramos y, entre los ojos y el objeto, también amor

es lo que queda en medio.

Miró un día el amor un barro alzado: con amor lo hizo cuerpo capaz de amor y dijo que era bueno. Miró el barro al amor, lo llamó «padre» y desde entonces anheló su encuentro. En camino se puso. Y después de milenios, siendo el barro Jesús de Nazaret tuvo lugar el beso.

Hay otros modos de decirlo. Éste es el mío y es mi credo.

19 de abril de 2007: *Cigüeñas*

Estos días he recordado la estancia en Vallecas de nuestro amigo José María Díez Alegría. Allí continuó la aventura de seguir a Jesús. He abierto el libro de Pedro Miguel Lamet para actualizar esa circunstancia.

Alguien le propuso por entonces escribir una *Teología de Vallecas*. Cuenta Lamet que, dándole vueltas prefería este título: *Una cigüeña en Vallecas, rebajas teológicas de otoño*. Y es que le gustaba lo de la cigüeña de Antonio Machado, que había escrito:

*La blanca cigüeña
como un garabato,
tranquila y deforme, ¡tan disparatada!
sobre el campanario.*

Díez-Alegría se veía a sí mismo igual de estrafalario, como una cigüeña, por no haber tenido nunca «misión canónica». Decía: «No me atrevo a presentarme como un teólogo de toga y birrete. Por eso me comparo más bien a una cigüeña, posada sobre el campanario del edificio teológico. Desde allí he visto mucho, he cazado algunos ratones, incluso algunos gazapos, en el campo teológico y eclesial. Y aquí estoy. Como la cigüeña de mi querido Antonio Machado. No me toméis demasiado en serio, no me hagáis caso si mis retales no os convencen y os enfadan, porque yo soy, como la cigüeña, una especie de garabato teológico... Pero, en una bella fantasía infantil, es la cigüeña la que trae en el pico a los niños nuevos, que representan el futuro.»

Mi querido José María: los niños nuevos han crecido. Algunos de ellos andan por Entrevías.

26 de abril de 2007: *Engañar a las masas*

En la puerta de nuestra casa hay una tira pegada desde los días de la guerra de Irak que dice «No a la guerra». Así ha permanecido estos años hasta ayer, que apareció medio arrancada. Concha tenía una tira de repuesto y la pegó en la puerta.

Hemos pensado en la persona que arrancó «No a la guerra». ¿Quería afirmar «Sí a la guerra»? ¿Eran otros sus sentimientos? ¿Le molestaba el deseo de que la guerra acabara? ¿Le molestaba que alguien deseara acabar con la guerra? ¿Sentía rencor hacia los que decían «No a la guerra», sentía, tal vez, envidia de la presunta bondad de los que allí vivían? ¿Era infeliz por eso?

Los evangelistas pensaron en las personas que condenaron a Jesús y encontraron una motivación de fondo; superficialmente proclamaban causas políticas y religiosas para escandalizar a la gente, a la que informaban que algún testigo declaró que Jesús iba a destruir el templo en tres días y otros sacrilegios por el estilo. Pero los evangelistas se cuidaron de anotar lo que en el fondo sucedía a los que condenaron a Jesús: lo condenaron porque era bueno, porque tenían envidia de que era bueno. Pilatos caló esa envidia.

La envidia hace sufrir y el que por envidia es infeliz trata de calmar su infelicidad gritando: «¡Crucifícale!» o rompiendo una tira que dice «No a la guerra».

¿Qué hacer con tales personas sufrientes? Ya sabemos lo que hizo Jesús: pedir perdón porque no sabían lo que hacían. Al otro extremo de la tragedia, es risible la comparación de una cruz con una tira pacifista; pero en el fondo uno piensa algo parecido a lo que pensaron los evangelistas: actuaron por envidia. Y por otra parte, no se está tan lejos de la cruz porque desde entonces decenas de iraquíes se crucifican diariamente.

¿Qué hacer, entonces, con la persona que arrancó la tira de la puerta? No hay entidad para pedir perdón porque no supo lo que hizo. Pero si hay entidad en la similitud de fondo y así como hubo culpables protervos, pocos, de envenenar a las masas engañándolas con los falsos pecados de Jesús, hoy hay culpables, igualmente protervos, igualmente pocos, de envenenar a las masas engañándolas sobre la falsa existencia de armas de destrucción masiva.

3 de mayo de 2007: *Condenas y propósitos*

Poco a poco se establece la costumbre de pedir perdón por parte de ciertas entidades, entre ellas la Iglesia. No lo veo mal; pero más bien lo veo inútil. ¿Qué favor se le hace al señor Galileo Galilei pidiendo perdón por perseguirlo en el pasado? Fuera más útil la decisión de no volver a repetir castigos y mucho menos torturas.

Hay hoy castigos, no torturas, en la Iglesia; pero afortunadamente no son de la índole de los que se imponían en otros siglos. No pueden ni deben compararse las actuales correcciones fraternas ni las prohibiciones canónicas con las sanciones o torturas inquisitoriales de ayer. La evolución es evidente: el título de la más vieja Congregación vaticana: «Sagrada Congregación de la Romana y Universal Inquisición» fundada en el siglo XVI, cambió su nombre por «Sagrada Congregación del Santo Oficio» a principios del siglo XX, y volvió a cambiar en 1965; actualmente se llama «Congregación para la doctrina de la fe» a cuyo frente estuvo Benito XVI. Esta sana evolución de títulos, sin condenas inútiles mas sin propósitos correctores, indica en todo caso que la Iglesia es también dócil a la acción del Espíritu sobre la Historia¹.

Con todo, la mayor diferencia entre el hoy y el ayer estriba en la defensa del procesado, en tiempos pasados prácticamente inexistente, y en la adhesión popular al proceso, hoy inexistente y ayer unánime.

La religión de Jesús, el judaísmo, aplicaba el castigo corporal y mental, practicaba la tortura más cobarde: la que se aplica por delegación: los jefes religiosos de Jesús indujeron a torturarlo, mental y físicamente, tras lo cual, Pilatos, el poder civil, lo presentó: «Ecce homo». He aquí al hombre: en cuanto Jesús aparece quedan en segundo plano las condenas de ayer y los propósitos para mañana. Porque lo que entra en juego no es el ayer ni el mañana sino el hoy.

¹ No grabé para Radio ECCA esta nota con fragmentos literales del Manual de Inquisidores: *«el acusado confiesa bajo tortura. Luego, cuando se le pide que ratifique la declaración, se retracta. En tal caso se reemprenderá toda la serie de tormentos, pues las confesiones obtenidas durante la primera serie constituyen precisamente el nuevo indicio necesario. ¡Pero todo esto se hará sin crueldad! No somos verdugos. Más adelante diré cuántas veces se pueden volver a empezar las torturas.*

Hoy, ahora mismo, acaban de presentar a un hombre torturado y burlado. Yo me conformaría con la valentía de abrir los ojos para verlo. Y esto es más importante que la condena del ayer o el propósito para mañana.

10 de mayo de 2007: *La dimensión colectiva*

A propósito del «aclarando» del pasado jueves un amigo me indicó que no resultaban demasiado claras sus conclusiones: se comentaba entonces cómo el celo inquisitorial entregaba al pecador al poder civil encargado de castigarlo; así por ejemplo Pilatos que, tras el castigo, lo devolvió torturado y burlado: *Ecce homo*. El «aclarando», quizá no demasiado «aclarando», concluía que en cuanto Jesús aparece quedan en segundo plano las condenas del ayer, apenas útiles hoy, y los propósitos para mañana, muy escasos aún. Cuando Jesús aparece no es el ayer ni el mañana quien aparece sino el hoy: hoy, ahora mismo, acaban de presentar a un hombre torturado y burlado. Echaba de menos mi amigo una insistencia en que el Jesús-hoy es el Jesús resucitado: que el torturado y burlado, o el hambriento o el preso, eran Jesús.

Nos confunden las superabundantes descripciones minuciosas y extraevangélicas de un Jesús ante el cual no tendríamos inconveniente en reconocernos agnósticos. Con el Evangelio en la mano es fácil contradecir a los inventores de tales superabundancias; pero es difícil corregir la creencia colectiva que las hace vigentes; en el sentir colectivo, indiferenciado y unánime, está el secreto de muchas vicisitudes que se han venido proponiendo como puntuales. La Inquisición no sólo fue posible por la colaboración de altas autoridades civiles y las coerciones de altos inquisidores eclesiales sino porque había un sentir colectivo que incorporaba sin rechazo la fuerza del poder civil y el proceso de la estructura eclesial.

Así pues, aclarando no sólo el día, sino el rebujón de lo dicho, en el nombre de Jesús que el Evangelio nombra y el Espíritu aclara, me refugio una vez más en la profunda sencillez de la esperanza, la caridad, la fe y la Resurrección:

mientras la esperanza no sea un suceso colectivo, no será esperanza sino Ilusión. Mientras la caridad no sea un suceso colectivo no habrá llegado el Reino de Dios sino el de este Mundo. Por el contrario, mientras la fe no sea un suceso

personal, sólo será Religión. Y mientras no creamos que la última víctima de hoy es Ecce Homo, es Jesús de Nazaret, hijo de José y de María, no habrá Resurrección.

17 de mayo de 2007: *Mi Jesús*

Recuerdo vagamente (finales de los años 20, comienzos de los 30) que en mi mundo religioso primaba el monoteísmo sobre la trinidad: se nombraba mucho a Dios, Zeus, poco a Jesús y menos al Espíritu.

Recuerdo que no pude comprar los Evangelios sin autorización del párroco: «¿para qué quiere un niño leer algo que no acaba de entender? compra, por ejemplo, este librito, *Mi Jesús*». Me compraron, en efecto, *Mi Jesús*, con cuya lectura, en efecto, me solacé, pero retrasó la llegada de «mi» Jesús, «mi» con minúscula, el mío: entonces, y aún ahora, la religión exige que mi Jesús, para ser mío, ha de coincidir con el Jesús de la Religión. A pesar de todo progresa la tendencia a nombrar a Jesús, casi a punto de empatar con la palabra «Dios». ¿Qué pasará cuando las frecuencias lleguen a 90/10 a favor de Jesús, peligrará Dios? Francamente no me preocupa la cuestión porque, para mí, cuanto más gana Jesús más gana el Dios de una competición que parte de una premisa insuficientemente considerada: la creencia de que Jesús es Dios.

He dicho «para mí», suelo usar esa expresión en estos temas: quiero decir con ello «según entiendo, según lo siento, según lo intuyo...», es un según que se refiere a un tercer elemento de la cuestión, llámese conciencia, llámese voz interior, llámese Espíritu Santo. Y esa tercera persona de la Santísima Trinidad aún está prohibida, como entonces los Evangelios de la Segunda Persona. Prohibida por la misma razón: por miedo: «no puede tolerarse que cada cual interprete a su gusto las palabras de Jesús» lo que equivale a prohibir que cada cual interprete a su gusto las palabras de Jesús, es decir, *no las interprete*. Aquí está el quid: la interpretación de cada cual, es decir, la manifestación del Espíritu de Jesús. ¡Señor: el peligro no es ser protestante sino en no poder ser según mi Jesús! Cuatro días al año se nombra el Espíritu Santo: en forma de paloma, en forma de lenguas de fuego, en la consagración de sacerdotes, en la calificación del máximo pecado de difícil remisión ¡el pecado contra el Espíritu Santo! De resto se le restituye al silencio oscuro de la sala donde se guarda el jarrón chino,

tan precioso como inútil. Recitemos la oración mientras está aclarando el día:
¡ven Espíritu Santo!

24 de mayo de 2007: Elecciones

El próximo domingo habrá elecciones. ¿Por qué partido habrá de votar un amigo de Jesús?

No: no es una pregunta atrevida, ni imprudente, ni impropia. No es osadía ni imprudencia preguntar y es propio del amigo de Jesús preguntarse por qué partido habrá de votar.

He aquí la respuesta: votará por el partido que se ocupe de que los hambrientos coman, que los sedientos apaguen su sed, un partido que se ocupe de acoger al forastero emigrante, que cubra tanta desnudez desvalida, que visite al enfermo y que vaya a ver al que está en la cárcel.

Se dirá en este punto que eso es lo fácil; pero que lo difícil es discernir cual partido cumple mejor tales encargos. No, la cosa sigue siendo fácil si el discernimiento se actúa de acuerdo con el espíritu de Jesús.

Y se dirá en este otro punto que al parecer hay diferentes opciones de acuerdo con el espíritu de Jesús. Responderé que sí, que hay diferentes opciones enfrentadas, a veces con ira o malquerencia; pero que no, que no todas están de acuerdo con el espíritu de Jesús.

Por supuesto los resultados de las elecciones no desvelarán cuáles fueron fieles a Jesús; y eso no es cosa que me preocupe. No es la urna sino la voz de Jesús los que dirán a cada fiel: ven, bendito de mi Padre, hereda el reino preparado para ti desde la creación del mundo porque tuve hambre y me diste de comer, tuve sed y me diste de beber, fui forastero y me recogiste, estuve desnudo y me vestiste, enfermo y me visitaste, estuve en la cárcel y fuiste a verme.

Y entonces muchos replicarán: ¿cuándo hice yo eso? Muchas veces, les diría; por ejemplo, el 27 de mayo.

Pascua y Pentecostés 2008

27 de marzo de 2008: *El embrujo de las chirimías*

Por aquí llamamos «chasca» a una especie de castañuela mayor que marca ritmos. Recuerdo la chasca de la madre Agustina. Hace setenta años.

Hoy suena la chasca para descanso de las imágenes que en andas oían *las chirimías*, un breve suceso musical que no sonaba desde cerca de 70 años. El viernes, tras el aviso de la chasca, volvimos a oír lo que años atrás. Me traspuso oír de nuevo las chirimías. Dos cofrades se volvieron al Cristo Crucificado y tras acompañada reverencia lo incensaron.

... Sonó entonces la chasca y cayeron las capas y los capirotos de los todos los cofrades, incluidos los que incensaban. Dijo un niño:

- ¡Mira, papá: los capuchinos se han disfrazado de hombres!

También cayeron las vestiduras de acólitos y sacerdotes. Fue entonces cuando reparé en que había desaparecido el Crucificado: en su lugar estaba un leproso, sentado al borde del camino. Lo distinguí perfectamente entre el humo del incienso.

Los cargadores continuaron el recorrido y la Bande de Música continuó interpretando una marcha fúnebre. Todo igual menos las capas y capirotos, las albas y sobrepellices que desaparecieron. Todo igual menos lo que se honraba sobre las andas: sobre ellas sólo un leproso, recibiendo miradas piadosas a lo largo del camino; entre los que miraban piadosamente estaba Jesús de Nazaret; lo sé. Así dejé de ver la procesión tras un recodo. Doblaron campanas en una iglesia próxima. Volvió a sonar la chasca...

Los cofrades acabaron de incensar y tras acompañada reverencia volvieron a las filas de capas doradas y cucuruchos puntiagudos; acólitos y sacerdotes disimulaban un leve cansancio bajo las albas y las sobrepellices.

Me había traspuesto por influjo de las chirimías. No quise preguntarme si me entristeció regresar al 2008. Como tampoco me atrevo a preguntar, hoy 27 de marzo de 2008, si lo que traspuesto contemplé fue una estampa sucedida hace

muchos, muchos años, o fue una estampa que sucederá dentro de muchos, muchos años.

3 de abril de 2008: Alfa y omega

La fe en Jesús tiene que ver con la Teología, la Cristología, la Exégesis y otras disciplinas importantes; la fe, digo; pero mi fe en Jesús tiene que ver conmigo, consiste originalmente en lo que yo creo y no en lo que creen Juan Evangelista, Tomás de Aquino, Federico Nietzsche o Benito XVI. Y lo que yo creo he de creerlo de verdad, como creo en mi calvicie, en el cuerpo de Concha, en la belleza del Requiem de Fauré; yo soy testigo de que todo eso es real; creer en Jesús consiste en ser testigo de que Je-sús es real. Cada fe personal es eso, personal, distinta; la mía es distinta que la tuya aunque Jesús sea el mismo. A veces es necesario mostrar públicamente que somos testigos de Jesús. Hoy trato de mostrarlo, a mi modo, naturalmente.

Jesús fue «alfa» en Galilea; allí dijo e hizo cuanto recordaron después algunos testigos en los Evangelios; digo «alfa» por que tales palabras y actos de Jesús tuvieron lugar por vez primera. Ahora bien: compruebo que, mil doscientos años después, Jesús, tras el crecimiento perficiente del hombre, siendo «omega» para Francisco de Asís, se le mostró reciente y nuevo con la misma vigencia que en los albores de su vida en Galilea; y mil novecientos años después, tras el crecimiento perficiente de la persona, siendo «omega» para monseñor Romero, se le mostró reciente y nuevo con la misma vigencia que en Galilea; y dos mil años después, siendo «omega» para mí, se me muestra reciente y nuevo con la misma vigencia que en los albores de su vida en Galilea y contesta las últimas preguntas que el progreso ineludible propone a cada hombre. Jesús fue suficiente verdad en Galilea, en Asís, en El Salvador y continúa siendo verdad última y nueva durante el crecimiento de las edades y los hombres, siempre horizonte inmediato, siempre norte a pocos pasos del paso que acabo de dar. Y esto lo sé porque me sucede a mí.

Cada tiempo al que accedemos es el último, la «omega» de las letras; y en cada omega Jesús se estrena, reciente, con la misma vigencia y novedad que su «alfa» en Galilea. Jesús es alfa en cualquier omega; y a eso llamo «estar vivo». En

el cirio pascual del Domingo de Resurrección se dibuja la cifra del tiempo entre dos letras: alfa y omega.

10 de abril de 2008: *Negocios*

«Bienaventurados los mansos porque poseerán la tierra». Dos mil años después aún no la han poseído. ¿Qué se puede pensar de eso?

Puede pensarse que llevamos dos mil años diciéndole a los mansos: *continúa como estás, para que continúes siendo feliz*. Jesús no pensaría así.

Puede pensarse que hubiera sido mejor la anticipación del click. Designar alguien con poderes mágicos ante los que fueran desfilando los mansos uno a uno; el mago haría click y el manso se trasmutaría en poseedor de la tierra. Jesús no era mago: curaba imponiendo sus manos sobre el enfermo, sentía su dolor y su fe.

Puede pensarse, finalmente, que Jesús encomendó el cumplimiento de sus palabras a quienes creemos en él. En este caso estará nuestro quehacer orientado a lograr que los mansos posean la tierra. Es una terrible responsabilidad porque de ello depende que se tenga a Jesús por verdadero o se le tenga por mentiroso. Si tal sucede habría que temblar ante tamaña servidumbre, cabría calificar de mal negocio ser cristiano. Y en efecto, es un mal negocio si dejamos que esa palabra se infiltre en el diccionario. Pero ¿y si prohibimos el término?

Aunque no expresamente, Jesús lo prohibió. Con lo que paradójicamente hizo el negocio formidable de recibir la felicidad. Jesús nos dio en herencia esa felicidad, que incluye la felicidad de ayudar a que un manso sea feliz.

Cada bienaventuranza tiene su eco entre los cristianos: Dichoso el que alivia el sufrimiento de alguien, dichoso el que sacia el hambre de alguien, dichoso el que acerca la justicia a quien la necesita, dichoso el que ayuda a alguien. De tales dichas hay muchos hombres que son testigos.

Comencé esta reflexión diciendo: «Bienaventurados los mansos porque poseerán la tierra». La terminé diciendo: «Bienaventurados los que contribuyen a devolver la tierra a los mansos». No son distintas: son la misma bienaventuranza, la misma.

17 de abril de 2008: *Hagamos*

Leemos en el Génesis: *Dijo Dios: - Que exista la luz, y la luz existió... Y dijo Dios: - Produzca la tierra viviente y así fue. Y dijo Dios: Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza, y creó Dios al hombre a su imagen.* Esta última creación de Dios es meridianamente distinta de las anteriores. Esta vez crea Dios con la colaboración de alguien: «hagamos», más aún: de forma anticipada, Dios está dirigiéndose al hombre que va a crear: «hagamos»; anticipa así su idea del hombre: un colega, hagamos tú y yo; anticipa así la esencia del hombre: ser creador, ser hacedor de hombres.

Cabe deducir entonces que el hombre sólo alcanza su esencia creando, creando cosas: la luz en primer lugar, separando las aguas, haciendo que la tierra sea germen de vida; y cabe deducir, sobre todo, que el hombre alcanza por completo su esencia creando hombres a su imagen y semejanza, tal como hizo Dios el sexto día; y cabe finalmente imaginar al hombre creando la paz de un séptimo día.

Respecto a esto último, cabe pensar que no habrá séptimo día si antes no existieron los seis días creadores, en cuyo caso el hombre no alcanzaría la paz; y creo que su compañero de creación, Dios, tampoco. Afortunadamente sucedió que Dios vio que era buena su humana creación y la amó tanto que se encarnó en el hombre y con él y desde él, se llamó Jesús y siguió creando hombres a su imagen y semejanza.

24 de abril de 2008: *Cristo Dios, Cristo Hombre*

Dentro de la grey creyente en Jesús están los que acentúan su condición divina y quienes buscamos su condición humana; todo ello cuestión de matices compatibles con los dictados de la Santa Madre Iglesia.

Imaginar a Jesús hijo de Dios es más fácil, más inmediato y más cómodo que imaginar a Jesús hijo del Hombre; por eso es lo más frecuente.

Por ejemplo, ante la visita de Benito XVI a Estados Unidos, la misa en el Yankee Stadium ante 75.000 espectadores nos habla de magnificencia y plenitud propias del entorno de Dios: es fácil, inmediato y cómodo cohesionar las máximas importancias sociológicas de las ciudades capitales, la Jerusalén de de la Tora y

la Nueva York del Sumo Pontífice; es fácil, inmediato y cómodo relacionar los ropajes y tocados de los sumos sacerdotes y demás autoridades religiosas: apenas tenemos que dar saltos diferenciales en la actual contemplación y la histórica evocación de ambos contextos.

Pero, por ejemplo, imaginar a Jesús hijo del Hombre es menos inmediato, menos cómodo, menos fácil; tal vez por todo eso menos frecuente. Sería difícil imaginar un CristoMóvil en vez del pollino sobre el que se acercó Jesús a Jerusalén: en el Yankee Stadium no se tirarían ramas de olivos o palmas sino más bien confeti; y en los caminos de Jerusalén nunca habría 75.000 espectadores unánimes sino tal vez un centenar, amigos de Jesús algunos, otros tantos curiosos, otros esperando el paso para proseguir camino; todo menos unánimes.

Como al principio dije, dentro de la grey creyente en Jesús están los que acentúan su condición divina y quienes buscamos su condición humana. La visita de Su Santidad a los Estados Unidos ha constituido gran acontecimiento para todos y, especialmente, una fiesta gozosa para quienes acentúan la condición divina de Jesús de Nazaret.

1 de mayo de 2008: Meterse en política

Hace pocos años un obispo paraguayo pidió permiso al Vaticano para actuar en política; el Vaticano, denegándoselo, lo suspendió *a divinis*. El obispo se equivocó de país y de tiempo: si hubiera pedido permiso en España y en 1940, no le hubieran denegado el permiso ni lo hubieran suspendido *a divinis*.

Ante esta curiosa detección cabe tratar de entender la expresión «meterse en política». A bote pronto se piensa que meterse en política es apuntarse en un partido o tener un cargo público; pero si tratamos de pensar a fondo llegamos a concluir que resulta imposible evadir una dimensión política personal porque nuestro quehacer, nuestra inhibición, nuestra palabra, sean lo que fueren, queramos o no, próxima o remotamente, implican al entorno humano que llamamos *pueblo*, es decir, tienen dimensión política.

Lo que en su tiempo hizo y dijo Jesús de Nazaret ¿implicó al entorno humano que llamamos pueblo, es decir, contienen dimensión política? Sin duda. Y la prueba está en que fue profundamente estimado por el pequeño pueblo de su

contorno, y profundamente odiado por quienes abusaban de ese pequeño pueblo: emperadores, sumos pontífices, cónsules, sacerdotes. Puedo resumirse esto en una frase que pudiera tenerse por simplista o inexacta pero a mi parecer es cierta: Jesús se metió en política; y la suya fue una política a favor de los pobres: por eso lo crucificaron.

Aunque el prelado paraguayo, hoy estrenando la Presidencia de su país, se haya metido en política al estilo de Jesús (lo han llamado «Obispo de los pobres»), no creo que lo crucifiquen. En nuestro tiempo y en la gran mayoría de los lugares de la Tierra, el Poder suele ser perdonado, o al menos disculpado de pasados romanticismos; y suele ser perdonado, o al menos disculpado, por varias razones: una de ellas es la experiencia de que desde el Poder es difícil mirar al pobre como lo miró Jesús de Nazaret.

8 de mayo de 2008: Crucifijos

Surge de vez en cuando la noticia de la supresión de crucifijos en escuelas u otros lugares públicos, y entiendo los consiguientes comentarios encontrados; sí: los entiendo.

Mi familia era notoriamente católica. En la niñez y mi juventud conocí los relatos de la expulsión de crucifijos en la República, incluidos y agravados en la Zona Roja. Ni que decir tiene que mi indignación era intensa y sincera: ¡qué daño les había hecho el Señor a los rojos, aparte de morir por ellos y redimirlos, para que le pagaran con moneda tan abominable!

A los 61 años fui propuesto primer diputado del Común de Canarias, cargo que acepté con la sola condición de no asistir como autoridad a misas, procesiones y otras liturgias. Al iniciar mi trabajo pedí al Parlamento que el crucifijo no estuviese habitualmente presente en las mesas de juramento o promesa. Justifiqué la petición con razones extrarreligiosas; pero confieso que la razón auténtica de mi queja fue el profundo deseo de defender a un Jesús obligado a figurar implicado en asuntos de quienes, en su inmensa mayoría, no tenían relación personal con él. Igual que en mi niñez, la familia que ahora me acogía era notoriamente católica.

Cabe preguntar si quien de niño se dolió cuando suprimían el crucifijo es el mismo que pidió su habitual ausencia en mesas de juramento. Creo que sí; es la

misma persona sujeta a cambios normales: el niño creció en estatura, en saber y en amor personal a Jesús de Nazaret.

En tiempos de Jesús hubo un lugar con crucifijo llamado Monte Calvario: lo colocaron allí las autoridades civiles y religiosas ante la pasiva conformidad de todos, salvo su madre y unos pocos amigos. En cuanto a la cruz aquella, nadie sabe quién hincó el madero y quien se lo llevó. Sí sabemos algunos que quien en el madero murió resucitó y busca desde entonces estar implicado en los asuntos de los hombres; implicado, sí, mas no de modo figurado desde una imagen inocua sino de modo real y eficiente desde la fe de cada persona.



Tiempo Ordinario

- 2004:** *Ponderación del amor; La luz bajo la cama; Demonios y fármacos; Admitir sustancia extraña; Quien pierde gana; Saber no es llegar; Altar y servicio, Padre nuestro; El bautista, la fuerza inicial; El paralítico perdonado; Sea lo que fuere, Jesús ama a quien envía; Uncidos; Más que nombrar, abrazar; ¿crees esto?; Sin predeterminación; Perdonar setenta veces siete; Los cristos de Septiembre; Responsabilidad de los cuidadores; Quién es mi prójimo; El amor de los pecadores; Ganas de ver a Jesús; El aval de los mensajeros; Responsables de ayer; Antivirus contra Jesús; Orar; La inquieta bienaventuranza; Lugar y extensión del Reino de Dios; El inexplicable desconocimiento de Jesús; Cristo Rey, Cristo Siervo.* **Pág. 133**
- 2005:** *Odres viejos y odres nuevos; Ley servida y ley sirviente; Encarnaciones; El entrañable fallo con la sirofenicia; Pobres burladores; El pan y la memoria; Los milagros son cotidianos; Quien no está en contra está a favor; Nacionalismos; Saltarse la cola; Juegos olímpicos; Minué de la Virgen; Magnificat incompleto; La mermada frecuencia de pedir; Mesías; El riesgo de vivir; Curricula; ¡Bendita seas, María!; Maestros; El fuego y el abrazo; Descensión; Creer en Dios; Creer en Jesús; Presencias; Atar y desatar; Aproximarse; Gracias a Dios; Gracias a la Iglesia; Gracias a mi padre.* **Pag. 158**
- 2006:** *Ecumenismo; Un vaso de agua y cosas así; Jesús hijo; Ateos; Fe en libertad; Dioses varios; Una mujer singular; Interpretar, responder; Corpus Christi; Acotación al Cor-* **Pag. 181**

- pus Christi; Jesús y los niños; Jesús es la Verdad; Dureza y Libertad; La ausencia de la voz; Confusión; La tentación de desistir; Amigo de las mujeres; Breve encuesta sobre esencias; Un grano de mostaza; Origen y consecuencia; Juegos de amor; La dulce fuerza del envío; Catequesis y Evangelio; Dios y hombre; Duración de la iglesia; El conocimiento de Jesús; Uncidos; Defender al hombre.* **Pag. 181**
- 2007:** *Rezar por la unidad; La manifestación y Jesús; Presencia actual del resucitado; ReliGram; El precio del poder; El defensor de la fe; En busca de un adjetivo; El Juego del Reino; Cambiar significados; San Luis y el almíbar; Objeción de conciencia; La opción definitiva; Relativos y absolutos; Divinidad para todos; Encuentro tras la sed; Los tres dolores; Encuesta sobre Jesús resucitado; Ídolos; Perder la fe; Ecumenismo, salvación; ¿Dónde está Jesús?; La higuera; La santa hermana iglesia; Mártires; Políticas y canonizaciones; La enseñanza es consecuencia del amor; La Ascensión y la Resurrección; Contradicciones leves y menos leves; Más sobre la Resurrección; Convención sobre los derechos del niño; Dios sucede; Misioneras Seculares.* **Pag. 205**
- 2008:** *Familias; Letras de himnos; El nuevo general de la Compañía de Jesús; Contra un virus diabólico; Ternuras; Entre dos liturgias; Corpus, Cuerpo; Cruce de cables; Coloquio final con Jesús; Persecuciones; Partituras; Nuestro Jesús; El espíritu de Dios; La pregunta; Al parecer...; En busca del hombre; Un trono vacío; El espíritu está en todas partes; La cananea y Jesús; Conocer a Jesús; Don Manuel Díaz; Insomnio; Tentaciones; Jesús es uno y mismo; Se recibe un imeil; Recuerdo de Juan XXIII; Personas y conceptos; El peligro de la inutilidad.* **Pag. 237**

Tiempo y Ordinario 2004

22 de Enero de 2004: *Ponderación del amor*

En los primeros años ella preguntaba: «¿me quieres?» no para saber, sino para contextualizar un clima de amor sobreabundante y evidente; él, a veces, no contestaba y explicaba: «querer supone tanto, ¡tanto!... conviene asegurarse de la fuerza que el amor necesita».

Él solía reunirse con amigos, creyentes unos y otros no, y a veces hablaba de Jesús en excursio. Comprobó entonces que los no creyentes sorbían complacidos el espíritu de Jesús; no detectaba que alguien lo conminara a no usar la expresión «hijo de Dios»; más bien pensaba que aún no había llegado el contexto de amor sobreabundante y evidente; y ni él mismo se hubiera atrevido a contestar sí, como a Pedro, Jesús le hubiese preguntado: «Luis ¿me amas?».

Lo cierto es que en tales reuniones de amigos, Jesús estaba muy cerca del grupo homogéneo de increyentes y creyentes y al, mismo tiempo, lo suficientemente retirado, como en barca sobre el mar, para que ni los unos ni los otros lo oprimieran con sus particularismos embrollantes. Tal vez representaban estos dos grupos a los creyentes (judíos de Galilea, Judea, Jerusalén) y a los no creyentes (paganos de Idumea, Transjordania, Tiro y Sidón).

«¿Me quieres?» Hay situaciones en que no conviene anticipar la respuesta para evitar la mínima posibilidad de jugar al amor sin amar, que es como jugar a Dios sin Jesús. Hay ocasiones en que no se debe anticipar lo que ha de ser tanto, ¡tanto!, ocasiones en que estorbaría postrarse ante Jesús y gritar: «Tú eres hijo de Dios»; el propio Jesús conmina a que esto no se haga público. Por el contrario, no se tiene noticia de que jamás haya estorbado considerarlo «hijo del Hombre», empezando por el propio Jesús, a quien tanto gustaba el nombre, «hombre», para cuya necesidad de ser feliz vivió y murió.

Ella y él, en los primeros y en los últimos años, dejaron con respeto las divinas cuestiones y concluyeron respondiéndose: «te necesito»: una mutua necesidad humana tan profunda que pudiera calificarse de divina. Tal vez Jesús

haya acabado en parecida instancia y su diálogo con el hombre se reduzca a un recíproco «te necesito»: una mutua necesidad divina tan profunda que pudiera calificarse de humana.

29 de Enero de 2004: *La luz bajo la cama*

Hay diferentes maneras de esconder. Una, elemental y quizá la más inocente, esconder algo bajo la cama; digo «la más inocente» porque al que busca lo que primero se le ocurre es mirar debajo de la cama. Otra manera de esconder, menos elemental y menos inocente, es no tocar lo que se quiere ocultar y colocar en primer plano, mediante foco, tamaño, precedencia o cualquier otro tipo de seducción, un objeto que acapare la atención del buscador y lo distraiga de lo que importaba hallar. Se trata de un juego, por lo general artero y, también por lo general, eficaz: el juego de las importancias trastocadas.

Los titulares, las pantallas, son medios del juego y pueden servir a la inocencia tanto como a la malicia; grave y triste servicio en el caso de que se pretenda ocultar la luz: basta para ello llamar la atención hacia lo menos luminoso y convertirlo en luminaria mediante foco, tamaño, precedencia o cualquier otro tipo de seducción. El ganador de un concurso, el resultado de una competición, el comadreo, las modas; incluso el suceso con secuencia mortal, el incendio, el terrorismo y sus víctimas, son cuestiones importantes pero siempre, siempre, menos importantes que la muerte diaria de miles de personas, de miles de niños, miles de personas muriendo del hambre suya de cada día que dámosles hoy; esta noticia suele relegarse a rangos secundarios precedida de otras menos importantes, y deviene noticia oculta bajo la cama porque es pura luz llagante, noticia oculta para que no salga la luz...

Pero verdaderamente lo que se ha ocultado es lo que debe salir a la luz. Esto último, no es decir mío sino de quien tiene la autoridad de amarnos: Jesús, el que diariamente elegía la noticia importante y la ponía sobre el candelero para que Canarias viera buenos los días, añadiendo que al que produce luz -es decir: verdad, realidad- se le dará luz, pero al que no produce luz le quitarán lo que había recibido -es decir dejará de ser cierto, dejará de ser real.

5 de Febrero de 2004: *Demonios y fármacos*

Los primeros europeos recién llegados a América contaron lo que hacían los indios naturales para salvar niños aquejados de una tos que los asfixiaba: expulsaban del cuerpo los malos espíritus y le administraban baba de caracoles. Hoy no se hace esto: no nos ocupamos en expulsar malos espíritus y en vez de baba de caracoles aplicamos un fármaco, por ejemplo, helcidina.

Esto es cierto y no está mal. Pero tal vez convenga añadir una dosis de modestia a la posible simplificación inmodesta de enfrentar barbarie de ayer con conocimiento actual. Tal vez convenga recordar que los contenidos de la expresión «demonios» y la expresión «cultura actual», no enfrentan semánticas como parecen enfrentar fonéticas: los malos espíritus, los demonios que había que expulsar, eran entonces y son ahora la desigualdad, la injusticia, la inseguridad, la enfermedad, en fin, todo aquello que la cultura actual reclama para enmendar la salud del hombre; incluso en la cultura actual oímos expresiones tales como buenas energías, que hay que infundir, malas energías, que hay que expulsar.

Jesús «convocó a los Doce y comenzó a enviarlos de dos en dos, dándoles autoridad sobre los espíritus inmundos... Ellos se marcharon y se pusieron a predicar que se enmendaran; expulsaban muchos demonios y, además, aplicaban unturas de aceite a muchos enfermos y los curaban.»

Apenas instruyó Jesús ni condicionó a los enviados, salvo prohibirles «coger nada para el camino, sólo un bastón: ni pan, ni alforja, ni dinero en la faja; llevar sandalias, sí, pero no ponerse dos túnicas». No: los plenipotenciarios, los nuncios, los embajadores, los ministros de exteriores no parecen enviados de Jesús. Por el contrario, la Compañía de Jesús ha enviado al Foro Social Mundial una delegación de 1.400 personas; el Foro nació en Porto Alegre hace tres años y ahora confirma su vocación universal en Bombay y tratará de enmendar la desigualdad, la injusticia, la inseguridad, la enfermedad, en fin, todo aquello que la cultura actual reclama para enmendar la salud del hombre. Creo no equivocarme si pienso que la Delegación de la Compañía de Jesús no llevará sobreabundancia de pan, alforja, dinero y túnicas y que sí, sí puede considerarse enviada por aquél de quien se nombra compañera.

Y tal vez no sobre recordar que la helicidad es la versión actual de la untura de los primeros enviados: nuestros laboratorios la obtienen de caracoles machacados. Sí, babosas, de ahí su nombre: helicidad, helix, caracol.

12 de Febrero de 2004: Admitir sustancia extraña

Cuando empezaron los trasplantes surgió el rechazo como primer problema: la naturaleza se rebelaba contra la albúmina extraña. De entonces acá se ha ido domando la naturaleza -eso es cultura- y en la actualidad son viables muchos trasplantes; con lo que el hombre gana y acrece su entidad específica: desde entonces ser hombre es algo más que rechazar sustancia ajena; ser hombre es también adquirir la capacidad de admitir lo impropio. Se trata de no endiosar la suficiencia actual y aceptar la posibilidad de ser más, *magis esse*, mediante aportación de sustancia extraña -y eso sigue siendo cultura-.

Durante muchos años rechacé el pasaje evangélico en que Jesús niega ayuda a una pagana «porque no está bien tomar el pan de los hijos y echárselo a los perros». Estas palabras de Jesús cumplían la suficiencia de su religión, reguladora del trato con los paganos; en el entorno de Jesús tal suficiencia era propia del hombre normal; desenfocada por el transcurso de los siglos, ahora la calificamos de «fundamentalismo» y la rechazamos como, durante muchos años, rechacé el pasaje evangélico en cuestión.

Hoy no lo rechazo e incluso lo leo con especial afecto, porque me dice que, a diferencia de los hombres de su tiempo y del mío, Jesús era esencialmente *magis esse, magis homo*, consistía, consiste en ser siempre, en cada instante, más hombre dispuesto a no endiosar la suficiencia propia y sí aceptar la extraña aportación que añadió la pagana: «también los perros debajo de la mesa comen las migajas que dejan caer los chiquillos». Jesús aceptaba sobre todo lo que el amor proponía, y se dejaba constituir por ese amor constituyente a quien llamaba Padre. Y así, recién constituido en más hombre aún, agradecido, reconoció que fue la mujer pagana quien hizo el milagro: «por eso que has dicho, el demonio ha salido de tu hija» y con estas palabras expresó el milagro de ser más hombre verdadero, eso que aún no acabamos de crear.

19 de Febrero de 2004: *Quien pierde gana*

En aquel tiempo algunos amigos me imputaban descuido en la educación de mis hijas: no les enseñé solfeo, ni las envié a Inglaterra, ni me hice célebre para figurar en las enciclopedias con notable extensión. Aparte de buena intención, tenían cierta razón. Pero yo tenía también, si no razones al uso, sí ciertas reflexiones razonables:

tal vez podía admitirse que no aprender solfeo matizó la manera que tenían de ser músicos, ésa que no es erudición, ni título, ni profesión sino sólo disfrute, gozada;

y quién sabe si no haberlas enviado a Inglaterra les amplía el misterio del mundo, así crecido por admirar las lenguas que no entendemos, y eso aviva el deseo de entendernos, de recurrir al gesto, al silencio y al abrazo como válido modo de entendernos;

y quién sabe si no ser dignos de figurar extensamente en las enciclopedias otorga la confortable sensación de convivir en familia con muchos, los no sobresalientes, donde los muchos luchan por que nadie suspenda cualquier asignatura.

Todos tenemos derecho a negar lo que está instituido como exitoso desarrollo y a perder lo que está instituido como vida práctica. Y todos tenemos derecho a dudar: «quién sabe, tal vez perder la vida será una forma de ganarla»

La duda y su derecho se esfuman cuando es Jesús quien afirma que quien pierda su vida la ganará; lo decía no como elogio del suicidio sino como respuesta a la presión de la sociedad que entiende ganar la vida mediante el egoísmo insolidario, mediante la vanidad del «tener» y el «poder». Jesús no decía, como yo, «quién sabe...» sino «estoy seguro»: el que pierda su vida por causa mía y de la buena noticia, la pondrá a salvo. Jesús me salva con lo que dice; pero empieza a salvarme la seguridad con que lo dice.

3 junio 2004: *Saber no es llegar*

En cierto modo ella lo admiraba: él explicaba las cosas, él sabía, tenía tiempo para enseñar; ella no tenía tiempo de saber, de leer: aquella misma tarde, por ejemplo, había ido a casa de una vieja prostituta para acompañarla y estuvo más

tiempo porque la encontró con fiebre: mañana tampoco tendría tiempo de leer y de saber porque iría de nuevo a casa de la prostituta. Tampoco sabía de números pero el sueldo modesto le daba para completar el mes y para conservar un sobre donde se leía «Necesidades»: se refería a necesidades de otros, quien sabe si escribió «Necesidades». Ella apenas calculaba pero todos los días comían uno, dos, o tres niños que aparecían por las buenas a la hora de comer. Ella no sabía que hacía milagros. No sabía. Él sí sabía, sabía que ella hacía milagros, y ella admiraba su saber.

El letrado sí sabía qué mandamiento era el primero de todos, amar a Dios, y que el segundo era igual que el primero, amar al prójimo; él sí sabía que Jesús contestaba las preguntas con inteligencia y no caía en trampas de fariseos, él sí sabía que Jesús decía verdades. Por eso Jesús le dijo:

- No estás lejos del Reino de Dios.

Pero no le dijo que ya estaba en el Reino de Dios, como Él, como ella.

Los letrados vivimos con un leve fondo de tristeza. Estamos cerca. Y a veces, en la noche, cuando nadie nos ve, lloramos por estar sólo cerca. Pero cuando aclara el día siguiente, siempre hay alguien que nos pregunta de nuevo con cariño, con ilusión; y eso consuela.

10 junio 2004: *Altar y servicio*

El letrado sí sabía qué mandamiento era el primero de todos, amar a Dios, y que el segundo era igual que el primero, amar al prójimo; pero no podía evitar el prurito con que su lógica lo inquietaba y se ponía a «deducir» (palabra donde se inicia el *pruritus logicus*) y se ponía a deducir que si el segundo era igual al primero no *sería* el segundo sino el primero; y así *ad infinitum*.

Por aquellos días el letrado visitó a dos hermanas queridas. Ellas habían vivido en comunidad de rezos y liturgias en torno al altar de sus ofrendas y advirtieron un día que, fuera de la comunidad, había hermanos reprochándoles la distancia en que los tenían; se plantearon entonces mantener la comunidad para asegurar la ofrenda o dejar la comunidad para reconciliarse con el hermano; y asociaron esta disyunción a la prevalencia de una de las dos exigencias: la del amor a Dios o la del amor al prójimo, opciones que parecían resultar prácticamente

excluyentes.

Buscando luz, el evangelio les recordó: *si yendo a presentar tu ofrenda al altar, te acuerdas allí de que tu hermano tiene algo contra ti, deja tu ofrenda allí, ante el altar, y ve primero a reconciliarte con tu hermano; vuelve entonces y presenta tu ofrenda.*

Dejaron la comunidad y se dispusieron a reconciliarse con los hermanos distantes. Vivieron entre ellos desde entonces.

Contaron las hermanas al letrado que, al reconciliarse con el hermano, advirtieron que allí mismo, en el lugar de la reconciliación, estaba el altar con sus ofrendas recién presentadas y allí mismo estaba la comunidad que no habían dejado.

17 junio 2004: *Padre nuestro*

Al decir «Padre» se mantiene aún el idilio personal; pero desde que se pronuncia la palabra «nuestro» irrumpe en la intimidad el estrépito de los otros hombres que piden la justicia del Reino, que el pan dure cada día, que cesen las ofensas y nazcan los perdones, que el Malo no los expulse de mi interior tentándome de idilio personal.

A veces no se reza al rezar porque es terrible la irrupción de los otros hombres; se intenta en tales trances distraer a Dios a quien se procura no llamar Padre porque desde que se escape la palabra Padre adviene la palabra «nuestro» con su griterío invasor y fraternal. Uno a veces no reza al rezar para entretener a Dios, para que el Zeus no dé plaza al Abba; porque si se da plaza al Abba, a papáito, a mi *pequeño* padre, se descubre que Abba es niño pequeño que sólo sabe querernos, que no puede hacer otra cosa que querernos, y que todo lo demás lo tenemos que hacer nosotros, por ejemplo perdonar; y que él, Abba, se limita a imitarnos, es decir, perdona cuando nos ve perdonar.

Jesús conocía esta debilidad nuestra, nuestro miedo a ser hermano para ser hijo y poder rezar al Padre. Y nos advirtió que no intentáramos distraer a Dios con palabrerías. Y nos advirtió también que debíamos creer que Dios sabe lo que necesitamos aunque no acertemos al decirlo. Pero que para ser Dios necesita que se lo digamos.

Enseñándonos el Padre Nuestro Jesús nos dio a conocer que Dios es Dios sólo cuando alguien le pide: sólo entonces se mueve, se conmueve y da. Sólo es Dios cuando alguien lo desea y ordena que el deseo se cumpla: «proclámese ese nombre tuyo, llegue tu reinado, realícese en la tierra tu designio del cielo»

24 junio 2004: *El bautista, la fuerza inicial*

Si analizas bien caes en la cuenta de que el principio es un acto de fuerza, misterio necesario para pasar desde la nada a la realidad. Un proyecto, una decisión, una creación se inicia en un acto de fuerza que, en este caso, es primera virtud: no en vano virtud y fuerza tienen antiguo parentesco. La fuerza es la más generosa de las virtudes: en cuanto actúa, cede su lugar al amor de ella nacido. Desgraciadamente hay fuerzas que, tentadas de duración, se resisten a ceder; su anacronismo aparece bajo el nombre de *poder*, crónica maldición que atenaza la realidad.

Algunas veces me he preguntado por qué la mayoría de los Juanes lo son del bautista y no del evangelista, siendo aquél riguroso y austero, cuyo alimento es la soledad, y siendo el evangelista el amado elegido para compañía de la madre de Jesús, autor de las más bellas cartas de amor aún hoy insuperables. ¿Por qué, repito, casi todos los Juanes celebran su día el 24 de Junio y no el día de San Juan Evangelista?

Quizá por la fuerza. Juan Bautista es la fuerza, la necesaria fuerza precursora de todo amor. El primer acto de Dios fue un acto de fuerza, la creación, tras la cual Dios vio que era bueno y bello lo creado: tras la cual Dios vio que lo creado, la creación y él mismo eran amor.

Juan fue *el necesario* cuando Jesús era menos fuerte: la fuerza de Juan lo bautizó y lo envió al desierto, después de lo cual nació el amor eternamente llamado Jesús.

Juan era la fuerza y Herodes la debilidad. Quisieron regalarle a Herodes la fuerza: la decapitaron y se la ofrecieron en bandeja. No. La fuerza no se ofrece en bandeja. La fuerza es el misterio inicial y efímero de toda creación, algo que se encarna y convierte, palabra de ángel, voz en desierto, agua bautismal, algo fugaz y perecedero, de modo que tras ella, tras la fuerza, sólo quede la memoria de un

agua refrescante, el eco de una promesa en soledad, el aleteo de un ángel divinamente transitorio, en todo caso esa divina brevedad llamada fuerza que cedió la existencia a esta divina eternidad llamada amor.

1 julio 2004: *El paralítico perdonado*

Abrumado por las luces, uniformes, pasos rápidos en todas direcciones se dirigió al primero que encontró, tal vez el portero del Hospital, pensó.

Quiero curarme, le dijo. Al portero le afectó la expresión del cuitado, la fuerza desesperada del deseo, y sus ojos: un fondo ahogado en desesperanza.

Lo había intentado; pero la primera vez olvidó la cartilla, luego llegó tarde a una ventanilla, luego se había equivocado al rellenar una solicitud; otra vez se enfermó cuando estaba citado y no se le ocurrió comunicarlo por teléfono; y así, fallos y fallos que le impedían llegar al médico que habría de curarlo.

Al portero le afectó aquel hombre. Se acercó a él, le pidió todos los volantes, avisos, notas y registros de sus fallos, los rompió y dijo: los fallos están olvidados, estás limpio de ellos; ahora, a empezar como si fuera la primera vez que vienes, con cuidado, fijándote en cada uno de los pasos que has de dar.

Un celador advirtió la maniobra y recriminó al portero. Éste le dijo que había hecho lo más difícil y ahora iba a hacer lo más fácil: dejó su puesto, cogió al enfermo por un brazo, lo llevó a las ventanillas oportunas, a las puertas debidas, a las pruebas preceptivas, a los análisis, y, al final, tras una última puerta, dejó al enfermo en manos del médico.

La gente se dio cuenta de lo que había sucedido; asombrados, algunos sobrecogidos, alabaron la valentía del portero, la santidad dijeron algunos, la autoridad con que hizo todo aquello, a riesgo de ser despedido o, tal vez, crucificado. No sabían que estaban alabando al Dios que ha dado a los hombres tal autoridad; el portero sí lo sabía y dio gracias al padre de los hombres, en especial de los enfermos, en especial de los paralíticos.

8 julio 2004: *Sea lo que fuere, Jesús ama a quien envía*

En los años de juventud se leía a veces como un juego, lector versus autor; así, por ejemplo, las novelas policíacas eran con frecuencia un desafío del autor

y se jugaba a acertar quién era el asesino. Mas adelante se jugaba con reglas menos simples y más duras con las que el lector pretendía descubrir fallos, contradicciones, sofismas. En todos los casos el lector se defendía.

Hay casos en que uno se defiende del Evangelio: armas de la defensa son las relativizaciones, las interpretaciones, la interrupción transitoria de la lectura, la postura de no constituirse en destinatario directo porque se es normal y no santo; todo ello compatible con el ininterrumpido amor a Jesús y no tan compatible con la consideración del seguimiento como ineludible signo de amor.

No te defiendes contra el encargo *«Id y proclamad que el Reino de los cielos está cerca; curad enfermos, resucitad muertos, limpiad leprosos, echad demonios. Lo que habéis recibido gratis, dadlo gratis.»*

Pero ^{3/4}y aquí se inicia la defensa^{3/4} ¿y si esas amables facultades tuvieran un precio menos amable, por ejemplo, *«no llevéis en la faja oro, plata ni calderilla; ni tampoco alforja para el camino, ni otra túnica, ni sandalias, ni bastón»?*

He ahí una artera defensa que puede darse en un lector del Evangelio. Hace trampa el lector, no Jesús: Jesús dice que lo recibido gratis, gratis es; que es posible curar enfermos aún llevando plata en la faja. En el fondo, de lo que el lector se defiende no es de una contradicción recién construida en su interior, sino de un evite de Jesús: *«Sígueme en tanto me amas; que, me sigas o no, yo te seguiré amando».*

15 julio 2004: *Uncidos*

Tengo la impresión de que el cansancio y el agobio se presentan cada vez con mayor frecuencia. Antes venía el agobio cuando el arqueo anual del ejercicio económico, o cuando los exámenes de fin de curso; ahora el cansancio y el agobio aparecen al final de cada semana, al final de cada día. Y acabas cansándote de tanto agobio y acabas agobiado porque no hay ocasión para descansar. Intentas entonces hacerte fuerte para luchar contra esa situación, y te violentas y acreces tu poder para dominar el cansancio y el agobio, yugo inexorable de una triste y frecuente manera de vivir.

En esta situación aparece Jesús y propone como alivio cargar con él, es decir, aprender de él. Lo propone como carga, como yugo, ¿como unción tal vez?

Explica que su yugo tiene que ver con la mansedumbre y la humildad de corazón. Y una vez más lo crees.

Quedas entonces uncido a Jesús y él descansa su carga sobre ti. Y sientes que su yugo es llevadero y su carga es ligera. Y te alivias.

22 julio 2004: *Más que nombrar, abrazar*

Tiene hoy vigencia, y vigencia creciente, no preocuparse demasiado por si es bueno o es malo lo que dicen de ti, insisto: apenas preocuparse de lo que dicen porque lo importante es que *digan*, al margen de que lo dicho sea bueno o malo; lo importante es que hablen de ti. Se pronuncia un nombre y basta: el eco sólo dice y repite esa palabra, la única que el gentío escucha. Esta creciente simplicidad traduce la creciente incapacidad de conocer más allá del nombre; así deviene el universo en gigantesca pantalla que emite sólo nombres y sus ecos frente al gentío. Se comprende que de vez en cuando surja quien desee ser conocido mediante las otras palabras que lo completan y no quiera que su nombre, sólo su nombre a solas, aparezca en la pantalla publicitaria.

Al nombre de Jesús de Nazaret solía suceder, entre los primeros añadidos, el de la curación. Todos los que sufrían de algo se le echaban encima para tocarlo. Cuando lo veían, hasta los espíritus inmundos se postraban ante él, gritando: «Tú eres el Mejor Producto», que es lo que entonces se expresaba diciendo «Tú eres el Hijo de Dios». Por eso solía prohibir Jesús que se dijera «Tú eres el Hijo de Dios», no porque no lo fuera, que sí lo era, sino porque tras el nombre no se escuchaba ningún otro, «Hijo del Hombre», por ejemplo.

Pero no se enfadaba; tras prohibir que el nombre quedara en la solitaria monotonía del anuncio, Jesús seguía curando a los enfermos inmundos que se le echaban encima para tocarlo. Porque a fin de cuentas al Padre de Jesús más que el nombre le interesaba el abrazo.

29 julio 2004: *¿crees esto?*

Tengo 79 años y una cardiopatía. Habitualmente pienso en la muerte; no tanto, en relación con ella, pienso en Jesús. Hoy está Jesús consolando a las hermanas de Lázaro, enterrado hace días. Leo lo que dice a Marta: *yo soy la*

resurrección y la vida: «el que cree en mí, aunque haya muerto, vivirá; y el que está vivo y cree en mí, no morirá para siempre. ¿Crees esto?» ¡No morirá para siempre! Algunas traducciones dicen: «No morirá nunca»: ¿crees esto? Marta contestó: Sí, Señor: yo creo que tú eres el Mesías, el Hijo de Dios, el que tenía que venir al mundo.

Parece que hay incoherencia entre pregunta: «¿crees que el que cree en Jesús no morirá nunca?» y respuesta: «creo que tú eres el Mesías, el Hijo de Dios, el que tenía que venir al mundo». Parece que hay incoherencia. Pero creer al Evangelio es creer que es invicta su coherencia. Dejas entonces que sus palabras te inundan, como sereno que en silencio empapa la tierra. Y acabas, como siempre, en cálida luz interior: yo no puedo decir que «creo o no creo» no morir para siempre; el «sí» o el «no» reclamados por la incoherencia aparente no portarían la realidad de mi respuesta. Mi respuesta es Jesús, el que viene al mundo de parte de Dios, que eso quiere decir Mesías.

Entonces, finalmente, advierto que no sólo no existe incoherencia sino que hubiese sido incoherente responder «sí o no creo» no morir para siempre; y que lo coherente es la respuesta de Marta, única posible ante la pregunta de Jesús: creo que tú eres el Mesías.

Desde pequeño me ha impactado la expresión ¿crees esto? en su versión latina: ¿credis ho? ¡Tanta brevedad, tanta inmensidad!

5 agosto 2004: Sin predeterminación

Hay personas cuyo quehacer está predeterminado: entran cada mañana en el taller y se ponen a enhebrar tornillos, o a fabricar perneras izquierdas de pantalones vaqueros, o bolitas para vibrar en los pitos de árbitro. A mi me determinan con suficiente antelación, cada semana, la cita evangélica sobre la que reflexionar durante dos minutos; hoy no llegó la indicación porque algo se averió. ¿Qué hago, nada, o reflexionaré sobre lo que yo quiera? Situaciones extrañas, sobre todo esta última, para el que habitualmente actúa por predeterminaciones.

¿Y Jesús? ¿organizaba el esquema de su predicación para obedecer al «hoy toca esto, hoy no toca lo otro»? ¿Cómo le era comunicada la voluntad de su

padre: iba él al teléfono para anotar la que correspondía a la próxima semana?

Pienso que Jesús despertaba, veía una luz primera, oía un primer trino, un ladrido de perro, le llegaba un primer olor de corral o tierra húmeda, un ruido de cacharros en la cocina con aroma de café, un llanto de un niño, un llanto de un hombre, un lamento de mujer, una mano de amigo en su espalda, una súplica o un clavo pidiendo penetrar en su carne; ante todo eso, Jesús, cada mañana, decía mirando al mundo: ¡buenos días, Calcuta, buenos días, Nazaret, buenos días, Sudán, buenos días, Canarias! y comenzaba a ser Jesús. Y así todos los días, libre, sin predeterminación; dueño de todo el mundo para desearle buenos días, esclavo de todo el mundo amanecido en el dolor, al que no puede decirse «buenos días» sino hacérselos.

12 agosto 2004: *Perdonar setenta veces siete*

En sus principios, el saber se ocupa de tres cuestiones necesarias para discernir relaciones: parte del origen de la relación precisando que tal origen debe ser el que es, el que elija ser, el que quiera ser, y esto es la libertad; define luego la relación con el otro que, para ser legítima, implica considerar al otro como otro yo, y esto es la igualdad; y acaba dando plaza al amor, que libera de la cárcel de la libertad a solas y de la cárcel de la igualdad a solas, y esa doble liberación se llama fraternidad.

Los científicos consideran fundamentales las tres propiedades de la relación: conocen la relación de libertad para la afirmación del origen como propiedad reflexiva, la relación de igualdad como propiedad simétrica y la relación de fraternidad como propiedad transitiva. Sobre esa triple propiedad instituyen los matemáticos una relación fundamental a la que llaman relación de equivalencia.

La filosofía insiste en la importancia de la primera propiedad; dijeron los filósofos: «sé el que eres».

La sociología, la política, la religión, hacen referencia esencial a la igualdad.

Jesús de Nazaret vive y aconseja, preferentemente, la transitividad. «Así como yo te amo, ama tú a otro». Y de una manera especial, vive y aconseja la transitividad en el ámbito del perdón: «perdónanos así como nosotros perdonamos». Y en esto es exigente y generoso: exige que perdonemos y entonces, sólo entonces, él,

generoso y feliz, perdona setenta veces siete. Intuimos que para Jesús es muy importante el perdón; tanto que a veces nos parece que lo propone como precio de la felicidad. «Perdono, pero no olvido», suele decirse. Ése no es el perdón de Jesús: el perdón de Jesús comienza por el olvido y concluye en el abrazo al hermano pródigo y en el festín, en la felicidad que el perdón produce al perdonado y a quien perdona. Tal vez el cielo sea un olvido en el que Caín y Abel, ellos y nosotros, tú y yo, nos abrazamos.

19 agosto 2004: Los cristos de Septiembre

Recién acabadas las fiesta de la Virgen de Agosto, se acerca Septiembre y, con él, en cada pequeña ciudad, las fiestas de sus Cristos. El Cristo las espera al fondo de un recinto sombrío en el silencio, en la quietud, siempre el mismo, visita tras visita; el Cristo es lo que no cambia, el que no acaba de resucitar; mientras que la ciudad que lo va a festejar, grande o pequeña, es una extensión multicolor y sonora al aire libre, siempre distinta; la ciudad, el pueblo, es lo que cambia, la cotidiana resurrección.

Pudiera parecer que el Cristo es lo contrario de la ciudad, pero la Ciudad y el Cristo no se contradicen: se necesitan.

El Cristo necesita del pueblo para que lo libre del entorno sombrío y del silencio que impide la palabra, porque su vocación es ser luz y ser Palabra; para que lo ayude a ser distinto, noticia siempre grata y siempre última, buena y nueva; para que lo ayude a resucitar. Su fiesta es salir al mundo.

El pueblo necesita del Cristo para estimular su genuina consistencia buscadora de luz y de palabra; para estimular su genuina razón de crecer mediante cambio, crecer en dimensiones, en saberes, en bondades; para estimular en sus ciudadanos la ilusión de esperar el encuentro, el entendimiento y el abrazo, la esperanza de alcanzar al menos la esperanza, y vivirla una y otra vez, suscitarla y volverla a suscitar año tras año, resucitar.

Ayudar al Cristo es desclavarlo de la cruz y colocarlo contra una patera junto con los que él ama y no puede ayudar, para que desde allí no sea suficiente el «Ayúdame Señor» de la oración en la solitaria quietud oscura del templo y sea posible oírlo gritar «Ayúdame tú». Porque él nació para ayudarnos siendo el

Señor, pero también nació para ser ayudado siendo el hermano. Esto es un misterio y, para muchos, ésa es la forma radical de su divinidad.

26 agosto 2004: Responsabilidad de los cuidadores

En aquel tiempo dijo Jesús a sus discípulos: «Estad en vela, porque no sabéis qué día vendrá vuestro Señor».

Las fábulas, los cuentos infantiles, tienen una moraleja que suele ser interpretada unánimemente por parte de los lectores. De la cigarra y la hormiga, el elogio de la hormiga previsora contra el despreocupado holgar de la cigarra; de Caperucita su inocente enemistad con el lobo. En discrepancia casi universal Concha elogia el cantar de la cigarra que entretiene y embellece el mundo de los insectos mientras la hormiga sólo piensa en ella cuando acopia migas de pan; e imagina a Caperucita ayudando al lobo a escapar de los cazadores.

«Estad en vela» recomienda Jesús: «no sabéis qué día vendrá vuestro señor». Todos, prácticamente todos, entendemos que no debemos dejarnos sorprender por la muerte, para la que «hay que estar preparado». Y esto es cierto. Concha admite que la parábola habla de la sorpresa, sí, pero señala que Jesús la aplica con singular insistencia a los criados que estaban al cuidado de los bienes del amo, de modo que el quid de la parábola no es tanto la sorpresa como la responsabilidad, el cuidado que los criados de este mundo debemos procurar a los que están a nuestro cuidado. El elemento sorpresa, como el elemento punitivo, dramatizan el verdadero mal que es desentenderse de quien está a nuestro cuidado: «allí será el llanto y el rechinar de dientes»; terrible castigo, en efecto; pero, muy clarificador, Jesús añade: «como se merecen los hipócritas». Y esto parece ser la raíz de la parábola: no se habla en ella de la sorpresa de quienes no se constituyeron en criados sino de la sorpresa de quienes por contratarse como hermanos dejan de serlo cuando el amo se ausenta, que es casi siempre.

9 septiembre 2004: Quién es mi prójimo

El letrado expresó su conocimiento religioso diciendo que para ganar la vida eterna se debía cumplir esta norma: *«Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, con todas tus fuerzas y con toda tu mente. Y a tu*

prójimo como a ti mismo.» A lo que añadió de su cosecha: «¿y quién es mi prójimo?». Lo cual parece indicar que estaba muy claro entonces qué se entiende por el Señor y Dios y en qué consiste amarlo con todo el corazón, con toda el alma, con todas las fuerzas y con toda la mente; pero que no estaba muy claro qué se entiende por «mi prójimo». Pienso que esa diferencia merece reflexión e intuición que la evidencia completa, entonces y ahora, podría advenir si, invirtiendo los términos, se tuviera por norma: «Amarás a tu prójimo con todo tu corazón, con toda tu alma, con todas tus fuerzas y con toda tu mente. Y a Dios, como a ti mismo».

Quizá también merezca reflexión el término «prójimo» de la parábola. Parece deducirse que debes amar *a tu prójimo*, ése que está ahí para ser amado. Mas la parábola dice que el samaritano *se acercó a él*, se aproximó al herido, de modo que la indicación evangélica no es justamente amar al prójimo, ese otro que está ahí, sino hacerse prójimo de ese otro que está ahí necesitándome; porque lo de prójimo no tiene que ver con el de fuera sino con uno mismo. En definitiva es Dios quien se hace prójimo de todo el que yace herido al borde del camino, y es Dios quien vive y llena cualquier samaritano que se acerca al dolor ajeno, lo entusiasma (que eso quiere decir «lleno de Dios»); y entonces sucede que te quieres a ti mismo como nunca te habías querido, y a eso lo llamas, naturalmente, amar a Dios *con todo tu corazón, con toda tu alma, con todas tus fuerzas y con toda tu mente*.

16 septiembre 2004: *El amor de los pecadores*

El evangelista suele complacerse en detallar los pequeños actos de amor, sobre todo cuando provienen de personas oficialmente distantes, digamos, para entendernos, pecadoras. Así, por ejemplo, cuenta cómo unos bandoleros asaltaron a un hombre que bajaba de Jerusalén a Jericó y se marcharon dejándolo medio muerto y cómo un samaritano *se acercó a él y le vendó las heridas echándole aceite y vino; luego lo montó en su propia cabalgadura, lo llevó a una posada y lo cuidó. Al día siguiente sacó cuarenta duros y, dándoselos al posadero, le dijo: «Cuida de él, y lo que gastes de más te lo pagaré a la vuelta»*. Así, por ejemplo, cuenta cómo en otra ocasión una mujer de la ciudad,

una pecadora, al enterarse de que estaba Jesús comiendo en casa del fariseo, vino con un frasco de perfume y, colocándose detrás, junto a sus pies, llorando, se puso a regarle los pies con sus lágrimas, se los enjugaba con sus cabellos, los cubría de besos y se los ungía con el perfume.

La complacencia de los contemporáneos de Jesús en describir minuciosamente estos sencillos detalles señala cuánto les puede el amor a Jesús, sobre todo el amor sencillo de los sencillos, sobre todo el amor mal visto de los pecadores. Y da idea de la tremenda revolución, no muy bien vista por los justos no sencillos, la tremenda revolución, digo, de asimilar indistintamente al amor y a la fe la causa del perdón, términos para aquéllos rigurosamente discernibles y distintos: *sus muchos pecados están perdonados, porque tiene mucho amor... tu fe te ha salvado, vete en paz.*

Perdón, Amor, Fe: una divina trinidad llamada Jesús de Nazaret.

23 septiembre 2004: Ganas de ver a Jesús

Cuando al virrey Herodes, el Político, llegó noticia de los hechos y las palabras de Jesús tuvo ganas de verlo; no así el Sacerdote ni el Poderoso: la religión tuvo ganas de eliminarlo y el imperio no tuvo ganas de nada y se lavó las manos cuando una vez más aceptó el encargo de eliminar.

Distingamos a Herodes: a la vista de todos había matado a Juan Bautista por algo humano, demasiado humano, la lujuria; el Sanedrín, a escondidas y mediante vicarios, mataba por algo nada humano, muy inhumano: la administración de la pureza; y Roma, sin necesitar esconderse, mataba por algo nada humano que solía ser anhumano: la administración de la paz. Ni el Templo de Jerusalén ni el Senado de Roma sintieron ganas de ver a Jesús; Herodes sí.

Las cosas quedaron así: Herodes no atendió sus ganas y probablemente Jesús no se enteró de ellas. Dos mil años después uno piensa que a Jesús le sigue doliendo que el Templo lo siga considerando enemigo y que el Senado lo ignore cada vez más; y no le duele tanto Herodes, que sintió ganas de verlo: imagino a Jesús acercándose a los herodes lujuriosos, asesinos, prevaricadores, a quienes dice: «¿querías verme?» E imagino los posibles resultados: «No, ya no tengo ganas de verte, aquello fue una curiosidad, tal vez un temor... Pero no: en la

política sólo cuenta lo tangible»; o tal vez este otro resultado: «Sí, tengo ganas de verte porque ambos tenemos enemigos contra los que luchar pero intuyo que los enemigos de uno y otro son diferentes y es muy posible que incompatibles. ¿Tienes tú enemigos?» «Sí, los tengo, y yo he venido a traer espadas contra ellos» respondería Jesús. «¿Quiénes son tus enemigos?» Y Jesús los enumeraría: «Los que producen y permiten el hambre, la injusticia, el rechazo al extranjero, la soledad del preso; los letrados y fariseos que toman asiento en la cátedra de Moisés y se hacen llamar maestros o padres, en una palabra: los que cierran a los hombres el Reino de Dios». Sea cuales fueran los finales pienso en Jesús despidiéndose Herodes y tratando de entregarle en su postrer mirada un poco de pureza y un poco de paz, aún sabiendo que Herodes había matado muchos niños inocentes para evitar que un día tuvieran ganas de ver a Jesús.

30 septiembre 2004: *El aval de los mensajeros*

Conozco una familia que, como muchas, ha sido víctima de visitantes y comunicadores telefónicos: ofrecen productos, elogian sus propiedades y ventajas, insisten y generalmente se enfadan si les cortas la visita o la comunicación. En este caso, me dice la familia, nos quedamos con cierta inquietud porque, al rechazar a cien, tal vez hemos rechazado a uno cuya oferta era conveniente y nos hubiera hecho bien.

El Evangelio añade a esa inquietud la advertencia contra los que rechazan la buena noticia. Cabe entonces, como medida de precaución, considerar el aval de los proponentes, comprobar si, efectivamente, son agentes del Reino de los Cielos. No es difícil la prueba: basta cerciorarse de que no traen bolsa, ni alforja, ni sandalia; basta asegurarse de si, antes de proponer la mercancía, nos desean la paz.

¿Sólo eso? dirán los escaldados por los falsos agentes; prácticamente sí, sólo eso. Y, sobre todo, comprobar que la oferta es ésta: «Está cerca de vosotros el reinado de Dios». Entonces te dan ganas de acoger a quien así lo anuncia, y darle de comer, y tenerlo días con la familia, y despedirlo agradecidos porque el mensajero, ¡ése era su nombre finalmente descubierto!, no nos dejó nada, ni un electrodoméstico siquiera, ni un precioso regalo por haberlo adquirido: nos

dejó la noticia de una cálida cercanía y, con ella, la sensación de haber sido sanados de un mal que, sin saberlo, nos apocaba; nos dejan, sobre todo, tales mensajeros la sorprendente evidencia de que, de haberlos rechazado, ellos nos hubieran dicho, igualmente, que está cerca el Reino de Dios, y haber cerrado la puerta a tal bondad hubiera sido un dolor más llevadero que el de Sodoma castigada.

Desde esta cálida cercanía del Reino, gracias, mensajeros, por esta paz anidada.

7 octubre 2004: *Padres*

Yo era entonces muy pequeño y apenas recuerdo que mi padre me daba a veces lo que le pedía y a veces no; y entendía que a veces mi padre quería darme lo que le pedía y a veces no quería. Aún de niño pero ya mayor asistí con él a la iglesia donde se organizaba una procesión en el interior del templo; había pocos hombres y a él le encargaron portar la cruz alta; así lo hizo y al regresar al altar se le cayó la cruz. Descubrí entonces la primer debilidad de mi padre: había cosas que no podía; recuerdo aún la tristeza interior que me invadió no tanto por descubrir que mi padre tenía debilidades sino porque la gente se enterara de ellas. De entonces en adelante fui descubriendo cosas: una de las más importantes fue comprobar que cuando le pedía cosas, a veces podía y a veces no podía dármelas pero, en cualquiera de tales casos, siempre, me cubría la cabeza con su mano y me daba, en forma de caricia, su espíritu de bondad, su amor; y nunca, nunca, me dio una piedra, ni una serpiente, ni un alacrán. A medida que he ido descubriendo esto he ido sabiendo más lo que era mi padre, y lo he ido queriendo más.

Pienso que eso mismo le pasó a Jesús: fue descubriendo un Padre que a veces no podía curar un leproso, o atender una viuda, o librarlo de una cruz; pero que siempre, siempre, le ponía la mano en la cabeza y lo acariciaba enviándole el espíritu de bondad que lo iba constituyendo en hijo. Jesús entendió entonces que ser padre es sólo y únicamente acariciar a quien le pida y por eso desde entonces encarga a los suyos que nunca dejen de pedir, de buscar, de llamar, porque sólo así y únicamente así se recibe la caricia de un Padre tan débil y tan poderoso que llegó a ser Dios.

14 octubre 2004: Responsables de ayer

Entre la gente de hoy, nosotros, es fácil aceptar la generalización del término «profeta», tanto entre los tenidos por religiosos, para quienes es profeta quienquiera que hable de parte de Dios, como entre los tenidos por no religiosos, para quienes es profeta quienquiera que hable desde el espíritu del Hombre. Tampoco es difícil aceptar que a lo largo de la historia se ha asistido al espectáculo de glorificar el profeta y después matarlo, de modo que una definición de «profeta» pudiera ser «aquél que es matado por lo que dice de parte de Dios o de parte del espíritu del Hombre». Lo que es difícil para unos y para otros es aceptar que hoy se nos pida cuenta de la sangre de los profetas derramada desde la sangre de Abel.

Dentro de un mínimo realismo, cuesta imaginar un procesado acusado de haber derramado la sangre de un profeta de ayer. De todas formas, si lo hubiera, surgiría un notable jurista para defenderlo, un jurado sensato para declararlo inocente y un juez prudente para dejarlo en libertad: todos ellos poseedores de la llave del recinto donde renuncian a entrar y donde impiden entrar a quien se le ocurra pensar que somos responsables de la muerte de los profetas.

El recinto aludido no es espectacular: se trata del interior de cada cual, oculto, insobornable y, ésta es su única excepcionalidad, donde el tiempo no acude a fundar la sucesión y, en su ausencia, se instaura la simultaneidad de los sucesos; eso es lo que te pone delante de los ojos la mismidad del asesinato, y es eso lo que nos hace vivir la evidencia de ser responsable de ayer el que hoy consienta, por acción u omisión, la muerte de un enviado de Dios o de un vocero del espíritu del Hombre.

21 octubre 2004: Antivirus contra Jesús

Enciende el ordenador y accede al outlook. Entra un correo con virus y con texto amenazador: «he venido a prender fuego en el mundo». Aplica el antivirus pero no consigue impedir que nuevamente llegue un correo infectado: «ojalá estuviera ya ardiendo». Envía un antivirus especialmente diseñado para intentar un acuerdo de paz con el autor de esos mensajes. Llega un nuevo correo, asimismo

infectado: «No he venido a traer la paz sino la división». Cunde la alarma. Se unen los amenazados. Poco a poco, con la complicidad de todos y las últimas técnicas se va consiguiendo que el virus no divida al padre contra el hijo, la hija contra la madre. Poco a poco se establece la defensa efectiva contra el virus: consiste en una de ceguera colectiva para no detectar el virus, una sordera común para no oír la voz de Jesús.

En efecto: si nos dejamos invadir por el virus del espíritu Jesús, habrá hogueras de amor, un fuego que prende donde quiere y separa a los que arden y los enfrenta con quienes vienen a apagar las llamas.

Los que no arden están en la triste paz de los defendidos contra cualquier alteración. Pero, en lo más profundo, no pueden evitar un resto de temor, aún sabiendo que cada día se inventa un nuevo antivirus más efectivo que el anterior. Por eso, más tarde o más temprano, acaban decidiendo no encender el ordenador.

28 octubre 2004: Orar

Para una persona del siglo XXI no es difícil imaginar la gravedad del momento decisivo en que Jesús elige doce apóstoles para anunciar el Reino: casi todos hemos pasado una noche entera cavilando con deseo de acertar en la decisión a tomar el día siguiente. Pero a una persona del siglo XXI le es difícil imaginar en qué consiste pasar la noche orando a Dios.

A tientas, entre amagos de intuición y sabor de misterio, pienso en primer lugar que pasar la noche orando es mucho más importante que acertar en una decisión organizativa. Que orar tiene que ver con algo así como sentirse solo, no abandonado, sino solo, sin compañía, sobre todo sin la compañía de uno mismo. Que orar durante una noche es no tener conciencia de que en una noche transcurren minutos, uno tras otro, desde el primero hasta el minuto número quinientos; lo que no es exactamente prescindir del tiempo sino más bien no necesitarlo para estar: sucedería entonces el acceso a una libertad no usada, cuya sensación principal sería la sensación de normalidad definitiva, en la que fuera igualmente normal orar durante toda una noche, nombrar apóstoles, curar enfermos y dar paz a los atormentados, todo ello en una normal continuidad, de modo que pudiera decirse que curar enfermos y dar paz a los atormentados es

estar en oración.

En general fue una acertada elección la de Jesús, pero con algunos fallos: Judas lo traicionó, Pedro lo negó, y esto último no parece menos grave que la traición; pero nunca le falló pasar la noche orando a Dios: ese misterioso regusto de eternidad, esa normalidad definitiva de ser Dios: es entonces cuando a Jesús le inunda la divina sensación de ser querido, de que, siendo infinito, ha cabido el amor dentro de él.

Y es así cómo los del siglo XXI entendemos que la gente tratara de tocarlo, porque salía de él una fuerza que los curaba a todos: lo entendemos: se trata de una respuesta del amor recibido en una noche de oración.

4 noviembre de 2004: *La inquieta bienaventuranza*

Conviene a los físicos suponer partículas negativas que partiendo de un punto son atraídas por partículas positivas agrupadas en otro punto lejano y corren a buscarlas, diseñando un tránsito conocido por «corriente eléctrica»; encontradas las partículas positivas y las negativas, se equilibran, se casan, se destruyen todas ellas y, en todo caso, cesa la corriente eléctrica, lo que sería un grave suceso para el mundo. El grave suceso se evita intercambiando los puntos de agrupación de las partículas positivas cuando están a punto de ser alcanzadas, con lo que las negativas recomienzan su recorrido; se mantiene así la corriente eléctrica, lo cual es un feliz suceso para el mundo.

Para el mundo, incluido el cielo. Imaginemos que llegan a él los justos y allí se quedan en plácida bienaventuranza. No sería eso grave suceso; pero hay que reconocer que la desazón de vivir el cielo como eterna placidez no reside en la ausencia de gravedad, sino en la ausencia de suceso. El verdadero cielo consistiría entonces en la recuperación del suceso, en la búsqueda del suceso, y el suceso consiste en que se ha perdido una oveja y hay que ir a buscarla, y hay que encontrarla, y llevarla arriba, junto a los 99 justos que dormitaban en plácida bienaventuranza. Y en eso consiste la alegría, y en eso consiste la vida, y en eso consiste el cielo. El cielo que es cielo porque aún hay pecadores que abrazar. El cielo, la alegría de una inquieta bienaventuranza.

11 noviembre 2004: Lugar y extensión del Reino de Dios

Comentaba un amigo que no podría decir si existe Dios; pero que le era fácil decir que existe el Reino de Dios. Concluimos él y yo en que Dios, al margen de lo que fuera o no fuera, era un sujeto gramaticalmente necesario en busca de sentido; y que, al margen de la gramática, el Reino de Dios es un deseo interior de vivir según el espíritu de Jesús.

Tenemos la tendencia, tengo la tendencia a pensar que tal deseo se da en grupos próximos y no mayoritarios; y que sería inútil expresarlo ante otras mayorías distantes y atentas a signos externos y espectaculares. Jesús no tiene esa confortable tendencia a compartir lo que ya nos une, y piensa que la idea de Reino de Dios no es privativa de sus próximos; fue a los fariseos a quienes anunció que el reino de Dios no vendría espectacularmente sino que ya estaba dentro de ellos.

A sus amigos no tenía Jesús necesidad de recordarles que el Reino estaba dentro de ellos, los que ya compartían el deseo interior de vivir con el maestro. Les recordó que llegaría el día en que sería muy difícil estar con él interiormente. Les advirtió que tenían que padecer mucho y ser reprobados por su generación. Y les recomendó que en tales trances se abstuvieran de seguir a quienes indicaran que Jesús estaba allí o allá, porque no es la autoridad exterior quien administra la presencia de Jesús sino el deseo interior de vivir según su espíritu el que nos hace ver que el Reino de Dios brilla dentro de nosotros.

18 noviembre 2004: El inexplicable desconocimiento de Jesús

Es bien conocido el escollo de la eventual incompatibilidad entre poder y amor cuando el poder y el amor se adjudican en grado máximo; es un escollo tremendo para quien lo considere en libertad. Cito esto para señalar otra contradicción no tan universal pero igualmente inexplicable cuando se la considera en libertad: me refiero al seguimiento de Jesús: siendo él la evidencia de un camino único, de una verdad definitiva, de una vida encarnada en cada cual, apenas se reconoce su paso entre nosotros: tal es para mí el misterio más inexplicable y más triste.

Contemplas el mundo y reparas en que los hermanos se constituyen en

enemigos y que el mundo es trinchera, sitio, cerco, y parece destinado a ser arrasado y acabar en piedra sobre piedra. Piensas entonces que Jesús está allí, y que él podría conducir a la paz, y lloras porque nadie repara en que Jesús está allí y no se ha conocido el momento de su venida.

Te preguntas por qué se desconoce la presencia de Jesús, por qué un camino diáfano se infecta de vericuetos, por qué una verdad que nos es dada en el interior de cada cual padece ante su exterior administración, por qué la vida padece el primer pecado del mundo, la envidia. Lloras ante el mundo, llora Jesús ante Jerusalén: «¡Si al menos tú comprendieras en este día lo que conduce a la paz!»

Es, realmente, un doloroso misterio, desesperante a veces, contemplar el desconocimiento de Jesús; y en tales momentos sientes que lo acompañas en su llanto. Y entonces él agradece y pronuncia en tu interior: la paz ya es contigo, hermano. Sí: a veces llorar juntos es el comienzo de la paz.

25 noviembre 2004: *Cristo Rey, Cristo Siervo*

El domingo pasado, Cristo Rey, el sacerdote (diría «cura», que me gusta más que sacerdote: éstos no solían curar sino más bien entregaban los enfermos de pecado al brazo secular) el día de Cristo Rey, el cura comenzó sus palabras nombrando a los Reyes Magos; luego nombró más cosas y todas curaban de parte de Jesús.

¿Qué curaban? Curaban la perenne epidemia de creer que Cristo es el Rey tal como al Rey hemos entendido a lo largo de la historia, incluidos los presidentes de Repúblicas, cuanto más cerca del Imperio más lejos de Cristo: no son imaginables Reyes y Presidentes ciñéndose el mandil y lavando los pies a los de abajo; más bien se detecta que tras su imperio los hombres quedarán sin aliento por el miedo y la ansiedad ante lo que se le viene encima al mundo y las potencias del mundo temblarán, y hasta las potencias del cielo temblarán.

Hoy hay ciudades destruidas, miles de hombres masacrados, calentamiento y sacudidas en la tierra, frío desamparo bajo el desentendimiento del cielo. Pues bien: con todo eso, anuncia la fe y mantiene la esperanza que el Hijo del hombre se hará ver con gran poder y gloria. El amor de Jesús asegura que cuando

empiece a suceder esto debemos levantarnos y alzar la cabeza porque se acerca nuestra liberación.

El domingo pasado, fiesta de Cristo Siervo, así curado por el cura que le borró la realeza para descubrir la realidad, yo vi a Jesús con gran poder y gloria: el poder de su amor, la gloria de su mensaje. Y recibí el consuelo de saber que mientras un cura cure, continuará Jesús resucitado. Y, más allá del consuelo, oí la voz de su espíritu: «mientras no ciñas el mandil, continuará Jesús sin resucitar». Y aún más allá, es decir, en lo más íntimo del ser, seguí creyendo que se acerca nuestra liberación.

Tiempo Ordinario 2005

13 de enero de 2005: *Odres viejos y odres nuevos*

Decía Tardivon que prefería escribir una novela nueva antes que corregir un escrito ajeno. Jesús piensa que no es solución reparar un manto viejo con retales de uno nuevo, y que no merece la pena conservar el odre viejo para contener el vino nuevo. Esto, como todo lo de Jesús, constituye radical desafío si, más allá del ejemplo, se profundiza la realidad: lo nuevo exige su exclusividad.

Sabe Jesús que es dura la propuesta y considera la dificultad que, a lo largo de la historia, opondrán los defensores de «lo de siempre». Y Lucas, que lo relata, no añade nada más de parte de Jesús. Queda solamente la denuncia de la resistencia al cambio, la inercia. La opción está, por un lado, en no alterar el ritmo, no variar la velocidad; y por otro, en alterar el ritmo, variar la velocidad para cuyo logro es necesario un elemento nuevo: la fuerza, en este caso, la fuerza angélica que ha de vencer al demonio de la inercia.

Decía Jesús: «el vino nuevo se echa en odres nuevos; pero nadie, acostumbrado al vino de siempre, quiere uno nuevo porque dice que *bueno está el de siempre*». Y así nos deja, sin otra palabra que indique cómo habría de hacerse para vencer la inercia. Y así nos deja, creo, porque cree que la fuerza contra lo viejo apenas proviene de la reflexión sobre su conveniencia, con ser esto conveniente, sino que nace con la experiencia vital de cada persona en trance de cambio.

27 de enero de 2005: *Ley servida y ley sirviente*

En aquel tiempo un maestro había encargado a sus niños que pintaran un guardia. Recogidas las hojillas, conservó dos: en una se dibujaba un guardia escondido tras una esquina acechando para caer sobre el que cometiera una infracción; en otra aparecía un guardia ayudando a un ciego a cruzar la acera.

Los niños prefiguraban las dos posturas ante la Ley que, a lo largo de la historia, llegan a hoy: el hombre al servicio de la Ley, la Ley al servicio del hombre.

Jesús entró en la sinagoga -recuérdese que nosotros no practicamos la religión

judía, que era la de Jesús- y había allí un hombre con el brazo atrofiado. En este caso el guardia -los fariseos- acechaban por ver si curaba en sábado y presentar una acusación contra él.

La reacción de Jesús es definitiva, genial, valiente: dijo al hombre: *levántate y ponte al medio. Extiende tu brazo.* Lo extendió y su brazo volvió a quedar normal.

Cuenta Marcos que Jesús sintió ira y pena.

Cuando el guardia no está para ayudar y acecha para condenar, es natural que se sienta ira. Cuando la Ley no lleva al abrazo sino a la separación, se siente una tremenda ira primero; y después, una pena profunda porque profundo es el desconsuelo de perder la ocasión del encuentro.

Añade Marcos que, tras la ira y la pena, Jesús, junto con sus discípulos, se retiró en dirección al mar. En estos días, algunos de nosotros buscamos amigos que nos acompañen en esta hora de desconcierto; al mar no hay que buscarlo: lo tenemos enfrente.

3 de febrero de 2005: Encarnaciones

El viento sopla donde quiere, y oyes su ruido, aunque no sabes de dónde viene ni adónde va. Eso pasa con todo el que ha nacido del Espíritu, (Juan 3, 8)

Recibes años, el tiempo te los deja al pasar. Pero no son regalos: hay que pagarle los años al tiempo. Vas dándole tu memoria, tu fuerza, tus proyectos; él a cambio te va dejando a *tú*, tú sobre ti segundo a segundo y así te concentra, y tú sientes que es así, que creces en consistencia, que eres más tú a cada instante; y eso se llama encarnación.

Adensado eternamente, Dios era cada vez más Dios y fue dándole al tiempo su memoria, su fuerza, su proyecto; y, así anonadado, se llamó Jesús; tal suceso se llama también encarnación.

Encarnándose, Dios se hizo hombre. Desde entonces está entre nosotros, soplando donde quiere; tú oyes su ruido aunque no sabes de dónde viene ni adónde va.

Recibes años; pero no son regalos, hay que dar algo a cambio: dar tu memoria, tu fuerza, tus proyectos: hay que encarnarse. A fin de cuentas, Dios se encarnó

para ser hombre y el hombre ha de encarnarse para ser Dios. Jesús es la Encarnación definitiva, es decir, Dios.

En cuanto a nosotros, agradecer nuestra consistencia al viento que pasa, saber que el viento es una forma de Dios -Espíritu, decimos-; y pagar el precio del nombre propio dando a quien lo precise nuestra memoria, nuestra fuerza, nuestros proyectos, es decir, encarnándonos en los otros. Los otros es también una forma de Dios y, estoy seguro, su nombre preferido.

19 de mayo de 2005: *El entrañable fallo con la sirofenicia*

Todos hemos tenido leves preferencias por determinados pasajes del Evangelio, preferencias que, normalmente, han variado a lo largo de los años. Cuando mis años jóvenes las preferencias se encontraban en fragmentos llamativos rompedores del status: contrastes en que Jesús se situaba frente a normas establecidas y costumbres inveteradas: a favor de la mujer adúltera, frente a los comerciantes del Templo, contra el religioso ortodoxo que pasó de largo junto al herido y a favor del samaritano heterodoxo que lo atendió. En tal contexto, digamos, de izquierda, había un episodio que procuraba eludir: el de Jesús ante la sirofenicia que pedía la curación de su hija y él, negándose a curarla porque era pagana, le dijo que su pan era para los hijos de Israel, porque «no está bien tomar el pan de los hijos y echárselo a los perros». A lo que ella respondió: «Señor, también los perros debajo de la mesa comen las migajas que dejan caer los chiquillos».

Ha transcurrido el tiempo, he vivido ochenta años en creciente amor a Jesús y esta mañana me gozo en recordar el pasaje que antaño eludía. Me gozo porque el relato muestra un defecto de Jesús, (sí, defecto, como corresponde a los hombres verdaderos): el defecto de practicar a ultranza la norma religiosa aún cuando, como en este caso, vaya en contra del amor. Un defecto que hermana a Jesús con tantos hombres que hoy vivimos practicando racismos étnicos, o culturales, o religiosos. Él entonces se abrió al Espíritu que lo inhabitaba y recibió luz para reconocer la fe en una pagana sirofenicia: *¡qué grande es tu fe, mujer!*, y en aquel momento quedó curada su hija.

Ese día, si no en estatura y sabiduría, Jesús creció en santidad. Y eso es lo

que a muchos nos hace crecer (¿"Crecer" he dicho? Perdon: Quería decir "creer").

26 de mayo de 2005: Pobres burladores

La ironía porta un valor cultural y, lamentablemente, está en decadencia; en algunos casos, en vías de extinción. El sarcasmo no tiene valor cultural pero sí fuerte valor expresivo que, oportunamente ocurrido, potencia la comunicación. La burla no tiene valor cultural ni fuerza expresiva: es, simplemente, un ataque a la persona; a la burla no le acompañan méritos, se ampara en la cobarde seguridad del burlador.

A Jesús lo desnudaron y le echaron encima un manto escarlata; después trenzaron una corona de espino, se la pusieron en la cabeza y en la mano una caña. Doblando la rodilla ante él, le decían de burla:

- ¡Salud, Rey de los judíos!

Hemos visto estos días la imagen de un burlador que situaba una corona de espinas cerca de su cabeza mientras otro burlador le hacía una fotografía.

Los burladores no creen que Jesús sufriera con la corona de espino que los soldados le hincaron en la cabeza, y no creen esto porque no creen en la existencia de Jesús. Pero creen que muchos hombres han sufrido la espina interior de una burla. Saben esto los burladores.

Lo que no saben es que Jesús sufrió menos con las púas del espino que con el dolor de los que contemplaron la burla; y sobre todo sufrió especialmente por la simplicidad de los burladores, a quienes ama especialmente.

Yo creo que Jesús no cometió pecados, en el sentido que hoy le damos a esa palabra, pero no sé con plena seguridad si cometió algún pecado; lo que sí sé es que Jesús no hizo burla de nadie. A sus enemigos los combatió, los insultó a veces, directamente; pero no se burló de ellos. Jesús era valiente.

2 de junio de 2005: El pan y la memoria

Mi memoria enferma impide la actualización de mi padre, muerto hace 55 años; cada vez me cuesta más trabajo recordarlo. Durante un tiempo logré defender su presencia, es decir, su realidad, asiéndome a ciertos usos reiterados, por ejemplo, el sillón donde él reposaba, o una frase que repetía: «la bondad,

que disculpa de no tener inteligencia, y la inteligencia, que no disculpa de tener bondad»; pero tales reiteraciones no pudieron con la lixivia diluyente de mi memoria enferma y hoy me siento huérfano en la trágica acepción de la palabra, vacío de su realidad y, en ocasiones, vacío de realidad.

Si mi padre hubiera tenido anticipación del vacío que hoy me ronda, hubiera intentado subrayar su permanencia en objetos o sucesos fáciles y cotidianos para que fácil y cotidianamente lo tuviera presente, por ejemplo, coger un trozo de pan diciendo «esto es mi cuerpo». Con todo, salvó su presencia: miro todos los días una fotografía en la que él me mira con un amor que resiste a 55 años de desmemoria.

El amor de Jesús por los hombres sus hermanos le anticipó el vacío que los hombres sufrirían. Por eso, en una cena última, cogió un pan, pronunció una bendición y lo partió; luego lo dio a sus discípulos, diciendo: *tomad, comed: esto es mi cuerpo*. Así convirtió el pan en causa de su presencia y, con ella, fuerza contra el vacío de la memoria y el vacío de la ilusión, fuerza para satisfacer el hambre de vivir, así lo dijo: *yo soy el pan de la vida. Quien se acerca a mí nunca pasará hambre y quien me presta adhesión nunca pasará sed*.

La presencia de un hombre en una fotografía o en un trozo de pan no son fenómenos mágicos maravillosamente puntuales y extraordinarios sino sucesos normales, habituales y ordinarios. Y lo maravilloso estriba en que no es la magia sino el amor quien los produce habituales y ordinarios, y eternos.

9 de junio de 2005: Los milagros son cotidianos

Sucede un milagro y quiero proclamarlo: hoy se presenta en La Palma un CD con música mía. Esto, sin más, no es un milagro. El milagro es que durante meses y a mis espaldas, se reunieron cien amigos y se pusieron a quererme, y de ese amor nació la grabación que hoy se presenta.

Deben disculpar los oyentes este buenos días excesivamente personal que no interesa a la generalidad de los canarios y sólo para mí, repito, constituye un milagro. Lo he hecho porque sí es de interés general el trato con el milagro. El mundo está lleno de milagros: en el mundo anida una cotidiana convocatoria de amigos para querer a alguien. En el mundo existe el mal, y el mal no es sólo el

hambre y la guerra sino la incomunicación, la comunicación exclusiva del hambre y la guerra donde sistemáticamente está ausente la noticia del bien cotidiano, la noticia del milagro.

Trato de comunicar que lo difícil no es hacer milagros, sino detectarlos; es difícil curar la ceguera que los esconde, pero la ceguera es curable, y es una razón de ser esperar el día en que, al abrir los ojos, contemplemos la bondad, ésa que ya existía desde siempre en el orbe cotidiano, ésa que, en este rincón del mundo, durante meses, cien amigos hicieron realidad.

Buenos días, Canarias: ¿hay mayor milagro que constatar la gente que los pronuncia deseando que sean buenos los días? ¿No implica eso un inconsciente y leve compromiso de hacer buenos los días en el entorno de cada cual, inducir felicidad en las personas que nos son próximas hasta el punto de hacerlas sentir que, en efecto, son buenos los días?

Resucitar a Lázaro fue un milagro y ocasión puntual. Pero cuando en cada amanecer Jesús decía «buenos días», también algo resucitaba. No estaría de más detectar qué resucita hoy cuando decimos «buenos días, Canarias».

16 de junio de 2005: *Quien no está en contra está a favor*

Hace años estuvo a punto de ocurrir un curioso incidente en un templo importante. En vísperas de elecciones un sacerdote explicó por qué no debería votarse a determinado partido, sin nombrarlo, eso sí. Alguien entre el público se levantó y preguntó si era pecado votar al determinado partido, y lo nombró; sin salir del circunloquio el sacerdote indicó que sí era pecado. Mientras se sentaba, el consultante, posiblemente un fiel parroquiano, comentó: pues me confesaré el día que vote y caso resuelto.

En tiempos de Jesús no había elecciones. Los sumos sacerdotes de la religión de Jesús (recordemos que la religión de Jesús no era la nuestra sino la judía) eran los jefes políticos y los representantes oficiales de la religión y el culto. No había elecciones, no había elección: propaganda política y propaganda religiosa eran una misma cosa. Jesús era un parroquiano normal y se levantó no para preguntar si era pecado votar o no votar sino para proclamar graves cuestiones, por ejemplo, que el Dios de las autoridades del templo no es el verdadero; para

insultar a los sumos sacerdotes diciéndoles que la gente de mala fama y las prostitutas están más cerca que ellos del reino de Dios. Jesús no se confesó y el caso no se resolvió.

No se ha resuelto. Sigue sin interesar a Jesús el pecado del seguimiento de uno u otro partido y la subsiguiente confesión resolutive. Por el contrario sigue interesándole que se esté a favor de los pobres y dice que eso es estar a favor del Reino de Dios. Y dirigiéndose a los del Reino de Dios, dijo: *nada de impedir, pues el que no está contra vosotros está a favor vuestro.*

23 de junio de 2005: Nacionalismos

Se habla de Europa y, a su propósito, analizamos sentimientos de pertenencia, eso que suele entenderse por nacionalismo. Se comparan y ponderan distintos nacionalismos: el europeo, de escasa e incipiente naturaleza, el español, de extendida y prolongada tradición, los 17 nacionalismos de comunidades autónomas, de variada consistencia, unos de cierta duración, otros recién inventados; en todo caso nacionalismos de efectos contradictorios, si se los contempla desde el lugar de la gente sea cual fuere el lugar de empadronamiento: serán efectos negativos si producen división, enfrentamiento, discriminación, o efectos positivos si producen crecimiento, mayor conocimiento y, con ello, el afán de ampliar solidaridades y multiplicar el abrazo.

Jesús practicaba su religión judía como un religioso judío medio: iba a la sinagoga o al templo a enseñar, iba en la noche a olivares discretos a orar. Cabe preguntar cómo vivía el nacionalismo en el que estaba, ese tremendo hipernacionalismo llamado Israel que habría de rechazarlo o aceptarlo como Mesías, según negara o afirmara Jesús el privilegio de Israel. Tal vez aquí surge la mayor crisis de sintonía entre Jesús y los Doce, que le aceptan como Mesías según la acepción tradicional: piensan como nacionalistas de Israel, confían en su triunfo en Jerusalén y el subsiguiente imperio mesiánico. Los hijos de Zebedeo le piden sentarse uno a su derecha y otro a su izquierda el día de su gloria. El nacionalismo restringente no tolera otra gloria que la de Israel. Suscribo palabras de J. Barreto: «Tienen cariño a Jesús, pero el nacionalismo y el deseo de medrar no les deja entenderlo».

Un sábado Jesús leyó en la sinagoga de Nazaret el pasaje de Isaías que inicia el capítulo 61: *El Espíritu del Señor descansa sobre mí*; leyó que había sido enviado para dar buena noticia, dar libertad y proclamar el año favorable del Señor. En este punto enrolló el volumen, lo devolvió al sacristán y se sentó. Luego vino lo que es sabido: todos se declararon en contra, lo empujaron fuera de la ciudad y le condujeron hasta un barranco del monte para despeñarlo. El Evangelio explica que esto sucedió porque era poca cosa, el hijo de José. Pero Jesús sí supo el otro por qué más profundo: no había terminado de leer el fragmento del salmo, omitió el último versículo que hubiera incluido, como tarea de Jesús, *proclamar el día del desquite del Señor*. Había omitido la venganza para instaurar el nuevo Mesías del perdón, para instaurar el nuevo nacionalismo del abrazo.

30 de junio de 2005: Saltarse la cola

En este mundo hay esperas que tienen que ver con la esperanza. Por ejemplo, las colas ante la Sanidad, las colas ante la Administración, las colas ante el Espectáculo. En torno a estos ejemplos cabe pensar que espera y esperanza son magnitudes inversamente proporcionales: cuanto mayor sea la cola de la espera menor será la esperanza de verla cumplida, o mayor será la esperanza cuanto menor la cola de la espera. Es posible considerar esta relación inversa como dato para calificar lo que hoy llamamos grado de bienestar.

También en este mundo de esperas *versus* esperanza, en este mundo de colas, acontece que existen mecanismos de subrepción para adelantar el puesto en la cadena esperante, disminuyendo así la espera del favorecido y aumentando así la desesperanza de los que respetaron las sencillas reglas establecidas para el caso. Es lo que comúnmente llamamos «saltarse la cola». Es posible también considerar este fenómeno particular como un retraso del bienestar general.

En casos de beatificación algunos han sido notoriamente adelantados: José María Escrivá de Balaguer, Juan Pablo II (en este último caso no fueron cumplidas las sencillas reglas establecidas para cumplir los trámites habituales, según las cuales deben transcurrir cinco años a partir de la muerte para iniciarse el expediente de beatificación: en este caso, repito, han transcurrido tres meses); otros siguen en la cola: monseñor Romero, Juan XIII, de modo que van

perfilándose como los últimos.

Jesús tiene palabras al respecto: *si uno quiere ser primero, ha de ser último de todos y servidor de todos*. Resulta que Jesús no dice «siervo de Dios» sino «servidor de todos», de todos los que estamos en la cola, sin excepción.

7 de julio de 2005: Juegos olímpicos

No suele especificarse el tercer elemento del secreto del poder: decimos *panem et circenses* y no añadimos, por evidente, «coliseo»; el trípode sobre el que el poder se mantiene es, en efecto, *colosseum, panem et circenses*.

De siempre ha sido primera preocupación de los poderosos edificar el templo, controlar el pan y mantener el circo. Grave preocupación a veces porque la escasez y la competencia, ahora en términos globales, encarecen el fundamento del poder. Momentos hay en que ocupa a los poderosos el negocio del ocio (¿no habíamos reparado en que negocio nació de la negación del ocio incontrolado para someterlo?); momentos hay en que los poderosos se ocupan en el control del alimento; momentos hay en que la otra pata del trípode, el coloso lugar de la distribución controlada y el ocio regulado, constituye máximo elemento competencial, y hacia él se orienta entonces el interés de los que rigen el mundo: cita se dan para acordar el lugar del colosal albergue que, dentro de siete años, exhiba *panem et circenses*.

No se recuerda ocasión parecida en que ocurra la afluencia de mayor número de poderosos que para sí pretenden el *colosseum*; no son tan esenciales los demás motivos de encuentro, por ejemplo impedir la tala de otro árbol en la Amazonía, por ejemplo permitir que un niño pueda rebasar los cinco años entre los 10 millones que no la rebasan. Un niño del que Jesús decía: «no impidáis que se me acerquen».

No trato de amancillar los Juegos Olímpicos: el coliseo, el pan y el circo son elementos vitales y no es exagerado celebrarlos cada 12 años. Sí trato de que crezca el interés por la vida, la de los árboles, la de los niños. Los niños, tan importantes para Jesús que los colocó por encima de los sabios para entender el Reino de Dios.

14 de julio de 2005: *Minué de la Virgen*

Anoche, en la isla de La Palma, se bailó un minué para esperar la Virgen de las Nieves que bajará el próximo domingo desde su Santuario en el monte hasta la orilla del mar de Santa Cruz de La Palma. Ese llamado «minué» es un ballet en toda regla sustentado por música sinfónica y canciones alusivas. Pondré algunos ejemplos de esto último: *Palma, Virgen, una en mi corazón. Virgen, Palma, ¿quién es quién de las dos? Amor me hizo para ti. Para amar nació. La Palma soy y soy por ti. La Virgen soy y soy por ti. Sé quién soy porque eres tú.* Se trata, como puede verse, de un delirio poético que intenta expresar la raíz de las Fiestas Lustrales palmeras, esto es, la cordial identidad de la isla y la Virgen.

No es nueva esta forma de expresión religiosa: el juglar de nuestra Señora, los seises de Sevilla, de Toledo, los bailes y cantos de Francisco de Asís en la Porciúncula... Mirada la Semana Grande de las Fiestas Lustrales desde el clima que estoy tratando de transmitir, y sabiendo que la Semana Grande no es otra cosa que la Vispera Grande, la ilusión del encuentro con la Virgen que al final desciende hasta la orilla, la Semana Grande, digo, es la forma popular que a través de los siglos traduce la inquietud de la espera en expresiones poéticas y gestos danzantes: los Acróbatas, el Minué, los Enanos.

¿Tiene algo que ver María de Nazaret con la Bajada de la Virgen? Creo que sí. Porque la alegría exterior es forma de la alegría interior que supone esperar la felicidad a lo largo de una Semana que, precisamente por la espera convertida en esperanza, llamamos Semana Grande. Y la felicidad sigue siendo el amor, ese que se hizo carne en el vientre de María de Nazaret, a la que cariñosamente aquí llamamos María de las Nieves.

21 de julio de 2005: *Magnificat incompleto*

Cuando María de Nazaret se siente dichosa explica que es dichosa porque Dios ha intervenido con fuerza para desbaratar los planes de los arrogantes derribando del trono a los poderosos y encumbrando a los humildes; y se siente dichosa porque colma de bienes a los hambrientos, y porque despide vacíos a los ricos: tales son las grandes cosas que Dios hace en favor de María de Nazaret, porque tales son las cosas que la hacen cantar de felicidad; supongo que también

estaría contenta por ser la madre del Mesías, o la madre de Dios; pero eso no lo incluyó María entre las grandes cosas.

En La Palma ha bajado la Virgen desde el bello Santuario hasta la alegre algarabía de las orillas. Para celebrarlo se ha reiterado el cántico de María, pero sólo en su primera parte exaltante; se omitió la enumeración de los motivos de la exultación y no acabo de precisar por qué: tal vez porque aún no se han cumplido. Sea lo que fuere sí queda claro que es la víspera el momento de la alegría, de la esperanza, de la belleza: así la alegre y bella esperanza de María en vísperas de su hijo, así la alegre algarabía de las orillas en una semana que por ser de vísperas llamamos en La Palma Semana Grande. Ya ha bajado: hasta el cinco de Agosto estará la Virgen en las orillas que poco a poco se reintegrarán a la paciente cotidianidad de esperanzas aplazadas e ilusiones inciertas. El día de la subida, mientras acompañamos a la querida imagen de las Nieves, tal vez desearemos, a modo de oración, que en las orillas se quede María de Nazaret, la que se alegra cuando alcanzan alegría los que aún no la tienen.

28 de julio de 2005: *La mermada frecuencia de pedir*

Veo el entorno en el que me incluyo y observo que cada vez hay menos pobres pidiendo por la calle; y que, por el contrario, el hombre exige, compra; y exige por ejemplo el salario al final de cada mes para poder comprar, para no tener que ir pidiendo por la calle. No digo que esto sea censurable, digo solamente que ahora no se pide sino se compra: el alimento, la cultura, la enseñanza, la vivienda, el ocio.

Veo también que cada vez hay menos personas buscando y más personas conformes con cuanto a mano tiene. No digo que esto sea censurable sino que la realidad consiste en tener a mano las cosas y no es preciso buscarlas.

Veo finalmente que no hay puertas cerradas en torno a la plaza que habitamos; simplemente existe un entorno amurallado sin puertas porque apenas tiene sentido salir de la plaza en la que vivimos confortablemente.

En resumen: no pedimos, no buscamos, no llamamos a ninguna puerta. Y pienso si tales restricciones impiden la esencia humana, ahora adormecida, que precisa de pedir, de buscar, de llamar a una puerta. Pienso que también es

saludable pedir porque pedir nos devuelve el matiz necesitante que nos anima a recibir, y recibir es un logro del hombre; pienso que es bello buscar, porque la búsqueda nos devuelve palabras olvidadas tales como encuentro, hallazgo, abrazo; pienso que es vital llamar a la puerta porque vivir no es sólo deambular en la plaza sino abrir las puertas, salir de la plaza y empaparnos de aire distinto, al cabo más necesario que el mismo aire y que se llama libertad.

Dice Jesús de Nazaret: *Por mi parte yo os digo: pedid y se os dará; buscad y encontraréis, llamad y os abrirán; porque todo el que pide recibe, el que busca encuentra, y al que llama le abren.*

18 agosto de 2005: Mesías

Percibo el advenimiento de un estado de víspera, un inicio de sucesos imperceptibles y distintos, del que apenas puedo decir más. Sé que no es la esperanza, aunque sí tenga que ver con ella; no es por supuesto voluntarismo; intuyo que tiene algo de última vía de salvación, aunque no sea capaz de definir qué entiendo por última, que entiendo por vía, qué entiendo por salvación; sé que otras personas, consciente o inconscientemente, perciben el advenimiento de un estado de víspera.

Percibo también que hace dos mil años hubo un inicio de sucesos imperceptibles y distintos y que Jesús estaba en ello. Se hablaba entonces del Mesías palabra que Jesús no rechazaba pero al mismo tiempo evitaba que se pronunciase, como si temiese que al cumplirse el advenimiento cesara la fuerza que la víspera ofrece.

Y percibo que hoy, en algún modo, no ha llegado el Mesías. Y percibo que es la fe en el Jesús de hace dos mil años la que nos hace decir *Ven, Señor Jesús*, decirlo hoy, 18 de agosto del año 2005.

Creo, repito, que adviene un inicio de sucesos imperceptibles y distintos, en el que estamos implicados todos los hombres de hoy, creyentes y no creyentes. Percibo el inicio de un estado de víspera y me uno a los creyentes diciendo: *Ven, Señor Jesús*. Y al decirlo, pongo el acento en la venida, desde luego; pero, sobre todo, pongo el acento en el deseo de que Jesús sea Señor.

25 agosto de 2005: *El riesgo de vivir*

Si la vida es algo dinámico que va desde el proyecto hasta el logro; si la vida es iónica o es aventura, la vida es un riesgo. Vivir es atreverse a vivir, correr el riesgo de vivir. *Vive peligrosamente* no es sólo un apotegma estético y fascisti-zante sino una redundancia.

La obra de arte es algo vivo y, en consecuencia, un riesgo. Exponer es un riesgo. He aquí un cuadro expuesto a los demás y, al mismo tiempo, expuesto a que los demás lo ignoren. Exponer un cuadro es exponerse, es un riesgo, es vivir; lo contrario es celar el cuadro, guardarlo seguro, pero eso es una aceptación anticipada de la derrota; no vive quien guarda sus talentos¹.

«Talento» era en tiempos de Jesús una medida de peso, y la empleó para parabolizar el riesgo de vivir. En pocas ocasiones se muestra tan duro como al condenar la negligencia y la cobardía de los seguros: se diría que tiene un desprecio no sólo moral sino estético por quienes esconden bajo tierra su talento para no correr el riesgo de perderlo y no lo ponen a rentar en el banco de la vida. *Al que no produce se le quitará lo que tiene*, dice Jesús. *A ese empleado inútil echadlo fuera a las tinieblas: allí será el llanto y el apretar de dientes*. Este Jesús de Nazaret no sólo corrió el riesgo de vivir: corrió el riesgo de amar al Hombre de quien se proclamaba Hijo, por eso el hombre lo proclamó hijo de Dios. El mismo Dios lo es porque corrió el riesgo de vivir en Jesús.

Hace pocos días fue asesinado el Hermano Roger de Taizé. Su última carta pide a los jóvenes que no se dejen llevar por una espiral de taciturnidad, les dice que Dios les quiere activos. Como Dios, como Jesús, el Hermano Roger corrió el riesgo de vivir.

1 septiembre de 2005: *Curricula*

Yo comprendo que los curricula cumplen una finalidad informativa posiblemente imprescindible. Vienen a ser la tarjeta de visita de ayer suficientemente ampliada; ambos, tarjeta y curriculum, pretenden dar idea de quién se es. En la tarjeta de ayer bastaban los apellidos y la dirección; hoy el curriculum precisa un

¹ De mi libro *Comunicación vivida*.

espacio mayor que el pequeño rectángulo de la tarjeta para informar cumplidamente quién se es.

Cabe preguntar, sin embargo, si el curriculum indica de verdad quién se es: tal vez el curriculum no consiga comunicar a fondo quién es el presentado; y, puestos a cuestionar, tal vez no sea esa la exacta finalidad del curriculum sino comunicar algo que se considera más importante que lo que se es, a saber: lo que se puede.

Hace dos mil años Juan el Bautista, interesado por el curriculum de Jesús de Nazaret, se lo pidió mediante dos mensajeros. Jesús, en efecto, le envió su curriculum: *Id a contarle a Juan lo que habéis visto y oído: Los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos quedan limpios, los muertos resucitan, a los pobres se les anuncia la buena nueva. ¡Y dichoso el que no se escandalice de mí!*

Francamente no creo que se le ocurra a ningún pujante acaudalado redactar hoy semejante curriculum. Pero al mismo tiempo sí creo que alguien, hoy, se siente dichoso y no escandalizado ante el curriculum de Jesús.

8 septiembre de 2005: ¡Bendita seas, María!

No estaría de más cerrar el agosto de las Vírgenes con sus mil nombres: Pino, Candelaria, Nieves, Asunción... y sus mil títulos: Reina, Soberana, Capitana, Alcaldesa... recordando a la madre de Jesús cuando en vida tenía sólo un nombre, María, y un solo título, creyente: *Dichosa tú, que has creído*. En ese tiempo de gozo íntimo aún no era María un fin: aún no era la divinidad omnipotente repartidora de gracias y milagros conseguidos mediante una eficazísima influencia con la Altura; en ese tiempo era María no un fin sino un principio: el principio de Jesús de Nazaret. María creyó lo que el Señor le dijo: que tras Jesús la Altura sería santa y misericordiosa, derribaría los planes de los arrogantes, derribaría del trono a los poderosos y levantaría a los humildes, colmaría de bienes a los hambrientos y despediría vacíos a los ricos. Y por eso se alegraba su espíritu y proclamaba la grandeza del Señor ante quien reclamó para sí el humilde título de esclava.

Este suceso íntimo y principal fue desatendido a través de la historia, tal vez porque a través de la historia ha tenido poca venta levantar a los humildes y

colmar a los hambrientos; por el contrario durante siglos se tuvo por principal la cuestión de la virginidad al margen de la maternidad, y se discutió, hasta la sangre a veces, si Jesús era hijo de la carne o del Espíritu, a pesar de que Pablo resolvió el problema ante nuestros antecesores los romanos: *el Hijo de María, por línea carnal, nació de la estirpe de David y, por línea de Espíritu Santificador, fue constituido Hijo de Dios en plena fuerza a partir de su resurrección de la muerte: Jesucristo Señor nuestro*². Sea lo que fuere, ¡bendita seas, María, por parir a Jesús!

15 septiembre de 2005: *Maestros*

Tengo papeles que hablan sobre un tipo de hombre palmero que se dio en los siglos 19 y 20. Generalmente se les llamaba «maestros»: maestro Juan, maestro José. Eran personas serias, de no muchas palabras, y merecieron el respeto de sus conciudadanos porque, sin estudios especiales, produjeron obras útiles para la comunidad. Entre ellas recuerdo los trabajos de cálculo y realización de modestos aprovechamientos hidroeléctricos como los saltos de «El Río» (siglo 19) y «El Mulato» (siglo 20). Con alguna de tales personas he tenido ocasión de trabajar; una de ellas vive y me honro en su amistad, y le profeso admiración y respeto.

Parece que se extingue la presencia de tales maestros; los sociólogos dirán por qué. Y aquí me encuentro siendo, sin querer, una de las causas de la extinción al expresar «los sociólogos dirán por qué»: remito una función a un grupo letrado, los sociólogos, y no a un iletrado porque el medio al que pertenezco no cree en la actual idoneidad de los simples maestros; ni siquiera, en este caso, cuento con el maestro Luis.

Relata el Evangelio cómo en mitad de la fiesta de Las Chozas subió Jesús al templo y se puso a enseñar. Los judíos preguntaban extrañados: ¿cómo es éste tan instruido si no ha estudiado? En aquel tiempo no se habían extinguido los maestros: maestro Juan, maestro José, maestro Jesús. Sí, mucha gente lo llamaba Maestro.

² Epístola a los Romanos 1, 2-4

Francamente no creo lo que mi contorno cree: que hoy se han extinguido los maestros; más bien se ha extinguido la modesta condición de admirar y respetar a quienes hacen bien las cosas, tenga o no tenga estudios. Y es una pena. Una pena que en el fondo deseamos remediar; tal vez Maestro Jesús nos ayude en ello.

22 septiembre de 2005: *El fuego y el abrazo*

Sucedía que dos familias, dos pueblos, dos hemisferios, apenas se trataban, se ignoraban, se temían; incluso, en el fondo, se excluían. En ese fondo sucedía que no compartían ilusiones, problemas, riquezas, pobreza; no compartían vida. Y era de fuego el cerco que separaba a las familias, a los pueblos, a los hemisferios.

A finales de los años cuarenta un río de fuego partió la isla en dos. Dos mitades de isla quedaron aisladas y cada uno de los que en ellas vivían comenzaron a sentir deseos de saber de la otra mitad.

No recuerdo cuánto duró el aislamiento que produjo el volcán de Las Manchas pero sí recuerdo el día en que, apagado el fuego, se agruparon personas en cada orilla y, desde cada orilla, un hombre caminó hacia el grupo de enfrente. Sí recuerdo el instante en que se encontraron y el abrazo, el abrazo de dos familias, de dos pueblos, de dos hemisferios.

Viene a veces Jesús a traer el fuego; a veces, sólo a veces. Pero siempre viene a traer el abrazo. Fuego, abrazo: el fuego se enfría; el abrazo, no.

29 septiembre de 2005: *Descensión*

Voy a permitirme inventar el Evangelio. No será el mío único caso; otros lo han hecho y no todos lo han confesado.

Cuando Jesús ascendió al cielo se sentó a la derecha del Padre y comenzó a gozar de la felicidad eterna. La palabra «eterna» se nos escapa de la comprensión (comprender es siempre limitar); sin embargo la palabra «felicidad» anida en nosotros completa y sin límite porque somos nosotros y no Cronos los dueños de su significado.

Resulta que Jesús en su eternidad comenzó a no ser feliz del todo. ¿Sería

nostalgia, melancolía? El Padre tenía toda la experiencia del mundo: ya en una ocasión se había ocupado de algo parecido.

«¿Qué pasa, Jesús» le preguntó. Y Jesús le respondió.

El Padre volvió a preguntar:

«¿Qué quieres, Jesús?» Y Jesús le respondió.

«Hágase en ti según tu palabra», dijo finalmente el Padre.

Y Jesús descendió de los cielos para estar entre los hombres.

6 octubre de 2005: *Crear en Dios*

Suele oírse en apacible conversación: «Tú crees en Dios, yo te respeto; pero yo no creo en Dios». En ocasiones he sido el «tú» tenido por creyente y respetado, y me han dicho «pero yo no creo en Dios». A lo que he respondido «yo tampoco». ¡Cómo voy a creer en lo que no cree mi amigo y compañero de cultura, de sentimientos, de justicia, de historia, de tantas y tantas situaciones en las que coinciden nuestras creencias! A la vista de una injusticia mi amigo dirá que no cree en la justicia del caso y yo añadiré «yo tampoco». Disentimos únicamente en detalles superficiales: a él le gusta el filete poco hecho y a mí más bien sobreasado. Realmente mi amigo, como muchos, cree y no cree: cuando dice «no creo en Dios» no cree en el Dios en el que yo tampoco creo; cuando dice «yo te respeto» cree en el Dios en el que creo.

Ambos creemos en el talante de la bondad, en el espíritu del bien. Mi amigo y yo acabamos conviniendo en llamar «Dios» a tal espíritu y desde entonces somos unánimes en el creer y no creer.

Comprendo que es difícil olvidar el cargamento semántico que a través de siglos ha ido acumulando el término «Dios» y sustituirlo por el término «espíritu del bien» o espíritu santo. Es difícil creer que el Espíritu Santo es Dios.

Jesús tuvo conciencia de tal dificultad y dio la clave para vencerla: *quien tenga sed, que se acerque a mí; quien crea en mí, que beba*. Al decir esto se refería al Espíritu que iban a recibir los que creyeran en él.

Crear en Jesús nos trae el regalo de creer en el amor y nos trae la libertad de llamar Espíritu del bien al amor, y de llamar Dios al espíritu del bien; y, sobre todo, llamarlo Dios a él, a Jesús, ese del que no dudamos porque sus pies

dejaron huellas en la arena.

13 octubre de 2005: Creer en Jesús

Dije el pasado jueves que estas palabras de Jesús: *quien tenga sed, que se acerque a mí; quien crea en mí, que beba* constituían una clave importante. Pienso que no está de más añadir algunas reflexiones sobre la sed y su relación directa con la vida.

Empezaré por sustituir el término «sed» por otra palabra menos apasionada: «tendencia»: la luz tiende al oscuro, la masa tiende a la masa, el electrón tiende al polo positivo, el justo tiende a destruir lo injusto, la sed tiende al agua, el vacío tiende a ser ocupado. Si desaparecieran tales tendencias la existencia dejaría de serlo. Cuando en una persona desaparece la tendencia a vivir, decimos que ha muerto.

En este sentido la muerte es la ausencia de tendencia. La muerte es la ausencia de sed. Por eso Jesús, que es la Vida, condiciona la Vida a la sed. Quien no tiene sed de algo, quien no se interesa por alguien, quien no tiende, está muerto.

El Camino hacia Jesús es la sed: *quien tenga sed, que se acerque a mí*. ¿Está cerca Jesús? Está para algunos en el Sagrario, lo cual, además de ser verdad para algunos, es sólo una idea: el Jesús del sagrario no deja huellas en la arena. Pero a todos no basta eso, por supuesto a Jesús no le basta y por eso se cuidó de indicarnos que él estaría cerca de todos siempre, tan cerca como puede estar un hambriento, un perseguido, un emigrante, un sediento; se cuidó de indicarnos que acercarse a cualquiera de esos era acercarse a él.

Quien crea que esto es Verdad está vivo, está cerca y está invitado a beber. ¡Bendita sed!

20 octubre de 2005: Presencias

El adverbio latino «prae», delante, ha prefijado numerosas palabras en nuestra lengua, entre ellas presencia, delante de alguien. Delante de alguien en un determinado lugar, por supuesto; pero el delante tiene un leve matiz temporal, hay una breve cronología en la presencia, iniciada como deseo de presencia: ante el ente sucede el deseo de estar delante del ente, incluso, a veces, el deseo de

regalar nuestra presencia, por algo presente significa también obsequio, regalo que una persona da a otra en señal de reconocimiento o de afecto: «no puedo estar con vosotros pero ténganme presente».

La presencia de Jesús parte de un deseo de presencia: quiere estar con nosotros cada vez que comamos juntos y esto lo asegura mediante los referentes concretos del pan y el vino; quiere estar con nosotros cada vez que nos reunamos en su nombre. Y nosotros, los que en él creemos, sentimos su presencia real, sea comiendo el pan y bebiendo el vino juntos, sea reuniéndonos en su nombre: en ambos casos está Jesús realmente con nosotros; en ambos casos parece imprescindible estar juntos; en ambos casos creemos en la real presencia de Jesús y en ambos casos lo sentimos como presente, como regalo en señal de reconocimiento y de afecto.

No estoy seguro de que nosotros deseemos estar así presentes en el mundo ni de que creamos que el mundo necesita nuestra presencia. Recuerdo cuando de niños pasaban lista y respondíamos unas veces «servido», otras veces «viva Jesús», otras veces «sí», otras veces «presente». He dicho «cuando pasaban lista» evocadoramente, dando entender que ahora ya no pasan lista. ¿No pasan lista, o no oímos la voz que pasa lista hoy: Pedro, Juan, Luis...? ¿Es la nuestra una presencia real?

27 octubre de 2005: Atar y desatar

El pasado jueves recordaba estas palabras de Jesús: «donde algunos estén reunidos en mi nombre allí estoy yo»; esas palabras figuran en el evangelio de san Mateo y siguen a estas otras: «Os aseguro que todo lo que atéis en la tierra quedará atado en el cielo, y todo lo que desatéis en la tierra quedará desatado en el cielo.» A su vez esa última instrucción sigue a esta otra: «Si tu hermano te ofende, ve y házselo ver, a solas entre los dos. Si te hace caso, has ganado un hermano...»

Traigo a cuanta estas tres frases de Jesús, que en el Evangelio van una tras otra sin solución de continuidad, porque existe una prohibición eclesial de creer que la segunda no va destinada al lector común sino a ciertos grupos especialmente consagrados. Esa distinción nos induce a pensar que no todos somos destinatarios

de las palabras de Jesús.

Quisiera hacer compatible la aceptación de tal limitación con la creencia invencible de que todos somos destinatarios de las palabras de Jesús.

No siempre la ambigüedad produce duda, incertidumbre o confusión. Es posible creer que los consagrados hacen uso especial de atar y desatar y, al mismo tiempo, creer que los no consagrados somos libres de atar y desatar tal vez sin especiales garantías de que ello tenga automática repercusión celeste.

Sin duda, ni incertidumbre ni confusión uno cree que es destinatario de todas las palabras de Jesús; incluso de aquellas dirigidas a Pedro: «sobre esta piedra edificaré mi iglesia»; porque no es menos cierto que, de algún modo, todos somos piedras de la iglesia de Jesús de Nazaret.

3 de noviembre de 2005: *Aproximarse*

Hace muchos años unos pocos amigos solíamos jugar a la «clave»: se trataba de elegir la palabra más importante de un párrafo, la palabra clave. Cierta día nos propusimos este fragmento:

«un samaritano, que iba de viaje, llegó a donde estaba el hombre y, al verlo, le dio lástima; se acercó a él y le vendó las heridas echándole aceite y vino; luego lo montó en su propia cabalgadura, lo llevó a una posada y lo cuidó. Al día siguiente sacó cuarenta duros y, dándoselos al posadero, le dijo: Cuida de él, y lo que gastes de más te lo pagaré a la vuelta».

Unos señalaron como palabra clave la acción urgente, el amor inmediato: echarle aceite y vino; otro señaló el traslado del herido, acción menos urgente, menos llamativa pero igualmente necesaria; otro propuso como palabra clave «te pagaré a la vuelta», el amor mediato y más difícil. Alguien dijo: la palabra clave es «se acercó a él». Todos estuvimos conformes, porque nada hubiese sucedido si el samaritano no se hubiese acercado.

Recordar esto me hace caer en la cuenta de que al decir prójimo solemos referimos a alguien que está ahí, herido, necesitado, alguien constituido en prójimo a quien tenemos que amar. Y no es esto exactamente: nosotros somos los que hemos de constituírnos en prójimo de quien lo necesite, la clave del amor al prójimo está en que nosotros nos acerquemos, en que nos hagamos prójimos.

De jugar con nosotros, Jesús hubiera acertado con la palabra clave:
¿Cuál de estos tres se hizo prójimo del que cayó en manos de los bandidos?
El herido fue atendido porque el samaritano se aproximó, se hizo próximo, se hizo prójimo.

No hizo Jesús otra cosa en su vida, ni en la nuestra: no pasa como el sacerdote ni como el clérigo, sino como el samaritano. Se hace prójimo, como el samaritano, como un adversario de su religión, como un pagano.

10 de noviembre de 2005: *Gracias a Dios*

Empecé estos «buenos días» a primeros de diciembre del 2003; dos años son suficientes para reiterar semana a semana que Jesús es la verdad, y el camino, y la vida. Sobra tiempo para creer esto y no sobra para vivirlo. Quiero dedicar el final de este bienio a dar gracias a Jesús en cuatro de sus presencias a lo largo de mi vida: Dios, la Iglesia, mi padre y Concha. Cuando digo «Dios» me refiero al que conozco sólo por su proyecto, el Reino de Dios. Cuando digo Iglesia me refiero a los que promueven el Reino, por ejemplo Lucas y sus hermanos, y me refiero y a quien da testimonio de Jesús a fuerza de quererlo, por ejemplo José María Díez-Alegría; cuando digo mi padre, me refiero al que, llevándome de la mano, me encaminó al Espíritu; y cuando digo Concha me refiero a Jesús de Nazaret.

No sé nada de Dios. Ni quién es, ni qué es. De afirmar algo de Dios diría «Dios es el que se me esconde». Iba hace muchos años por un paraje solitario de las afueras y apretaba la mano de mi ahijado: él temblaba por miedo a un lobo terrible y agazapado para saltar sobre nosotros. Con mil razones trataba de convencerle de la inexistencia de la fiera pero él persistía en su temor. Yo le preguntaba «¿acaso la has visto?» «no», me decía, «entonces ¿por qué sabes que está?» y me respondía: «porque se esconde».

Dios está porque se me esconde.

«A Dios nadie le ha visto nunca, pero, si nos amamos unos a otros, Dios está con nosotros» (1 Juan, 4, 12)

En la medida en que no nos amamos, Dios se me esconde; pero si a veces nos amamos, Dios está. A ése quiero darle gracias.

17 de noviembre de 2005: *Gracias a la Iglesia*

Las analogías son útiles, incluso imprescindibles: si digo «calvo» no sé si expreso la tremenda calvicie que quiero comunicar, pero si digo «calvo como una bola de billar» he logrado la exacta comunicación. Y no digamos de las metáforas: si quiero ponderar la exquisitez de un dulce puedo decirlo así, «exquisito», pero si añado «tocino de cielo» he redondeado la exquisita dulzura. ¡Benditas analogías, benditas metáforas! Pero cuidado: si digo «bola de billar» a solas, nadie se enterará de que me estoy refiriendo a un calvo.

Decir de la Iglesia «cuerpo místico» puede que ayude a discernir lo que entendemos por Iglesia; pero cuidado con quedarnos a solas con la analogía y pretender comunicarla diciendo a solas «cuerpo místico».

La Iglesia que entiendo es la que está formada por personas que esperan el Reino de Dios, lo desean (venga a nosotros tu reino), lo integran y lo extienden. Numerosas personas la integran. Lucas y sus hermanos, por ejemplo, sus compañeros de Entreculturas o Radio Ecce. O la integra José María Díez-Alegría, por ejemplo: él dice que «el reinado de Dios es que los hombres y las mujeres no sirvan al dinero; que los ricos den su dinero a los pobres y sigan a Jesús; que los indefensos reciban en herencia la tierra; que los albañiles habiten las casas que construyen y los viñadores coman el fruto de las viñas que plantan; que quienes tienen hambre y sed de justicia lleguen a verse saciados.» Pero estas palabras que dice José María, que son de Jesús, naturalmente, no las repite, sino las dice por primera vez, creándolas, creyéndolas.

Quiero dar gracias a esa Iglesia de Lucas, de José María, de tantos y tantos, de ayer y de hoy, religiosos de ésta o aquella manera, no religiosos, agnósticos; quiero dar gracias a esa iglesia con minúsculas que vive y hace vivir el Reino de Dios.

24 de noviembre de 2005: *Gracias a mi padre*

No supe con detalle cómo era la religión de mi padre, de la que nunca me habló directamente; por el contrario siempre supe su amor por Jesús de Nazaret que compartió conmigo: era una época en que no se vendían los Evangelios a los niños en las librerías católicas, para acceder a ellos se debía tener algún permiso;

mi padre me los acercó y escuchó mis impresiones infantiles ante la lectura, en francés y a escondidas, de «*La vie de Jésus*» de Renan; sin su ayuda la educación religiosa de entonces me hubiese conducido al agnosticismo encubierto de buena parte de mis compañeros de quince cursos de Religión.

Cuando la Iglesia quiere declarar herejes dice «el que dijere tal o cual cosa... anatema sea», y no dice «el que pensare tal o cual cosa». Mi padre, como la Iglesia, me dejaba pensar, me hizo librepensador; y, no como la Iglesia, me regaló la libertad; básicamente la libertad de saber que Jesús no teme los libros, no teme que se piense sino que no se abrace.

De una u otra forma mi padre me regaló la libertad de leer los Evangelios, las Florecillas franciscanas, Ortega, el padre Ayúcar, Robinson y su libro «*Honest to God*», Carlos Díaz, San Juan de la Cruz, Unamuno, Antonio Machado y su Juan de Mairena, Lope de Vega y sus Rimas Sacras, y tantos otros tras cuya lectura quedaba Jesús más cerca.

No supe con detalle cómo era la religión de mi padre ni sé con detalle cómo era la religión de Jesús, que era la judía, no la católica; pero sí supe y sé con detalle que la fe de mi padre me hizo libre para elegir creer a Jesús, libre para pensar, libre para sentirme inútil cuando mis brazos no abrazan, libre para mantener contra viento y marea la esperanza de abrazarlo un día y de continuar oyendo su enseñanza, así abrazados; él diría algo así: «esto es Jesús, hijo mío».

Tiempo Ordinario 2006

12 de enero de 2006: *Ecumenismo*

La Iglesia suele celebrar el ecumenismo en los primeros días del año. Es una celebración que no trasciende los calendarios litúrgicos: apenas se entera de ella el mundo, la tierra habitada (que eso quiso decir en griego «ecumenismo»). Reducido a los ámbitos eclesiales el ecumenismo es algo así como un deseo de creer juntos, de estar juntos los cristianos. Fue, al parecer, también un deseo de Jesús y la Iglesia lo suscribe ¡faltaría más dejar de suscribir deseos de Jesús! Y para que quede constancia de que lo suscribe suele expresarlo en lo en latín: *ut unum sint*, que será entendido por los habitantes de la tierra que sepan latín.

Después adviene la dura realidad. Y cuando decimos esta frase, *dura* realidad, el calificativo indica que la realidad no se hará realidad. Lo que en nuestro caso quiere decir que el ecumenismo no se hará realidad.

Le será duro admitir a un evangélico algo que admite un anglicano; le será duro admitir a un testigo de Jehová algo que un católico admite; para luteranos o calvinistas es duro admitir el primado del Papa. Nosotros los católicos sí lo admitimos: el Papa ocupa el primer puesto, el primado de Pedro. Y si nos recuerdan que Jesús dijo que los primeros serán los últimos, tenemos la respuesta a mano: el Papa se titula siervo de los siervos, y lo decimos también en latín: *servus servorum*, que será entendido por los habitantes de la tierra que sepan latín.

Es duro el ecumenismo. Lo fue para el mismo Jesús, cuya religión, la judía, no era propicia a convivir con las demás. Pero para Jesús era verdad el deseo de ser uno, y aprendió ecumenismo de una mujer pagana, una fenicia de Siria que le rogaba que echase el demonio de su hija, y comenzó a practicarlo con una mujer samaritana a quien dijo que no importaban los templos particulares.

No permitió Jesús que la religión estorbase el ecumenismo. Por cierto que así no lo expresaría literalmente porque seguramente desconocía el término griego en el sentido que hoy le damos; emplearía otro término equivalente para

no permitir que la religión estorbe la convivencia en el Reino de Dios.

19 de enero de 2006: *Un vaso de agua y cosas así*

Y un buen día resucitó. Los familiares y algunos vecinos que lo velaban presenciaron una pequeña explosión de luz tras la que vieron vacíos el cajón y la sábana.

Primero fue la consternación, impresión de la que aún hoy no se libran sus conocidos. Luego la explosión de la noticia en el mundo y, desde el primer momento, un componente contradictorio: salvo el suceso en sí, extraordinario, su circunstancia era ordinaria: no se llamaba Jesús, tenía nombres normales, José Manuel Sicilia Díaz, con más de ochenta años. Pero el suceso, repito, no fue normal: no hubo muerte que el juzgado pudiera confirmar ni resurrección que la Iglesia pudiera definir; ambas instancias trataron de obviar dificultades: los problemas legales por parte del Juzgado, los problemas religiosos por parte de la Iglesia: asistieron al primero testigos que aseguraron la existencia del cadáver y su inexplicable desaparición; asistieron a la segunda testigos que calificaron de mediano feligrés y buena persona a José Manuel, incluso alguno contó cómo una vez, padeciendo sed, el señor Sicilia le acercó un vaso de agua, y cosas así. Pero los problemas fueron difíciles en ambas instancias: la justicia tardó en resolver las cuestiones legales, en especial la herencia, y la Iglesia ha optado por dejar pasar el tiempo sin pronunciarse sobre una segunda resurrección, a pesar de que hubo un teólogo aficionado que opinó que no hubo segunda resurrección sino que era la misma.

Pasó el tiempo y el suceso perdió actualidad, incluso cayó en el olvido de las instancias y los medios; pero no entre la gente: la gente ha seguido evocando y reviviendo la resurrección de José Manuel y acabaron teniéndolo por bienaventurado aunque no constara en su favor milagro alguno salvo el gesto, cuasi trivial, de aliviar la sed de alguna persona.

Y así ha quedado para siempre en la memoria de todos: llevaron al cielo a una persona por haber alcanzado un vaso de agua y cosas así, simplemente.

26 de enero de 2006: *Jesús hijo*

Según el Evangelio, la filiación de Jesús se alude en las expresiones semíticas «hijo de Dios», «hijo del Hombre», o simplemente «Hijo», expresiones que constituyen pasto de teólogos o, más extensamente, reflexión para religiosos. No parecen propios esos modos mientras alumbra el día, más propicia la aurora al sentimiento y la intuición.

Jesús se siente hijo en términos de procedencia y no se siente origen en términos de precedencia: se siente originalmente amado, en libre dependencia de un padre que sólo en él podemos conocer y al que sólo a través de él podemos acceder. Así resulta que Jesús es para nosotros origen del padre en términos de precedencia y el padre es para nosotros una consecuencia amante en términos de procedencia.

Así como la expresión «hijo de Dios» puede enunciarse «Dios, padre de Jesús», la fórmula «hijo del Hombre» puede enunciarse «El Hombre, padre de Jesús». Resulta así un Jesús hecho de la misteriosa Humanidad originalmente amante y finalmente constituido en plenitud gloriosa, la omega theilardiana.

Ello nos permite sentir que, en la senda desde el alfa al omega, cada uno de nosotros somos una pascua de Jesús, un paso hacia la plenitud. Y al mismo tiempo nos permite sentir que, además de un paso, somos una plenitud temporal, definitiva en cada instante, derivada de la identificación de nuestra persona con la persona de Jesús de Nazaret.

O lo que es lo mismo: Luis.

2 de febrero de 2006: *Ateos*

Es evidente que los judíos pidiendo a gritos «¡crucifícale!» no eran ateos sino fieles creyentes en Dios-Jahvé; y ¡ay de quien los escandalizare imputándoles increencia! Para tales vociferantes Jesús pidió perdón al Padre porque no sabían lo que hacían, ni sabían que Dios no es el Dios que adoraban en el Templo en cuya defensa pedían que se crucificase a Jesús, no sabían que Dios era el Dios de Jesús, a quien no creían: no sabían que eran ateos. No sabían, en definitiva, que lo importante no es defender a Dios sino amar a Jesús. De ahí parece que no sea tan importante el Credo como el Evangelio, ni tan importante el Dios del dogma

como el Dios del Reino en el que Jesús creyó, a quien Jesús amó, de quien Jesús se sintió Hijo para lograr ser Hijo del Hombre.

¿Tiene sentido entonces preocuparse por si hay más ateos que cristianos? Creo que poco sentido porque buena parte de los tenidos por ateos creen palabras de Jesús. Los que no nos preocupamos de si somos o no somos ateos, nos preocupamos por creer y obedecer palabras de Jesús. Unos atendemos a ciertas palabras suyas, otros atienden otras, y unos y otros sabemos que sólo Jesús cree en todas sus palabras y en esa totalidad las convierte en palabra de Dios. Por eso le alabamos al oírlas: «te alabamos, Señor» y no nos preocupa si Señor es Jesús o Señor es Dios, porque es lo mismo.

No: no se trata de defender a Dios gritando «¡crucifícale!» ante el Pilatos de turno. Se trata de librar de la cruz a tres hombres, sí a los tres porque sólo así desclavamos a Jesús. Pobre Gestas, que no acertó a ver que ser bueno no es no ser ladrón sino creer que aquella piltrafa agonizante era el Dios que muy pronto lo llevaría al paraíso.

9 de febrero de 2006: *Fe en libertad*

La primera vez que estuve en Roma, hace 56 años, lo hice como peregrino del Año Santo. Mi fe no era entonces demasiado diferente a mi fe de hoy pero sí era diferente el cuidado de encararla si interiormente la cuestionaba, y el temor de publicarla si por ella me preguntaban: era el cuidado de no estorbar la fe ajena, o tal vez de no ser tenido por distinto o, en algún caso, hereje.

En la nave central de la basílica de San Pedro había una imagen de San Pedro vestido de papa con la tiara y todo tipo de detalles que denotan poder. Rafael Alberti hizo hablar a esa imagen:

«Dí, Jesucristo, por qué me besan tanto los pies? Soy San Pedro aquí sentado, en bronce, inmovilizado, no puedo mirar de lado ni pegar un puntapié, pues tengo los pies gastados, como ves. Haz un milagro, Señor. Déjame bajar al río, volver a ser pescador, que es lo mío.»

Me pregunté por qué yo no publicaría ese precioso poema, caso de haberlo escrito, y Alberti sí. Y me respondí que Alberti podía escribirlo porque no tenía fe, esa fe que en mi interior se complacía en el poema y al mismo tiempo me prohibía

comunicarlo. Cincuenta y seis años después queda claro que la pretendida prudencia achacada a la fe, no era parte sino lastre de la fe. La fe genuina de entonces, tan igual a la de hoy, hizo que fuera creciendo en libertad interior como correspondencia a la libertad con que la fe me ha sido regalada.

Jesús fue libre, se atrevió a vivir y proclamar su fe. Y creó poemas más atrevidos que los de Rafael Alberti y los recitó a San Pedro y los suyos: «No os dejéis llamar maestro, porque uno solo es vuestro Maestro; y vosotros sois todos hermanos. Ni llaméis a nadie padre vuestro en la tierra, porque uno solo es vuestro Padre; el del cielo. Ni tampoco os dejéis llamar directores, porque uno solo es vuestro Director, el Cristo. El mayor entre vosotros será vuestro servidor» (Mateo 23, 8-11).

Creo que quien fue libre para proclamar esto merece que nosotros seamos libres para aceptarlo.

16 de febrero de 2006: *Dioses varios*

A pesar de nuestro monoteísmo proclamado, lo cierto es que hay varios dioses. Están, por ejemplo, los dioses de las expresiones extrarreligiosas: «¡hombre, por Dios!», «esto no lo entiende ni Dios» y, sobre todo, entre decenas de ejemplos, «adiós» que pronuncian ateos y creyentes; están los dioses de los teólogos, variados a lo largo de los tiempos desde su introducción nicena hasta la teología de la muerte de Dios; están los dioses administrados por las iglesias generalmente ordenados al servicio de la jerarquía.

Sin embargo Jesús no admite variaciones: es uno y mismo porque está fijado en el Nuevo Testamento y, sobre todo, porque está fijado en el interior del creyente que recibe su Espíritu único. El espíritu de Jesús es una mismidad, variadamente expresada a través de los tiempos; una mismidad a la que llamamos Verdad.

¿Por qué tantos dioses y un único Jesús? Tal vez por la facilidad que ofrece toda entidad invisible para adaptarse a lo que en cualquier circunstancia apetecemos que sea: se crean así dioses para el amanecer, para el atardecer, para la alegría, para el dolor, para la intolerancia, para la disculpa, para el rigor, para la misericordia; se crean así dioses, sobre todo, para ser administrados por instituciones especializadas; dioses, en fin, incapaces de ser amados

porque no se ven.

Jesús, por el contrario, es uno y mismo; y es capaz de ser amado porque se ve. Él tiene un solo dios a quien regala su figura y su voz para que pueda ser visto y oído por los demás. Dios se hizo Jesús para ser uno y para ser amado, Dios se hizo prójimo para ser visto, oído y amado. «*Si no amas al prójimo, a quien ves, ¿cómo pretendes decir que amas a Dios, a quien no ves?*»

23 de febrero de 2006: Una mujer singular

Tuve la suerte de vivir cerca de una mujer singular. Era católica educada en lo que hoy llamamos modo conservador, de comunión diaria. No tenía conocimientos especiales, tampoco de religión, no era especial lectora del Evangelio. Era una buena esposa y una mujer buena. Pero nada de esto justifica que la tenga por mujer singular.

Cuando esta mujer tenía noticia de un problema que le afectaba (y le afectaban la mayoría de los problemas) no hacía promesas, o se negaba un postre, o rezaba tres rosarios para ofrecerlos a favor de la solución del problema. Esta mujer, indefectiblemente, se iba a la casa de la persona más solitaria y menos visitada y se pasaba las horas con ella. Ella sabía que aquello es lo que había de hacerse. Y no lo sabía por reflexión deductiva de principios cristianos y tal vez no recordaba lo de «estaba solo y me visitaste»; ella, simplemente, sabía que en el toma y daca de las peticiones y las concesiones la moneda válida era visitar a quien nadie visitaba; simplemente: sentía y sabía eso. Simplemente: tenía el espíritu de Jesús.

A lo largo de su vida fue nombrando al Espíritu Santo con creciente frecuencia. Ella no sabía nada de teologías y mucho menos sabía que su Espíritu Santo recibía el feo nombre de Paráclito. Únicamente cada vez lo nombraba más. No tenía necesidad de saber por qué lo nombraba, como no tenía necesidad de saber por qué visitaba a los no visitados. En efecto, era una mujer singular.

Va para diez años de su muerte y hoy he querido dar las gracias por haber tenido la suerte de vivir cerca de ella, es decir, cerca del Espíritu de Jesús. No era ella muy dada a creer en acontecimientos extraordinarios: por eso pienso que estas palabras la están haciendo sonreír levemente, sólo levemente, porque

oírlos desde donde está no es singular suceso sino habitual comportamiento de los que tienen y son Espíritu Santo.

Todo lo cual puede expresarse en dos palabras: *Jesús vive*.

8 de Junio de 2006: Interpretar, responder

Respecto a Jesús de Nazaret caben, entre otras, dos actitudes: interpretar y responder. No son antónimas ni se excluyen; más bien en cierto modo se concluyen recíprocamente: la respuesta a Jesús perfecciona la interpretación de Jesús y, por otro lado, sólo puede responderse a Jesús tras una previa interpretación de su persona.

Hay talentos, sin embargo, que hipertrofian el desarrollo de una de las dos actitudes en perjuicio de la otra. Son talentos que podría describir como «profesionales»: conocemos personas dedicadas en exclusiva a responder, al *testimonio*, dicen; pienso que tales personas tal vez respondan a Jesús en alguna medida, pero sobre todo responden a sí mismos, predeterminados por una inconsciente y tirana autointerpretación; y conocemos personas dedicadas en exclusiva a interpretar, al *magisterio*, dicen, pero realmente actúan predeterminados por una inconsciente y subrepticia sustitución de Jesús por los intereses personales o colectivos al uso: el resultado conserva el nombre de Jesús, al margen del cual se elabora la doctrina conveniente.

¿Y Jesús? ¿qué hacía: responder, interpretar? Para él lo previo, tal vez lo eterno, no era responder o interpretar. Lo previo fue sentirse anegado en amor y, desde él, interpretó y respondió. Interpretó el nombre de Yavé o Elohim o Zeus y propuso la palabra *padre*; y respondió al amor que lo constituía desde su nacimiento, tal vez desde la eternidad. Esa actitud ininterrumpida e invicta de responder al amor la interpretó como *voluntad del padre*. Entonces ¿qué hacía Jesús: responder, interpretar? Entreveo una respuesta: Jesús respondía interpretando e interpretaba respondiendo. Lo que indica —y esto, mucho de lo que diga, es sólo para mi coletto— lo que indica, digo, que Jesús no es un especialista de la interpretación o de la respuesta, no es un «profesional».

Entonces ¿qué es Jesús? A deducir por lo dicho, Jesús es una consecuencia del amor. Y eso es lo que quiere decir «hijo de Dios». También para mi coletto, claro.

15 de Junio de 2006: Corpus Christi

Cuando queremos relatar el momento de la cena en que Jesús parte el pan y lo ofrece juntamente con el vino, solemos repetir el evangelio literalmente y decir: *haced esto en conmemoración mía*, tal vez porque lo oímos en misa: los ordenados deben repetir la fórmula del recuerdo de una manera invariable. Pero el resto, nosotros, los no ordenados, no tendríamos que repetir una fórmula sino lo que nos venga en gana cada momento. Así, por ejemplo:

«Jesús dijo que cuando lo quisiéramos recordar en una cena de amigos hiciéramos lo que él hizo, partiéramos pan y lo entregáramos como si el pan fuera nuestro propio cuerpo de modo que el amigo lo reciba y lo coma como si fuera nuestro propio cuerpo.»

Jesús entraría en el juego, como entra siempre que jugamos al amor, y se prestaría a actualizar los sentimientos de su última cena. No estaría sacramentalmente presente: que para ello es preciso que un ordenado recite la fórmula; pero estaría cordialmente presente, como un amigo recordado.

No sé por qué tenemos la sensación de que a los no ordenados no se nos anima a recordar a Jesús de esa manera no sacramental. Yo partiría un trozo de pan y lo entregaría diciendo: *toma y come, Concha, porque esto es mi cuerpo*; y Concha, tomándolo, diría: *y el mío, Luis*; y los dos nos acordaríamos de Jesús: fue él quien nos pidió que hiciéramos esto en memoria suya.

Lo que sí sé es que tanto en el sacramento como en la amistad, cuando el amor se entrega y se recibe, allí está el cuerpo de Jesús, el Corpus Christi.

22 de Junio de 2006: Acotación al Corpus Christi

El pasado jueves, Corpus Christi, evocamos la última cena del Señor: «Jesús dijo que cuando lo quisiéramos recordar en una cena de amigos hiciéramos lo que él hizo, partiéramos pan y lo entregáramos como si el pan fuera nuestro propio cuerpo de modo que el amigo lo reciba y lo coma.» Esto implica, añadido ahora, que el amigo parta el pan y nos lo entregue y nosotros lo recibamos como cuerpo suyo. Ambas expresiones metafóricas aluden genéricamente a la deseable entrega al prójimo incluyendo la no menos deseable aceptación del prójimo que se nos entrega.

No redujo sólo a esto Jesús su encargo de hacer lo que él hizo con el pan: también recomendó que hiciéramos lo que él hizo con el agua: la echó en un barreño, dejó el manto y, tomando un paño, se lo ató a la cintura y se puso a lavarles los pies a los discípulos y a secárselos con el paño que llevaba ceñido. También quiso que esto lo hiciéramos en memoria suya: «Si yo, el Señor y el Maestro, os he lavado los pies, también vosotros debéis lavaros los pies unos a otros. Es decir, os dejo un ejemplo para que igual que yo he hecho con vosotros, hagáis también vosotros.»

Lavar los pies es una de las formas concretas de entregarse en el pan. Y dejarse lavar los pies es igualmente una de las formas concretas de aceptar al otro. Difíciles parecen tales concreciones. Evidentemente y tal como narra el Evangelio, para Jesús no fue difícil darse en el pan y lavar los pies. Tal vez haciendo eso en memoria suya lleguemos a alcanzar la felicidad de la facilidad de amar.

29 de Junio de 2006: Jesús y los niños

A medida que crecen mis cuatro nietos se han ido desligando de las prácticas religiosas. Los mayores no practican la eucaristía y los más pequeños no son proclives a confirmarse o hacer la primera comunión. Una reflexión inmediata y superficial lleva a recordar la exhortación de Jesús: *dejad que los niños vengan a mí* y, tras ese ruego, preguntar qué o quiénes impedimos que los niños vayan a Jesús.

La respuesta es evidentemente compleja y aquí poco cabe un análisis sociológico religioso del que intuimos conclusiones variopintas, legítimas por supuesto, contradictorias en algún caso, de suyo constatantes mas no semovientes.

Me appena sentir a Jesús privado de los niños y ello me mueve a considerar la cuestión inicial con inocencia de niño: ¿es cierto que los niños no van a Jesús? Consta, desde luego que no van por caminos sacramentales y religiosos; pero consta asimismo que el regazo de Jesús era algo más directo y elemental y al margen de sacramentos u otras prácticas religiosas. Ciertamente no consta la compresencia actual y física de Jesús, pero sí podemos imaginar a Jesús vuelto a nuestros días, y vivir la intuición de que si Jesús estuviera presente de nuevo, nuestros niños, nuestros nietos, continuarían yendo a él. Y de aquí, siempre en el

terreno de la imaginación, concluir que no es cierto que sean los niños quienes no van a Jesús sino más bien que no es Jesús el que se propone a los niños.

Una madre de muy escasos medios económicos comentaba ayer: «la primera comunión de mi hija» me ha costado 1.500 euros. No: el regazo de Jesús no es tan caro.

6 de Julio de 2006: *Jesús es la Verdad*

Consta en el Evangelio que Jesús dijo que estaría con nosotros hasta el fin. Lo que constituye un fallo de Jesús: pocas veces lo hemos visto en dos mil años.

O no sería un fallo de Jesús si estar con alguien significa más cosas. «Estoy contigo!» es una forma de estar que agradecemos cuando con ello alguien expresa que nos quiere y se nos entrega. ¡Y vaya si sentimos el amor y la presencia! Nunca habrá sido tan real la presencia de alguien.

O no sería un fallo de Jesús si aprendiéramos un poco más a verlo, a escucharlo, incluso a tocarlo. En tal aprendizaje, y sobre todo al principio, sería bueno hablar con él. Por ejemplo decirle «hola» cada vez que advertimos su presencia misteriosa: con tal saludo la presencia se afirma y el misterio se diluye.

Mi nieto pequeño era feliz cuando se acercaba un amiguito, se le encendían los ojos mientras decía «hola».

Conozco un hombre que encontró a quien recorrió con él un sendero de doliente soledad y luego insistió en volver mañana para repetir el recorrido. Se le encendieron los ojos al hombre cuando al despedirse dijo «hasta mañana»

Muerto de sed y fatiga, preso de la angustia ante un inmediato porvenir incierto, de la barcaza pasó a la ayuda uniformada de cruz roja; una mano le enjugó el sudor y él dijo «gracias».

No sería un fallo de Jesús si aprendiéramos un poco más a verlo, a escucharlo, incluso a tocarlo. En tal aprendizaje, y sobre todo al principio, sería bueno hablar con él. Por ejemplo decirle «hola, hasta mañana, gracias».

Después leeríamos el Evangelio sabiendo una vez más que Jesús es la Verdad incluso cuando dice que estará con nosotros todos los días.

13 de Julio de 2006: Dureza y Libertad

Tal vez resulte duro afirmar que la fidelidad a Dios no pasa por la observancia de la Ley sino por la práctica de un amor sin excepciones; y más duro aún afirmar que no es necesario el trato con Jesús para alcanzar la vida definitiva.

Cuando Jesús premió a quienes remediaron su hambre, calmaron su sed, lo atendieron cuando era forastero, vistieron su desnudez, acompañaron su enfermedad y fueron a verlo a la cárcel, muchos de los que oían confesaron que no recordaban haber hecho eso con Jesús. Fue entonces cuando Jesús dijo: «Os lo aseguro: cada vez que lo hicisteis con uno de esos hermanos míos tan insignificantes lo hicisteis conmigo.»

En efecto es duro afirmar que no es necesario el trato con Jesús para alcanzar la vida definitiva porque la vida definitiva depende del trato que se de al hambriento, al sediento, al forastero, al desnudo, al enfermo o al preso.

Por decir cosas como esas crucificaron a Jesús, y lo venimos crucificando.

Les he venido deseando buenos días desde finales del 2003. Intento librarles de los 3 minutos semanales y dejarles descansar de mi voz cansada. ¿Por qué he elegido la dura afirmación de Jesús para anunciar el descanso? Tal vez porque, tras la dureza, uno se siente ligero, descansado de leyes y preceptos, libre. Por muy duras que sean, tras las palabras de Jesús adviene la libertad. Y la libertad es el bien que a todos les deseo.

20 de Julio de 2006: La ausencia de la voz

En estos días se ha repetido, incluso diría que se ha puesto de moda, preguntar ante el dolor ajeno: ¿y Tú dónde estabas, Dios? Difícil la respuesta porque son muchos y variados los llamados a responder: teólogos, agnósticos, víctimas o causantes del dolor, cada uno de ellos adjudicando a Dios variadas y a veces opuestas significaciones.

Pero si la pregunta ante el dolor ajeno es: ¿y tú dónde estabas, Jesús? la respuesta es fácil: allí, junto al dolor, al margen y en contra de cuanta Ley lo justifique o prolongue: sanando un paralítico, atendiendo un herido, protegiendo una adúltera; y si no fuera suficiente o posible sanar, atender o proteger, Jesús estaría allí, junto al dolor, gritando contra cuantas leyes lo justifican y prolongan,

gritando al mundo, al de entonces y al futuro.

En ese futuro yace hoy sobre las aguas el dolor de sesenta hombres a punto de morir frente a Malta y en ellos está Jesús a punto de morir una vez más en ese eterno y doloroso éxodo que hoy llamamos refugiados. La voz de Jesús es débil entre las débiles voces de sus compañeros refugiados. Quiero entender que no sólo pide, como los otros, ayuda, sino voz, pide voces, alguien que grite. Pide Jesús en especial a quienes decimos seguirle o, incluso, representarle, pide voces para gritar contra la Ley que justifica o prolonga el dolor. Pero las voces no están. Es difícil, parece, es difícil gritar contra la Ley. Y ésa es la especial agonía de Jesús, ese refugiado moribundo que sólo puede hacer una cosa: esperar.

3 de agosto de 2006: *Confusión*

Estoy confundido y créanme que es penoso estarlo. No es tan penoso estar cabreado, como también lo estoy, pero eso se remedia con fáciles descabreados y, en todo caso, con el tiempo. Pero la confusión es un virus maligno. Suscribo de corazón la postura tenida por antijudía en esta guerra fatalmente penúltima: «una reacción desproporcionada» decimos.

Supongo que sí lo es. Pero no tengo claro esto: ¿qué sería una guerra *proporcionada*, cuándo empieza a ser *desproporcionada*? Supongo que cuando un bando mate *mucho*, pero me pregunto ¿y *matar* está bien?

Me confunde esto y me confunde lo de defender la Patria, Alá o Jehová como deber supremo, de una manera enérgica y efectiva, es decir, destruyendo personas, no hay derecho a destruir personas para construir fantasmas; me confunde que se lamente oficialmente haber tenido que matar; me confundo cuando, por un lado, se evita al máximo la improvisación y la dispersión para favorecer la preparación y la precisión: puede matarse, si así se desea, puede matarse una persona sentada en el asiento delantero derecha de un turismo o en la butaca nueve de la fila diecisiete de una sala de conciertos; puede hacerse si así se desea; pero, por otro lado, si no se desea o cuando no es necesario o cuando resulta caro, puede aceptarse la improvisación y la dispersión: en el caso de Qana no era necesario y era más económico destruir niños aterrados.

Estoy confundido. Nunca he rechazado a los judíos sino más bien lo contrario,

quizá por los pogromos que han sufrido. No sé. Tal vez por el violín de Jehudiu Menuhin y el director de orquesta judío-argentino, tal vez; o porque hacen feraz la tierra, trabajan, estudian; o por Einstein; o por los sefardíes. Rechazo a los judíos pero no los rechazo por «judíos». Rechazo a los judíos de esta guerra porque aún no han concluido de crucificar a un hombre, a mil hombres, a Jesús de Nazaret.

10 de agosto de 2006: *La tentación de desistir*

Me pregunto si Jesús, tras años de tropiezo con la institución religiosa a la que pertenecía, no sintió deseos de arrojar la toalla, renunciar a comunicar sus evidencias interiores y concluir en paz compartiendo el sosiego tranquilizante de una religión establecida y no cuestionada. Pienso que sí, que Jesús sintió a veces la tentación de desistir y descansar en el lugar que le había sido adscrito: el hijo de José; y así morir de viejo.

Yo soy Jesús, apenas, claro está, y tropiezo con la institución religiosa a la que pertenezco, y siento deseos de arrojar la toalla cuando la COPE y la Jerarquía disienten de mis evidencias interiores, eso que llamamos Espíritu y yo llamo Espíritu de Jesús. El trance está justamente descrito en un párrafo del libro «El corazón inmóvil» que me permito leer:

«Educada en la fe cristiana de mis mayores, me acostumbré al alivio de los rezos en comunidad, a la tranquilidad de participar de una riqueza espiritual que no había conquistado con mi esfuerzo y al placer de la esperanza diferida siempre en un porvenir que nunca acababa de llegar.» [Luciano G. Egido]

Pienso que sí: que Jesús sintió la tentación de desistir. Pero él era Jesús en plenitud, claro está, y su plenitud comprendía, entre otras vivencias, hermanarse con los hombres todos, incluidos los que sienten deseos de arrojar la toalla cuando la COPE y la Jerarquía disienten de sus evidencias interiores. Y se mantuvo firme, no cedió a la tentación de desistir (desistir es, en algún modo, dejar de ser). Y para ayudarnos en ello nos encargó las palabras con que habíamos de dirigirnos al Padre: *Padre nuestro, no nos dejes caer en la tentación.*

17 de agosto de 2006: Amigo de las mujeres

He pasado entre mujeres (Concha y mis hijas) buena parte de mi vida íntima, y he sido tributario modesto del machismo instituido desde los primeros tiempos, difícil de erradicar y fácil de modificar. En ayuda de su extinción copio un fragmento de *A las vírgenes*, hasta hace poco tiempo atribuido al papa Clemente I, en todo caso escrito en el siglo III, donde se cumple el desprecio eclesial de la mujer y se ensalza el debido comportamiento del macho cristiano en relación con la menos despreciada fémina, en este caso, las vírgenes: *No vivimos con vírgenes ni tenemos con ellas nada en común. No comemos, ni bebemos con vírgenes y donde duerme una mujer virgen nosotros no dormimos. Tampoco lavan las mujeres nuestros pies ni los ungen.*³

En tiempos de Jesús, si una mujer hablaba en la calle con un hombre, el marido podía repudiarla sin otra compensación; era una deshonra para un rabí hablar con una mujer en la calle. Jesús no era machista, ni feminista. Mucho más simple y mucho más allá: Jesús era amigo de las mujeres, el primero y, casi al mismo tiempo, el último amigo de las mujeres en la Iglesia. Llamaba la atención porque tenía trato con ellas y en su derredor había «muchas mujeres» (Lucas 8, 3), lo cual, para un maestro judío, un rabino, era absolutamente inadecuado y sin precedentes en la historia. Tuvo discípulas, no oyentes pasivas. Fueron mujeres las primeras en anunciar su resurrección (he dicho «anunciar» con toda su carga oficial, no «chismear»: el término griego del relato es «apaggellein»).

No hemos sido amigos de las mujeres los seguidores de Jesús. Incluso la hiperdulía, el desmesurado exceso en la proclamación de la excelsitud de la Virgen, conlleva una inconsciente imputación de inferioridad al resto de las demás mujeres. Es triste que el varón cristiano presuma de que *las mujeres no lavan nuestros pies ni los ungen*. Es triste porque a Jesús sí le lavaron y ungieron los pies. Jesús, el amigo de María, de Marta, de Magdalena, de la otra María, de Juana... de Mave, de María, de Concha.

³ Uta Franke-Heinemann, *Eunucos por el reino de los cielos*, pag 112

24 de agosto de 2006: Breve encuesta sobre esencias

Llevo dos años, jueves a jueves, diciendo algo de Jesús. Pienso que, en este contexto, puede interesar lo que algunos cristianos entienden por esencia del cristianismo.

José María Castillo piensa que el mensaje de Cristo es, ante todo, para los que eligen ser pobres o para los pobres sin más. Ahora bien, si el mensaje es especialmente para los pobres, para lo débil del mundo, lo plebeyo, lo despreciado, entonces es lógico pensar que la esencia del Mensaje tiene que ser una cosa muy sencilla. Porque los pobres y los marginados de este mundo no entienden, ni pueden entender, las cosas complicadas y difíciles.

Para Pedro Casaldáliga lo esencial es el Mandamiento Nuevo, el característico de Jesús: «que os améis los unos a los otros. En esto conocerán que sois discípulos míos».

Piensa Carlos García Cortés, que la esencia del cristianismo es la construcción de la persona.

Don Elías Yanes, palmero y exarzobispo de Zaragoza piensa que el cristianismo es la persona misma de Jesús, no es algo: es Alguien. «Yo soy el camino, la verdad y la vida».

José María Díez Alegría dice que el nivel más radical de la fe no es la afirmación de verdades conceptuales, sino la aceptación de la persona de Cristo.

¿Y qué piensa sobre esto el que está hablando?

Estoy comenzando a pensar que los que fueron a Jesús no creían en él antes de encontrarlo. Y eso, además de ser una verdad lógica y boba, tiene algo más, como tienen todas las cosas de Jesús: y es que a Jesús se va desde la increencia, desde el agnosticismo, desde la inexistencia, me atrevería a decir, desde el vacío. Y, en todo caso, desde la pobreza. Es en esos predios donde se cría la esperanza: la esperanza de ser, la esperanza de creer, la esperanza de crecer y, antes que nada, en esos predios previos a Jesús es donde se cría la esperanza de la esperanza.

31 de agosto de 2006: Un grano de mostaza

Leyendo un trozo del Evangelio, a veces desplazamos el interés principal y lo enfocamos a términos secundarios, por ejemplo la moneda que hay que dar al

César porque en ella está el rostro del César, no el de Dios. Creo que el interés principal está en la sagacidad de Jesús, que se sirvió de una moneda para defenderse de la trampa que le tendían los fariseos con ánimo de cazarlo. Jesús caló su mala intención, primer plano del relato, y les dijo «¡Hipócritas, ¿por qué intentáis comprometerme?». De entonces acá llueven toneladas de doctrinas socioteológicas sobre la moneda para salvar la legitimidad de los tributos o condenarlos. Doctrinas que se disuelven bajo la lluvia si apelamos al sentido común, según el cual sería injusto pagar tributos a una autoridad corrompida, por ejemplo Pinochet, y sería justo pagar tributos a un grupo bienhechor, por ejemplo Entreculturas.

Los desplazamientos artificiosos del interés alcanzan cotas increíbles. En el recién pasado siglo XX los norteamericanos especialmente religiosos Maurice Flint y su esposa organizaron un próspero negocio que comercializaba «recordatorios de semillas de mostaza», usadas como amuletos: he aquí la mostaza enfocada como cuestión principal, aunque en el Evangelio de San Mateo 17, 20, la cuestión principalísima es la fe que mueve montañas.

Cuántos siglos hemos discutido sobre el destino de las monedas. Cuántos siglos hemos vivido organizando negocios con semillas de mostaza, con huesos de santos, con santos griales. ¡Pobres víctimas de los desplazamientos de interés, pobres gentes que un día compraron reliquias y hoy compran novelas de Templarios! El desplazamiento del interés obedece al desplazamiento del interés económico; se engaña así a la gente, que resulta explotada y, casi siempre, infeliz. No dejan libertad para caer en la cuenta de que todo es mucho más sencillo, que Jesús es un hombre sagaz para defenderse de las trampas, un hombre modesto que apenas exige que nuestra fe sólo sea como un grano de mostaza, así de poca, así de suficiente.

7 de septiembre de 2006: *Origen y consecuencia*

Mi memoria enferma me permite recordar, muy difusamente, la existencia de un juego que llamábamos «Origen y Consecuencia»; no recuerdo en qué consistía. Suelen evocar los ancianos situaciones de su infancia; por ello y, además, porque me parece importante jugar en todo tiempo me propongo este jueves jugar a

«Origen y Consecuencia».

Por ejemplo, en Geometría: Origen, la realidad palpable que llamamos volumen; la intersección de dos volúmenes tiene como consecuencia el plano; la intersección de dos plano tiene como consecuencia la recta; la intersección de dos rectas tiene como consecuencia el punto. Palabra clave en esta serie: *intersección*. He aquí otra posible serie geométrica:

Origen, la idea más simple que llamamos punto; la traslación de un punto sobre sí tiene como consecuencia la recta; la autotraslación de la recta tiene como consecuencia el plano; la traslación de un plano sobre sí tiene como consecuencia el volumen. Palabra clave en esta nueva serie: *traslación*.

Por ejemplo, en Derecho: Origen, la norma: las cosas son legales cuando la norma dice que lo son, e ilegales cuando van contra la norma. Mas he aquí otra posible serie: las cosas que la gente estima buenas pasan a integrar un texto legal, y no así las que la gente no estima buenas.

Por ejemplo, en Religión: Origen, Dios. Consecuencia, Jesús, que, por designio y bondad de Dios, se hizo hombre y habitó en nosotros. Otra posible serie estriba en considerar como origen a Jesús, por cuya conducta y palabra tenemos noticia de que procede de un amor a quien llama Padre, un Dios para cuyo conocimiento es imprescindible y suficiente conocer a Jesús. Pudiera decirse ante estas dos perspectivas que hay dos tipos de religión: la que propone a Dios como absoluto y original y a Jesús como relativo consecuente, y la que propone a Jesús como absoluto y original, y a Dios como relativo consecuente. Según el ejemplo geométrico, la Encarnación sería una intersección sucesiva del Dios original culminada en Jesús, o sería una traslación progresiva del Jesús original culminada en Dios. En todo caso la Encarnación sucede según la gente buena y sencilla vaya incorporando su sentir a la definición de una preciosa palabra, Encarnación, que nunca sería un dogma y siempre sería un misterio.

14 de septiembre de 2006: *Juegos de amor*

Un momento del Evangelio que me viene conmoviendo es aquél en que Jesús le pregunta a Simón-Pedro si lo ama. ¡Es tan frecuente la pregunta entre personas que se aman! Se trata de un juego amoroso: jugar a dudar, jugar a fingir no ser

amado para recibir lo que, ya sabido, consuela, satisface y colma la felicidad si lo oímos pronunciar desde los labios otros. Quién no ha preguntado a su pareja: «Concha ¿me quieres?» «Tú sabes que te quiero» es la respuesta. Sin embargo creo que no me hubiera atrevido a contestar sí, como a Pedro, Jesús me hubiese preguntado: «Luis ¿me amas?»

Y la dificultad no es precisamente no estar seguro de amarlo; si de esto se tratara hubiese repetido la respuesta invariable: «Señor, tú sabes que te amo»; se trata de no estar seguro de su existencia, esa inseguridad es lo que quiebra la respuesta a flor de labio.

¿Puede amarse a alguien de cuya existencia dudamos?

Y esta pregunta concluye en la otra: ¿puede creerse en alguien de cuya existencia dudamos?

Aquí sí quiero responder: sí, puede creerse en alguien de cuya existencia dudamos, y en esa contradicción seductora consiste la fe. No: no se trata del *credo quia absurdum*: se trata simplemente de una seducción.

Antes que Salvador Jesús es Seductor. La salvación se siente después que hemos sido seducidos. Más aún: la salvación consiste en ser seducido.

Y la seducción consiste en que desde el fondo insondable de tu corazón, desde la verdad invencible que te vive, eres capaz de creer que existe Jesús porque lo amas.

21 de septiembre de 2006: *La dulce fuerza del envío*

Hoy comienza el otoño y, aparte las predilecciones interesadas o literarias por una estación determinada, uno celebra el simple cambio de una a otra porque una sola estación perpetua no es apetecible, como en general no es apetecible la inmovilidad. La vida exige que se deje de ser constantemente igual a sí, mismo siempre, en-sí-mismado; la vida exige el cambio, el movimiento.

El movimiento sucede merced a la fuerza. La fuerza es madre del movimiento. Los físicos la llamaron *dinamis*, el pueblo la llamó *virtud*, Jesús la llamó *amor* y la tuvo por *Padre* de lo que mueve según el esencial suceso que llamamos *vivir*.

Al acto de mover que nosotros pudiéramos denominar «empujón», la delicadeza de Jesús lo nombra *envío*. Para él queda englobada la fuerza, el

dinamismo, la virtud, el amor y la paternidad en esta suave palabra: «envío». Momentos antes de su muerte se dirigió a su origen con estas palabras que leo en el evangelio de San Juan y en las que me tomo la libertad de elegir entre sinónimos: fuerza, dynamis, virtus, amor, padre; elijo amor. Así dijo, pues, Jesús:

«Amor: quiero que donde yo estoy estén ellos conmigo y contemplen la gloria que tú me has dado, porque me amabas ya antes que existiera el mundo. Amor: aunque el mundo no te ha reconocido, yo te reconocí, y también éstos reconocieron que tú me enviaste. Yo te he revelado a ellos y seguiré revelándote, para que el amor que tú me tuviste esté con ellos, y también yo esté con ellos.»

Decir que Jesús fue enviado por el Padre es exactamente lo mismo que decir que Jesús fue enviado por el Amor. Y no olvidemos que «enviar» es «empujar», mover. Quien mueve a vivir lo hace porque el amor lo suscita, o porque la fuerza o la virtud lo impulsa, o porque el Padre lo envía.

¿Y Dios: cuál es su lugar en todo esto? Muchos cristianos continúan celebrando anualmente un jueves el día del amor. En ese día cantan: «ubi caritas et amor Deus ibi est», donde están la caridad y el amor allí está Dios.

28 de septiembre de 2006: Catequesis y Evangelio

En 1950 un grupo de universitarios españoles visitamos a Pío XII. Durante la audiencia especial en Castelgandolfo se oyeron voces: «Madrid, Compostela, Oviedo, Salamanca...» Yo no añadí: «La Laguna», no pronuncié palabra: no podía, no me salían: me dominaba la emoción por la inmediatez de Su Santidad. Cuando oí la noticia de su muerte, me arrodillé ante la radio. También me arrodillé cuando Juan XXIII radió su primera bendición. Cuando la dio Pablo VI me santigué sin arrodillarme. Nada sucedió con Juan Pablo II y Benito XVI. A lo largo de 56 años decreció hasta desaparecer la dependencia emotiva en torno a los papas y creció una serena dependencia vital en torno a Jesús de Nazaret.

Describo este proceso porque tal vez me acompañen otras personas en este tipo de evolución que, por lo general, al menos en mi caso, pudiera enunciarse como sustitución del catecismo por el evangelio, de la religión por la fe en Jesús. En cierto modo, un cambio de dependencias.

Muestra el evangelio que Jesús padeció dependencias, por ejemplo dependía de pescadores amigos, de Pedro antes de ser papa, de Santiago antes de montar el caballo blanco, y lo expresó lavándoles los pies.

Piensa uno que la cuestión no estriba en tener o no tener dependencias sino en analizar si se depende emotivamente de una catequesis infundida a lo largo de siglos o se depende de la fe en una persona cuyo espíritu consideras camino a la verdad que es la vida. Y esto sin proclamar absolutos entre la catequesis y la fe; porque día llegará en que evolucione la fe y desaparezca, por innecesaria, en forma de amor; al menos esto dijo San Pablo una vez que le dio por pensar en la fe, la esperanza y la caridad.

12 de octubre del 2006: Dios y hombre

Si se hiciese la estadística de la frecuencia de los términos «Dios» y «Jesús» nombrados en una conversación común, ganaría «Dios» por goleada. Tanto en contexto general como en contexto religioso: ahí está la abundancia de TEOlogías frente a la escasa presencia de CRISTOlogías; y aún estas últimas vienen por lo general afectadas por las implicaciones teológicas del término «Cristo»; intento decir que es poco abundante, si es que existe, la JESUlogía.

Esta distribución de frecuencias corresponde a la facilidad de hablar de Dios, del que apenas sabemos, y es esa ignorancia lo que permite la proliferación de términos que no corren el peligro de contradecir lo que no sabemos. Frente a esa facilidad de referirse a Dios, está la dificultad de hablar de Jesús como hombre verdadero, porque ser «hombre verdadero» es lo mismo que «hombre como yo»: y si yo no soy Dios y si Jesús es como yo tampoco es Dios, lo que contradice la formulación de origen: Jesús es Dios y Hombre verdadero.

En los primeros siglos se intentó profundizar en Jesús y su modo de ser hombre verdadero. Fueron tiempos de grandes herejías y pleitos y guerras entre los que lo pensaban «puro Dios» con simple apariencia humana y los que lo pensaban «puro Hombre» sin filiación divina. Sin llegar a tales extremos dos importantes grupos religiosos responden actualmente a este dilema: el fundado por Ignacio de Loyola eligió al Hombre y se llamó «Compañía de Jesús»; y el fundado por Josemaría Escrivá ha elegido a Dios y se llama «Obra de Dios»,

«Opus Dei».

Fuera del contexto de los primeros siglos y ante la virtual estadística que hoy establece la superioridad de Dios sobre Jesús, quisiera votar por este último creyendo que Jesús es un hombre como yo, excepto que, además, llevó la hombría a plenitud, y a esa plenitud alcanzada por Jesús y utópica para el resto la llamo divinidad. O dicho de otra forma: quien quiera ver y oír a Dios ha de mirar y escuchar a Jesús. O dicho de otra forma: el hombre que busca su plenitud, lo sepa o no lo sepa, lo desee o no lo desee, lo crea o no lo crea, hace lo que Jesús hizo: crecer en estatura, sabiduría y santidad en busca de su plenitud y, como Jesús, tiene a Dios en lontananza. Y esto, repito, lo crea o no lo crea: tengo para mí que a Jesús no le importa demasiado lo que el hombre crea sino lo que el hombre crezca porque sólo así tendrá a Dios en lontananza.

19 de octubre del 2006: *Duración de la iglesia*

La autenticidad es una fuerte forma de verdad y suele admitirse como promesa de duración: lo inauténtico o lo falso no suelen durar. Esto parece ser así; pero no es tan simple la cuestión.

Por una parte, el empeño en hacer algo duradero no siempre acaba en logro: muchos babeles, estatuas y rascacielos han concluido en derribo. Por otro lado, se hacen cosas para que no duren, sobre todo por razones económicas en los ámbitos comerciales: las modas, por ejemplo, dictan lo que ha de gustarse en temporada próxima, en la cual la gente no habrá de preguntarse qué le gusta sino se limitará a abdicar en el gusto ajeno conscientemente predeterminado desde la inautenticidad o la falsedad; la moda, en general, concierne a todos los artículos englobados en la propuesta de «usar y tirar». Ciertamente, no es tan simple la cuestión; pero de un modo u otro siempre tendrá vigencia la autenticidad como promesa, tal vez única promesa, de duración.

Gamaliel, un magistrado del grupo de altos letrados y fariseos que velaba por la religión judía recomendó ante el incipiente peligro de progresivo número de seguidores de Jesús: *Si lo que dicen es verdad nada podríamos hacer contra ellos; y si es una patraña, desaparecerá como otras muchas han desaparecido*» De acuerdo con Gamaliel la Iglesia católica suele proclamar su

duración como garantía de su autenticidad. Pero tampoco eso es tan simple.

No puede afirmarse que la Iglesia haya durado: basta seguir la historia de sus normas, ritos, costumbres, morales, dogmas, teologías, hechos y dichos para medir el gigantesco recinto de desechos donde han ido a parar sus remociones (la última el pobrecito *limbo*). Y sí puede afirmarse que la Iglesia ha durado en cuanto se proclama creyente en Jesús; es Jesús quien hace durar la iglesia; es y será Jesús y sólo Jesús la promesa de duración de la iglesia, porque al cabo sólo Jesús es auténtico, y únicamente Jesús es la más fuerte forma de verdad. La iglesia que lo vive durará siempre.

2 de noviembre del 2006: *El conocimiento de Jesús*

Una de las formas de creer en Jesús consiste en amarlo; otra, quizá, en echarlo de menos; otra, creer lo que dice el Evangelio; y alguna más habrá entre las formas de creer en Jesús. Sean lo que fueren y cuántas fueren, me parece que todas presentan una característica común consistente en la proporcionalidad directa entre del modo de considerar y el deseo de conocer: cuanto más se ama a Jesús, cuanto más se le echa de menos y cuanto más sabemos del Evangelio, mayor es el deseo de conocer a Jesús. Y me atrevo a decir que esta progresión se cumple asimismo entre las diferentes causas de la fe en Jesús: cuánto más te adentras en el Evangelio, más lo echas de menos; y cuanto más lo echas de menos más lo amas; y cuanto más lo amas más lo echas de menos y te adentras más en el Evangelio.

Los primeros tropiezos hacia el conocimiento de Jesús surgen tal vez con los primeros pasos a través del Evangelio: ¿se mojó los pies cuando caminó sobre las aguas? ¿tenía o no tenía hermanos? ¿se inclinaba a los zelotas o al grupo fariseo? ¿multiplicó los panes y los peces o le bastó indicar que repartieran entre todos la comida que tenían para que todos comiesen? ¿amó a María Magdalena? ¿resucitó o no resucitó? Personalmente creo cuanto de Jesús dice el Evangelio. Pero sé que hay quienes aman a Jesús, o le echan de menos, o buscan en el Evangelio, y se hacen preguntas parecidas a las que he formulado; a ellos me gustaría preguntar: si llega a mojarse los pies o caminó sobre las aguas sin mojarse, esto, ¿afectaría a tu amor por él? Si hubiera tenido hermanos ¿lo amarías menos? ¿si hubiese sido

pro-zelota o pro-fariseo ¿lo amarías menos? Si no hubiese multiplicado los panes ¿lo amarías menos? Si quiso como un hombre a María Magdalena ¿lo amarías menos? Y lo más difícil: si no hubiese resucitado ¿lo amarías menos? Déjame añadir en esta última situación: si es tu respuesta «no lo amaría menos si no hubiese resucitado» esa respuesta fue la resurrección de Jesús.

15 julio 2004/16 de noviembre del 2006: *Uncidos*

Tengo la impresión de que el cansancio y el agobio se presentan cada vez con mayor frecuencia. Antes venía el agobio cuando el arqueo anual del ejercicio económico, o cuando los exámenes de fin de curso; ahora el cansancio y el agobio aparecen al final de cada semana, al final de cada día. Y acabas cansándote de tanto agobio y acabas agobiado porque no hay ocasión para descansar. Intentas entonces hacerte fuerte para luchar contra esa situación, y te violentas y acreces tu poder para dominar el cansancio y el agobio, yugo inexorable de una triste y frecuente manera de vivir.

En esta situación aparece Jesús y propone como alivio cargar con él, es decir, aprender de él. Lo propone como carga, como yugo, ¿como unción tal vez? Explica que su yugo tiene que ver con la mansedumbre y la humildad de corazón. Y una vez más lo crees.

Quedas entonces uncido a Jesús y él descansa su carga sobre ti. Y sientes que su yugo es llevadero y su carga es ligera. Y te alivias.

23 de noviembre del 2006: *Defender al hombre*

La ley corre peligro de convertirse en religión y, viceversa, la religión corre peligro de convertirse en ley. En Israel se concentró el peligro: la religión fue la ley y la ley fue la religión. Cuando digo «peligro» digo naturalmente peligro para el hombre. Gran parte de la tarea de Jesús parece ser la defensa del hombre contra el peligro de la ley, es decir, contra el peligro de la religión.

Jesús no suprime la ley sino la matiza para posponerla al servicio del hombre: *Si yendo a presentar tu ofrenda al altar, te acuerdas allí de que tu hermano tiene algo contra ti, deja tu ofrenda allí ante el altar y ve primero a reconciliarte con tu hermano; vuelve entonces y presenta tu ofrenda.»* (Mateo

5, 23-24). Corrección de la ley al servicio del hombre: *Un hombre bajaba de Jerusalén a Jericó y lo asaltaron unos bandidos, lo molieron a palos y lo dejaron medio muerto. Coincidió que bajaba un sacerdote por aquel camino; al verlo, dio un rodeo y pasó de largo. Lo mismo hizo un clérigo que llegó a aquel sitio: al verlo dio un rodeo y pasó de largo. Pero un samaritano, que iba de viaje, llegó a donde estaba el hombre y, al verlo, le dio lástima, se acercó a él y le vendó las heridas echándole aceite y vino, luego lo montó en su propia cabalgadura, lo llevó a una posada y lo cuidó.* (Lucas 10, 30-37). Corrección de la ley al servicio del hombre.

¡Ay de vosotros, juristas, que os habéis guardado la llave del saber! (Lucas 11, 52) Jesús defiende a los perjudicados por la ley cuando los acusan ante el juez que guarda la llave del saber la ley y saber la religión. Y una vez más se apiada de ellos y les dice:

Cuando os conduzcan a la sinagoga, ante los magistrados y las autoridades, no os preocupéis de cómo os vais a defender o de qué vais a decir, porque lo que hay que decir os lo enseñará el Espíritu Santo en aquel momento. (Lucas 12, 11-12)

Bonhoefer, profundo, sabio, honesto y célebre cristiano asesinado en un campo nazi de exterminio escribió a guisa de resumen: *Jesús se dedicó a defender al hombre frente a la religión.*

Existen *actualmente* instituciones que defienden al ciudadano contra los injustos de la Administración; no existen aún instituciones que defiendan al ciudadano contra los injustos de las Jerarquías religiosas; esta inexistencia tal vez se deba a que las jerarquías religiosas se consideran constitutiva y esencialmente justas y, por ende, no puede producirse en ellas un injusto contra cualquiera de sus fieles.

Tiempo Ordinario 2007

11 de enero del 2007: *Rezar por la unidad*

Por estos días iniciales del año las comunidades creyentes suelen lamentar las divisiones que hay entre ellas y rezan para aliviarlas. Jesús rezó para que todos sean uno y su rezo no ha sido atendido. Cuando hablamos de la divinidad de Jesús no estamos todos de acuerdo en lo que «divinidad» significa; pero cuando hablamos de la paciencia de Jesús sí somos todos uno pensando que la paciencia constituye una de sus características más evidentes.

Surgen problemas cuando decidimos ponernos a rezar pidiendo que desaparezcan las divisiones, porque si rezamos desde Samaría los de Jerusalén dicen que no valen tales rezos; y viceversa, los de Samaría dicen que no valen los rezos desde Jerusalén. No son menos complicadas las cuestiones religiosas que las topográficas: los unos piden la unidad desde catedrales, los otros desde mezquitas, netamente separados los unos y los otros rezando al mismo Dios uno y mismo.

Por su parte Jesús lo tenía claro y así lo expresó una vez a una mujer de Samaría que le dio de beber: *«se acerca la hora en que no daréis culto al Padre ni en este monte ni en Jerusalén»*; y en otra ocasión dijo: *«cuando quieras rezar, métete en tu cuarto, echa la llave a tu puerta y rézale a tu padre que está en lo escondido; y tu Padre, que ve lo escondido, te recompensará»* .

Pienso que Jesús es paciente porque aún dos mil años después todavía alguien entiende que no puede rezarse en Samaría ni en Jerusalén, o que sólo puede rezarse en Jerusalén o en el Vaticano o en La Meca, o que sólo puede rezarse en la intimidad de la propia habitación. Ensañaba Jesús que él se sentía ante el Padre en todo lugar, recogido en la noche o contemplando los campos de Samaría o de Jerusalén, en el interior de una catedral o en el patio de una mezquita. No hay manera de encerrar a al Padre en cofre, en arca, en santuario porque Dios es espíritu. Y sin acabar de saber del todo qué es el espíritu, añadido por mi cuenta que el espíritu no tiene límites y, al mismo tiempo, se limita a mi corazón.

18 de enero del 2007: *La manifestación y Jesús*

En estos días me dio por pensar si Jesús estaría presente en la manifestación del pasado sábado. La cuestión no es tan difícil como impropia; no sólo no sabes qué contestar sino, más de raíz, no sabes si es cuestión. Y sin embargo persisto en plantearla de raíz. ¿Por qué?

Ya en la raíz advierto que no es tan importante preguntar por la asistencia de Jesús a una manifestación como cuestionar la congruencia de la pregunta. ¿Por qué sucede la perplejidad cuando preguntas si Jesús fue a la manifestación? ¿y por qué insisto en preguntarlo?

La respuesta es común en cierto modo: queda perplejo quien sabe que *no es cuestión preguntar* si Jesús asistió porque Jesús no estaba, no está desde hace dos mil años; por mi parte *insisto en preguntarlo* porque creo que Jesús sí estaba, está entre nosotros desde hace dos mil años; doble y misma respuesta que puede trasladarse a no creer o creer que Jesús resucitó: se cree en la resurrección de Jesús cuando se cree en su presencia actual.

Si se considera a los obispos especialmente relacionados con Jesús, sus prácticos representantes, es evidente la respuesta: Jesús no fue a la manifestación. Si se considera que tal manifestación expresaba sentimientos de solidaridad y se hacía próxima de sus prójimos ecuatorianos y españoles, también es evidente la respuesta: Jesús fue a la manifestación. En todo caso lo importante, al menos para mí y en esta ocasión, no es tanto determinar si fue o no fue como tener la evidencia de que está entre nosotros, vivo, víctima primera del único pecado de no amar, víctima primera del único mandamiento de amar; víctima en ambos casos, sí, porque amar es tan doloroso como no amar: la diferencia estriba en que si has amado eres feliz y a eso llamas cielo, y si no has amado permaneces en la triste soledad de vivir sólo contigo y a eso tienes miedo de ponerle nombre. Es triste, sí, quedarse solo, sin prójimos: y bien claro tiene Jesús que el prójimo no es alguien que se te acerca sino alguien al que te acercas tú.

25 de enero del 2007: *Presencia actual del resucitado*

Dije hace una semana: se cree en la resurrección de Jesús cuando se cree en su presencia actual. Para precisar la idea añado que entiendo la presencia actual

de Jesús como cualquier presencia actual de cualquier persona. Eso añadido porque no quiero dejar rendija por donde escapar a una mística de portentos, inusitada y excluyente, que suele concluir en la práctica deformación del hijo del hombre.

Jesús se cuidó contra tales escapes: «cuando tuve hambre», dijo, no dijo «como si tuviera hambre»: tuvo hambre, era el hombre ante el que yo estaba enterándome de que tenía hambre; «me diste de comer», no dijo «de diste de comer como si fuera yo», era Jesús, no otro hombre sino Jesús, a quien yo estaba dando de comer. Jesús estaba allí. Había resucitado para tener hambre («buen negocio» ironizarán los negociantes). Pero el caso es que Jesús era aquel hombre vivo que también era negro o también se llamaba Dimas, resucitado mediante una misteriosa resurrección sin la cual sería vana mi fe.

También estaba allí, ante mí, cuando no le di de comer. Pero esto no acabo de creérmelo: vana es mi fe si no resucitó. A veces no resucita, a veces no creemos. Así somos. En tales casos hemos sentido una levísima añoranza de la fe que bien pudiera ser una levísima añoranza de la resurrección de Jesús.

A todo esto mi nieto Luis, que tiene una formidable lógica virgen, concluiría que tener fe es dar de comer. Yo no soy tan íntegro; y me gustaría serlo.

1 de febrero del 2007: *ReliGramma*

Ayer se decía así: «clase de Gramática», tal vez hoy se dirá «Lengua», tal vez mañana «Comunicación oral». De ayer recuerdo sobre todo mi enfado porque la Gramática se daba en los primeros cursos; creía que siendo, como era, un juego mental propio de mayores, un repertorio de observaciones sobre el lenguaje (un lenguaje que se aprendía de pequeño, quieras o no, con escuela o sin ella) no debía figurar como asignatura sino todo lo más como lugar donde aficionados a observar el lenguaje podían divertirse cambiando impresiones.

Intuyo que algo parecido puede pasar con la «clase de Religión».

El caso es que pienso que gramática y religión son lugares donde cambian impresiones los aficionados a una y otra. Con permiso del oyente de Radio Eccla, adelanto el horario de las clases y, amaneciendo el día, va una clase de ReliGramma. Hoy toca «Preposiciones».

Con Jesús puede jugarse a las preposiciones.

Un ejemplo fácil: ir **TRAS** Jesús es venir **DESDE** Jesús.

Otro ejemplo medianamente fácil: recuerdo la pasada costumbre de regalar estampas y sobre todo «Vidas» de Jesús, unas adaptadas a la infancia del lector, otras para personas mayores. Después de tantas biografías caes en la cuenta de que vivir **SEGÚN** Jesús es vivir **A** Jesús, resucitarlo.

Va ahora un ejemplo difícil: se ha recomendado vivir y aún morir por y para Jesús. Si eso se simplifica mediante la exageración excluyente, puede convertirse Jesús en objeto exclusivo de la atención donde nadie más cabe; y si nadie más cabe, vivir **POR** y **PARA** Jesús es vivir **SIN** Jesús.

Y el ejemplo más fácil para final: hablar **DE** Jesús es hablar **CON** Jesús. Tiene nota el alumno que haya emparejado estas dos preposiciones: hablar **DE** Jesús es hablar **CON** Jesús.

8 de febrero del 2007: *El precio del poder*

Como hombre que era, y con mayúscula, Jesús vivió en su tiempo y convivió con los problemas de su tiempo; problemas que en su mayoría y en su concreción particular no coinciden con los problemas de nuestro tiempo.

Los que creemos que Jesús resucitó sabemos que Jesús sigue siendo el hombre que era, y con mayúscula, y convive con los problemas de nuestro tiempo. Uno de tales problemas consiste en la militarización de niños y niñas. Y uno de nuestros problemas, añadido a partir de la resurrección, consiste en la dificultad de vivir el espíritu de Jesús que nos permitiría saber lo que dice y siente a propósito de los niños soldados, saber al menos dónde está él en este momento.

Gracias a su espíritu, sé que Jesús está en este momento entre los niños soldados, tratando de acercarse a ellos, tratando de curar sus heridas, en especial las heridas del niño que ya no son, que ya no podrán ser. Allí se mezcla con los adultos, tropieza con las armas, contempla y escucha gestos y voces asesinas y les grita eternamente: ¡dejad que los niños se acerquen a mí!

Allí y ahora siente furia y repugnancia, mil veces más furioso y asqueado que en el templo cuando echó a latigazos a los mercaderes que profanaban el lugar; pero no puede, la resurrección le privó del látigo. Sólo puede gritar.

Sólo puede no poder.

Y así lo tengo delante, gritándome impotente, pidiéndome que venza mi impotencia y me llene de furia y repugnancia. Y todo esto sucede por el precio que pagó Jesús para estar con nosotros hasta el fin de los tiempos mediante la resurrección, el tremendo precio de cedernos el poder.

15 de febrero del 2007: *El defensor de la fe*

¿Qué hacía Jesús habitualmente? Hablar con sus amigos, ir con ellos de aquí para allá, descansar con ellos. Curar: era otro gesto habitual de Jesús. A veces, si la ocasión se presentaba, se dirigía a grupos atraídos por su fama, en algún caso a muchedumbres. Jesús hacía todo esto desde la paz en busca de la paz ajena.

Sin embargo no era menos habitual que Jesús se encolerizase, se dirigiera apasionadamente a sus enemigos denunciando el daño que hacían a la paz de la gente.

Era una tensa ira la que de él se apoderaba cuando encaraba a fariseos, letrados, juristas y demás autoridades religiosas. Y no es que buscara el conflicto, por lo general su ira era provocada. Un fariseo lo invitó a comer y se extrañó al ver que no hacía abluciones antes de comer. Dijo entonces Jesús: *limpiáis por fuera la copa y el plato, mientras por dentro estáis repletos de robos y maldades; pagáis el diezmo de la hierbabuena, de la ruda y de toda la verdura, y pasáis por alto la justicia y el amor de Dios; gustáis de los primeros asientos en las sinagogas y de las reverencias por la calle; abrumáis a la gente con cargas insoportables, mientras vosotros ni las rozáis con el dedo.*

Era lo único que Jesús no podía soportar: que se utilizase la religión para abrumar a la gente. En este sentido Jesús vino para defender a los creyentes sencillos contra los administradores de creencias, para defender la fe contra la religión.

Y siempre añadía, tras la ira, una palabra sanadora; a quien le acusó de no limpiar el plato le indicó: *dad lo que tenéis en limosnas y así lo tendréis limpio todo.* Así concluía su ira mientras sus enemigos continuaban sus burlas e insultos.

Pero no concluía el eco de sus palabras, terribles a veces: *a todo el que diga algo contra el Hombre, se le podrá perdonar; pero el que insulte al Espíritu*

Santo no tendrá perdón. Creo que el Espíritu Santo es la tercera persona; lo creo colectivamente y no acabo de entenderlo. Pero sí entiendo y creo que el Espíritu Santo es el espíritu de Jesús, que le hace estar con nosotros hasta el final de los tiempos, y a quien llamo Jesús resucitado.

31 de mayo del 2007: *En busca de un adjetivo*

Va para cuatro años que hablo de Jesús cada jueves mientras alumbra el día. Con cierta frecuencia me refiero al Espíritu Santo, al que me gusta llamar «espíritu de Jesús». Pero casi nunca hablo del Padre de Jesús, de la primera persona. Permítanme que me pregunte por qué.

Y permítanme en este punto retrasar la respuesta para recordar el amor al Padre que tuve hace muchos años, sobre todo desde que el jesuita Padre Ayúcar me hizo llegar por vía ilegal apuntes de sus ejercicios en Salamanca, donde se establecía la tierna e inmensa consistencia del Padre en puro amor.

Más recientemente, ye en el tiempo en que Jesús se me hizo suficiente y necesario, amé al Padre porque lo amaba Jesús. Pero eso no bastaba: el que Jesús amara a Juan no se tradujo en genuino amor personal a san Juan Evangelista. El caso es que casi nunca hablo del Padre de Jesús. ¿Por qué?

Por no entender. Para decir, para creer, para ser necesito entender: entender, por supuesto, que existen cosas que no entiendo; las archivo en el rótulo «ininteligibles» y ahí se quedan. Y no quisiera que el amor a quien Jesús llama «Padre» repose en el archivo.

Generalmente, al recitar el Credo, omito la fórmula «creo en Dios Padre Todopoderoso». No entiendo que se pueda ser padre y todopoderoso; y no lo entiendo por el significado mágico y exclusivamente humano que hemos venido asignando al adjetivo: no entiendo que Dios tenga el poder de saber todo, incluido el lugar donde están Madeleine y Jeremy, y se lo calle; Dios no puede saberlo, el Padre no es Todopoderoso. A esto suelen indicarme que se trata de un Misterio, con lo que procedo a un simple cambio de archivo: de los Ininteligibles al de los Misterios. Pero así no llega el Padre a mi corazón o, lo que es lo mismo, mi corazón no llega al Padre. Sé que Jesús está interesado en ello y su espíritu me hará encontrar el adjetivo justo. Y también sé que Jesús no suele tener prisa. Y

también sé que mientras digo todo esto el Padre ha sonreído. Mira por donde llega una pista hacia el adjetivo buscado: sonreír.

7 de junio del 2007: *El Juego del Reino*

Agradecer a Dios lo bueno que ocurre y no culparlo por lo malo que ocurre es jugar con ventaja. ¿No habrá contribuido a establecer el juego la consideración demasiado antropocéntrica del Padre? Lo hemos venido haciendo sujeto de verbos demasiado humanos, exclusivamente humanos a veces: «Dios es celoso, es paciente, se irrita, prohíbe, regala, permite...» por este camino hubiéramos llegado a considerar sus malas digestiones y la estética de su barba. Las palabras, necesarias para aludirlo, han descuidado su sentido figurado, su misión de metáfora, y se han dejado infiltrar de sentido recto. Surge así la figura de Dios responsable de lo bueno e irresponsable de lo malo, juego en el que siempre gana Dios. Y sin embargo en el fondo de mi corazón siento que esto no es así, y tal intuición prima sobre la lógica.

¿Qué dice Jesús de todo esto? No utiliza para referirse a Dios demasiadas palabras, prácticamente dos: Padre y Amor. No plantea ningún juego interesado en el éxito de Dios, que tal vez consista en la salida de Dios de tanta cárcel gramatical («éxito» significa también «salida»). Sujeto de tanto verbo, sujeto a tanto verbo, tal vez añore Dios el tiempo en que estaba prohibido nombrarlo. Jesús no jugó a las dicciones y las contradicciones; sólo jugó el juego de instaurar el reino de Dios que consiste en transmitir la sensación de que somos amados y estamos destinados a ser amantes. Es un juego muy serio el de instaurar el Reino; a Jesús le costó la vida.

Veo en Jesús a Dios, él es para mí Dios sin restricción alguna. Y lo veo pudiendo cosas, amando hasta el límite, y no pudiendo hacer el mal de permitir el mal, ese mal que tanto afligió a los suyos y a él mismo. Lo veo pudiendo -resucitó- y no pudiendo -«si eres hijo de Dios, sálvate y baja de la cruz»-. Dios, Jesús, no podía, no era todopoderoso en el recto sentido que hoy lo decimos, en el recto sentido que lo entendió Constantino en Nicea.

En resumen: sin la lógica, dejas de ser hombre; sin la intuición te privas del Misterio, ese divino regalo que se nos hace a los hombres y que nos hace hombres.

Una vez más Dios gana el Juego; gracias a Dios.

14 de junio del 2007: *Cambiar significados*

El pasado jueves, Corpus Christi, tuve dos goces estéticos: uno en la Villa de Mazo contemplando sus arcos, imaginando las manos creadoras, valorando la paciencia despersonalizada de artistas anónimos; el otro goce, durante la misa donde oí el himno *Christus vincit*, largo tiempo sintonía de Radio Vaticano: prodigio de serenidad reposada en un bajo descendente por su propia naturaleza, dócil a la etérea gravedad que la tonalidad le otorga. Dos goces estéticos.

Del último recuerdo las frases: «Christus vincit, Christus regnat, Christus imperat», Cristo vencedor, Cristo rey, Cristo emperador. Los términos propios de siglos pasados, hoy un tanto desplazados por lo que hoy pensamos de Jesús. Ante ese desplazamiento, quizá incluso contradicción, pensé en la conveniencia de sustituir las palabras del himno; luego consideré otra alternativa: sustituir no el significante sino el significado: vencer, reinar, imperar, al modo de Jesús: San Francisco de Asís descubrió a Jesús el Hombre: en las Cruzadas se pasa a filas enemigas, a los que le siguen prohíbe prestar juramento militar y, si les gusta pintar, Cimabue, Giotto, les induce a mostrar por vez primera no un cristo bizantino inexpresivo sino un hombre retorciéndose en la agonía de la muerte. En ese encuentro, vence Cristo, Christus vincit.

También monseñor Óscar Romero indujo a desoír el juramento militar y, días antes de morir, se dirigió a los soldados, exhortándolos a que abandonaran las armas y no dispararan contra sus propios hermanos salvadoreños. Monseñor Óscar Romero no se hubiera comportado así algunos años antes de encontrarse con Jesús. Se encuentra con Jesús y desde entonces en su corazón reina Cristo. Christus regnat.

Por elemental cortesía en el entorno en que hablo no digo el nombre de la persona que en las selvas amazónicas se encuentra diariamente con Jesús y se ocupa de que entre los que allí viven, un dilatado imperio de la injusticia, vaya instaurándose el amor. Cristo impera. Christus imperat.

Oír aquella música convenientemente reinterpretados sus términos, completa el goce estético. A ocho días del día del Corpus, admirado y agradecido, recuerdo

a San Francisco de Asís, que se dejó vencer por Jesús; a monseñor Óscar Romero, aún no canonizado, en cuyo corazón reinó Jesús; a la persona que en las selvas de América logra establecer como es debido, es decir con paciencia y firmeza, el imperio de Jesús. Así sí: *Christus vincit, Christus regnat, Christus imperat.*

21 de junio del 2007: *San Luis y el almíbar*

Hoy es día mi santo, San Luis Gonzaga. No es exactamente *mi* santo: *mi* santo es San Francisco de Asís; pero intuyo que, cada vez más, es *mi* santo San Luis Gonzaga. ¿Por qué? En primer lugar porque así sucede (tengo debilidad por esa palabra, suceso); también porque la idealización de San Francisco, continua y tal vez desmesurada, sus actos de perfección extrema (el Cántico de las criaturas, despojarse de toda propiedad, ropa incluida, hasta quedar desnudo, y recomendar la desobediencia militar), toda esa maravilla produce un ser lejano; por el contrario, veo a San Luis viviendo en un mundo cercano: corriente, contradictorio, sufriendo no por crucifixiones espectaculares sino por mentiras desabridas, vulgares, cotidianas: los hombros de San Luis soportan el peso de un haz de azucenas que lo han venido proponiendo como campeón de la pureza; y la verdad es que sobre los hombros de San Luis pesaron los cadáveres de apestados que él recogía y llevaba hasta el lugar donde pudieran enterrarse; San Luis murió contagiado de peste y no almibarado de pureza; y que conste que no tengo nada contra la pureza sino contra el almíbar.

Y no contra el almíbar en general, benditas sean las torrijas, sino contra el almíbar que se añade para disimular sustancias neutras, y eso es una artera forma de mentir. En este sentido me atrevería a decir que la pureza almibarada comporta cierta dosis de mentira.

Evoquemos a Jesús: ni un ápice de almíbar.

28 de junio del 2007: *Objeción de conciencia*

Se habla estos días de la Educación para la ciudadanía y los derechos humanos. Por lo pronto es un buen propósito y un buen título de asignatura. También por lo pronto se me ocurre que Radio Eccca se dedica a eso, a la educación de la ciudadanía. Y se comenta, con diverso sentido, la

declaración oficial de la Conferencia Episcopal Española proponiendo la objeción de conciencia respecto a la asignatura.

Estoy de acuerdo con la jerarquía episcopal que recomienda obrar en conciencia. Obrar en conciencia, es decir, según mi conciencia y no según conciencia ajena, la imponga quien la imponga desde fuera.

Cuando el alumno de Radio Ecce escuche una lección de historia, o una de matemáticas, o una de Educación para la ciudadanía, y su conciencia rechace lo que escucha, ese alumno apagará la radio; radio que no debe apagar si no es su conciencia sino su pereza quien sugiera cortar; su pereza o cualquier otro motivo extraño al aprender. Realmente es cuestión de conciencia, de mi conciencia, decidir cuándo apago la radio; y debo reconocer que raramente se produce la desconexión.

Queda, pues, claro que cuando el profesor de gramática diga que «pero» no es una conjunción adversativa sino el marido de la pera, apagaré la radio; y cuando el profesor de educación para la ciudadanía diga que hay que matar al padre en viernes santo, apagaré la radio. Afortunadamente no creo probable que se den tales casos. Así que el próximo curso estaré atento ante ambos profesores; y mientras el de la educación para la ciudadanía me hable de la dignidad humana, de valores cívicos como respeto, tolerancia, actitud dialogante, solidaridad, justicia, cooperación y cultura de la paz, no apagaré la radio, es decir, no adoptaré objeción alguna según mi conciencia. Porque una de las cosas que espero aprender con esta asignatura es que mi conciencia es la mía, y no la del gobierno, o la de los obispos. Estoy de acuerdo con la jerarquía episcopal: objetaré cuando lo proponga mi conciencia.

Jesús dijo, hizo, vivió según su conciencia; no según la de Pedro, o la de su madre, o la de sus letrados y sacerdotes incluido el sumo pontífice.

5 de julio del 2007: *La opción definitiva*

En el mundo eclesial, como en los otros mundos actuales, parece primar el centrismo, que pudiera definirse como un «sí pero no tanto». Tradición sí, pero no tanto; Teología de la Liberación sí pero no tanto. Cabe asociar «tradición» a jerarquía; cabe asociar «teología de la liberación» a opción por los pobres. El

centrismo puede resultar un avance a favor del equilibrio; o una transitoria situación de armisticio que permita el rearme de los dos bandos enfrentados.

Jesús expresó su parecer definitivo: heredarían el reino de su Padre quienes atendieran la pobreza del mundo: «porque tuve hambre y me diste de comer, tuve sed y me diste de beber, fui forastero y me recogiste, estuve desnudo y me vestiste, enfermo y me visitaste, estuve en la cárcel y fuiste a verme.» Y quedarían fuera del reino quienes no atendieron la pobreza del mundo. Jesús no fue en absoluto centrista: optó por los pobres.

A quienes proponen «Teología de la Liberación sí pero no tanto» hubiera convenido este añadido: -que añado en cursiva- «*ven al reino de mi padre porque estuve enfermo y me visitaste, estuve en la cárcel y fuiste a verme, cumpliste las directrices de letrados, sacerdotes y sumos pontífices*», así como hubiera convenido que Jesús excluyera del reino, junto a los que no atendieron a los pobres, a quienes no cumplieron las directrices de letrados, sacerdotes y sumos pontífices. Pero no fue así: Jesús declaró la opción por los pobres, y sólo la opción por los pobres, como único medio de heredar el reino de Dios

Recemos para que el centrismo dure lo menos posible, con prudente realismo (a Jesús lo mataron por optar por los pobres) y con no menos prudente esperanza (Jesús resucitó).

12 de julio del 2007: *Relativos y absolutos*

«Relativismo» es una doctrina filosófica y, actualmente, un pecado de moda; en todo caso podría decirse que relativo es lo no absoluto. Épocas ha habido en las que se ha puesto énfasis en el conocimiento proveniente de la relación entre las cosas y otras en las que se ha puesto énfasis en el conocimiento derivado de lo absoluto. Hoy coexistimos los que tendemos a relacionar y los que tienden a absolutizar.

La Iglesia lo ha sido *en relación* con cada tiempo: tiempo de inquisición que acabó no siendo necesaria en relación con nuevos tipos de poder; tiempos de condenas políticas modificadas en relación con la evolución del poder político; aplauso o condena de gobiernos en materia de enseñanza según la estime amiga o enemiga, así el caso de la «Formación del Espíritu Nacional» o de la «Educación

para la Ciudadanía»; tiempo de condenas morales como la del matrimonio que compatibilizara el placer sexual con su único fin, la procreación; tiempo de estrechas exigencias litúrgicas aliviadas más tarde en vestiduras y otros ritos; y un largo etcétera de relativismos eclesiales, de actitudes tomadas *en relación* con la altura de cada tiempo. Ello es bueno y ha permitido la permanencia de tal Iglesia; lo único que disiente con estas características positivas es que cada nueva postura relativa haya sido presentada como absoluta.

¿Y Jesús? Era, generalmente, relativo: juzgaba a las personas en relación con su circunstancia, y las perdonaba: «vete y no peques más». Pero era más bien absoluto en los comportamientos para acceder a Dios: unos accedían en el templo de Samaría, otros en el templo de Jerusalén; Jesús fue absolutamente contundente: ningún templo sino la relación personal a ser posible en el rincón más oscuro y retirado. Pero, por encima de todo, hubo una cosa en la que Jesús fue tajantemente absoluto: en la opción por los pobres.

Desearía que éste fuera el único absoluto de la Iglesia y que, de resto, siguiera actuando en relación con las circunstancias: yo perdonaría sus relativismos históricos diciéndole: «vete y no peques más»; y esto es importante porque la Iglesia necesita el perdón del más pequeño de los suyos.

19 de julio del 2007: *Divinidad para todos*

Años atrás, y siguiendo un proceso de maduración aún no concluido, quería conocer el contexto de Jesús de Nazaret, difícil de establecer y tan abundante en contradicciones como escaso en datos históricos. Mi fe no se confundía ante la barahúnda de noticias al respecto: entonces y hoy y mi fe era un regalo de Jesús al margen de las noticias habidas y por haber; sobre todo «por haber», porque comprobaba que Jesús se actualizaba, convenía a situaciones posteriores, siglo a siglo, hasta hoy.

Admirado me preguntaba y me pregunto «cómo es posible que el mensaje de Jesús contuviese elementos significativos para todos los tipos y todos los temperamentos de hombres, así como para todas las razas y las generaciones: el activista, el militante, el doctrinario, el asceta, el obediente, el pasivo, el erudito y el individuo de corazón sencillo; cómo se podía transmitir un sentimiento de

apremio e inmediatez y, al mismo tiempo, ser válido para toda la eternidad; cómo podía promover, en la mente de los hombres, una confrontación con Dios que fuese simultáneamente pública y colectiva e individual e íntima; cómo podía combinar un código de ética en un marco de rigurosa justicia y una promesa de generosidad sin precedentes»⁴

Jesús consigue ser todo para todos los hombres al mismo tiempo que permanece fiel a sí mismo. No tengo inconveniente en designar tal plenitud con el nombre de divinidad. Y me atrevo a pensar que Jesús no tenía inconveniente en esperar que todos los hombres fueran capaces de participar de tal divinidad; o dicho de otra forma, que cada uno de nosotros intentemos ser todo para todos los hombres al mismo tiempo que permanecemos fieles a nosotros mismos.

26 de julio del 2007: Encuentro tras la sed

Decía el pasado jueves que me gustaba conocer el contexto de Jesús de Nazaret; aludía a un proceso de maduración de mi fe aún no concluido. Tal proceso puede resumirse en la tendencia a consentir la humanidad de Jesús de modo que el consentir me vaya acercando al sentir.

Han sido muchos años sin sentirlo: tantos como era Dios al nombrarlo: sucedía la genuflexión y la distancia, la espiritualidad y la teología. Había como un miedo de perder a Dios si se buscaba al Hombre. Y el miedo, como casi todos los miedos, nos hurtaba la realidad, ésa en la que vamos madurando mientras vamos sabiendo que buscar al Hombre es la única manera de encontrar a ese Dios que se anonadó para que lo pudiésemos encontrar y ver y entender y sentir en el hombre llamado Jesús; ese Dios que, desde Jesús en adelante, deja huellas en la arena.

En este momento creo que de todas las palabras de Jesús me llega más la quinta palabra que pronunció en la cruz: *¡tengo sed!* El hombre a punto de morir gritó lo que sólo grita un hombre: ¡tengo sed!

José María Cabodevilla tuvo dos cosas en grande magnitud: sentido de la

⁴ Paul Johnson, *Historia del cristianismo*. Vergara editor. Pág 43

belleza y fe en Jesús. Copio algo que escribí: *Los labios agrietados por la sequedad, el paladar de yeso, la garganta ardiendo, una sed que llega a abrasarle las entrañas. Una sed insostenible, y una multiplicación de espejismos en sus ojos irritados a punto de apagarse. Tengo sed. Sed material, la sed de un cuerpo vivo totalmente deshidratado por la excesiva pérdida de la sangre, la sed de un animal exhausto en trance de expirar, la sed de cualquier organismo reducido todo él a una simple, apremiante, absoluta necesidad de agua, la sed de una humildísima hoja de hierba muriéndose de sed.*

Todo un Dios encontrado. Esto último no lo dijo Cabodebilla, a quien conocí personalmente: tenía una sonrisa esperanzada y paciente propia de quien busca a Dios entre los hombres; propia de quienes lo han encontrado y se van enterando poco a poco del suceso.

2 de agosto del 2007: Los tres dolores

Se habla de los dos dolores: el de nacer y el de morir, ambos con llanto. Supongo que Jesús nació llorando y murió en el seco llanto de sentirse abandonado. Y me apresuro a imaginar la sonrisa triunfal de su resurrección. Lo cual no deja de ser eso, un apresuramiento, porque resucitar para identificarse con todos los pobres del mundo, los hambrientos, los sedientos, los encarcelados, los enfermos, no es precisamente suceso placentero y urgente. En el caso de Jesús, habría de hablarse de los tres dolores: el de nacer, el de morir y el de resucitar.

Comprendo que es difícil hacerse a esta última idea. También fue difícil aceptar la realidad de la muerte de Jesús. Antes de san Francisco de Asís aún los crucifijos se pintaban con los ojos abiertos; sólo, ya en el siglo XIII, los franciscanos Giunta Pisano, Giotto, Cimabue, cerraron los ojos en los crucifijos y dibujaron en el cuerpo la angustiada estampa de la muerte física, la terrible estampa del dolor de un hombre. Hasta entonces la fe era incompleta: Jesús no podía morir de verdad porque, atiborrado de propiedades divinas, poco lugar quedaba a la creencia de que Jesús era un hombre, digámoslo sin miedo si es que tenemos fe: un hombre *mortal*. Como era de esperar, San Francisco así lo expresó: bajo su influjo, Giotto

pintó «Lamentación sobre el Cristo muerto», donde aparece muerto, cadáver a duras penas sostenido por María, su madre, y María Magdalena, su amiga. Sólo un siglo antes un anónimo decorador de libros piadosos pintó «Jesús descendiendo de la cruz» con los ojos abiertos.

La muerte de Jesús quedó proclamada por Miguel Ángel, a finales del XV, en «La piedad»: la mano derecha de Jesús pende, muerta, de un brazo derecho exánime ocupando el primer plano de la belleza, el primer plano de la verdad. Impresionante muestra de arte y de fe, copiada un siglo después por Caravaggio en «El descendimiento en el sepulcro»: en primer plano el brazo derecho exánime, el brazo de un hombre muerto.

Una docena de siglos costó convivir con la dolorosa realidad de la muerte de Jesús, sin cuya realidad convivida no podía concebirse la resurrección. Hoy podemos concebirla pero tal vez aún imperfecta si la situamos entre los misterios gloriosos; si perfeccionamos la fe, la resurrección de Jesús es el más doloroso de los misterios porque resucita para sumarse al dolor, para identificarse con todos los pobres del mundo, los hambrientos, los sedientos, los encarcelados, los enfermos. Si creemos esto, en el caso de Jesús, habría de hablarse de los tres dolores: el de nacer, el de morir y el de resucitar.

9 de agosto del 2007: Encuesta sobre Jesús resucitado

Al principio del evangelio de San Juan se lee algo principal: *Vino a los suyos y los suyos no le reconocieron*⁵. En efecto: fue sucesivamente rechazado por su familia, por su religión, por su pueblo: todos lo abandonaron hasta la muerte y muerte de cruz, acabó fuera de la estructura (entonces las murallas)⁶, expulsado de la comunidad, excomulgado.

Eso creemos. ¿Creemos, además, que resucitó? Si es así ¿dónde está? Porque lo difícil de creer es que resucitó para esconderse, para habitar en la oscuridad de un sagrario o en la luminosidad celestial, difíciles misterios que lo hurtan del encuentro cotidiano; resucitó Jesús para no estar?

⁵ Jn 1, 11

⁶ Heb 13, 12

Los que creemos en su resurrección creemos que resucitó para estar entre nosotros interesándose por nosotros (interés = *inter esse* = «estar entre»), y queremos saber si tras resucitar ha mejorado su situación, si se le acepta o, por el contrario, continúa rechazado por los suyos, por su religión, por su pueblo, por su estructura, tal vez aún excomulgado. Para saberlo hemos preguntado por la felicidad a quienes tenían fama de estar satisfechos; las respuestas eran de este tipo: «no, aún no soy feliz del todo, pero estoy a punto de serlo en cuanto adquiera un poco más de lo que tengo»; preguntados por su nombre respondían «señor, presidente, director»; no andaba Jesús por aquí. Preguntamos entonces a los pobres y las respuestas eran de este otro tipo: «no aún no soy feliz porque tengo hambre, y otro: porque padezco injusticia, y otro: porque soporto la soledad de los enfermos»; preguntados por su nombre respondían, «José, también me llamo Jesús; Miguel, también me llamo Jesús; María, también me llamo Jesús».

Los que creemos en su resurrección comprobamos que, poco más o menos, Jesús continúa expulsado de la comunidad, excomulgado, y nos hemos dirigido a quien habla los jueves por Radio Eccla para que dé esa noticia; tenemos esperanza de que al darla lleguen tiempos mejores para José-Jesús, Miguel-Jesús y María-Jesús. El que habla los jueves se llama tan sólo Luis.

23 de Agosto del 2007: Ídolos

Hoy apenas hay problema de ídolos en el mundo religioso; hace tiempo que no se dan soluciones colectivas como las del emperador bizantino que consideraba ídolos toda representación cristiana de figuras religiosas y las mandó destruir; o como las de Mahoma, que destruyó los ídolos de la Cava para instaurar el Islam. Prácticamente no existen hoy problemas religiosos de ídolos; pero sí existen los ídolos, y muchos más que en la Edad Media. Esto queda claro si al significado de «ídolo» en el Diccionario añadimos este otro: ídolo es una entidad que exige con dureza y severidad el servicio irreflexivo y unilateral de las personas. De niño cantábamos: «Por Dios, por la Patria y el Rey murieron nuestros padres... y moriremos nosotros también»: hacíamos ídolos de Dios, de la Patria y del Rey. Hoy hacemos ídolos del Estado, de la Comunidad Autónoma, del Éxito, de la Inercia, de la Riqueza y, de manera especial, del Poder y sus signos (hace unos

años se suprimió la silla gestatoria del Papa; pero no estoy seguro de que la hayan destruido o la conserven por si acaso vuelve a usarse.)

En el tiempo y lugar de Jesús Poder y Religión andaban juntos. El signo máximo de uno y otra era la Ley, que exigía con severidad y dureza el servicio irreflexivo y unilateral de sus sometidos. Poder y Religión establecían que la persona estaba al servicio de la Ley, no la Ley al servicio de la persona. La Ley era un ídolo. Decía la Ley que no se puede arrancar espigas en sábado; los discípulos de Jesús lo hicieron y Jesús los justificó diciendo: *El sábado se hizo para el hombre y no el hombre para el sábado: así que el hombre es también señor del sábado.* Que es como decir que la Ley se hizo para el hombre y no el hombre para Ley, así que el hombre es también señor de la Ley. Jesús intervino contra los ídolos, y cuando la Ley se hizo ídolo intervino contra la Ley. Y tengo para mí que en esa tarea los momentos más dolorosos fueron aquellos en que se hacía un ídolo de Dios porque hubo de luchar contra ese Dios idolizado, exclusivamente destinado a ser objeto de adoración exclusiva, fidelidad exclusiva, alabanza exclusiva y exclusivo servicio por parte de los hombres. Para mostrar el verdadero Dios tuvo Jesús que mostrarse a sí y proclamar que quien le veía a él veía a su Padre, ese Dios que en él vino a servir y no a ser servido, a no ser ídolo sino Padre.

30 de Agosto del 2007: Perder la fe

«Un niño de siete años abandonó anoche el hogar paterno y se refugió en una finca del mismo pueblo. Al parecer, según nos cuenta una vecina, el niño se negaba a ingerir un alimento bajo la coacción de sus padres, que le amenazaron con dejarlo sin comer mientras no lo tragara, por cuya causa el niño decidió irse de casa. Así lo hizo y se refugió en un solar contiguo. Pasada media hora los padres lo encontraron dormido.»

Acabo de inventar este suelto, frecuente en medios de comunicación, convenientemente aderezado para mantener en vilo la atención, bien reduciendo la noticia a la frase inicial: «Un niño de siete años se fugó anoche del hogar paterno» y, en todo caso, prescindiendo del final tranquilizante: «Pasada media hora los padres lo encontraron dormido».

Hace pocos días un importante periódico de Madrid publicó lo siguiente: «TERESA DE CALCUTA PERDIÓ LA FE. *Estuvo atormentada por una crisis que duró 50 años*». En el desarrollo de la noticia sólo se encuentra una frase que tiene relación con el título llamativo: «*la Madre Teresa escribió a un amigo diciéndole Jesús tenía un fuerte amor por él; pero ¿por mí? Los silencios son demasiado. Miro y no veo. Escucho y no oigo. Te pido que reces por mí. Ruégale que me eche una mano*».

He aquí un gran periódico sucumbiendo a la tentación de servir una moda, la del flash escandaloso, basada en el incremento de ingresos y el correlato decremento de la ética, la estética y la verdad, esas tres hermanas cada vez más ausentes. Todos, aún la mayoría de no creyentes, sabemos que las dudas acompañan a la fe, sobre todo en los santos, en especial los místicos, incluso en Jesucristo, a quien su fe humana y exigente le hizo decir: «*Padre ¿por qué me has abandonado?*». A tenor de esta frase no me sorprendería demasiado encontrarme un día con este titular: «*Jesús de Nazaret perdió la fe. Estuvo atormentado en sus últimos momentos*» Lo que, aparte de antiético y antiestético, no sería verdad; porque tengo para mí que la fe de Jesús, como la mía, como la de la mayoría de los creyentes, ha sufrido embates cuestionantes. Esa otra fe que suponen los periódicos: la fe impoluta e inatacable, no existe; o si existe se conoce como «fe de carbonero» (con perdón de los carboneros que piensan) que nada tiene que ver con la fe del apóstol: «*Creo, Señor, ayuda mi incredulidad*». Cuando Teresa de Calcuta pidió a su amigo que le dijera a Jesús que le echara una mano, no estaba perdiendo fe sino ganándola.

6 de Septiembre: *Ecumenismo, salvación*

Estos días se está celebrando en Rumanía la tercera Asamblea Ecu­ménica Europea entre católicos, evangélicos y ortodoxos; pretenden éstos la reconciliación de los cristianos y de entrada advierten que el primer gran obstáculo para lograrla es la ignorancia del cristianismo o la superficialidad de la vida cristiana. Dicho a mi manera, el obstáculo es la particular creencia de cada grupo de que no hay salvación fuera de él. Dócil a mi manía de precisar significaciones, trato de captar el concepto de salvación en determinados

momentos de la cristiandad.

La bula *Unam Sanctam* de Bonifacio VIII dice: «Declaramos, afirmamos, definimos y pronunciamos que es absolutamente necesario para la salvación que toda criatura humana esté sujeta al Pontífice romano.» Lo dijo muy pocos años después de la muerte de Francisco de Asís, el que encontró la salvación bendiciendo a todas las criaturas y encontró la felicidad casándose con Madonna Povertá.

A lo largo de dilatados años fue perfilándose el matiz de la salvación particular: morir en ausencia de pecado. De mi niñez y mi juventud recuerdo el empeño de salvar mi alma y salvar las almas de los demás mediante el necesario y suficiente recurso a una confesión antes de la muerte; empeño extendido a la acción misionera de bautizar porque sin bautizar no se alcanzaba el cielo.

Jesús identifica la salvación con la bendición del Padre y establece que se salvarán quienes mitiguen el dolor del prójimo.

Intuyo que todos los cristianos coincidirían o desearían coincidir en el sentido evangélico de la salvación: «Id, benditos de mi padre, a su regazo... porque tuve hambre y me diste de comer... porque fui pobre y te acercaste para mitigar mi pobreza». Intuyo que vivir esto, y sólo esto, unirá a católicos, protestantes y ortodoxos; que vivir eso y sólo eso remediará la ignorancia del cristianismo o la superficialidad de la vida cristiana. Porque eso, y sólo eso, es lo que el Evangelio dice de la salvación.

13 de Septiembre: *¿Dónde está Jesús?*

Supongo que los oyentes piensan que quien les habla al alumbrar los jueves no es preferentemente un universitario, o un religioso sino más bien un niño; universitario lo fui, religioso apenas lo soy y me comporto como un niño con ilusión, es decir, un niño con fe, es decir, un niño que pregunta. (*Bendito seas, Padre, Señor de cielo y tierra, porque, si has escondido estas cosas a los sabios y entendidos, se las has revelado a la gente sencilla... [Mt 11, 25]*)

¿Dónde ha ido a parar Jesús tras resucitar?

Al sagrario, sí; pero tal vez no le baste permanecer a solas en la oscuridad de templos y catedrales.

¿Habría ido donde le indicara su religión? No estaría en el Vaticano sino en Jerusalén, porque Jesús no era católico sino judío.

Tal vez habría ido Jesús a donde se acogen los niños desatendidos. (*El que acoge a un niño por causa mía, me acoge a mí. [Mt 17, 5]*) Tal vez. Pero, con seguridad, hay dos lugares donde Jesús dijo que estaría:

uno de ellos, el lugar de los pobres, desde donde nos recuerda que tiene hambre y sed, que es emigrante, que está desnudo, que está preso [Mt 25, 31-46]. Si hubiera un mapa de la presencia de Jesús en el mundo la densidad alta colorearía grandes zonas de África, buena parte de Asia, las Américas del Centro y del Sur; y Europa quedaría en colores desvaídos indicando la escasa presencia de Jesús Resucitado.

El otro lugar donde Jesús dijo que estaría es aún difícil de concretar porque aún es difícil dilucidar qué significa «estar reunido en nombre de Jesús». (*Donde están dos o tres reunidos apelando a mí, allí en medio de ellos estoy yo. [Mt 18, 20]*)

¿Es Jesús el nombre que aparece en el diccionario y que se pronuncia fonéticamente inteligible? ¿Es el espíritu de Jesús el que convoca la reunión en su nombre? ¿Y qué es el espíritu de Jesús: el aprendido mediante la adecuada instrucción, como se aprenden las cosas, o el intuitivo tras la palabra del Evangelio con oídos libres para oír, o tras la contemplación del dolor ajeno con ojos libres para ver? Antes de resucitar Jesús advirtió: «quien tenga oídos que oiga, quien tenga ojos que vea». Este niño cree que sin que eso se cumpla es difícil creer en la Resurrección de Jesús.

20 de Septiembre: *La biguera*

«¿Y ese niño morirá?» puede ser una pregunta; «Dios no lo quiera», suele ser la respuesta, en la que palpita la bondad de un deseo, el deseo de una esperanza y la esperanza de una salvación; pero también la respuesta implica una blasfemia: «es posible que Dios no quiera salvar a un niño de la muerte», aunque esta blasfemia sólo sea detectada por teólogos profesionales del tipo al que se refería Tardivon: «solteros y vegetarianos». Un estrecho Inquisidor llegaría a prohibir expresiones como «Dios no lo quiera», «Hasta

mañana si Dios quiere», «Dios mediante», que también tienen contrapartidas en el campo de las blasfemias teológicas.

Jesús no era teólogo y menos teólogo soltero y vegetariano: daba un único sentido al Dios que pronunciaba desde la bondad de un deseo, el deseo de una esperanza y lo esperanza de una salvación; máxime si en vez de Dios pronunciaba «Padre». Cuando a fariseos y sacerdotes llamaba raza de víboras, sepulcros blanqueados, no blasfemaba sino describía. Tal vez estuvo cerca de la blasfemia Jesús cuando maldijo una higuera y la higuera se secó. Le deja a uno inquieto ese pasaje evangélico y a veces juego a pensar que Jesús no se siente bien al recordarlo y lo imagino releiendo el poema de Juana de Ibarbourou:

Porque es áspera y fea, porque todas sus ramas son grises yo le tengo piedad a la higuera. En mi quinta hay cien árboles bellos, ciruelos redondos, limoneros rectos y naranjos de brotes lustrosos. Todos ellos se llenan de flores en torno a la higuera... Y la pobre... se siente tan triste con sus gajos que nunca de apretados capullos se visten. Por eso, cuando paso a su lado digo procurando hacer dulce y alegre mi acento: «¡Es la higuera el más bello de los árboles todos del huerto!» Si ella escucha.... si comprende el idioma que hablo ¡qué ternura hará nido en su alma sensible de árbol....! Y tal vez a la noche cuando el viento abanique su copa embriagada de gozo le cuente: «¡ Hoy a mí, me dijeron hermosa!»

Y sigo jugando cuando imagino a Jesús tras la lectura del poema poniéndose a escribir:

Porque no dio sus frutos, yo le tengo piedad a la higuera.

Lo que no es juego sino recientísima realidad es que, tras escribir esto, Concha acaba de traerme un higo, fruto único de una higuera que planté y apenas dio tres o cuatro higos en 20 años. Por un instante pensé conservar el fruto como señal de esta singular circunstancia; tras el instante comí: comulgué con la bondad de un deseo, el deseo de una esperanza y lo esperanza de una salvación.

27 de Septiembre: La santa hermana iglesia

Tengo amigos descontentos con la Santa Madre Iglesia; yo a veces consiento

con ellos. Unos lo están por las contradicciones actuales entre jerarquía y evangelio; a otros les llega el descontento cuando tratan de conocer la evolución de la Iglesia en la Edad de las Tinieblas; todos acaban, acabamos, envolviendo a la Santa Madre y haciendo un paquete con destino a la basura; pero al ir a tirarlo desisten y retrasan el repudio. Creo conocer uno de los motivos del retraso: piensan que con el desecho va empaquetada una iglesia que no quieren arrojar a la basura; en mi caso la llamo santa hermana iglesia.

La respeto y por eso la amo; la amo y por eso la respeto. Conozco la santidad de las personas que la constituyen, el sentido de hermandad con que tal iglesia santifica en torno: sus fieles son santos porque son hermanos y son hermanos porque son santos; y la hacen llegar a todas las partes del mundo porque la natural esencia que los constituye los instituye, y le infunden un evangelio con tendencia hacia lo universal; y por eso, además de instituir, propagan, contagian, eso que con palabra tan poco simpática llamamos «apostolado». Nos guardamos de no desechar la Santa Madre Iglesia porque con ella arrojaríamos a la basura a la Santa Hermana Iglesia Católica y Apostólica.

Buenos motivos tuvo Jesús para arrojar su religión a la basura; pero bien claro dijo que no venía a suprimirla sino a proponerla del modo en que debiera ser cumplida. Arrojó, sí, lo que estorbaba: al fariseo, al sacerdote, al letrado, al sumo pontífice, al rey injusto, al romano soberbio. Pero sobre todo arrojó al fuego los usos, las costumbres que con soberbio imperio inficionan a los pueblos y cuyo incumplimiento constituye causa de escándalo, el uso de los templos para adquirir dinero. E intentó iniciar la costumbre de proponer al samaritano hereje y despreciar al sacerdote ortodoxo; salvar a quien debería ser lapidada; homenajear con gran banquete al hijo díscolo en demérito del fiel; pagar al que sólo trabajó una hora lo mismo que al que trabajó doce.

¿Madre Iglesia o hermana iglesia? Me inclino por la fraternidad; porque aunque Jesús agradecido dijo a Pedro «lo que ates quedará atado», enseguida lo amplió a la numerosa fraternidad que lo escuchaba: *todo lo que atéis en la tierra atado quedará en el cielo*⁷

⁷ Mt 18, 18

4 de octubre del 2007: *Mártires*

En estos días se viene suscitando el tema de los mártires; tal vez sea oportuno rozarlo aún contando con lo brumoso y complejo de la cuestión.

Los primeros mártires datan del imperio romano: películas y novelas sobreabundan en ello. Hasta que surge una fecha, la del Edicto de Milán, 313, y un nombre, Constantino, que no martiriza a los obispos sino los recibe diciéndoles: *«Vosotros sois obispos cuya jurisdicción corresponde a la Iglesia. Pero yo también soy un obispo, ordenado por Dios para vigilar a los que están fuera de la Iglesia»*. Entonces, según el obispo Eusebio, Constantino es *«el piloto designado de la poderosa nave a cuya tripulación él se propone salvar»*. Muerto Constantino su tumba se instala en la Iglesia de los Apóstoles que él construyó, con monumentos a seis apóstoles a cada lado, de modo que el emperador resulta el décimotercero y el principal. Ese día se acaban los mártires. No se acaba el Circo Romano, donde seguirán muriendo gladiadores y enemigos del Imperio.

Salvo casos minoritarios que desconozco, en adelante las guerras no han sucedido por causa de Jesús sino por conflicto de poderes, no han sido guerras de religión sino guerras políticas, donde no hay mártires sino víctimas. Víctimas de horribles matanzas inducidas por mentes y turbas ciegas, en todo caso condenables, estimuladas por circunstancias de variada índole, condenables, repito, pero no siempre condenadas.

Pienso que, en general, las víctimas «azules» de nuestra guerra civil no lo fueron por causa del odio de los milicianos a Jesús ni por causa de la religión cristiana; en el caso concreto de los aludidos mártires, fueron asesinados porque sus asesinos los consideraron activistas de derechas, lo cual fue horrible y condenable, como horrible y condenable fue matar a quienes eran de izquierdas que, por ser de izquierdas, se quedaron sin la aureola de la santidad.

Imagino a Jesús ante el diccionario: *«Mártir: persona que padece muerte por amor de Jesucristo y en defensa de la religión cristiana»* Lo imagino sufriendo una por una la muerte de las víctimas, gritando horrorizado: *«¡un millón de muertos! ¡un millón de crucificados, según dicen, por causa del amor o del odio hacia mí...! Padre ¿por qué me has desamparado?»*

11 de octubre del 2007: Políticas y canonizaciones

Mañana es triple día: de la Hispanidad, de la Raza, de la Virgen del Pilar. La Hispanidad es un término político, la Raza un término levemente racista, la Virgen del Pilar es un término religioso. Considero que no es fácil desbrozar el campo donde se mezclan tales términos y no intento discernir la mezcla, a veces mezcolanza; únicamente intento comunicar lo que he dicho: que es difícil despejar el terreno donde se han plantado semillas diferentes.

Parece fácil exigir a la Iglesia que no se meta en política, y a la política que no se meta en la Iglesia; pero lo cierto es que en el fondo todo acto implica política, incluso el de la Iglesia; y que toda política afecta a la Iglesia en cuanto realidad de la *polis* que abarca.

La Iglesia afirma que no se mete en política; pero es inevitable que sus actos sean políticamente interpretados. Por ejemplo: a los 27 años del martirio de monseñor Romero no se ha iniciado la causa de su canonización; y a los 27 años de su muerte no martirial ya está beatificado y canonizado monseñor Escrivá de Balaguer, Marqués de Peralta. Cuando Romero fue asesinado ningún representante del Vaticano asistió a su entierro; la canonización del fundador del Opus Dei fue celebrada en la Plaza de San Pedro en olor de multitud internacional. El retraso en la consideración de elevar a los altares a Juan XXIII contrasta con la apresurada urgencia en torno a la elevación de Juan Pablo II. Como decía, puede que la Iglesia no pretenda politizar sus actos; pero es inevitable que sean políticamente interpretados, de modo que monseñor Romero y Juan XXIII sean considerados progresistas y monseñor Escrivá y Juan Pablo II sean considerados conservadores o, respectivamente, de izquierdas y de derechas.

Suelo terminar estos minutos nombrando a Jesús de Nazaret; lo nombro ahora por no interrumpir la costumbre pero reconozco que no tengo nada que decir sobre él ya que ésta es la fecha en que aún no se ha iniciado el proceso de su beatificación; ¿será porque no hay acuerdo sobre su talante político? Ciertamente no suena «beato Jesús», no suena «San Jesús»; hay que convenir en que Jesús no es resonador sino disonante: Monseñor Jesús, su ilustrísima, excelentísimo señor Don Jesús, eminencia, Su Santidad Jesús de Nazaret... no: no suena. Y ojalá continúe sin sonar.

18 de octubre del 2007: *La enseñanza es consecuencia del amor*

Aparte de maestro, Jesús era hermano de los hombres, se autocalificaba Hijo del Hombre para sustantivar la hermandad, lavó los pies de sus hermanos para dar a entender que él era el primer hermano. A lo largo de siglos, sus seguidores, aún los más egregios, alivian la distancia que la jerarquía pudiera inducir y comienzan sus recados diciendo «Amadísimos hermanos». En los últimos momentos la hermandad de Jesús se plenificó en la amistad: «Os llamo amigos». Eran, y somos, la misma cosa con Jesús, *fratres in unum*; excepto en un punto en que la separación es clarísima: él es el maestro y nosotros sus discípulos; y no viceversa.

Real y esencialmente, Jesús es el maestro y nosotros los discípulos. Así lo entiendo y proclamo después de contemplar la realidad esencial de Jesús: el amor. El amor se transfigura en maestro y los amados se transfiguran en discípulos. Y esto con tanto rigor que nos permite afirmar que quien ama enseña y quien se siente amado aprende; o lo mismo en negativo espejo: maestro que no ama no es maestro, discípulos que no se sienten amados no aprenden.

Quisiera hablar de Radio Eccla discreta y libremente. La discreción consistirá en no elogiar irrazonadamente la empresa a la que pertenezco en régimen de subcontrata; la libertad, en este caso, consiste en no estorbar la justicia.

El domingo pasado respondí a cuestiones propuestas por Radio Eccla y callé algo que quería decir y digo ahora porque la discreción se diluye con los días y la justicia urge con los días. Bien breve es lo que entonces no dije y digo ahora:

Radio ECCA ama y enseña; pero enseña porque ama. Y sus oyentes aprenden porque se sienten amados; sintonizan la radio y sintonizan con lo que la radio dice, comprueban que es fácil lo que se temía difícil y se sienten bien, se sienten atendidos, se sienten amados; son los mismos que, sintiéndose amados, aprendían de Jesús, el Maestro, en una mansa ladera al aire libre.

25 de octubre del 2007: *La Ascensión y la Resurrección*

Hay diferentes edades: la edad del tránsito, la edad del pavo, la edad de la desilusión o el descreimiento que cada cual manifiesta con el título común de «estar de vuelta»: es la edad de una postura consciente o inconscientemente

agnóstica. En trance tal recuerdo que asociaba el mito de la Ascensión al fracaso del mito de la Resurrección: la ausencia de pruebas cotidianas de la resurrección de Jesús se eludió explicando que Jesús ascendió al Cielo, y allí permanece definitivamente gozoso, definitivamente ausente entre nosotros.

No acierto a titular la edad desde la que hoy hablo, si acaso llamarla madurez, aunque, la verdad, no tengo necesidad de llamarla. Sí tengo hoy el sentido de la Ascensión y lo tengo gracias a un expediente tan simple como directo: leer lo que dice el relato de los Hechos de los Apóstoles: vieron subir a Jesús hasta que una nube lo ocultó. Mientras miraban fijos al cielo viéndolo irse, se les presentaron dos hombres vestidos de blanco que les dijeron: *¿Qué hacéis mirando al Cielo? Jesús volverá.*

Entonces dejaron de mirar al Cielo y Bartolomé vio a Felipe, Juan vio a Pedro, Santiago vio a Judas. Tal fue el gran milagro, y la gran explicación de la Resurrección: se veían los unos a los otros como cuando veían a Jesús y sólo a Jesús; y entendieron una de las muchas lecturas del mandamiento «Amaos los unos a los otros como yo os he amado»; es ésta: «Miraos los unos a los otros como yo os he mirado». Vernos como él nos vio. Para esto tuvo que ascender a los cielos, para que creyéramos en su resurrección según la cual descendió definitivamente a la tierra, y en ella habita confundido con cada uno de los que padecen hambre, sed, persecución, injusticia, soledad, desesperanza, desamor, infidelidad y, sobre todo, ignorancia, la terrible y cósmica ignorancia de no saber que cada uno de ellos es Jesús de Nazaret, cuya salvación depende de que el resto, nosotros, así lo creamos.

Decía San Pablo que si no es cierta la Resurrección vana es nuestra fe. Es coherente pensar que si no aliviarnos el dolor ajeno pueden darse dos supuestos: creer que Jesús está allí y negar a Jesús nuestra ayuda, o creer que Jesús no está allí; en ambos casos vana es nuestra fe. Por el contrario, si aliviarnos el dolor ajeno, tanto si creemos que en él está o no está Jesús, si aliviarnos el dolor ajeno, repito, cierta es la Resurrección y grande nuestra fe.

1 de noviembre del 2007: *Contradicciones leves y menos leves*

Días pasados, con motivo de la masiva beatificación de españoles en Roma,

se definían los mártires como aquellos que elegían morir antes de renegar de su fe; definición que extendida definitivamente lleva a considerar mártires a los herejes que murieron prefiriendo la hoguera antes que renegar de su fe; naturalmente no es éste lugar de pronunciarse sobre la cuestión sino de cuidar de no precipitarnos en recabar para nuestras expresiones carácter definitivo.

Francamente no creo que los rojos mataran curas y monjas por razones teológicas tales como su fe en Jesús de Nazaret sino por razones políticas, simple y torpemente porque eran curas y monjas, y los curas y monjas eran de derechas. Como tampoco creo que los nacionales mataran rojos por Dios, a quien cantaban junto a la Patria y el Rey, porque matar por el Dios que prohibió matar supone una herejía merecedora de la mayor de las hogueras.

Es curioso contemplar como a lo largo de los siglos los que figuramos como amigos de Jesús no hayamos calificado su muerte de asesinato y continuemos usando un término neutral, muerte: Pasión y Muerte de Jesús, no Pasión y Asesinato de Jesús.

¿Por qué eso? Porque el miedo sigue siendo el mismo: el miedo a tachar de asesinos al poder religioso, al poder político. Continúan dos bandos acusándose: los pro-romanos culpando a los judíos, los pro-judíos culpando a los romanos de la muerte de Jesús (decimos «muerte» no «asesinato»). Miedo al poder religioso, miedo al poder político y, déjenme decirlo: miedo a Jesús: tenemos miedo de creer aún más a Jesús, de querer aún más a Jesús, de esperar todavía más el Reino de Dios que Jesús anuncia, el Reino de Dios en que Jesús consiste. Hace pocos días, el 25 jueves pasado, Jon Sobrino escribía en una carta: «*Pienso que lo más difícil de aceptar de Jesucristo es Jesús*». La contradicción con la que empecé estas palabras: mártir sí, mártir no, es un levísimo juego al lado de esta tremenda contradicción de decirle a Jesús «ven, Señor» o «no vengas aún, Señor», esta divina contradicción de temerlo desde el fondo de nuestro corazón y de quererlo desde el fondo de nuestro corazón.

8 de noviembre del 2007: Más sobre la Resurrección

Es de suponer que, después de ser resucitado, Lázaro siguió viviendo con sus hermanas, donde irían curiosos a verlo y, sobre todo, tocarlo para confirmar

el hecho de la resurrección. ¿Dónde siguió viviendo Jesús para que millones de curiosos lo veamos y, sobre todo, lo toquemos y confirmemos su resurrección?

San Lucas habla de la cena última y el empeño de Jesús de ser recordado compartiendo el pan y el vino; San Juan no habló de lo que sucedió en la cena sino de lo que sucedió después: se puso a lavar los pies a sus discípulos y pidió que *también nosotros deberíamos lavarnos los pies unos a otros*. Dos acciones para hacer memoria de Jesús: comulgar y lavar los pies; sería interesante considerar por qué se comulga millones de veces y nos lavamos mutuamente los pies muy pocas veces, muy pocas, casi nunca. De todas formas podemos concluir que uno de los lugares donde dar con Jesús resucitado es el sagrario, en el Santísimo, término que hoy hubiéramos realzado hasta Supersantísimo. Estar con nosotros en el Sagrario puede ser una razón de resucitar.

Hay razones más vivas: *«donde algunos de ustedes se reúnan en mi nombre, allí estaré yo»*. Buena razón para resucitar: estar siempre que le nombremos entre algunos. Nuestros nietos estudian fuera de la isla y a veces los padres y los abuelos los nombran en un coloquio amoroso; y de tan amoroso que es el coloquio se hacen presentes, están.

Pero sobre todo la razón definitiva y evidente de la resurrección de Jesús son los pobres: él aseguró que atenderlos a ellos sería atenderlo a él; no usó analogías, no dijo «como» si me atendieras a mí sino «me diste de comer a mí», «me hiciste justicia a mí», «me visitaste a mí en la cárcel». Por otro lado, él nos quería y *quería estar con nosotros hasta el final de los siglos* y por eso quería resucitar; y él creía que siempre habría pobres; y resucitó. Como Lázaro al resucitar siguió viviendo con sus hermanas, Jesús al resucitar siguió viviendo en los pobres. Si al tocar a un necesitado de comida o de justicia o de compañía no creo que toco a Jesús de Nazaret, no creo en la Resurrección. Así de misterioso; así de absurdo, si se quiere; pero así es la fe que nos propuso Jesús de Nazaret, y en ello reside la esperanza de tocarlo en esta vida.

15 de noviembre del 2007: *Convención sobre los derechos del niño*

Cuando un niño sufre un accidente lo cogemos y echamos a correr con él hasta el Hospital donde rápidamente se movilizan enfermeros y médicos para

atenderlo. Cualquiera hubiéramos hecho esto. Nadie hubiese tardado en acudir en socorro del niño.

Dentro de cinco días celebramos la Convención sobre los Derechos del Niño en cuyo establecimiento no fuimos tan diligentes. Bueno es recordarlo: las Naciones Unidas aprobaron los Derechos del Niño en 1959 que no fueron efectivos porque no tenían carácter obligatorio; esto se consiguió con la firma de una Convención en 1989, *treinta años después*. La Convención se convirtió en Ley en 1990 después de ser firmada y aceptada por 20 países, entre ellos España. Hoy, la Convención ya ha sido aceptada por todos los países del mundo excepto dos: Somalia y Estados Unidos. Hemos tardado cerca de cincuenta años en acudir en socorro del niño.

Hemos tardado dos mil años en creer que Jesús acogió a los niños: «dejad que los niños vengan a mí, no se lo impidáis»; hemos tardado dos mil años en creer que Jesús, al acoger los niños, los presentó como urgencia permanente. Junto a esto pudiera parecer una ironía celebrar que, tras dos mil años, hemos conseguido redactar 54 artículos en los que se conviene que los niños tienen derecho al pleno desarrollo físico, mental y social, a expresar libremente sus opiniones. Pero no es una ironía sino una modesta realidad, una pobre realidad cuya pobreza casa con los dos mil años que venimos tardando en creer en Jesús de Nazaret.

Hace dos mil años, uno de los niños que Jesús tenía sentado en sus rodillas le preguntó cuándo lo sentarían en las suyas aquellos amigos que le seguían; Jesús lo acarició, sonrió y dijo: «¡Huy, eso va para largo!»

22 de noviembre del 2007: Dios sucede

No soy dado a profundizar sobre la palabra Dios; la uso a nivel de superficie en contexto cotidiano: «hasta mañana si Dios quiere», «Dios mediante» en el que queda determinada como sustantivo, en este caso sujeto: Dios quiere, Dios media; sustantivo es algo que debo conocer para situarlo o decir algo de él, bien mediante los sentidos, y a esto llamamos conocimiento directo, bien mediante la imaginación, y a esto llamamos analogía; y en ambos casos me pierdo: porque no puedo concebir algo que desconozco directa o analógicamente.

Esto no me preocupa especialmente porque teniendo a Jesús ya tengo a Dios. Pero a veces me entretengo en profundizar en el término y últimamente encuentro que lo mejor es no considerarlo sustantivo; francamente, me encuentro mejor cuando lo considero verbo. Y el verbo que encuentro más cómodo y clarificante es *suced*.

Dios no es ni está: Dios sucede. Jesús se encontró con él no en sitio distinto ni en sustancia distinta sino en él: para Jesús Dios fue un suceso, el suceso clave de su vida. Cabe expresarlo de varias formas y todas las entiendo con claridad, con inmediatez, incluso a veces con evidencia cuando digo que Dios sucede: Dios sucede en Jesús, Dios le sucedió a Jesús, Jesús muestra que Dios sucede; en todo caso el término Dios aparece real, independiente, individual, como ocurre con lo sustantivo y apenas puede ser sustituido por otro término que no sea la palabra amor: el amor sucede en Jesús, el amor le sucedió a Jesús, Jesús muestra que el amor sucede. Dios sucede y basta: interpretar el suceso sería limitar a Dios, oscurecerlo explicando por qué sucede o para qué sucede. Simplemente, sucede: sólo así es posible que Dios esté en nosotros acogándose a cualquier suceso, por ejemplo: sucede que amanece; sucede al atardecer; sucede que los días son buenos y lo decimos: *Buenos días, Canarias*; sucede que decir *Aclarando el día* puede significar Aclarando a Dios.

29 de noviembre del 2007: Misioneras Seculares

Esta semana se está celebrando en nuestras islas el recuerdo de las Misioneras Seculares, instituidas el pasado siglo en la península y llegadas a Canarias, creo recordar, a finales de los años cincuenta. Decir «secular», es curar la enemistad que antes emanaba el término «siglo»: lugar distinto y opuesto a la Iglesia; decir «secular» fue ayer un avance como lo es hoy decir «laico» y, que yo sepa, no se han instituido aún las Misioneras Laicas, o tal vez sí (tienen que disculpar la falta de documentación de mis Buenos Días semanales). ¿Por qué traigo aquí el recuerdo de las Misioneras Seculares y, con él, la gratitud de muchos hijos de la Iglesia que fuimos acogidos por ellas?

Porque nos acogieron a los que íbamos de camino hacia Jesús de Nazaret. Sabían las Misioneras que Jesús era Camino y se dedicaron a facilitar el Camino

hacia él por encima de cualquier otra finalidad; hicieron para ello lo único que es necesario hacer: estar ellas, también, en Camino, más allá de las altas metas dilatadas, más allá de las pendientes peligrosas, más allá de todo cuanto, en cada momento, estorbara el Camino.

Mis recuerdos personales se asocian a su casa de Santa Cruz en dos momentos: uno inicial en el que me llevaron, un poco a regañadientes, a un Cursillo de Cristiandad y otros, años después, en que asistía complacido como Rector de Cursillos; en todas las ocasiones la casa de la calle Santiago Beyro dio testimonio de un acogimiento personal que, realmente, fue inicio y final de las conferencias (o «rollos» así las llamábamos) sucedidos a lo largo de tres días.

El mundo cambia, no ya de siglo en siglo sino de década en década cuando no de día en día. En tiempos de Jesús tardó una semana en cambiar el grito de «hossana» a «crucifícale»; a finales de la Edad Media la multitud iba a presenciar la quema de herejes y hoy se concentra para presenciar la beatificación de mártires; en tiempos bizantinos Jesús se pintaba con la imperturbable quietud de un icono y desde San Francisco en adelante se pintó la perturbadora inquietud del Crucificado. Pero Jesús era el mismo; y las Misioneras Seculares son las mismas: a orillas del Camino, dedicadas a ayudar.

Tiempo Ordinario 2008

10 de enero del 2008: *Familias*

Cuando al principio decíamos *familia* nos referíamos al número de «esclavos» (*famulus*); avanzado el tiempo *familia* designó el conjunto de la mujer, hijos y demás gente que vive en una casa bajo del señor; hoy el término *familia* tiene significado tan variado que no se precisa en ausencia de contexto, y confunde; y ello estorba la comunicación. En este medio de comunicación no me es ajeno tratar de eludir los estorbos.

Hoy *familia* puede ser un conjunto de personas que pertenecen a un mismo grupo: decimos: «familia militar»; o puede ser un conjunto con origen y rasgos comunes: decimos: «entre la familia de los instrumentos de cuerdas pulsadas está la guitarra».

En la familia a la que pertenecemos podríamos advertir muchas características: española, canaria, palmera, normal y, dentro de lo normal, católica. Ahora bien: no conviene perder de vista la función aclaratoria de la preposición «de»: familia de militares, familia de instrumentos de percusión, familia de canarios, familia de católicos; no conviene, digo, perder de vista que «familia» significa «conjunto» y un conjunto, por sí, en abstracto, no puede ser militar, canario, percutiente o católico; de ahí la sana función contextualizante y, sobre todo, constituyente de la preposición «de».

Familia cristiana se entendería como familia de cristianos; y cristiano es el que sintoniza con el espíritu de Jesús recibido en la lectura del Evangelio; en este caso «familia cristiana» es la formada por quienes sintonizan con el espíritu que Jesús explicitó sobre la familia; lo hizo en muy pocas ocasiones y en todas ellas de forma contraria a lo que hoy llamamos, oh paradoja, «familia cristiana»: En una ocasión le dijeron: «*tu madre y tus hermanos te buscan ahí fuera*; paseando su mirada por los que estaban en torno a él, Jesús los señaló y dijo: «*Mirad a mi madre y a mis hermanos. Cualquiera que cumpla el designio de Dios, ése es mi hermano y mi hermana y mi madre.*» No sé si Jesús llamó familia al grupo

de hombres y mujeres con los que convivió durante tres años; pero sí se que, en algún modo, es rival de Jesús la familia que se proclamó como cristiana el 30 del diciembre pasado.

17 de enero del 2008: Letras de himnos

En estos días se habla de letras de himnos. Me da por acordarme de dos de mi niñez:

Una sobre la marcha real que al final de la monarquía gritábamos al aire libre y en plena república cantábamos en casa. Decía así:

La Virgen María es nuestra defensora, nuestra protectora y nada hay que temer. Vence al mundo, demonio y carne. Guerra, guerra, guerra contra Lucifer.

La otra letra sobre la Internacional no la cantábamos en casa y vine a conocerla muchos años después:

Arriba, parias de la Tierra. En pie, famélica legión. Atruen la razón en marcha: es el fin de la opresión. Agrupémonos todos en la lucha final. El género humano es la internacional.

Recuerdo ambas letras con la ternura propia de las memorias niñas, por eso me es difícil pensar que la enemistad entre ambas llegó a costar un millón de muertos. Y pienso que es difícil, y penoso, llegar a la conclusión que entre ellas no hay más diferencia que el Evangelio, el Evangelio que los niños de entonces tardaron en leer.

24 de enero del 2008: El nuevo general de la Compañía de Jesús

Las virtudes teologales son, para el teólogo, absolutas; pero de resto, nombradas entre los hombres, no lo son tanto. Por ejemplo «creer»: ¿hará viento mañana? La respuesta normal es «creo» que sí, lo que implica que no estás seguro; la fe, entre nosotros, implica duda; por el contrario no tiene sentido responder «creo que sí» si la pregunta es «¿dos y dos son cuatro?»; en este caso la respuesta es sí, sin creo, sin duda, sin fe. Lo mismo con la esperanza: ¿hará mañana buen tiempo? La respuesta normal es «espero que sí»: se trata de una esperanza con su duda vacilante pero con un activo y positivo matiz de deseo;

entre los humanos la esperanza es una posibilidad matizada por el deseo de su cumplimiento.

La esperanza es palabra que intento pronunciar en Radio Eccla para acompañar el nombre de Adolfo Nicolás, designado estos días general de la Compañía de Jesús. Una esperanza inevitablemente humana, es decir, que expresa la *posibilidad* y el *deseo* de que le vaya bien al nuevo general. Como cualquier cristiano de a pie creo que la bienandanza depende de lo que recemos, él y nosotros; y de que nosotros y él seamos fieles al espíritu de Jesús (tal vez estas dos expresiones: oración y fidelidad, vengan a ser una misma). En este contexto recibimos las primeras palabras del padre Nicolás tras el nombramiento aludiendo a las naciones que en adelante quedan bajo su influjo, no entendidas como territorios geográficos, sino como grupos humanos: «Los pobres, los marginados, los excluidos y disminuidos, éstas son las naciones» a las que pretende dirigir la atención de la Compañía. En el inicio de este proyecto el nuevo superior reconoce la necesidad de replantearse la misión de la Orden en el mundo de hoy: «Lo que tenemos que preguntarnos es ¿adónde debe ir nuestro servicio, nuestras energía?» Nos gustan esas palabras: energía, servicio; saben a Jesús el que resucitó, el que lavó los pies a sus amigos.

31 de enero del 2008: *Contra un virus diabólico*

A lo largo de nuestros días decidimos qué hay que pensar, o decir, o hacer a propósito de ciertas circunstancias; y lo pensamos, y lo decimos, y lo hacemos; y ello es el modo de estar en esa realidad que recibe el glorioso nombre de *vivir*.

Podrá suceder que acertemos o no en lo que hayamos pensado, o dicho, o hecho, pero eso es de otro orden de inferior categoría que podrá servir para estimular la satisfacción por haber acertado o para constituir ulterior aprendizaje cuando no hayamos acertado; pero, repito, lo superior es vivir: pensar, decir, hacer.

Pues bien: hay ocasiones en que puede interrumpirse la serie porque un virus diabólico nos hace creer que no somos capaces de pensar, de decir, de hacer. Corremos entonces el peligro de creer que existe alguien que nos dicte qué pensar, qué decir, qué hacer. Para iluminar tal oscura situación recordaré

dos nombres:

uno, José Ortega y Gasset: dijo que nuestra vida no nos es dada hecha, que hemos de hacerlo nosotros, cada cual la suya y nunca la ajena (eso sería enajenarse), que la vida es fundamentalmente «quehacer».

El otro nombre es Jesús de Nazaret. Harto de ver cómo había tanta persona preguntando: «qué he de hacer» y dejando de vivir mientras esperaba respuesta, se dirigió a las multitudes preguntando: *¿y por qué no juzgáis vosotros mismos lo que se debe hacer?* (Lucas, 12, 57)

Dos mil años después todavía hay quienes preguntan qué se debe pensar, decir, hacer; y sobre todo todavía hay quienes infectan el virus del no saber qué hacer; y más aún quienes se permiten dictar lo que hay que pensar, decir, hacer. Dos mil años después continúa siendo necesario, vitalmente necesario, oír a Jesús:

¿y por qué no juzgáis vosotros mismos lo que se debe hacer?

15 de mayo del 2008: *Ternuras*

Son muchos los jueves que me reduzco a rechazar afirmaciones inadecuadas en torno a Jesús de Nazaret; lo vengo haciendo movido por el afecto; pero no cabe duda del fondo negativo que se acumula mediante la defensa reiterada: defender contra el ataque constituye otro ataque al que llamamos contra-ataque. Sí, no sólo muchos: son demasiados los jueves que defienden a Jesús.

El domingo pasados se celebró el Pentecostés, festividad a la que siempre asisto dócil. En este caso el Espíritu Santo, que a mí me gusta llamar espíritu de Jesús, dijo que la mejor defensa contra el ataque no es el contrataque, inevitablemente teñido de ofensa; dice el espíritu de Jesús que la mejor defensa contra el ataque es la ternura. Y entonces reparo en que son muchos, demasiados, los jueves sin hablar de la ternura de Jesús.

Con la mujer adúltera no lo imagino de pie, sobre ella, sino sentado a su lado, muy cerca de ella, sin pronunciar palabra que pudiera estorbarla. Imagino a Jesús defendiendo a los niños de los que no son niños, mal llamados mayores, mediante una ternura próxima hecha caricia. Imagino a Jesús mirando a Pedro con los mismos ojos que miraban a Judas, los mismos, igualadas las miradas por

la inundación de su ternura. Y lo imagino –reconozco que es excesiva la rienda que doy a la imaginación- tras haber maldecido a la higuera: un momento después volvió atrás, la miró condenada a no dar fruto, y se acordó del poema de Juana de Ibarbourou: *Porque es áspera y fea, porque todas sus ramas son grises yo le tengo piedad a la higuera*; y entonces una vez más dejó que la ternura fuese la última palabra y nunca más se dejó secar los labios.

E imagino a Jesús pensando en el Dios Yavé que aprendió desde niño, teniéndolo sucesivamente por Rey, por Aliado y por Padre; fue entonces, en sus tres últimos años, cuando dio la ternura su fruto más hermoso: fue entonces cuando Jesús eligió para su padre la palabra que besa desde los labios próximos: *abba*.

22 de mayo del 2008: Entre dos liturgias

Este jueves está colocado entre dos domingos de fuerte importancia litúrgica: el pasado, la Santísima Trinidad, y el próximo, Corpus Christi.

La Santísima Trinidad viene a amansar el dominio de la palabra única: Jehová, Iavé, Alá, Zeus, Dios: por ella, por la palabra única que era al principio, la Divinidad Absoluta se hace caricia en la palabra «Padre», se hace gratitud en la palabra «Hijo», se hace libertad en la palabra «Espíritu». Muchas empresas que solían iniciarse en el nombre de Dios se inician ahora en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo. Y muchos lugares únicos: Olimpo, Nirvana, Cielo van dejando de ser residencia exclusiva del Único, ahora compartida con cualquier lugar donde el amor resida, cualquier persona que la gratitud impulse, cualquier justicia que la libertad haga posible.

En cuanto a la liturgia del próximo domingo, Corpus Christi, creada a partir del siglo XIII para exaltar la Eucaristía, viene orientando, año tras año, siglo tras siglo, la reflexión del creyente en torno a la palabra secreta que desvela el acontecimiento crucial de nuestra fe: me refiero a la palabra *cuerpo*, cuerpo de Cristo. Han sido muchos los siglos en que se comulgaba con la expresión latina, tal vez no traducida para evitar la imparable atracción del cuerpo de Jesús, y me da que por todo ese tiempo al decir «cuerpo» de Cristo decíamos «alma de Cristo». Y no, no es el alma de Cristo lo que recibe quien cree en Jesús: recibe su

cuerpo, el cuerpo de Jesús, ese cuerpo tan nuestro, tan mío que, como el nuestro y el mío, deja huella en una sábana, recién resucitado para encontrarse conmigo en el camino de Emaús, conmigo: sus pies, como los míos, dejan huellas en la arena.

29 de mayo del 2008: *Corpus, Cuerpo.*

Los Evangelios y las cartas de San Pablo datan, poco más o menos, de la misma época (Mateo y Lucas, por ejemplo, la década de los 70; Corintios, años 50), tal vez San Pablo ligeramente anterior a los evangelistas. Cito esto porque intento destacar el recuerdo dominante en uno y otros en torno a la última cena de Jesús.

Los evangelios destacan el proceso litúrgico de la cena: palabras de Jesús aludiendo a la traición de Judas, repartiendo el pan y el vino (por cierto sin la excesiva precisión que hoy exigirían los actuales exegetas puristas, que se pelearían por sostener que primero fue la oferta del pan (Mateo) o por sostener que primero fue la oferta del vino (Lucas). En todo caso, y sin las precisiones infantiles a las que hemos venido cediendo, en el relato de los evangelios domina una intención formal.

A Pablo, por el contrario, no le preocupa la forma sacramental sino la realidad que viven los que se reúnen para celebrar la cena del Señor: a Pablo le preocupa que los comensales compitan entre sí respecto a la calidad de sus respectivas comidas y, sobre todo, que los más pudientes se atiborren dejando hambrientos a los menos pudientes. Y exhorta a recordar que cenar juntos sirve para recordar la muerte de Jesús, no su resurrección, que será completa cuando el cuerpo de cada cual se identifique con el cuerpo de Jesús. Aquí es donde descansa el acento de Pablo. Éstas son sus palabras: *cada vez que coméis ese pan y bebéis ese vino proclamáis la muerte del señor hasta que vuelva*. Hasta que vuelva a cada uno de los comensales cuando cada uno de los comensales sepan que al comer el pan están comiendo el cuerpo de Jesús que los hará resucitar. ¿Cuál hubiera sido en aquella cena la señal de la resurrección? Que los comensales no compitieran entre sí respecto a la calidad de sus respectivas comidas y, sobre todo, que los más pudientes no se atiboraran dejando hambrientos a los menos

puidentes. Tal señal de vida, y vida eterna, vendrá, según Pablo, cuando quien come el pan sepa que come el cuerpo de Jesús.

El domingo pasado celebramos el Corpus Christi. *Corpus Christi*, palabra que en latín no llega tal vez a recordarnos que Jesús tenía un cuerpo, que Jesús era un hombre.

5 de junio del 2008: *Cruce de cables*

Él quería bajar (así se dice ahora en la jerga de los ordenadores), bajar, digo, la vida de Jesús, de Zefireli, y por eso entró en eMule, buscó «Jesús. Franco Zeffirelli» y pulsó. La pantalla ennegreció pero inmediatamente apareció la imagen y el sonido.

El sonido era un grito. Intenso, no demasiado agudo, más bien grave: y no de un solo emisor sino de muchos. La imagen era la de un hombre desnudo, indio diríamos nosotros, cuyo resumen no era tanto una persona como una angustia.

Todo se entendía:

comunidades en Brasil Macuxi, Wapixana, Taurepang, Patamona e Ingarikó, posible reducción de la Tierra Indígena Raposa Serra do Sol por el Supremo Tribunal Federal, después de haber aprobado una Resolución que suspendió la retirada de los no-indios de su tierra. Sin embargo, si la decisión del Tribunal fuese favorable a los invasores, se abriría un gravísimo precedente en la legislación brasileña. Todas las tierras indígenas de Brasil, ya demarcadas, ho-mologadas y registradas podrían ser ahora recurridas y revisadas.

Él pulsó «Jesús» y la pantalla bajó un grito desde la Amazonía.

Se impuso una explicación urgente.

«Cruce de cables», dijo uno de nosotros. Y otro contradijo: «ya no estamos en tiempo de cruces». Otro dijo: «un milagro». Y otros contradijeron: «ya no estamos en tiempo de milagros»

A ninguno se nos ocurrió preguntar si, al margen del misterio, el mensaje era cierto. Y aquí me tienen preguntando otra cosa: preguntando por qué interesa menos un grito desde la Amazonía que una anomalía en los Ordenadores. Como no los había en su tiempo, Jesús no se planteó la cuestión y respondió que el

único problema era el de los hombres invadidos por la fiera que llevamos dentro, dominándola por lo común, y a veces dándole libertad en lugares donde el grito de sus víctimas no logre alcanzar los ordenadores. Añadió Jesús: y díganle al que dijo que «no están en tiempo de cruces» que no es cierto, que sí están en tiempos de cruces donde el equivalente del derribo de un árbol es la crucifixión de quien vivía junto a él.

12 de junio del 2008: Coloquio final con Jesús

El pasado 30 de mayo fue el día de Canarias; por sabido, no es necesario recordarlo. También fue el día de Santa Juana de Arco, detalle poco sabido que quisiera recordar.

La Iglesia católica dio tormento y quemó a Juana, y la canonizó seiscientos años después. Traigo esto a cuento porque estimo de interés destacar que las inquisiciones, los tormentos, las hogueras, nada tienen que ver con Jesús de Nazaret, nada. Lo aseguro porque a los presuntos condenados no preguntaron nunca nada sobre Jesús de Nazaret. Los inquisidores hacían este tipo de pregunta: *¿crees que el bautismo es necesario para la salvación? ¿crees que Cristo nació de una virgen? ¿crees que el matrimonio es un sacramento? ¿crees en la resurrección de la carne? ¿crees que el Espíritu Santo procede del Padre y del Hijo? ¿crees que después de su muerte Cristo bajó a los infiernos?*

Y no hacían este otro tipo de pregunta: *¿crees que Jesús habló como habló con la samaritana, que se identificó con los pobres, que perdonó a la adúltera, que vivía con sus amigos y amigas, que quería a su Padre, que se compadecía de los enfermos y los curaba?*

Ese Jesús no fue aludido nunca en las preguntas de los inquisidores; los inquiridos nunca dieron opinión alguna sobre ese Jesús. No hubo nada entre ellos. No hubo nada entre los inquisidores y los inquiridos, entre la Inquisición y Jesús de Nazaret.

Pero sí hubo algo entre Jesús y yo. Después de decir lo que acabo de decir se acercó despacio y no vi en sus ojos la esperada satisfacción ante su proclamada inocencia frente a la Inquisición. *¿Crees de verdad que soy inocente?* dijo, y dejó que el viento trajese algunas palabras suyas: «no he venido a los sanos sino

a los enfermos... para que todos sean uno» Le pregunté *¿be hecho mal?* Respondió *No, no has hecho mal;* mas no me dijo *has hecho bien.* Jesús no estaba triste, ni contento: una vez más Jesús estaba solo. Se alejó camino adelante. *¿A dónde vas?* le dije. Y sin volverse respondió: *a pasar la tarde en La Porciúncula, con Francisco de Asís.*

19 de junio del 2008: *Persecuciones*

En estos tiempos abundan noticias sobre persecuciones: persecución de la familia, persecución de la Iglesia. Yo no sé qué grado de realidad tienen tales noticias, ni tengo datos para ponderarlo ni mucho menos lugar para comentarlo; éste de Radio Eccla, desde luego, no es el lugar. Pero sí puedo aquí señalar una realidad sobre las persecuciones de las que tanto se habla: se habla de persecución de la Iglesia y *no se habla* de la persecución de Jesús; no hay noticia de que personas o grupos hayan desatado una persecución contra Jesús. «Ferozes perseguidores *de la Iglesia*» es expresión familiar en los medios de comunicación; pero no así que Fulanito o tal grupo o tal partido sean feroces perseguidores *de Jesús.*

De este hecho evidente se deduce que, al menos en algún aspecto la gente no confunde la Iglesia con Jesús. Y creo que esto es más bien sano: bueno para la Iglesia y bueno para Jesús.

En su tiempo nadie confundía a Jesús con su Iglesia; ni el mismo Jesús: aunque era un discreto cumplidor de su religión, la Ley bajo la que vivió, se separó de sus normas cuando las normas no estaban de acuerdo con lo que él pensaba; ni la misma Iglesia de entonces, la Ley, pretendía confundirse con Jesús: en este último caso fue público y notorio que no sólo no pretendían confundirse con Jesús sino que se mostró distinta y aún opuesta hasta el punto de condenarlo a muerte y muerte de cruz.

Afortunadamente hoy los perseguidores de la Iglesia no persiguen a Jesús. Tal vez pueda darse el caso de que algunos de tales perseguidores sean amigos de Jesús; pero me temo que otros, simplemente, prescindan de Jesús y por eso no lo persiguen. Y esto me duele porque no sé qué más duele a Jesús: ser crucificado o ser desconocido; como no sé qué más me duele a mí: si los enemigos

de la Iglesia que, desde fuera, gritan «¡crucificalo!» o los amigos de la Iglesia que, desde dentro, gritan «¡desconócelo!»

26 de junio del 2008: *Partituras*

Una partitura es un folio con grupos de 5 líneas llamados pentagramas. Cada uno de tales pentagramas sirven para alojar sonidos determinados: el de arriba, por ejemplo, aloja la flauta; el siguiente aloja el oboe y así sucesivamente; si se trata de una partitura de orquesta el folio suele tener de 20 a 30 grupos para alojar 20 o 30 instrumentos diferentes. Cuando escribimos signos en determinado pentagrama, el de la viola, por ejemplo, queremos decir que suena la viola; y cuando no escribimos nada en el trazo del clarinete, por ejemplo, queremos decir que no suena el clarinete. Una partitura viene a ser entonces un repertorio de sonidos presentes, como el de la viola, y de sonidos ausentes, como el del clarinete; a estos últimos llamamos silencios. Así las cosas, una partitura viene a ser un conjunto de sonidos y silencios.

Me importa este jueves señalar que en el folio están siempre los treinta pentagramas, 5 de ellos con sonidos, por ejemplo, 25 de ellos con silencios; pero me importa este jueves, repito, señalar que siempre están todos: los que dan noticias sonoras y los que dan noticias de silencio. Y lo que es más importante: es necesario que el clarinete calle para que se destaque la viola, es necesario que 25 estén en esa ausencia efectiva que llamamos silencio para que se destaque la presencia de 5 sonidos. Así el silencio viene a ser en el fondo una generosa contribución a la presencia sonora y los músicos verdaderos acaban hablando no de una ausencia de sonidos sino de una presencia de silencios, *presencia silente* decía Tardivon, significativa, solidaria y sobre todo, como he dicho, generosa.

Sabe Jesús que el Reino de Dios es una partitura donde están escritos los nombres de todas las personas. La orquesta de Jesús tenía, poco más o menos, 30 pentagramas, 30 nombres de amigos y amigas dispuestos al silencio mientras sonaba la voz de alguno, por lo general 29 pentagramas en silencio para oír a Jesús.

3 de julio del 2008: *Nuestro Jesús*

Llevo hablando de Jesús tres minutos semanales desde el año 2003. Nadie me ha preguntado *¿Quién es Jesús?*. Yo si lo pregunto y voy a responder tras alterar ligeramente la pregunta porque tal como se formula es difícil de contestar. Corrijo, pues, la pregunta: *¿Quién es Jesús para ti?*

Realmente, corregida o no, en uno y otro caso no hay otra forma de expresar quién es el Jesús que sobrentendiendo «para mí», porque vitalmente (y eso es lo que interesa, la vivencia) no es Jesús el que otro piensa sino el que pienso yo, el que vivo yo, el que vive en mí. El que vive en ti tiene el mismo nombre que mi Jesús, y es suficiente, infinitamente suficiente: no hay mayor mismidad que la derivada de la pertenencia personal y distinta a cada uno de nosotros; saber que no es el mismo Jesús sino que es el tuyo, el mío y el del otro, ésa es la máxima mismidad universal. ¡Maravilla pensar que este Jesús mío que es como yo lo pienso y vivo tiene el mismo nombre que el Jesús tuyo que es como tú lo piensas y vives!

Concluyo alertando contra quien quiera arrebatar nos esa maravillosa unidad nominal pretendiendo que su Jesús es el único posible. Por muy bien que lo pinten, desprenderme de mi Jesús para dar plaza a otro ajeno sería una negación infinita más allá de las tres de Pedro. Casos hay en que resulta muy poderosa la entidad que induce a traicionar al Jesús propio: amenazan con la ruina, la condena, la infelicidad, la excomunión. No he comprendido nunca tales empeños en poseer el «único» modo de ser Jesús; y he comprendido siempre lo fácil que es decir no a tales empeños.

Simplemente, no quiero tu Jesús sino el mío. Sencillamente, como pasa con Dios, distinto para cada cual, incluidos los increyentes: mi Dios no es tu Dios ni tu Dios el mío. Hay una palabra simple y sencilla: nuestro: nuestro Dios, padre nuestro para los cristianos.

Mí Jesús y tu Jesús: nuestro Jesús. Nuestro: no hay otra palabra que mejor diga el abrazo.

10 de julio del 2008: *El espíritu de Dios*

Cuando pienso en Jesús trato de imaginarlo en su tiempo, en su paisaje habitual y sus habituales amigos; y a veces, para pensar en Jesús, trato de imaginar a los amigos que le conocieron, o conocieron a quienes estuvieron con él, a los amigos y amigas que se ponían a recordarlo en común y, en alguna ocasión, escribieron recuerdos que después y para siempre se convirtieron en buenas noticias.

Según esos amigos Jesús apenas decía Dios sino Padre; se sentía hijo y procuraba que así lo sintiéramos los demás. Pero apenas habló de Dios sino de los *efectos* de Dios, no habló del Rey de los Cielos sino del Reino de los Cielos, tal vez porque hablar del Rey era muy difícil y hablar del Reino era lo único importante, lo que deseaba Jesús: el Reino se acerca, el Reino está entre vosotros.

Los amigos que se reunían para escribir sus recuerdos, a los efectos del Reino en Jesús llamaron *espíritu de Dios, espíritu santo*⁸. En cuanto a él, sus amigos sabían que gustaba llamarse Hombre, hijo del Hombre; sabían que Jesús pensaba que podrían perdonarse los pecados o insultos que le dirigieran; pero que no se podían perdonar los pecados contra el espíritu de Dios que lo inundaba.

Junto con lo que recordaban los suyos en su tiempo me gusta imaginar palabras que pudieran asignarse al espíritu de Dios, y pienso en la palabra *amor*, y pienso en la palabra *verdad*. Siento que no es perdonable pecar contra el amor o pecar contra la verdad; o dicho de otra forma: no es posible pecar contra el amor ni contra la verdad: cuando uno ama siente que no es posible desamar, y cuando uno vive la verdad siente que no es posible mentir. Y cuando alguna vez te habitan el amor y la verdad conjuntamente, sientes como si una paloma se posara en ti y oyes algo así como «*tú eres mi hijo y en ti me complazco*».

17 de julio del 2008: *La pregunta*

Una forma de contactar con Jesús de Nazaret es hablar con él; para los no afectados por su resurrección el coloquio constituye un grato ejercicio de imaginación; para los creyentes en la resurrección, es decir, que Jesús *está*,

⁸ Mateo, 12, 28-32

constituye un grato ejercicio de intimidad, a veces duro, como el que voy a relatar.

*Supongo, le dije, que tu peor momento fue el de sentirte solo en la cruz, abandonado de Dios. Pensó un instante y dijo: el momento más duro fue en Belén, cuando Dios no me abandonó mientras morían los demás niños inocentes. Hubo un silencio doloroso. Yo sentía el esfuerzo de Jesús por no recordar, por olvidar, por creer que ciertos relatos no eran del todo ciertos: decía: *no se sabe si eran reyes magos, o si eran tres...* Y volvía al núcleo de la evocación doliente: *tal vez no fueron tantos los sacrificados, tal vez no eran niños.* Tratando de apagar sus recuerdos le dije que eso había pasado ya, hace dos mil años. Fue entonces cuando, erguido, se retiró un paso para rechazar mi intento de aliviarlo.*

Pasó hace pocos días, Dios volvió a abandonar niños hace pocos días, dijo. Y con palabras de sangre que nunca le había oído confesó que esta vez sí se sabía cuántos niños eran: nueve, nueve niños abandonados muertos en el mar desde una patera de inmigrantes. Y tras una pausa añadió: *lo que esta vez no sabemos es quién los mandó matar.* Jesús fijó sus ojos en los míos y con una mirada de siglos me hizo la pregunta. La oí mientras dudaba si Jesús seguía queriéndome. Ésta fue la pregunta de Jesús:

¿Dónde está Herodes, en el Mundo, en la Unión Europea, en el G8, en ti? Para ayudarme a responder añadió que esa misma noche yo estaba en el Teatro Guimerá de Santa Cruz de Tenerife gozando mi música recién oída. Jesús habló consigo mismo: *lo único que sé es dónde no estaba: Herodes no estaba en la patera.* Mientras se iba le pregunté: *¿me seguirás queriendo?* Dijo que sí. Finalmente volví a preguntar: *y a Herodes ¿lo quieres?* No oí la respuesta. Sólo estaba el silencio. Un terrible silencio.

24 de julio del 2008: Al parecer...

No siempre quería Jesús lo que su padre quería. Al menos una vez sus voluntades se enfrentaron: Jesús no quería padecer y malmorir y, al parecer, la voluntad de Dios fue la contraria. Enfrentadas las voluntades, Jesús cedió: *no se haga mi voluntad sino la tuya.* Y en efecto se hizo la voluntad de Dios, que

coincidía con la voluntad del Sanedrín. No sucedió lo que Jesús quería sino lo que querían los sumos sacerdotes, coincidente, en este caso, con la que Dios quería.

Este duro evangelio no enseña la primacía de Dios sino el amor de Jesús. Tras someterse al Padre, Jesús siguió queriéndolo y, para decirlo mejor y más claro, Jesús siguió sintiéndose amado por su Padre. ¡Cómo iba a ser de otro modo si la esencia última y primera de Jesús era la capacidad de amar infinitamente, la capacidad de sentirse infinitamente amado! Esencia primera y última de Jesús, antes incluso que su esencia humana.

Y ya que lo hemos aludido hablemos de Dios por un instante mediante analogías, metáforas y demás escapes verbales para simular que hablamos de lo que no puede hablarse. Dios no puede ser enemigo del suceso: lo que sucede, la realidad, no puede enfrentarse con Dios porque Dios es la realidad, que es la única forma posible de ser Dios. En tiempos de Jesús la realidad era el duro corazón de los sacerdotes y el duro dolor de los clavos en la cruz; como en los tiempos nuestros la realidad es el padecer y el malmorir de niños hambrientos.

Eso es así. No puedo negarlo. Pero lo que sí puedo negar es que el Dios de Jesús sea siempre el que deducen las analogías, las metáforas y demás escapes verbales. Durante mucho tiempo se ha pensado y se ha enseñado que eso era así: incluso se llegó a decir que Dios produjo la pasión y muerte de Jesús para que fueran perdonados los pecados de los hombres. Esto sí puedo, si quiero negarlo. Cuando empecé a escribir esta reflexión dije *al parecer la voluntad de Dios fue la contraria a la voluntad de Jesús*. «Al parecer». Las cosas parecen según el corazón de cada cual. A mí me parece que en la oración del huerto el Padre de Jesús lloraba junto a su hijo y lo apretaba contra su corazón en un desgarrador abrazo de despedida.

31 de julio del 2008: *En busca del hombre*

Puedes querer cosas diferentes: ir de viaje, tener un osito de peluche en la mesa de noche, jugar con tu perro, partir un trozo de chocolate. Puedes querer, además de cosas, personas. No hay diferentes personas, como hay diferentes cosas; las personas son una misma cosa, una preciosa mismidad llamada ser

humano, de la que el mismo Dios quiso participar. Un viaje, un osito, un perro, un trozo de chocolate no son personas. Amar una persona es ineludiblemente amar un ser humano.

Amar la persona llamada Jesús es amar al hombre llamado Jesús. No hay otra forma de ser persona que ser humano; y conviene aceptar que no debe haber otra forma de ser hombre que ser persona.

Me sucede lo que yo creo que sucede a nivel general: hay una creciente tendencia a querer a Jesús. Por eso hay una creciente tendencia a interesarse por la persona de Jesús, una creciente tendencia a conocerlo como hombre. Quizá coincida esa inquietud con la excesiva y casi exclusiva presentación que de él se nos hace como Dios, tanto mediante pinceles como mediante ideas; digo «excesiva» por innecesaria: ningún católico niega la divinidad de Jesucristo. Lo que quiero decir es que para querer a Jesús hay que sentirlo hombre como yo: y el corazón de Jesús de las estampas no es como yo.

Me animo por el camino que estoy siguiendo: busco al hombre Jesús porque lo quiero, y cuanto más lo quiero más lo busco. Siento una modesta solidaridad con quienes buscan su persona; y con muchos de ellos comparto la creencia de que una persona ha de ser hombre para ser persona; y que un hombre debe ser persona para ser hombre. Y finalmente siento insolidaridad, esta vez un tanto inmodesta, con quienes estorban la búsqueda de Jesús.

7 de agosto del 2008: *Un trono vacío*

Hace dos días La Palma celebró la fiesta de la Virgen de las Nieves. Recuerdo ahora que el primer número lustral de la Bajada de la Virgen es la bajada del trono desarmado en piezas portadas por mil manos de un pueblo confiado. Durante un mes la imagen de la Virgen corona el altar de la Parroquia Matriz de El Salvador; las piezas se recomponen y queda en algún lugar nuevamente armado un trono vacío mientras la ciudad late en fiesta gozosa. Un trono vacío donde cada fiel palmero anticipa su Virgen de las Nieves regresada, un trono vacío capaz de cualquier virgen, capaz de cualquier ilusión, de cualquier plenitud, de cualquier vacío. Un trono vacío capaz de aludir a cualquier modo del espíritu de Jesús, ése que personificamos con la expresión «Espíritu Santo». Un trono vacío

donde cabe Dios. Y en este punto te preguntas si Dios solamente cabe en tronos vacíos.

14 de agosto del 2008: *El espíritu está en todas partes*

Que Jesús me quiere, eso lo saben todos, y yo más que nadie. Ahora bien: cuando me pregunto si Jesús me cree no estoy tan seguro: ¿se cree él todo cuanto digo? y, más a fondo, ¿cree que me creo todo lo que digo, que soy sincero del todo, en especial cuando hablo de él, de Jesús, en especial cuando cada jueves alumbra el día en Radio Eccla?

Creo que sí, que Jesús cree en mí. Por la misma razón que creyó en San Pedro cuando aseguró no negarlo, o en Judas cuando lo besó, o en el pueblo que pedía su crucifixión; por la misma razón nos cree a todos: su amor a todos le hace capaz de llegar al fondo de todos los hombres, vivir la vida de todos los hombres, conocerlos hasta el trasfondo más recóndito, más allá de cualquier calificación. Cree Jesús en mí porque a todos nos quiere tal como somos, sinceros e insinceros, valientes y cobardes, amigos y enemigos, contradictorios: así vio el trasfondo de Pedro y creyó íntegramente al Pedro que tenía delante y al que le negaría tres veces antes del canto del gallo; así vio la angustia de Judas y quiso resolverla cuanto antes: «lo que has de hacer hazlo pronto»; así explicó al Padre la inocencia de los que gritaban «crucifícale», porque sabía, uno a uno, que uno a uno habían sido engañados por la religión que estaban obligados a practicar. Tal la razón que explica la creencia de Jesús en el Hombre, de quien se siente tan hijo como de su padre celeste. Su amor a cada uno de nosotros le hace capaz de vivirnos y conocernos íntegramente y, por tanto, creernos íntegramente. Ello es, a mi juicio, un caro aspecto del espíritu de Jesús que se extiende por los siglos de los siglos. Copio un eco de tal espíritu releído hace pocos días:

Es cierto que se sentía en algún modo indicador de destinos. No por la inteligencia sino porque era capaz de vivir la vida de todos los hombres, de ponerse en la piel de todos los hombres.

No leí este párrafo en la Biblia, donde también suele anidar el espíritu santo. Lo releí hace dos días en una novela de Simenon titulada «Maigret y los aristócratas»

21 de agosto del 2008: *La cananea y Jesús*

El domingo pasado tocó el pasaje evangélico de la mujer cananea, cuya súplica no atendió Jesús porque era pagana. Los judíos llamaban «perros» a los paganos (nosotros decíamos «perro judío» y nuestra liturgia los llamaba «pérfidos») y Jesús dijo a la angustiada madre de una hija enferma que los bienes de Israel no estaban destinados a los perros. Tal es uno de los pasajes evangélicos que más he rechazado: es difícil aceptar a quien desprecia a una persona y hiere a una madre. Hoy es ese pasaje evangélico uno de mis preferidos y por eso lo evoco mientras alumbra el día.

Las homilías sobre el suceso suelen eludir la parte rechazable del pasaje y cargar las tintas en la valoración de la fe de una mujer que, contra los mayores despegos, insiste en creer en Jesús. Yo coincidí con la valoración de cualquier positiva expresión de fe pero rechazo de una manera especial la «razón» que, en algún caso, se otorga a los desprecios de Jesús interpretando que Jesús llamó «perra» a la cananea no para insultarla sino para estimular su fe. Esta explicación constituye una incorrecta interpretación del espíritu de Jesús. Porque lo cierto es que Jesús sólo hizo lo que dictó la religión que practicaba, el judaísmo: llamar «perro» a un pagano. Tras lo cual la cananea repuso que también los perros comen de las sobras que caen de la mesa de los amos. Esto hizo vacilar la vena religiosa de Jesús, no siempre firme cuando la religión ponía en peligro a las personas. Y entonces sucedió una vez más la obediencia al espíritu de su Padre: Jesús estimó que los paganos deberían estar lejos de merecer los dictados insultantes de la religión y próximos a la justicia que le brotaba desde el fondo de su corazón para establecer el Reino de Dios; y según este Espíritu, que no según su religión, sanó a la hija de la cananea.

He ahí la razón de que este pasaje evangélico sea uno de mis preferidos: relata cómo Jesús, estorbado por una norma religiosa, se la salta a favor de los que, hasta entonces lejanos, como la cananea, debieran ser próximos, prójimos merecedores de su amor. El día que sucedió el encuentro con la cananea, Jesús aprendió de ella y mostró así que un profeta ortodoxo puede aprender de una cananea pagana. Ese día Jesús creció en sabiduría y, por supuesto, en santidad, como habían dicho de él cuando tenía doce años.

28 de agosto del 2008: Conocer a Jesús

Jesús preguntó a sus amigos qué se pensaba de él. Algunos dieron respuestas desacertadas y Pedro dijo que Jesús era el Mesías, el hijo de Dios vivo. Es bien conocida la reacción de Jesús: *¡Dichoso tú porque eso no te lo ha revelado nadie de carne y hueso sino mi Padre del cielo!* Y añadió: *Tú eres Pedro y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia.*

Jesús conocía los graves defectos de Pedro: le fallaba la fe y casi se hunde en las aguas sobre las que pretendió caminar; le fallaba el valor y le negó tres veces la noche antes del Calvario. Parece que, sobre tales defectos, Jesús estimó la virtud de Pedro, su acierto en el conocimiento de Jesús. Y decide no construir iglesia sobre los que más creen, ni siquiera sobre los más leales: se apoyará en quienes le conozcan mejor. Pocos días después de ser instituido base de la Iglesia, Pedro volvió a fallar cuando Jesús anunció su próxima pasión y muerte: dijo Pedro: *No lo permita Dios. Eso no puede pasarte.* Jesús se volvió a él: *Quítate de mi vista, Satanás. Eres un peligro para mí, porque tú no piensas en lo de Dios sino en lo humano.*

Pedro no entendió esta vez a Jesús pero a Jesús le bastó que lo entendiera una sola vez y no le retiró su puesto en la edificación la iglesia. Y se arriesgó a ello sabiendo que Pedro, la Roca Sede, podía ser un peligro para él: tanto significaba para Jesús que, siquiera una sola vez, alguien dijera quién era su padre. Pienso que le fue grato oírlo; y más aún: pienso que tenía necesidad de oírlo.

4 de septiembre del 2008: Don Manuel Díaz

El pasado Jueves tuvo lugar en Santa Cruz de La Palma un acto significativo de histórica dimensión: el traslado de los restos del cura don Manuel Díaz desde el cementerio municipal al templo de la Parroquia Matriz del Salvador. Recibió los restos el exmo señor obispo de la diócesis. Escaleras abajo, ni en el cementerio ni en el templo, continúa la figura del señor Díaz, así se le llama; en la base de la estatua se lee «A Díaz, su Patria», una frase que por su brevedad excluyente trasluce el contexto en que vivió.

Se dijo y todavía se dice que el cura Díaz fue masón; nunca se probó y a ello pertenece la circunstancia omisa de don Manuel. No creo que a Jesús le interese

confirmar el detalle: no sabía Jesús entonces de la masonería y sólo se preocupaba de otra especie de masonería llamada Reino de Dios; de don Manuel Díaz le interesaría si atendía las necesidades del prójimo o las desatendía, y en este caso lo rechazaría: no por masón sino por no atender al que lo necesita. En este punto debo decir que el señor Díaz atendió muchas necesidades; y esto, además de ser comentario público, sí está probado.

Parece que actualmente asoma un conflicto entre la religión católica y el estado español. Como homenaje a la fe de don Manuel Díaz les leo un párrafo del exhorto que, en parecida situación, hizo a sus feligreses el 11 de junio de 1820 con motivo de haberse leído y jurado la Constitución en su parroquia de El Salvador, publicado en Madrid en 1822 por la imprenta de Cámara de Su Majestad:

«En la Constitución se declara que la religión del estado es la católica... Esto supone que la nación nos honrará, y proveerá a nuestra subsistencia. Pero cuando así no fuera ¿qué sucedería? Nos veríamos obligados a buscar honra con nuestras virtudes, y a subsistir con el trabajo de nuestras manos: y en este caso ¿quién perdería: la religión o nosotros? Todos ganaríamos.»

Como he dicho, el pasado jueves fueron recibidos en El Salvador los restos de Don Manuel Díaz. Justo ha sido. Y como remate que a toda justicia se añade me gustaría que el don Manuel de la estatua, en la oscuridad de la noche, subiera las escaleras y, ya en el templo, leyera de nuevo el exhorto. Todos ganaríamos.

18 de septiembre del 2008: *Insomnio*

Aquella noche no vino el sueño. Tendido en la tierra Jesús no sintió su abrazo. Aquella tarde había sentido hambre y había maldecido una higuera sin fruto; y había llamado perra a una pagana; y habían impedido que se le acercaran unos niños. No se acercó tampoco el sueño; sólo vino una pregunta sobre la eterna vigilia: «y a mí ¿quién me ama?». No hubo respuesta y la tierra sobre la que se tendía siguió sin abrazar. Dijo entonces Jesús: «Dios mío ¿por qué me has abandonado?»

Se anunció el día con trazos rojos color de sangre.

Yo estuve allí esa noche y dije: «Jesús, te amo».

Pero él no me oyó; tal vez porque de verdad no estuve; tal vez porque de verdad no lo amaba.

He reprochado a la verdad que fuera tan exigente, y le he pedido que amansara un poco su terrible significación y se redujera de momento a esta costumbre de Radio Eccla, esta grata costumbre de alumbrar el día diciéndole a Jesús que lo queremos.

(Querido oyente oculto: ¿es verdad que lo queremos? Por lo pronto es verdad que lo decimos. Creo que decir esto, sólo decirlo, nos ayuda a quererlo, y ayuda a Jesús en su noche sin sueño.)

2 de octubre del 2008: Tentaciones

El contexto de lo distinto es mayor que el contexto de lo opuesto: caben en lo distinto elementos que no participan de la oposición. En un contexto meramente gramatical «jesús» aparece en las personas que conocen ese nombre y se adhieren a él de maneras diferentes: parecidas, semejantes, opuestas, distintas. Este grupo de personas distintamente adheridas al nombre de «jesús» existe desde su muerte y resurrección y se le conoce como adscrito a la «religión cristiana»: pudiéramos llamarla «religión de los distintos» nombradores de Jesús.

Pablo primero y los evangelistas después dejaron muestra de los «jesús» por ellos nombrados y desde entonces aparecen las diferencias: distinto es el Jesús de la carta a los Romanos del de los nombrados por Mateo, Marcos, Lucas y Juan. Distinto, he dicho, que no opuesto: así ha tratado de esclarecerlo la Iglesia-Religión a la que me adscribo. Esclarecerlo, digo, y añadido que con gran esfuerzo porque en su seno se intentó, desde entonces hasta hoy, elevar a preocupación principal la supresión de los opuestos. Como cualquier otro creyente yo he sido tentado por la opción de anular el opuesto, bien mediante su destrucción, bien por mi exclusión del grupo que lo tolera.

¿Qué pinta Jesús de Nazaret en estas tentaciones? Como ocurre con el verdadero Jesús (y el verdadero es el mío, y el tuyo, y el tuyo), está bien claro lo que intenta: pedirle al Padre de Todos que no nos deje caer en tentación. Y luego esperar.

Esperar no implica paciencia conformista y cómoda; en la esperanza se

admiten las expresiones más fuertes y alterantes: corregir a Pedro como lo corrigió Jesús cuando lo tentó con hacerle desistir de lo opuesto a la vida, es decir, su pasión y muerte.

No cabe duda de que es una grave tentación tratar de anular a ciertos componentes de grupos cristianos desde la COPE, o tratar de anular a la COPE desde ciertos componentes de grupos cristianos. Son, en efecto, graves tentaciones que el propio Jesús de Nazaret (el mío, el tuyo, y el tuyo) trata de soportar mientras espera que todos seamos uno. Añado por mi cuenta que no creer en el día en que todos seamos uno es no creer en Jesús de Nazaret.

9 de octubre del 2008: *Jesús es uno y mismo*

Hay términos que apenas cambian: triángulo, llover, ciruela; y los hay que cambian: justicia, éxito, iglesia. Dentro de la cambiante iglesia hay términos que no cambian, por ejemplo, Dios; y los hay que cambian, por ejemplo, Jesús. Es curioso observar que los términos que no cambian -triángulo, llover, ciruela- no son por dependencia o relación con el hombre; y los que cambian, sí. Dentro de este tipo de reflexión los términos fijos podrían calificarse de absolutos y los variantes podrían calificarse de relativos; o también podríamos llamar humanos a los variantes y no humanos a los fijos. Todo lo cual no quiere decir que el hombre no se relacione con los términos fijos: puede gustar o cultivar ciruelas, aprovechar o defenderse de la lluvia y jugar con los triángulos, como Pitágoras; y puede el seguidor de Jesús relacionarse con Dios: gustarlo o cultivarlo, aprovecharlo o defenderse, jugar con él. Lo que no puede hacer el seguidor de Jesús es sacralizar una historia inmovilizándola con una tradición mal entendida.

La historia es la gran cambiante, la gran humana; tratar de fijarla es por lo pronto un error, un disparete a veces, a veces un crimen. Quiero decir que mi Jesús no es el mismo Jesús que yo tenía a los diez años; y el Jesús de los jóvenes de hoy -incluido el que desconocen o no les interesa- no es el mismo que el Jesús de los jóvenes de 1930.

He dicho todo esto porque me importa hacer un acto público de fe, y es éste: el Jesús variante es una realidad pasajera que cubre una realidad permanente, subyacente en los distintos Jesús de la historia y que puede expresarse diciendo

que se trata del mismo Jesús, que el Jesús de mi fe es uno y el mismo en el que creen y han creído los demás con la fe que yo creo.

He hecho este acto público de fe porque he sentido necesidad de hacerlo. Y para completar mi fe añado que también Jesús ha sentido necesidad de que alguien diga que él es uno y mismo a través del tiempo, necesidad de que alguien diga que él es la resurrección y la vida

16 de octubre del 2008: *Se recibe un imeil*

Ayer recibí un imeil de uno de mis nietos. Ma hablaba del término «Dios» y su dificultad para entenderlo, su imposibilidad de creerlo. Fue un gozo constatar que mi nieto busca la verdad. Buscar la verdad es camino hacia Jesús.

Buscar es el camino; buscar es el modo, quizá el único modo de vivir. Tal es mi verdad, tal es Jesús: camino, verdad y vida.

Igual que mi nieto, yo busco; y busco entre los rincones menos llamativos: Jesús no es una excepción extraordinaria sino una realidad cotidiana. El término «Dios» está en cualquier rincón, por ejemplo, la diaria despedida: «hasta mañana si Dios quiere», «hasta mañana si la suerte quiere», «hasta mañana si quiere el azar». Nunca dicen creyentes o increyentes: «hasta mañana si Jesús quiere». Dios cabe en el mundo de la suerte, del azar; Jesús pertenece al mundo de los hombres y no cabe que un hombre decida si continuará el mañana o se interrumpirá la creación.

Reconozco que es difícil entender a Dios y que es imposible creerlo tal como el término se usa en el lenguaje habitual; quizá por eso algunas teologías tratan de separarlo de la habitual comprensión y lo hacen distinto a cualquier entidad calificándolo de «lo absolutamente otro»; o tratan de salvarlo dotándolo de una propiedad exclusiva y excluyente: «la trascendencia». Pero me temo que tanto mi nieto como yo somos inmunes a tales empeños. En lo que a mí respecta sigo refiriéndome a Jesús (referirse a Jesús es a veces algo más que aludirlo: es agarrarse a él): Jesús no trascendió: Jesús resucitó. Y resucitó para estar aquí, como un hombre, hasta el final de los tiempos, compartiendo las felicidades y tristezas de los hombres. Tal vez mi nieto pregunte ¿dónde está Jesús? Yo retrasaré una respuesta que sólo entenderá cuando atendiendo a un hambriento de pan o

de justicia recuerde estas palabras dichas por un galileo hace más de dos mil años: «lo que hicisteis con el hambriento de pan o de justicia, a mí me lo hicisteis».

Tal vez ponga un imel a mi nieto y, con permiso de Radio Eccla, en él insertaré este «Buenos días, Canarias». No lo entenderá del todo; pero seguirá buscando la verdad con la que hacer su vida: a eso es lo que por mi parte llamo «Jesús de Nazaret».

Esta noche al acostarme, ya bajo las sábanas, diré a Concha: «hasta mañana si Dios quiere»; y tal vez añadiré: «Buenas noches, Jesús». Ambas expresiones serán la misma cosa: gratitud por haber vivido un día más.

30 de octubre del 2008: *Recuerdo de Juan XXIII*

Hace cincuenta años el cardenal Roncalli fue elegido papa con el nombre de Juan XXIII. A lo largo de su corto pontificado propuso su apuesta personal, que era la *Iglesia de los pobres*. La formuló por primera vez el 11 de septiembre de 1962 ante el cuerpo diplomático: «La Iglesia se presenta, para los países subdesarrollados, tal como es y quiere ser: como Iglesia de todos y, particularmente, la *Iglesia de los pobres*». Sólo unos pocos hicieron suya la apuesta y la defendieron en el aula conciliar; uno de ellos fue el cardenal Lercaro: renunció a su obispado de Bolonia y se fue a trabajar con los pobres de África. La mayoría prefirió centrarse en los no creyentes, como principal desafío al que tenía que responder la Iglesia.

Pienso que es difícil afrontar la increencia porque, para empezar, el término es confuso: ¿creer qué, creer en quién? (o lo que es lo mismo: «¿no creer qué, no creer en quién?»). También es difícil afrontar la pobreza, mas no por las mismas razones: está claro quiénes son los pobres; estuvo claro en tiempos de Jesús y está claro hoy, cuando recordamos que hace cincuenta años apareció Juan XXIII.

Jesús no entró en los confusos problemas de la fe: en su iglesia, la sinagoga, convivía con quienes creían y quienes no creían en el más allá; Jesús entró en los claros problemas de la justicia: esa que presentó como señal del reino de Dios, esa que es imposible lograr sin afrontar el problema de los pobres.

Deseemos que se resuelvan pronto los problemas de la fe y se centren las energías en resolver los de la Iglesia de los pobres. Los pobres: era el único problema que Jes

6 de noviembre del 2008: *Personas y conceptos*

Me doy cuenta de que años atrás, y durante muchos años, nombrábamos más a la Iglesia que a Jesús; que, de hecho, ella contaba más que él; que decíamos «Santa Madre Iglesia» más que «Santo Hermano Jesús»; y lo decíamos y lo oíamos sin que la diferencia nos extrañara porque habíamos crecido en medio de referencias numerosas, muy numerosas, a la Iglesia, mucho más frecuentes que las referencias a Jesús, cuya salud parecía depender de la salud de la Iglesia y no al revés; aunque en el lenguaje eclesial Jesús era el Salvador tal expresión quedó en titular descontextuado y apenas se discernía sobre el mecanismo de salvación en relación con Jesús; por el contrario aunque no tituláramos la iglesia nombrándola «Salvadora», sí se discernía el mecanismo de salvación en relación con ella, condensado en la máxima pretendidamente universal de que «fuera de la Iglesia no hay salvación».

Me doy cuenta de ello en estos últimos años en que vivo con referencias crecientes a Jesús y mis referencias a la Iglesia van dejando de ser vitales sin dejar de ser verbales y mayoritariamente positivas. Esto lo sabe la Iglesia de quien soy fiel; siempre ha sabido que la pertenencia de sus fieles no anda por lo que, adentro, piense cada cual sino por lo que hacia fuera diga cada cual; cuando se ocupa en definir pertenencias, la Iglesia no proclama «el que *pensare* tal cosa es un hereje» sino «el que *dijere* tal cosa es un hereje». Siempre ha sabido la Iglesia que no se puede prohibir pensar y sí se puede prohibir decir.

Los amigos y las amigas de Jesús tenían relaciones vitales con él y si las tenían con su Iglesia eran nocionales. Inevitablemente vitales las relaciones con Jesús porque Jesús era un hombre vivo; inevitablemente nocionales las relaciones, si las había, con el Templo porque el templo no era un hombre sino un concepto.

Son importantes los conceptos y lo son las personas. Lo que pasa es que cuando se cumplen muchos años te encariñas con las personas, con las que nunca te aburres; y a veces te aburren los conceptos si los reiteras; sobre todo si

los reiteras con frecuencia durante años. Jesús no me aburre: mis relaciones con él son, además de frecuentes, inevitablemente vitales y prodigiosamente actuales: porque Jesús era un hombre vivo, *es* un hombre vivo

13 de noviembre del 2008: *El peligro de la inutilidad*

La institución de la Eucaristía y la Resurrección al tercer día son diferentes momentos de Jesús; pero quizá no sean tan diferentes los mensajes en una y otra situación.

La resurrección implica la presencia de Jesús no interrumpida a través de los siglos: Jesús está entre nosotros y está preferentemente en quienes necesitan de alimento, compañía, salud, justicia: los pobres son la posibilidad de acercarse a Jesús, tal vez la única: «lo que hicisteis con ellos, a mí me lo hicisteis». La resurrección de Jesús se expresa en la palabra pero sólo se realiza en el acto de dar de comer, de acompañar, de curar, de hacer justicia (una vez más la verdad es el paso de la semántica a la acción).

El mensaje de Jesús en su última cena con amigos y amigas fue la promesa de seguir estando con ellos mientras lo recordaran compartiendo el pan y bebiendo el cáliz en memoria suya; y agradece ese recuerdo que tanto necesita regalando lo que tenía: la vida: el cuerpo y la sangre. Eucaristía, **Eucaristia**, significa *gracias, gracias por acordarte de mí*.

En ambos casos, un mismo mensaje: el deseo de estar siempre con nosotros: él ama a los hombres y necesita estar con ellos. No creer esto es, por una parte, ingratitud; y es, por otra parte, el grave peligro de que, ante la falta de respuesta a su mensaje, Jesús se deje invadir por una terrible sensación de inutilidad cósmica, ésa que, traducida a la actualidad, significa la inutilidad de nuestros esfuerzos por comer el pan y beber el vino juntamente, la inutilidad de nuestros esfuerzos por alimentar, acompañar, curar y hacer justicia a los pobres, éstos que no significan lo que por «pobres» entendemos, *mendigos*, sino éstos que, separados e inatendidos, significan la inutilidad de la Resurrección y de la Eucaristía, la terrible inutilidad de Jesús, cruz eterna desde la que aún no ha logrado resucitar.

[Dije estas palabras pocos días de celebrarse una conferencia internacional que no debería ser totalmente inútil]

20 de noviembre del 2008: G-20

No me extrañaría que algún corifeo del Capitalismo reclamara como ideal la parábola de los talentos: en ella Jesús anatematiza a los que no invirtieron diciéndoles algo así: *Debías haber puesto mi dinero en el banco, para que al volver yo pudiera recobrar lo mío con los intereses.* Tampoco me extrañaría que fueran pocos y poco importantes los que se escandalizaran ante tal uso interesado de una parábola que fue proclamada para explicar el Reino de Dios y, en este caso particular, la exigencia de responsabilidad en cuanto al uso y no la guarda de los bienes propios. Algo de esto, me refiero a la responsabilidad, se vislumbra en el reciente comunicado del G-20.

Y a propósito del G-20, parece que entre sus muchas decisiones alguna se orientará hacia el Reino de Dios; bienvenido sea ese paso si hasta ahora no se había dado. Para animar en ello, para animarme, recuerdo las palabras de Jesús: *Donde tengas tu riqueza tendrás tu corazón...* y permítanme jugar con esas palabras preciosas: «donde está tu corazón tendrás tu riqueza». Jesús nos está invitando a todos, incluido el G-20, a ser generosos: nos dice que *la esplendidez da el valor a la persona...* y yo me temo que la esplendidez constituya único remedio del mal causado por la riqueza sin usar, defendida en los sótanos oscuros de los bancos, defendida a veces con el tácito consentimiento de todos.

Para Jesús el mundo no tiene 20 dueños sino dos. Jesús vivía el arte de simplificar y acertaba: *que tus palabras sólo sean «sí, sí», «no, no»... nadie puede estar al servicio de dos señores, porque aborrecerá a uno y querrá al otro, o bien se apegará a uno y desprejará al otro. No podéis servir a Dios y al dinero.* Los 20 señores del mundo se preocupan por la suerte del mundo; y nosotros con ellos. Todos estamos preocupados. Todos, menos Jesús: *no andéis preocupados por el mañana porque el mañana se ocupará de sí mismo.* A Jesús le basta que hoy sea, ya, hoy, el día de la esplendidez, de la generosidad; hoy y no mañana es el tiempo de la solución. Así de urgente, así de terrible, así de maravilloso.

Aclarando la tarde

No es necesario explicar el mensaje y los matices de la expresión «aclarando el día» con que se inician los días de Radio ECCA. Quisiera explicar el mensaje y los matices de la expresión que titula este último intento del libro.

La tarde, como el día, es algo que alumbra, como cualquier cosa, como cualquier realidad; pero la tarde, como el día, es algo que *se alumbra*, algo que recibe luz. El día lo hace de fuera adentro, desde el sol; la tarde se alumbra desde dentro, desde esa luz de pensares, decires y quererres, ese otro sol nuestro de cada día.

La luz primera no trae noticia sino esperanza de buena nueva; la tarde es luminoso reposo de noticias, todas ellas recientes y transfiguradas en buenas y nuevas por obra del otro nombre que la tarde tiene: amor.

Este libro quiere atardecer confundiendo a quienes lo han leído, fundiéndose con quienes lo han leído para consentir que la tarde es el último nombre del amor, cuyo primer nombre fue Jesús. Confundir es aceptar que Jesús tiene que ver con la tarde.

Desde esta tarde que ha tardado ochenta y tantos años en hacerse quiero enviar un último intento de luz, una última palabra sobre Jesús:

Jesús es amor; y quien le tiene por Dios dice que Dios es amor. Desde el atardecer descubro matices en el amor de Jesús; fue el suyo un amor, por supuesto, anunciante, fue un amor actuante; pero sobre todo fue un amor enseñante. Jesús fue el Maestro, es el Maestro. El amor lo transfigura en maestro y los amados se transfiguran en discípulos. Y esto con tanto rigor que nos permite afirmar que quien ama enseña y quien se siente amado aprende; o lo mismo en negati-

vo espejo: maestro que no ama no es maestro, discípulos que no se sienten amados no aprenden.

En la tarde aprendí que el Malo es la mentira o, dicho para incrédulos, el mal es la mentira. La mentira consiste en sustituir lo bueno por lo aprovechable, lo de todos por lo mío; en todo caso el Malo o el mal consiste en ignorar que la mentira es mentira. He aquí la última conclusión: el mal original, el pecado original, es la ignorancia, gritar «¡crucifícale» sin saber lo que se hace. Esto lo supo Jesús: se constituyó enemigo original de la ignorancia y fue Maestro.

Quisiera hablar de Radio Eccla discreta y libremente. La discreción consistirá en no elogiar irrazonadamente la empresa a la que pertenezco en régimen de graciosa subcontrata; la libertad, en este caso, consiste en no estorbar la justicia.

En ocasión pasada respondí a cuestiones propuestas por Radio Eccla y callé algo que quería decir y digo ahora porque la discreción se diluye con los años y la justicia urge con los días. Bien breve es lo que entonces no dije y digo ahora: Radio ECCA ama y enseña; pero enseña porque ama. Y sus oyentes aprenden porque se sienten amados; sintonizan la radio y sintonizan con lo que la radio dice, comprueban que es fácil lo que se temía difícil y se sienten bien, se sienten atendidos, se sienten amados, se sienten defendidos contra la ignorancia, contra la mentira, contra el mal, contra el Malo; son los mismos que, sintiéndose amados, aprendían de Jesús, el Maestro, en una mansa ladera al aire libre.

Y un último atrevimiento ante el que Jesús volverá a sonreír: creo que los que aprenden enseñan y los que enseñan aprenden; creo que Jesús aprendía mientras enseñaba: al cabo, unos y otros aprenden amor. Por eso todos caben en la dedicatoria:

«A los alumnos y alumnas de Radio ECCA»

